

REY, EMPERADOR Y MONGE.

(adq.)

C. 1166977

t. 131939



Retrato de Carlos V.

REY, EMPERADOR Y MONGE.

Novela histórica original

por

DON JOSÉ M. DE ANDUEZA.



40 R^s



MADRID.

Librerías de Leon Pablo
Villaverde, calle de Carretas: José Cuesta
calle Mayor y José Simon, Olmo,
núm. 14, bajo.

BARCELONA.

Librerías de los hermanos Sala:
Viuda Mayol: Jaime Subirana: Isidro
Cerdá: Imp. Hispana de V. Castaños,
Asalto, 20.

REY
EMPERADOR Y MONJE

Es PROPIEDAD DE VICENTE CASTAÑOS.

BARCELONA :

Imprenta de Vicente Castaños, calle del Conde del Asalto, núm. 20.

1856.



R. 100191

INTRODUCCION.

En la Estrella de Castilla.



En la antigua carretera de Madrid á Leon, á unas siete leguas de Valladolid y entre la cortada falda de dos sierras, existe todavía una pobre villa, que si hemos de creer á nuestros modernos descubridores de venerables monumentos sepultados en las profundidades de la tierra, conserva no pocas memorias arruinadas de la época

de los Romanos, aunque la de su fundacion se pierde en la oscuridad de los tiempos. Esta villa inmemorial se llama Rueda de Medina, y en ella habia por los años de 1516 dos cosas muy importantes, que tenian en mucho los devotos y fatigados viajeros: un magnífico convento de la órden seráfica de San Francisco, y una buena posada. Otra cosa llamaba tambien poderosamente la atencion de los viandantes, que se detenian á descansar en Rueda, y

sobre todo la de los reverendos padres franciscanos, y era la hija del posadero Toribio Quincoces, muchacha de diez y seis abriles, de ojos negros y rasgados, de lindísimo talle, fresca, vivaracha, pero tan altiva y desdeñosa, que los mozalbetes de la villa habian dado en la flor de conocerla por el significativo apodo de la Garza Real. Habia perdido á su madre, pero el bueno de Toribio, que no conocia rival en avaricia, se habia vuelto á casar con la única heredera del único escribano de la poblacion, imaginando que hacía un soberbio negocio, porque el señor Tadeo Morcilla de Perales pasaba por hombre rico.

Pero antes de pasar nosotros adelante, y apropósito del escribano de Rueda de Medina, vamos á consignar los motivos que tenemos para creer, con el posadero Quincoces, que efectivamente debia haber allegado muchos bienes de fortuna.

El señor Tadeo era cofrade de las Animas benditas, y las gentes le tenian por hombre temeroso de Dios, porque todas las mañanas iba al convento, pedia un cepillo de los que sirven para recoger limosnas y dirigiéndose luego al mercado, recorria los puestos humildemente y en todos se paraba, exclamando con acento compungido:

—Echad algo para decir misas por las Animas del Purgatorio.

Y era que nuestro escribano, observando que los habitantes de Rueda no mostraban tanta aficion como él quisiera á andar en dimes y diretes por pleitos y por justicia, habia entrado en cuentas consigo mismo, sacando en conclusion, despues de detenidas y profundas meditaciones, que debia aguzar el ingenio para atender con el decoro, que su nombre y profesion exigian, á los grandes deberes de su destino, ya que tan pocas veces se le presentaba la coyuntura de poner él *Ante mí*, para encabezar su autorizada firma.

Ahora bien, el ingenio del señor Morcilla discurrió el devotísimo espediente de pedir limosna en el mercado para las benditas Animas. A las tres vueltas que daba por él, llenábase el cepillo, porque prescindiendo del objeto piadoso á que los donativos se destinaban,

la presencia y las palabras de un hombre de su categoría eran otros tantos compromisos para aquella sencilla gente. Terminada la colecta, retirábase paso á paso á su morada, encerrábase con llave en el despacho, donde yacian amontonados legajos de tres siglos, que de Morcilla en Morcilla habian ido á parar al último depositario de la fé pública de Rueda, y colocándose cómodamente delante de su mesa, vaciaba el cepillo en ella; hacía del peculio dos montones, y poniendo uno junto al cepillo al otro extremo de la mesa, y sacando del cajon una baraja, dirigia á las pintadas almas del Purgatorio esta pregunta:

— Animicas mias ¿quereis que juguemos un rato á la treinta y una? Ya sabeis que vosotras habeis puesto el nombre y yo el trabajo; hemos partido, como gente honrada, á partes iguales, pero ya ni vosotras ni yo tenemos qué hacer hasta mañana. ¿Qué haremos pues? ¿Jugamos?

— Y él mismo se respondia, haciendo hablar á las Animas del cepillo.

— Jugamos.

En seguida barajaba, alzaba y daba cartas; mas como siempre veia el juego de las pobres Animas, rara vez acontecia que perdiese, porque aun cuando lograsen estas hacer treinta, decia el marrullero, como si ellas mismas discurriesen:

— No debemos plantarnos, porque ha de estar el *as* en puerta... Venga carta.

Y las Animas perdian sin remedio.

Con todo, en algunas ocasiones se hallaba efectivamente el *as* en puerta, y las jugadoras del cepillo conseguian acertar con la treinta y una; pero entonces se levantaba el escribano, reunia los dos montones de las limosnas en uno solo, lo guardaba en el cajon y decia:

— ¿Con que visteis el *as* y me venis con fullerías, Animas del Purgatorio? Pues ayunad por tramposas.

Acto contínuo cogia el cepillo, echaba en él unos cuantos maravedises y volvía á dejarlo en la sacristía del convento, asegurando

á los legos, que los tiempos estaban muy malos y la caridad cristiana poco menos que perdida.

Era pues evidente, ó al menos queda probado, que el señor Tadeo Morcilla de Perales poseía el importe de las misas, que por espacio de diez años debían haberse ofrecido en Rueda de Medina á las benditas Animas del Purgatorio. Añádase á esto que con las misas adquiría viñedos, que estos viñedos le producían esquisito vino blanco y que los trageros de Castilla acudían á comprarle las cosechas como moscas á la miel, y tendremos por cosa segura y averiguada, que cuando dió su hija en matrimonio al viudo posadero Toribio Quincoces, era lo que se llama un hombre acaudalado.

Respecto á la susodicha hija, no vayan á figurarse nuestros lectores, que la señora Poncia Morcilla era un pimpollo tierno, sacrificada á la codicia de Quincoces: nada menos que eso. Frisaba ya en los treinta y cinco y sabía perfectamente donde encontrar á todas horas la horma de su zapato: dura y regañosa con la *Garza Real*, que le devolvía sus malos tratamientos con un desden altamente despreciativo, tirana absoluta de la voluntad de su marido, á quien había llegado á dominar convirtiéndole en un esclavo sumiso de sus mandatos, la señora Poncia tenía además fama de bruja en la villa, porque desde niña había mostrado mucha afición á la medicina, guiada por los preceptos de cierta hebrea convertida, que en Rueda y sus contornos había adquirido mucha celebridad por sus maravillosas curaciones.

Y aconteció que el día 17 de agosto del año citado 1516, como á cosa de las nueve de la noche, se apearon de dos sendas mulas dos forasteros á la puerta de *La Estrella de Castilla*, que este era el nombre con que se conocía la excelente posada de Quincoces, y no bien llamaron á ella, cuando Toribio, que estaba rezando sus devociones acostumbradas, la abrió, y observando desde luego que los huéspedes que le llegaban no oían á miseria, los introdujo en su morada con gran ceremonia y agasajo. Después de conducirles á la

mejor pieza y de ofrecerse á su servicio con todo respeto, pidióles licencia para ir á cuidar de las cabalgaduras, asegurándoles que nada les faltaría ni á ellos ni á sus dueños, tocante á comodidades y á regalos.

—Al cabo, dijo á su compañero el mas jóven de los viandantes, hemos llegado hasta aqui sin tropiezo.

—Y Dios mediante, le contestó el segundo, llegaremos á la corte sin novedad. Mañana descansaremos para que yo pueda ver al Padre Ambrosio y luego proseguiremos nuestro camino, aunque tomando diferente rumbo.

El que asi acababa de hablar era un anciano de blanca y poblada barba que casi le caia hasta el pecho y de ojos hundidos, al parecer, por el estudio ó por las vigalias, pero vivos y penetrantes: cubriale un hábito franciscano, pero brillaba en uno de los dedos de su mano derecha un riquísimo anillo, semejante al que ostentan las altas dignidades de la iglesia. El otro era un jóven y apuesto caballero, de retorcidos vigotes, mal encarado y armado de todas armas como para un combate.

—Se me olvidaba que debemos separarnos, murmuró luego que el fraile terminó su respuesta.

—Es necesario, repuso este, porque importa mucho atar los cabos de la enmarañada madeja que me ha dejado al morir D. Fernando de Aragon.

—No sabemos si el cardenal de Utrech os tendrá prevenida alguna emboscada, observó el caballero.

—Vivid sin cuidado; el dean de Lovaina ha conocido que no tenia mas remedio que transigir y ha transigido.

—¡Cómo! Nada me habeis dicho sobre la sumision del cardenal Adriano.....

—No se trata de sumision, caballero de Chevres, sino de un arreglo. El dean, que es un hombre muy razonable, se opuso al principio á la cláusula mas importante del testamento de D. Fernando.....

—Entiendo; á que se os confriese la regencia de Castilla.

—Como que vino de Alemania á tomar posesion de ella, enviado por el príncipe D. Carlos, que hoy es nuestro Rey y Señor; sin embargo no tardó en convencerse de que yo no podia desprenderme del encargo espresamente formulado por el regente del reino, sin faltar á los mas sagrados deberes de conciencia, y al fin.

—¿Y al fin?

—Convenimos en gobernar juntos hasta la venida del Rey.

El caballero, que hasta allí habia reprimido su impaciencia, se levantó para impedir que estallase y empezó á recorrer á grandes pasos la pieza en que se hallaban. Al fin exclamó, procurando disimular su enojo:

—Esa es una gran victoria.

—Pero no la decisiva, caballero de Chevres, contestó el franciscano: dentro de quince dias, ya será otra cosa. Por lo demás, no olvideis la comision que llevais á Tordesillas, que yo tambien me acordaré de vos como debo y como se merece el sobrino del ministro predilecto del Rey nuestro Señor.

—Está bien: veré á la pobre loca y cumpliré con fidelidad vuestras instrucciones.

Aqui terminó el diálogo de nuestros viajeros, porque maese Toribio Quincoces se presentó en la estancia, seguido de dos arrogantes mozas, que llevaban servicio de mesa completo y cena sabrosísima de perdices, conejos y estofado de vaca con cebonillos y escarolas á la flamenca.

—Buen hombre, le preguntó el fraile admirado de aquella ostentacion ¿no teneis algun potage que echar á perder?

—Háilo de judías de la tierra, respondió el posadero, y está tan en punto que hace chuparse los dedos á un buen cristiano: pero vuestras mercedes necesitan otros platos menos groseros y.

—Lo que necesitamos es que se nos sirva á nuestro gusto. Este caballero tiene buen apetito y hará honor á vuestras aves; en cuanto á mí, traedme cuatro cucharadas de este esquisito potage en una

escudilla, porque aun cuando sea de lentejas, os lo agradeceré como si me regalarais un faisán.

Hubo sin duda de hacer impresion en el ánimo de Quincoces el tono entre imperativo y suplicante de su anciano huesped, porque solo contestó á su mandato con una reverencia y salió á cumplirlo. Con esto los dos viajeros cenaron á medida de su deseo, esto es, frugal y aun pobremente el Padre franciscano, y el sobrino del ministro de Carlos primero de España como hombre dado á la gula y dispuesto siempre á satisfacer sus mundanos apetitos.

Al dia siguiente muy temprano se levantó el primero, y sin esperar á que le llevasen el desayuno, enderezó sus trémulos pasos al convento de San Francisco. El caballero de Chevres, no bien le vió partir, cuando saltó del lecho, y poseido de la idea que ocupaba sin descanso su imaginacion, supuesto que no le habia dejado cerrar los ojos en toda la noche, llamó al posadero. Presentósele este al punto, y ya se preparaba á enumerar el surtido magnífico de viandas y manjares, de que habia hecho y estaba haciendo selecto y abundante acopio para agasajar á tan noble huesped, cuando de repente cayó del cielo de sus ilusiones culinario-mercantiles al abismo prosaico de la admiracion, que le causó una pregunta inesperada.

—¿Hay en la muy noble villa de Rueda de Medina algun boticario? le dijo el caballero bruscamente.

—¿Un boticario! repuso Quincoces santiguándose ¿Para qué le queremos aquí?

—Estraño vuestra ignorancia, buen hombre. Una botica es la cosa mas necesaria en una poblacion, despues de la comida y el sueño; es el depósito de la salud.

—Gracias á Dios, tenemos ese depósito en Rueda, pero sin la botica y sobre todo sin el boticario.

—Explicaos.

—Se me figura, caballero, que es la cosa mas clara del mundo.

—Lo será sin duda para los vecinos de Rueda, mas nó lo es para mí.

— ¡Cómo! ¿Ignorais que mi muger Poncia Morcilla es la que cura todas las enfermedades de la villa?

— ¡Ah! ¿Conque vuestra muger entiende de eso?

— ¡Qué si entiende! Como que compone cada brevage que dá gloria beberlo.... Si padeceis de alguna indigestion ó de otro mal cualquiera, declarádmelo al punto y Poncia os suministrará un remedio, que os revuelva el cuerpo y el alma en menós de cinco minutos.

El caballero se quedó un rato pensativo. Despues como si tratase de tomar una resolucion, preguntó á Toribio:

— ¿Usa de yerbas?

— ¿Ella? respondió Quincoces: pues ya lo creo.... allá atras tiene un cuarto atestado de cuantas cria Dios.

— Bien; quiero hablar ahora mismo con la señora Poncia.

— ¿Os aprieta el mal? No importa: ya vereis que mi muger tiene mano de santa.

Y diciendo así, salió del aposento y á poco rato volvió á él con la hija y heredera del escribano Morcilla. El caballero examinó á la última con escrupulosa atencion, al mismo tiempo que rebuscaba palabras para entablar el diálogo que con ella queria tener: pero el posadero le ahorró todo el camino, preguntando á la señora Poncia:

— ¿No es cierto que posees secretos seguros contra todas las enfermedades?

— He estudiado las propiedades de las plantas con la sábia Salomé, respondió la muger de Toribio dirigiéndose al magnate, y pocos son los males que se resisten á las virtudes de las que empleo. Hay yerbas de varias clases, mi noble señor; unas que dan la salud y otras que matan: el gran secreto consiste en conocerlas todas y en aplicarlas segun conviene.

— Supongo sin embargo, observó con intencion el de Chevres, que nunca echareis mano de las nocivas.

— ¿Por qué no? repuso sonriéndose la señora Poncia: esas pierden su malignidad cuando se las mezcla con las inocentes, y suelen

obrar prodigios: la mano que las prepara es el todo, y al menor descuido puede ocurrir que la d6sis destilada de diferentes preparaciones unidas sea tal, que en vez de aliviar á un hombre, le haga morir al cabo de un mes, de cuatro, de ocho meses, 6 de un a6o.

—Perfectamente, repuso el caballero; se me figura que he encontrado en vuestra ciencia todo lo que necesit6. Supongamos ahora que un hombre llegase á estorbaros... ¿Seríais capaz de componer un brevaqe, con cuyo auxilio desapareciese ese hombre del mundo, sin temor de que se os pudiese acusar?

—Se6or.... Se6or.... exclam6 Quincoces asustado: lo que exigís de mi Poncia es un veneno.

—Yo nada exijo, replic6 incomodado el noble; he hablado suponiendo un caso, y no he querido dar á entender que ese caso exista hoy.

—Este honrado y muy ilustre caballero, a6adi6 la hija del escribano, solo desea investigar hasta donde llegan mis conocimientos sobre las yerbas.

—¡Ah! Eso es otra cosa, murmur6 Toribio.

—Digo, pues, prosigui6 la se6ora Poncia, que el ajenjo, la adormidera, el zumo del hongo matizado y otras sustancias mas 6 menos da6inas, combinadas en proporciones convenientes producen efectos maravillosos.

—Concluyamos, contest6 el caballero de Chevres que estaba en ascuas por ver reducidos á pr6ctica las teorías de la posadera. ¿Cuánto podr6 costarme en Rueda de Medina la adquisicion de una d6sis destilada, que haga morir lentamente, lo mas lentamente posible, á un animal pernicioso?

—Vamos.... Vamos.... Si se trata de un animal, dijo Toribio alegremente, no hay mas que pedir, y con un ducado saldreis de la dificultad. ¿No es verdad, mi muy querida Poncia?

— Eso depende, respondi6 esta, de la importancia que dé el caballero á la desaparicion de su enemigo....

—Del animal, querrás decir.

—Se entiende.... el caballero me ha comprendido y basta.

—Si, repuso el de Chevres, perfectamente seguro de que aquella mala muger era la que habia adivinado sus pensamientos. Proporcionadme hoy mismo esa d6sis que mate al animal en el t6rmino de un a1o, y contad con la suma.....

—¡Con la suma!.... grit6 Quincoces dando un respingo.

—Silencio, Toribio, dijo la bruja. ¿Por qu6 interrumpes á tan noble se1or?

—Contad con la suma de.... mil ducados, espres6 en voz baja el compa1ero del fraile.

—Es poco, le contest6 con descaro la se1ora Poncia.

El posadero estaba como quien v6 visiones.

—Con mil quinientos, a1adi6 el noble.

—Con dos mil, si gustais, por el servicio que os presto, articul6 ella, y con mil por mi trabajo.

—Sea y no nos pongamos á regatear, con tal que nadie en el mundo se entere de nuestro trato.

—¡Jesus!.... ¡Jesus!.... repetia Toribio temblando de codicia y de duda.... ¡Tres mil ducados por matar á un perro 6 cosa semejante!

—Habeis acertado; es un perro que hace much6simo da1o en mi hacienda.

—¿Por qu6 no le descargais sencillamente un arcabuz?

—Porque no busco ruidos y el perro pertenece á un personage elevado.

—Tal vez al nuevo rey de Castilla, observ6 la se1ora Poncia.

El caballero la mir6 de hito en hito, y poco despues pidi6 su desayuno al posadero.

El fraile franciscano permaneci6 todo el dia en el convento, la se1ora Poncia se encerr6 en su laboratorio y el bueno de Quincoces no hizo mas que cavilar con los tres mil ducados, que habia ofrecido el generoso huesped por medio cuartillo de agua para matar un perro. Al otro dia madrug6 mas el de Chevres que su compa1ero

de viage, para recibir de manos de la posadera una botellita cuidadosamente tapada, que contenia un licor claro y transparente, y por la cual entregó á su marido estupefacto la suma convenida. Poco despues almorzaron los dos huéspedes y cabalgando en sus mulas se pusieron en marcha despues de gratificar generosamente á Quincoces, por el esmero con que habia atendido á sus personas.

A la salida de la villa se les reunió, tambien montado como para viage, el Reverendo Padre Ambrosio, guardian del convento de San Francisco, y media legua despues, este y el anciano fraile se separaron del caballero de Chevres.



REY, EMPERADOR Y MONGE.

PRIMERA PARTE.

ESPAÑOLES Y FLAMENCOS.

CAPÍTULO I.

En el cual queda probado que las lentejas pueden mas que la gota.



DESDE la plazuela llamada hoy *de los Consejos* hasta la de *Puerta Cerrada*, corre en Madrid la antiquísima calle *del Sacramento*, formada en los primitivos tiempos por un caserío miserable, que desapareció poco á poco, cediendo el puesto á importantes edificios, entre los cuales descollaba uno de severa arquitectura situado en la acera derecha de la referida calle al salir á la *de los Azotados*, con vuelta á la plazuela de la villa. Por lo demás, aquel edificio no ostentaba armas ni blasones esculpidos en piedra, y sí únicamente

un gran balcon corrido, que se estendia de derecha á izquierda por todo lo largo de su fachada.

En un vasto salon del mismo, cuyos adornos consistian en sillones forrados con terciopelo de Utrech y algunos cuadros representando imágenes de santos, de papas y de cardenales, se paseaba con estrambótica prosopopeya un personaje noblemente ataviado, mitad á la flamenca, mitad á la española y con mas trazas de diplomático que de hombre de guerra, aun cuando la formidable tizona, que asomaba por el ribete de su capilla, parecia anunciar en él belicosos instintos. Rumiaba entre dientes algun discurso ó discutia consigo mismo los incidentes y pormenores de algun árduo proyecto, porque sus lábios se movian precipitadamente, agitábanse sus brazos en todas direcciones y golpeaba de vez en cuando con desesperada furia el entarimado de la estancia su pié derecho, al paso que, siempre que esto hacía, estiraba el izquierdo hácia atrás en toda su longitud, como si se colocase en guardia contra la acometida de un enemigo. Sus gestos y contorsiones eran extravagantes, desenfadado su aspecto y sus maneras distinguidas, de modo que, al observarle, cualquiera hubiera dicho que estaba loco ó poseído terriblemente de un sentimiento de distraccion tan profunda, que bien podia equivocarse con la demencia.

La aparicion de otro personaje calmó por un instante sus arrebatos y dió al traste con sus meditaciones. El que acababa de entrar en el salon era un caballero como de unos cuarenta y cinco años, enfermizo al parecer, encorbado y con mas señales de haber abandonado el lecho para acudir á negocios graves, que para solazarse con el trato de gentes: apoyábase en un grueso baston con puño de oro, lo que tambien revelaba su alta dignidad en el reino, y vestia trage de corte de toda ceremonia. No bien divisó al hombre de los manoteos, cuando se fué derecho hácia él con mucho trabajo, porque no siempre obedecian sus piernas el impulso de su voluntad, y le dijo:

—Don Francés ó D. Demonio ¿no me has enviado á decir que me aguardaban?

—Y aguardándote estarían, querido Fadriquito, si no hubieras llegado tan pronto, contestó el interpelado haciendo una mueca. ¿Quién te ha metido á sacudir tan temprano la gota, tullidito de mi alma? Con ella contaba yo y por eso te avisé una hora antes que á los demás. Y ahora que me ocurre, pídote por tu bien que no vuelvas á faltarme al respeto, porque te saldrá muy mala cuenta: yo no me llamo D. Francés ¿lo entiendes, hermano Almirante de Castilla? sino conde D. Francés, y á fé á fé, que un Zuñiga vale tanto como un Enriquez.

—Ya que he caído entre tus garras, maldito bufon, repuso el caballero, cuéntame novedades, mientras acuden al consejo esos señores.

—¡Novedades! exclamó el que á sí mismo se daba el título de conde. ¿Puede haber otra mayor, Fadriquito mio, que la de no verte en la cama, sofocando al género humano con los gritos que te arrancan la gota y el mal de piedra? Te aseguro que como haya descontentos en España cuando venga el Rey mi primo, he de aconsejarle que te dé el mando de sus flamencos, para tener el gusto de verte montar á caballo.

—Basta de bufonadas, bribon, y dime si has visto al Cardenal.

—¿A cual de los dos? ¿Al morado ó al ceniciento?

—Al dueño de este palacio.

—Silencio, Fadriquito, silencio, porque si nos oye, se le indigestarán las lentejas que cenó anoche.

—Anúnciame á su Eminencia y no te burles de sus austeridades.

—¡Yo, eh!.... ¿Cuándo se ha visto que un Almirante tenga por criado á un conde?

En esto se oyó gran estrépito en la calle como de tropas que se acercaban en acompasado movimiento. D. Francés, ó el conde don Francés, ó mas bien Francisco de Zúñiga, pues este era el verdadero y único dictado del agudísimo truhan, que un año mas tarde debía obtener la plaza de bufon del rey Cárlos primero de España y quinto de los emperadores de su nombre en Alemania, se acercó

al balcon y despues de examinar atentamente lo que pasaba en la parte de afuera, y que las tropas se detenian dando frente al edificio en que se hallaba, sacó su rosario del bolsillo del jubon y despues de darse tres golpes de pecho, púsose de rodillas y empezó á rezar devotamente.

—¿Qué significa eso? le preguntó D. Fadrique Enriquez, almirante de Castilla, dando cuatro pasos hácia el balcon.

—No me interrumpas, hijo mio, le respondió D. Francés en voz baja, y si la piedra y la gota te lo permiten, arrodíllate como yo, y pide perdon por tus pecados, que hartos has cometido.

—Pero esplicame esa mogiganga, insistió el primero levantando el baston con enojo.

—¿Pues no lo estás viendo, renegado de Satanás? ¿No conoces que el Cardenal de las lentejas nos ha puesto en capilla?

Echóse á reir el Almirante, á pesar de que no las tenia todas consigo, porque al cabo le daban mucho que recelar aquellos aprestos militares, precisamente cuando iba á celebrarse un consejo, de cuyos acuerdos dependeria muy pronto la suerte de la monarquía española. Mas viendo al mismo tiempo que llegaban al salon el Duque del Infantado y el Conde de Benavente sus amigos, se tranquilizó de todo punto en cuanto á su persona, aunque sin desechar de su imaginacion la idea de que se preparaban novedades.

Y ahora es cuando nosotros debemos en conciencia esponer al lector, en cuatro palabras, la situacion de los negocios de Castilla, ya que pretendemos hacerle comprender los acontecimientos que vamos á relatar en las páginas de este libro.

Don Fernando el *Católico* habia fallecido en Madrigalejo el dia 23 de enero de 1516 despues de haber gobernado á Castilla como regente, durante, diez años, por muerte de su yerno D. Felipe el *Hermoso*, pues su hija la reina Doña Juana se habia negado tenazmente á encargarse del reino; y no obstante la disposicion que tenia otorgada nombrando por regente al infante D. Fernando, las representaciones de sus mas adictos consejeros recabaron de él que

la anulase completamente pocos dias antes de espirar, declarando á doña Juana heredera de todos sus estados y despues de esta al príncipe D. Carlos su nieto, que entonces se hallaba en Alemania. Asimismo dispuso que el cardenal Fray Francisco Ximenez de Cisneros se hiciese cargo de la regencia de Castilla, cuya nobleza, cansada de la sujecion en que la habia tenido el desconfiado esposo de Isabel primera, empezaba á impacientarse, preparándose á resistir la autoridad de aquel virtuosísimo prelado. Pero la firmeza del célebre Inquisidor general desbarató los planes de todos los enemigos del reposo público, teniendo á raya á los mas osados y convenciendo á los demás, con los grandes medios que le suministraba su consumida prudencia. Agregóse á las dificultades con que habia empezado á luchar, la llegada á España del cardenal Adriano de Utrech, Dean de Lovaina y preceptor del príncipe D. Carlos, que pretendia apoderarse esclusivamente de las riendas del gobierno; pero Cisneros no se desanimó; antes bien saliendo al encuentro del enviado, le convenció en la primera entrevista, de que sus pretensiones acarrearían indefectiblemente una guerra civil, por lo que se convinieron en dividir entre ambos la regencia y en poner sin demora en conocimiento del príncipe el estado del reino, excitándole á que no prolongase por mas tiempo su estancia en Bruselas, por la mucha falta que hacia su persona en Castilla, para el mantenimiento del público sosiego. El Dean de Lovaina entró de buena fé en las miras del cardenal Ximenez, sin sospechar que no todos los caballeros flamencos de su comitiva estaban dispuestos á ser frios espectadores de lo que entre los dos regentes ocurriese. En efecto, el jóven Eduardo de Chevres, sobrino del ministro favorito que Carlos tenia en Alemania, y uno de los principales nobles del séquito de Adriano, habia traído cartas del príncipe para su madre la reina doña Juana, y tambien instrucciones secretas de su codicioso tio: presentóse á Cisneros, cuya voluntad supo ganar fácilmente, y enterado á los pocos dias de que se hallaba resuelto de no consentir que la riqueza del país y los empleos públicos fuesen pasto de la insacia-

ble rapacidad de una turba de extranjeros, escribió á Bruselas dando cuenta de todo, recibió nuevas órdenes y como si espresamente se le hubiese prevenido, estrechó mas y mas sus relaciones con el Cardenal, mostrándosele siempre dispuesto á complacerle, á servirle y á acompañarle en toda coyuntura. De vuelta á la corte, despues de las amistosas conferencias con Adriano, quiso seguirle el caballero de Chevres, pero al cabo tuvo que separarse de él para pasar á Tordesillas, á entregar á doña Juana las cartas del Príncipe su hijo, y al mismo tiempo se encargó de un mensaje del Cardenal para la misma señora.

Entretanto vendia el ministro Chevres desde Bruselas, abusando de la confianza y favor del nuevo Rey, todos los destinos y cargos de España, sobre la cual se preparaba á caer una espantosa nube de flamencos: los que ya se encontraban en territorio de Castilla y tenian alguna parte en el manejo de la administracion, seguian tan pernicioso ejemplo, haciendo escandaloso tráfico de la justicia y poniendo los empleos y comisiones á merced del que mas daba, con el objeto de allegar riquezas y transportarlas fuera del reino. El Cardenal arzobispo, no bien volvió á Madrid y de acuerdo en todo con el Dean de Lovaina, mandó pasar aviso al almirante D. Fadrique, al Conde de Benavente y al Duque del Infantado, para que se sirviesen pasar á su morada, y mientras se reunian en ella, se puso á representar enérgicamente al Rey contra la corrupcion y demasías de los flamencos que acababan de llegar, haciéndole presente el descontento que su venalidad y avaricia sin limites producía en el país, y rogándole que cuanto antes viniese á España, sino queria verla sumida dentro de breve espacio en un espantoso desórden.

Al entrar el del Infantado y el de Benavente en el salon, donde se hallaban el Almirante y el bufon Francisco de Zúñiga, se enderezó este, escondió el rosario con presteza y empuñando el chafarote, dijo á D. Fadrique:

—Ya pasó la tormenta, hermano Fadriquito, porque nos llega refuerzo contra los mosquetes del Cardenal lentejas.

—¿Qué es lo que canta ese loco? preguntó el primero de aquellos señores adelantándose.

—Apuesto, amigo Duque, respondió D. Francés, la posesion de mi trono de Castilla contra el ojo izquierdo de tu mujer, cuando le nazca, á que hoy no te has santiguado.

Pareció muy mal al del Infantado, cuya esposa era tuerta, el atrevimiento del bufon, y fuése derecho hácia él con grande enojo, resuelto á castigarle; pero al mismo tiempo se abrió la puerta de una estancia, á la cual se pasaba desde el salon, y apareció en su dintel un hombre como de sesenta años, de luenga, blanca y espesa barba, y ataviado con la púrpura cardenalia. El duque se detuvo por respeto, y D. Francés se escurrió detrás del Conde de Benavente, á cuyos oidos murmuró estas palabras:

—Tampoco tú, galguito mio, has hecho la señal de la cruz esta mañana, supuesto que todos venís á meteros en la boca del lobo. ¿No observas que ya se ha puesto su verdadera piel? Pues ten por seguro, que debajo de ella lleva la de cordero.

El personage que habia aparecido era el cardenal regente Fray Francisco Ximenez de Cisneros, y el bufon, al hablar de su piel de lobo, aludia al traje de prelado de la iglesia, que solia endosarse únicamente en graves ocasiones sobre el humilde hábito franciscano que nunca le abandonaba. Los tres magnates le saludaron con cierta reserva ceremoniosa, que él pareció no haber advertido; antes bien, despues de echarles su bendicion, les invitó con amistosa benevolencia á que entrasen en su gabinete de despacho. Hiciéronlo así, y D. Francés, que tenia el privilegio de estar en todas partes, siguió sus pasos y fué á colocarse á espaldas del sitial que ocupó el Arzobispo: viendo entónces que el Almirante permanecia en pié, le guiñó un ojo con malicia diciendo:

—Mi hermano Fadriquito se ha quitado de encima la gota y veinte años de edad. No te sientes, no te sientes, que ya te sentarán la mano muy pronto.

El Cardenal dirigió al bufon una mirada severa; el Almirante se

sentó como los demás, despues de morderse los lábios; pero deseando salir de la incertidumbre en que se hallaba, interpeló al prelado sobre el motivo de aquella reunion.

—Sois los principales señores del reino, respondióle este, y he debido reuniros en consejo, para que me digais vuestra opinion acerca de los negocios públicos.

—La mia, observó el Conde de Benavente, es que van de mal en peor.

—Eso mismo pienso, añadió el Duque del Infantado.

—Yo creo, repuso D. Fadrique, que la muerte del regente don Fernando nos ha dejado tres cosas á cual mas fatales; un Rey demasiado jóven, una Reina loca y vuestra administracion, señor Cardenal.

Sonrióse Cisneros y respondió tranquilamente:

—Todo se arreglará, señor Almirante; yo os lo prometo.

—¿De qué modo? replicó este.

—Lo mismo que se han arreglado las desavenencias, que debia haber suscitado la llegada del cardenal Adriano.

—¿Pues no ha traído poderes para gobernar en nombre del príncipe Cárlos?

—Nada mas cierto.

—¿Y ha cedido?

—¿Qué queráis que hiciese? Su administracion absoluta hubiera exasperado los ánimos, y ante todo necesitamos paz, si hemos de conservar el reino como corresponde, hasta la venida del monarca. ¿Creeis que no tienen bastante carga los pueblos con ese enjambre de flamencos, que se aumenta de dia en dia para devorar su pan? ¿Hemos de abrumarle tambien nosotros con la plaga de una guerra intestina?

—Chúpate esa, hermano Almirante, y háblame mal de las lentejas, chilló el bufon soltando una carcajada.

—Paréceme que no nos entendemos, replicó D. Fadrique: nadie hay aqui que aspire á envolver el reino en disturbios, cuyo tér-

mino podria ser funesto para todos; lo que la nobleza desea es saber á qué atenerse en cuanto á la regencia del estado. Nuestra Reina hasta hoy es doña Juana, por las leyes del reino y por la voluntad de sus padres.

—¿Quién os lo niega? le contestó el Cardenal, arrugando imperceptiblemente el entrecejo. Pero doña Juana no se halla en disposicion de atender al gobierno de estas provincias, y anhela que llegue su hijo y heredero para transmitírselo: mientras esto acontece, y merced á la previsora sabiduría del difunto rey D. Fernando, hay en España un hombre, dispuesto á impedir que se abuse de la ausencia del hijo y del lastimero estado de la madre.

—Y ese hombre.... sereis vos.....

—Habeis acertado, señor Almirante.

—Mas..... ¿cómo habeis conseguido que el cardenal Adriano renuncie al derecho, que le dan sus poderes?

—No lo he intentado, porque yo siempre respeto los poderes y los derechos legítimos. El Dean de Lovaina gobernará conmigo.

—¿Contais con que el rey apruebe vuestra intervencion en los negocios?

—Acordaos, señor Almirante, que hoy solo reconocis á doña Juana.

—Así es la verdad.

—Pues bien: doña Juana aprueba lo que yo hiciere en su nombre y en el del príncipe Cárlos.

—Tambien habeis dicho, señor Cardenal, que esa señora no puede atender á nada por su demencia.

—¿Qué sacais de esa razon?

—Que no ha sabido lo que hacía, cuando os otorgó su confianza.

—Es posible que no andeis muy descaminado en ello: mas.... ¿creeis en conciencia que el Rey me haga cargos, despues que le asegure el sosiego del pais.

—¿Y si no se lo asegurais?

—¡Oh! Veremos.... veremos.....

—Fadriquito.... Fadriquito.... hijo mio, gritó D. Francés, no juegues con las lentejas al gana—pierde, porque es fácil que no te echen al hoyo el mal de piedra ni la gota. Pelillos al mar; seamos todos buenos compadres y gobernemos esta pobre España del mejor modo que podamos.

—Si vuelves á resollar, inmundo reptil, exclamó el Almirante amenazando al loco con el baston, voy á convertirte en gigote.

—Avanza, avanza, repuso el bufon: correrás, para alcanzarme, por todos los aposentos de este palacio, y convencerás á los nobles de que tus achaques son fingidos. ¿No quieres admitir el consejo de la locura? Pues allá te las hayas con mi tio el Cardenal lentejas.

Don Fadrique se serenó, al observar el imponente gesto que se dibujó en el semblante de Cisneros y dijo á este:

—Ya que me toca hablar hoy por los tres que aqui estamos, no he de disimular mis pñsamientos. El rey D. Fernando os encomendó la regencia de Castilla; la reina doña Juana os ha autorizado por sí, y por el príncipe Cárlos, para que obreis como tal gobernador de las provincias de España; mas.... no basta eso.

—¡No basta! repuso admirado el Cardenal.

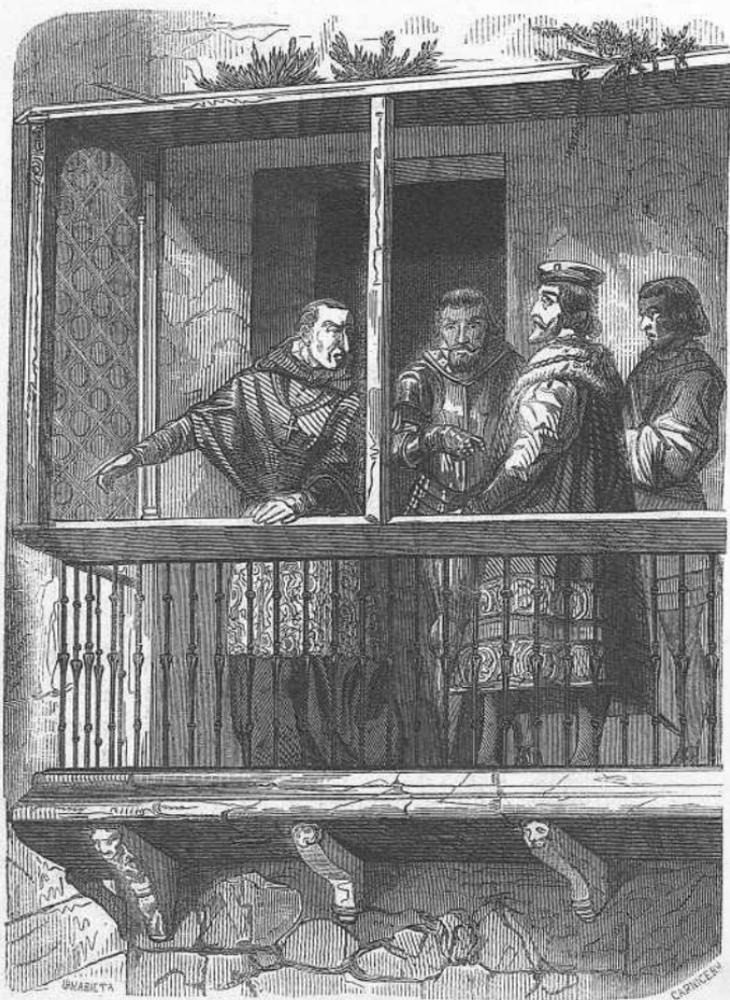
—No.... en manera alguna: la nobleza de Castilla protesta por mi boca contra esos poderes y.... ya es tiempo, añadió levantándose D. Fadrique, que esa nobleza sacuda el vergonzoso abatimiento á que la redujo la política de los Reyes católicos. Señor Cardenal, preparaos á la lucha, porque nosotros no reconocemos vuestra autoridad.

—Bien dicho, exclamó D. Francés haciendo un rápido molinete en el aire con sus brazos; mi hermano Fadriquito ha arrojado el guante y vamos á tener encarnizados encuentros entre las lentejas y la gota: indigestion segura para los grandes señores.

—Poseo, replicó Cisneros abandonando su sitial, otros poderes de mas peso que los que habeis enumerado; poderes que no recusareis en manera alguna.

—Mostradlos, gritaron los tres magnates á un tiempo.





Ahí teneis mis poderes.....

—¿Quieres, tío mio lentejas, que yo se los enseñe para que raien? preguntó el bufon al Cardenal.

Este se dirigió al salon, seguido de los nobles, entanto que don Francesillo se apretaba el cinturón de su tizona, como previniéndose para el combate; abrió el balcon corrido de la fachada principal de su casa, asomóse á él, y señalando una respetable fuerza de infantería, caballería y artillería, que los magnates vieron apostada á su frente y á lo largo de la calle *del Sacramento*, les dijo:

—Ahí teneis los poderes, con que cuento en todo caso para hacerme respetar. Con ellos gobernaré, hasta que vuestro amo y el mio venga á tomar posesion de su reino.

Desconcertados y mohinos quedaron el Almirante y sus amigos en vista de aquel inesperado alarde de poder, pues habian imaginado que podrian tener á su disposicion las tropas, por los altos puestos que ocupaban y las consideraciones que les eran debidas. Retiráronse cabizbajos del balcon, y el de Benavente dijo al Cardenal:

—Sois el mas fuerte y me retiro á mis estados.

—Y yo á los míos, añadió el Duque del Infantado.

—¿Y tú, hermano Fadriquito? preguntó el bufon al Almirante. Ya ves que las lentejas han triunfado de la gota en esta campal batalla, provocada por la ambicion de muchos, contra el buen juicio de uno solo: vuélvete al lecho, y deja que ruede la bola, porque si te empeñas en detenerla, vas á quedar aplastado.

El Almirante, pálido de rabia, se dirigió á la escalera con mas apresuramiento del que al parecer sus fuerzas prometian. Siguiéronle los otros dos nobles y luego que hubieron desaparecido del salon, se metió D. Francés dos dedos de cada mano en la boca y comenzó á silbarles.

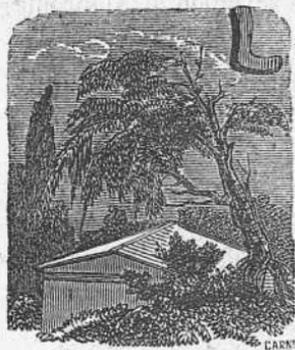
—¿Qué haces, bribon? le dijo el Cardenal.

—Tío mio, contestóle el loco haciendo una pirueta, tus enemigos han representado muy mal su comedia, y hago con ellos lo que hace el público con los farsantes que no le divierten.

—Creo que no se atreverán á rebelarse, murmuró el primero entrando en su gabinete.

CAPÍTULO II.

En que se manifiesta que de noche todos los gatos son pardos.



UEGO que don Francesillo se vió solo, volvió á emprender su paseo por el salon, gestionando caprichosamente y prorumpiendo de vez en cuando en estrepitosas carcajadas, que él mismo interrumpia asombrado, al notar que el eco las iba repitiendo á sus espaldas. Incomodado al fin de aquella persecucion incesante, detúvose de pronto y mirando hácia todas partes con aire de maton, exclamó con ira:

—Si todavía ha quedado por ahí escondido algun gotoso, que intente burlarse de mí, acérquese y nos veremos las caras.

No bien habia acabado de pronunciar estas palabras, cuando vió delante de sí á un jóven y agraciado caballero armado de todas armas, que acababa de entrar en el salon. Un sudor frio se apoderó

al pronto de todos sus miembros, porque llegó á figurarse que efectivamente le deparaba el destino un contrario, que iba á vengar en su persona la rechifla que acababa de hacer de la nobleza; pero examinándole mas despacio cesaron sus temores, pues no tardó en reconocer en él al rico heredero de uno de los magnates adictos al cardenal Cisneros.

El jóven se adelantó de puntillas hácia el bufon y le preguntó en voz baja:

—¿Estamos solos, Francisquillo?

—Llámame conde D. Francés, ahijado mio, le respondió este, pues tu brillante atavío no es una razon para que me faltes al respeto.

—Bien, no te enojas por tan poco; te llamaré duque, si te place, con tal que me sirvas en una empresa, repuso el caballero.

—Vamos por partes, observó D. Francés, dándose importancia: lo que aqui ha sucedido acaba de abrirme los ojos y no quiero caer en emboscadas.

—¿Qué ha sido ello?

—¿Conque me lo preguntas? Como si no te hubiera yo visto ahí abajo, al frente de las tropas....

—Sí: mi padre D. Diego de Mendoza me previno que colocase fuerza de infantería en la calle *del Sacramento*, pues recibió esta mañana temprano cierto aviso del Cardenal regente.

—Oh! Mi tio lentejas tiene buen auxiliar en el Conde de Melito. Si vieras, D. César, ahijadito mio, como nos hemos compuesto con la nobleza rebelde....

—¿Ha cedido por fin el Almirante?

—Creo que le hemos suministrado una purga tan eficaz contra la gota, que dará al traste con ella, si es que la tal gota no se ha convertido en diablo, para tentarle á cada momento

—Ya me contarás eso mas tardé. ¿A dónde ha ido el Regente?

—A rezar, para que no le chupen brujas.

—¿Está allí?

—Si no sale de su escondite, desde que ha llegado á Madrid. Te aseguro, D. César, que le he dado buenos consejos contra el Duque del Infantado.

—¡Contra el Duque! ¿Y por qué?

—Porque es mas que conde.

—Hoy estás insufrible, D. Francés.

—No ha quedado ahí; tambien me he decidido contra el de Benavente.

—¿Y el motivo?

—Porque ese *es-conde*.

—Pícara lengua tienes, Francisquillo, y mucho temo que algun noble poco sufrido te la arranque algun dia.

—¿Qué importa? Hasta que esa desgracia me ocurra, nadie podrá llamarme con justicia deslenguado.

—Vamos, sígueme y tomarás parte en una aventura que puede hacerme dichoso.

—Si se trata de amores ya estamos andando; pero con una condicion.

—Puedes imponer todas las que quieras, con tal que me ayudes en lo que intento.

—Quiero indispensablemente, ahijadito mio, que cuando llegue el instante de las estocadas ó de los palos, recibas tu la parte que me toque.

—Te aseguro que no hay el menor peligro: la muger que vas á robar no es conocida en la corte; habita en una casa que ahora mismo te indicaré, no léjos de aqui, y en la cual puedes introducirte fácilmente con un pretexto.

—¿Conque quieres convertirme en raptor de doncellas? No lo has pensado bien, D. César, porque si la tuya me entra por el ojo, soy capaz de tener un lance contigo.

Salieron hablando así á la calle D. César de Mendoza y Francisquillo, y este quedó enterado poco despues, de que en la tortuosísima calle *del Almendro* vivia la dama de los pensamientos del caba-

llero: su mision estaba reducida á rondar por aquellos desiertos barrios desde media tarde, á valerse de alguna estratagema para llegar hasta la niña, y á ponerla én seguida á buen recaudo.

—Demos de barato, observó sin embargo, luego que escuchó estos pormenores, que todo sale á pedir de boca, y que tu dama me sigue de grado ó por fuerza ¿qué hago yo con semejante estorbo?

—Te la llevas á Odon. (1)

—¡Demonio! ¡A la villa de tu padre!

—Y á su propio palacio.

—Muchas ganas tienes de que el viejo Mendoza mande que me descuarticen.

—Nada sabrá D. Diego de este lance, porque yo estaré al acecho de tus operaciones, y cuando te vea con la niña, saldré de Madrid para esperarte en mis tierras. Escuso recomendarte que tengas caballos dispuestos, y si necesitas media docena de pillos, por lo que puede acontecer.....

—La pillería de la corte corre por mi cuenta, y si la turba huele que he menester auxilio, lloverán sobre mí tantos memoriales, que no habrá mas que pedir. Véte descuidado que, aunque loco, no me mamo el dedo.

Mientras D. César y el bufon preparaban el rapto de la hermosa que al parecer tenia hechizado al primero, partian de la corte para sus estados de Andalucía y de Estremadura el Duque del Infantado y el Conde de Benavente. Conociendo ambos que el partido del Cardenal llegaría á triunfar por completo de la obstinacion de la nobleza, porque tenia á su favor las simpatías de los pueblos, se separaron de los compromisos que habian contraido con el Almirante, y quisieron mas bien esperar tranquilos la llegada del nuevo monarca, que esponerse á su indignacion, si en efecto aprobaba los actos del regente Cisneros, durante su ausencia en Alemania.

(1) Villaviciosa de Odon: villa situada á tres leguas de Madrid y á dos de Navalcarnero. Se llamó Odon antiguamente y el rey D. Fernando VI la dió el nombre que hoy tiene. En tiempo de los Reyes católicos y aun mucho despues, formó parte de los dominios pertenecientes á la casa de los Mendozas, Condes de Melito. *Arch. de Sim. Leg. 14.*

Entretanto D. Fadrique Enriquez, atormentado por la gota y otros achaques, se daba á Satanás por haberse dejado sorprender. Hubiera debido (así lo pensaba al menos) prevenir al cardenal Adriano, para que no cediese los poderes, que del Príncipe traía, á las exigencias del sábio consejero de los Reyes católicos, supuesto que él y los nobles con varias ciudades de Castilla estaban en ánimo de oponerse á la administracion absoluta del último; pero ya era tarde para todo. En efecto: las circunstancias en que ocurrió la muerte de D. Fernando, abuelo del nuevo Rey, fueron críticas para Fray Ximenez de Cisneros, y solo su temple de alma podia conjurar la tormenta que se preparaba, porque los nobles del reino, cuyo orgullo estaba reprimido, pero no muerto, eran todavía muy poderosos y pujantes, y el gobierno centralizador del Regente debia prepararse á los obstáculos, que podian suscitar á su hábil y salvadora política las inmunidades y privilegios de muchas poblaciones, que por esta causa ejercian grande y peligrosa influencia en los negocios públicos. Cierto es que D. Fernando habia sabido, con rara firmeza, sujetar las ambiciones de los grandes y los conatos de sedicion de las ciudades; mas ¿quién aseguraba que, huérfano el reino, dividida la opinion en parcialidades, unas en favor de doña Juana, otras en pró del Príncipe su hijo, se conservase la tranquilidad y no reviviese el mal contenido fuego de las anteriores discordias?

Segun los despachos que habia traído á Castilla el prudentísimo Dean de Lovaina, el príncipe Carlos confirmaba la regencia con la intervencion de Adriano, que desde luego aceptó el cardenal Ximenez, y bajo las prevenciones necesarias para que se le proclamase Rey de España, supuesto que el emperador Maximiliano y el Papa acababan de reconocerle como tal. El cardenal Cisneros, resuelto á sostener el órden á todo trance, habia convocado el Consejo Real y á los grandes en Valladolid, despues de sus conferencias con Adriano, y dias antes de su entrevista en Madrid con el Almirante y sus amigos el Conde de Benavente, y el Duque del Infantado: empeñáronse allí reñidísimas disputas respecto á los derechos del soberano

no, porque los descontentos alegaron que doña Juana, aunque falta de razon segun el dictámen de los que seguian el bando flamenco, no estaba legalmente incapacitada de gobernar sus provincias; pero la prudencia y el ascendiente de Cisneros allanaron todas las dificultades, conciliando los derechos existentes de la Reina *loca* con las necesidades del reino; determinóse pues en aquella solemne asamblea, que se otorgase al príncipe Carlos el dictado de rey, pero con una condicion espresa de que en todas las órdenes, edictos y otros documentos públicos se habia de estampar el nombre de su madre doña Juana antes que el suyo.

Fray Ximenez de Cisneros habia conseguido dos victorias; la primera consistia en la conservacion de la regencia, que le habia encomendado al morir el Rey católico; la segunda en hacer que España reconociese á D. Carlos como rey de hecho, sin menoscabo de la prioridad de su madre, reina por derecho. Faltábale sin embargo alcanzar el triunfo decisivo, y para lograrlo no perdonó medio ni fatiga. Despues de haber dispuesto que el Príncipe fuese proclamado en todas las ciudades y villas importantes del reino, se veia en la necesidad de asegurarle la corona contra el parecer y las pretensiones de los nobles turbulentos, y se dedicó á conseguirlo con tan esforzado aliento, con tan decidida voluntad, que en sus años parecian imposibles. Levantó desde luego un cuerpo de tropas, fuerte de treinta mil hombres, á fin de hacerse obedecer y de castigar ejemplarmente á los que osasen levantar bandera de rebelion, y puso al frente del ejército al valiente, aunque enemigo personal suyo, don Diego de Mendoza conde de Melito, cuya lealtad le era harto conocida. Este gran golpe de estrategia política le conquistó todo el afecto de tan poderoso magnate y el de las muchas familias de primer orden relacionadas con la suya por los lazos de la amistad ó de la sangre, pero al mismo tiempo esparció la alarma entre los grandes, que lo consideraban como contrario á sus intereses particulares, por lo que trataron de apelar á las armas. Valladolid y Búrgos fueron las primeras ciudades que se rebelaron; pero marchó contra

ellas el viejo Cardenal en persona, y habiéndolas sujetado en breve, quiso imponer á sus privilegios un castigo, que sirviese de escarmiento á otras, y sobre cuya justicia ó injusticia se han devanado los sesos nuestros modernos historiadores. Nos referimos á la célebre comision que estableció para examinar escrupulosamente el origen de las propiedades de los señores de Castilla, pues no ignoraba que la mayor parte de ellas procedia de donaciones arrancadas por la ambicion á la debilidad de los Reyes, ó de dominios usurpados violentamente á la corona en épocas de desórdenes y de turbulencias. La comision sinembargo no correspondia fielmente á las miras del Cardenal, porque le era sumamente difícil, ó por mejor decir, imposible habérselas contra las innumerables reclamaciones, que diariamente producian sus acuerdos: impacientado pues el Regente y anhelando acallar todas las quejas, para que nadie se atreviese en lo sucesivo á poner en tela de juicio su autoridad omnímota, cortó por lo sano, incorporando á la corona muchos estados y posesiones, que radicaban en manos de nobles desafectos y declaradamente enemigos del príncipe Cárlos, y así pudo atender con desahogo al sostenimiento y aun al regalo de las tropas, con las cuales contaba para reprimir á los mal avenidos con el sosiego público.

Como D. Fadrique Enriquez y sus aliados el del Infantado y Benavente eran acaso los tres personajes mas temibles para el Regente, por lo mismo que siempre habian guardado fidelidad á doña Juana, aun contra su mismo esposo D. Felipe, desde que éste pretendió que las cortes de Valladolid la declarasen loca é incapaz de dirigir el reino, quiso desde luego saber aquel eminente hombre de estado, si trataban de contrariar sus planes: al efecto se dirigió á Madrid, y para convencerles en todo caso de lo que podian esperar de su firmeza, les llamó á su palacio, despues de dar al Conde de Melito las órdenes convenientes, á fin de presentarles un alarde de fuerzas, que apagase sus deseos de rebellion, suponiendo que hubiesen podido abrigrarlos. Ya hemos visto que el Cardenal llevó toda la ventaja en tan arriesgada prueba, que fué tambien la última á que tuvo que recurrir contra los nobles descontentos.

El mismo dia en que se celebró tan importante discusion, y á la caida de la tarde, se paseaban gravemente tres bultos enlutados á lo largo de la calle del Almendro; llevaban trages talares y dos de ellos sombreros llamados de tres candiles, distinguiéndose el otro por el muy pronunciado de teja y de anchas alas que le cubria, revelando en él á un miembro de la Iglesia. Algunas vecinas de aquel tristísimo barrio, que por casualidad se dirigian á sus casas, despues de haberse solazado durante el dia á orillas del fangoso Manzanares, apretaban el paso santiguándose al divisar aquellos bultos, pidiendo á Dios de veras que las librase de sus uñas. Y era que aquellas pobres mugeres sabian muy bien á que atenerse, en cuanto á la presencia de los tres fantasmas en aquellos sitios y precisamente á la entrada de la noche, hora de los arrestos misteriosos y de las desapariciones repentinas de muchos que por allí vivian, y á quienes la pública opinion designaba con el abominable nombre de judaizantes. Esto quiere significar que tenian á uno de aquellos hombres negros por inquisidor, y á los dos que le seguian por familiares ó corchetes del Santo Oficio. Ellos entretanto proseguian recorriendo la calle, hasta que ya cerrada la noche se detuvieron delante de una casa de buena apariencia, lo cual hizo murmurar á una vieja, que no habia cesado de observar sus movimientos desde su ventana:

—Segura estaba yo de que el nuevo vecino no era cristiano viejo. Dios ilumine su alma y tenga misericordia de las de todos, para que no nos lleven á la hoguera.

—Retírese en paz la bruja, si no quiere que despues de despachar aqui, tengamos que hacer con ella, dijo con acento calculado uno de los bultos, echándose al medio de la calle, mientras el del sombrero de teja llamaba á la puerta de la casa que hemos indicado, y á una de cuyas ventanas se asomó un hombre. La vieja cerró precipitadamente la suya encomendándose á todos los santos del Paraiso y maldiciendo su curiosidad.

El hombre que acababa de asomarse examinó la calle, vió los bultos negros y pregunto:

—¿Qué se ofrece?

—Que abrais á la Santa Inquisicion, respondió uno de ellos.

¿Quién hubiera osado resistirse en el siglo xvi á tan terrible requerimiento? El hombre de la ventana empezó á temblar, y dando diente con diente bajó la escalera y abrió su puerta á los emisarios de aquel poder colosal, cuyos secretos juicios desafiaban el orgullo de los mas grandes monarcas de la tierra. Los enlutados no se tomaron el trabajo de subir; sujetaron en el zaguan al que acababa de franquearles la entrada, y el del sombrero de teja, le preguntó:

—¿Teneis una hija?

—¡Ah! Sí... sí... exclamó el desgraciado; pero ¿en qué ha podido ofender á la Santa Inquisicion mi pobre niña?

Y rompió á llorar desesperadamente, figurándose desde luego la suerte que estaba reservada á una jóven sin esperiencia, arrancada de los brazos de su padre, para verse sumida en un lóbrego calabozo y á disposicion de unos verdugos implacables.

—Tranquílcese y nada pregunte, le dijo el mismo que antes le habia hablado; sobre todo no ponga esos pucheritos capaces de enternecer á un peñasco, porque por mas inquisidores que seamos, tenemos almas que bailan muy á su placer en nuestros cuerpos. Y ahora responda bien y pronto, que no es el leon tan fiero como le pintan, y á veces el mas estrecho saco suele venir á un monge gordo como de molde.

Otro cualquiera hubiera comprendido por estas palabras, que el negocio de que se trataba nada tenia que ver con la Inquisicion, cuyos esbirros desempeñaban sus tremendas comisiones con una severidad y sangre fria aterradoras: pero nuestro hombre de la calle *del Almendro* se hallaba sobrecogido por la primera impresion, que el aspecto siniestro de aquellos visitantes nocturnos le habia causado, y solo atendia ya á los peligros inevitables que amenazaban á su querida hija. Con todo, alguna esperanza concibió al oir que el gefe de los familiares no era un ser insensible, y desde aquel instante se fijó en su imaginacion un pensamiento atrevido, que á

todo trance quiso poner por obra, persuadido al fin de que si no llegaba á realizarse, no por eso empeoraria la situacion en que se hallaba. Llamó pues á un lado al del sombrero de teja, y le dijo:

—Señor familiar, vos sois un hombre compasivo y yo poseo algunos bienes de fortuna; dejaos pues vencer por mis razones. ¿En cuánto tasais la noticia que vais á llevar al Santo Tribunal, de que mi hija se ha fugado?

—¡Sabes con quien hablas, miserable judío! gritó el familiar.... ¡A mí con sobornos, eh! Se apuntará en el libro verde, y si no me traes al punto la dama, llevarás tizonazos por descargo de tus enormes culpas.

—Apiadaos de un padre sin ventura, esclamaba el pobre diablo, que con alguna resolucion hubiera tal vez conseguido ahuyentar de su casa á aquellos bribones.

—No hay piedad para los réprobos, le contestó el fantasma; tu hija.... tu hija.... ó prepárate á.... ¡Qué diablos!.... ¿Sabes por ventura si todo esto será para su bien?

—No.... no.... llevadme á mí.... llevadme y compadeceos de su inocencia.....

—¿Y qué quieres que hagamos contigo, pícaro colgajo de horca? ¿Para qué sirve tu inmundo esqueleto? Ea; concluyamos: venga tu hija, ó yo mismo subiré á buscarla.

El infeliz padre permaneció algunos segundos pensativo y pronunció por último estas palabras:

—Seguidme pues, ya que no hay otro remedio, y apoderaos de ella: no se dirá al menos que yo mismo he entregado á la hija de mis entrañas.

Y diciendo así subió á su aposento acompañado del gefe de la ronda inquisitorial: llamó despues á su hija, bellísima jóven de diez y seis años, que se presentó alarmada y llorosa, la estrechó en sus brazos convulsivamente y la dijo:

—Cúbrete con tu manto, María de mi alma: la Santa Inquisicion te reclama y vas á partir.

—¡La Inquisicion! gritó María retorciéndose los brazos.... ¡Dios mio!.... ¡Padre mio!.... ¿De qué me acusan?

—¡Hija de mis entrañas! repuso su padre con vehemencia; vete, porque estoy resuelto á salvarte ó á perecer contigo. Vete.

La jóven obedeció; al dirigirse á su estancia para tomar el manto, miró con terror al familiar y no pudo menos de estremecerse.

—Graciosísima criatura es la judía, murmuró el último, luego que ella hubo desaparecido.

—No, sino muy cristiana y temerosa de Dios, repuso el triste padre sollozando: el que la ha delatado es un calumniador infame, y juro por mi nombre que me la ha de pagar, si llevo á descubrirle.

—Vamos, vamos; es preciso primero ver claro en todos los negocios antes de juzgar á los hombres, las apariencias engañan la mayor parte de las veces, y lo que ahora considerais como una desgracia puede convertirse mañana en una brillante fortuna.

—¡Fortuna para mi hija, encerrada en la Inquisicion!

—¿Quién sabe? hay cosas que parecen increíbles. Si ahora, por ejemplo, os asegurasen que yo, comisionado por el Santo Tribunal de la Fé para prender á esa doncella, soy un personage principal, un conde hecho y derecho ¿no soltaríais la carcajada? Confiad pues en mi nobleza; si vuestra hija entra esta noche en la Inquisicion, os empeño mi palabra de que antes que amanezca se hallará sana y salva fuera de la corte.

—¡Ah! ¿Me lo jurais?....

—He dicho.

—Sí.... os lo creo.... necesito creerlos para no morir de dolor.... ¡Oh! Gracias... gracias por el consuelo que me dais.

—Acordaos de que es preciso, para que yo cumpla lo que os ofrezco, que esa jóven me siga en silencio.

—Lo hará, no lo dudeis.... no osará quejarse.... porque el nombre de la Santa Inquisicion....

—Mucho tarda en volver, y una demora, por pequeña que sea,

puede ser fatal, porque el Tribunal enviará otros alguaciles.....

—Esperad un momento; yo iré á buscarla.

Nuestro hombre no tuvo que dar un paso, porque no habia acabado de proferir las últimas palabras, cuando apareció en la habitación una muger cubierta de pies á cabeza con su manto. Al ver al del sombrero de teja, retrocedió asustada, lanzó un grito y quiso huir; pero el familiar se arrojó á ella como un tigre, la sujetó y tapándole la boca con un pañuelo, dijo al otro:

—Hemos convenido en que no hable: llamad á mis esbirros y retiraos luego, dejándonos hacer: de lo contrario, os llevo tambien y de nada respondo.

El padre de María desapareció: los esbirros subieron y entre los tres encargados de aquella captura bajaron á la pobre muger desmayada á la calle. Cuando recobró sus sentidos, se halló cabalgando, sostenida por un apuesto caballero, y fuera del recinto de la corte.

Media hora despues de haberse marchado los familiares entró María en el aposento de su padre. Este se levantó azorado, enjugó con precipitacion las lágrimas que bañaban sus mejillas, abrió los ojos desmesuradamente y exclamó fuera de sí:

—¡Por fin, te han dejado, hija mia! ¡Ese buen señor ha cumplido su palabra!

—¿Qué decís, padre mio? replicó la jóven: he estado escondida en el desvan, y de allí vengo en puntillas para preguntaros si tengo algo que temer todavía.

—¿Cómo! ¿Pues no te han llevado en brazos? ¿No te he visto yo?

—Sin duda soñais; os digo que cuando entré á ponerme el manto, ocurrióme la idea de ocultarme, y el miedo me prestó alas.....

—¡Dios de misericordia! Se me figura que voy á perder el juicio esta noche. ¿No eras tú la misma que intentaste huir y á quien el familiar cubrió la boca con un pañuelo? ¿No saliste de esa habitación con manto?

—Os juro, padre mio, que no habeis vuelto á verme hasta este

instante, desde que me ofrecísteis salvarme ó morir conmigo.

—¡Qué rayo de luz! ¿Has visto á tu madrastra?

—Solo sé que entró en casa pocos minutos antes que llegasen los que han venido á prenderme: no ignorais que esta tarde salió á paseo.....

—¡Ella es la que se han llevado en tu lugar!..... Tenia el manto puesto..... oyó sin duda tus sollozos..... nuestras exclamaciones, y despues que te retiraste, se presentó, arrojó un grito al examinar al hombre que estaba aqui conmigo, y procuró escaparse..... pero ya no era tiempo. Ven, hija mia, registremos la casa, llamemos á la pobre Poncia.....

La pobre Poncia no pareció en ningun escondite de su casa, por la sencillísima razon de que, á aquella misma hora, caminaba en una poderosa mula hácia la villa que D. César de Mendoza habia designado al famoso conde D. Francés, quien en esto de robar doncellas no daba á entender que era tan loco como parecia.

CAPÍTULO III.

Presentimientos de una Reina loca y síntomas revolucionarios de monarquismo puro en Tordesillas



N las primeras horas de una mañana de verano, salía de Valladolid un caballero como de viaje, pues aunque iba armado de todas armas, no oprimia los hijares de arrogante corcel, y sí los lomos de una rolliza y andariega mula. Su aspecto era noble y marcial su continente; tenia cabellos rubios, ojos azules, color sonrosado, y cubria su lábio superior un largo y espeso vigote. Caminaba aprisa, como si anhelase terminar en breve la jornada que acababa de emprender, pero al mismo tiempo se distraia en la contemplacion de la dilatada llanura que por todas partes se presentaba á su vista, admirando la fertilidad y riqueza de las antiguas comarcas de los carpetanos, celevinos, astures, arlueros y arevacos, lo cual daba á entender que nunca hasta entonces habia atravesado aquella tierra.

Y así era en efecto, porque habia nacido en Flandes y pertenecia al número de los aventureros, que el Consejo del príncipe D. Carlos, establecido en Bruselas, habia enviado á España con el cardenal Adriano, para que sostuviesen las pretensiones de este prelado á la régenzia. Mas despues de la avenencia estipulada entre Ximenez de Cisneros y su competidor, el caballero Eduardo de Chevres, que habia traído á Castilla instrucciones secretas de su tio, se separó del último por seguir al primero, de quien se habia mostrado desde luego obsequioso y adicto servidor, y en cuya compañía le vimos llegar el 17 de agosto de 1516 á una posada de Rueda de Medina, si no miente la *Introduccion* de nuestra historia.

Despues de haber dejado al Cardenal de las lentejas, como llamaba á Cisneros el desvergonzado conde D. Francés, y al reverendo Padre Ambrosio, guardian de los franciscanos de Rueda, dirigióse el sobrino del ministro Chevres á Valladolid, centro de las intrigas de la nobleza turbulenta, al cual habian acudido los flamencos recién llegados, ansiosos de apoderarse, como por asalto, de todos los empleos lucrativos, imaginándose que, pues el Rey no era español, correspondiales á ellos, á fuer de estrangeros, el derecho de disponer á su antojo de la riqueza del país, sin tener en cuenta la hidalguía y mucho menos la creciente indignacion de sus naturales. El caballero Eduardo alentó en la corte la codicia de sus amigos, asegurándoles que muy pronto podrian tratar á Castilla como á país conquistado, y despues abandonó, como hemos visto, la ciudad para cumplir en otro punto la comision que traia de Flandes, y la que recientemente habia encomendado á su celo el Cardenal arzobispo.

Las doce daban cuando llegó á Tordesillas, pequeña poblacion situada á cinco leguas de Valladolid, en una hermosísima llanura que bañan las límpidas aguas del Duero. Atravesó el puente de piedra, única via de comunicacion entre la ribera izquierda del rio y la villa, penetró en esta, no sin llamar la atencion de las mozas y mozalbetes que allí se solazaban, y despues de haber tomado lenguas,

se dirigió á un antiguo edificio, cuya imponente construccion daba claramente á entender, que pertenecia á algun orgulloso magnate del reino. Detúvose delante de la fachada principal de aquella mole de piedra, que bien podia pasar por palacio, saltó de la mula y despues de encargar su cuidado á un hombre que salió del edificio adelantándose á su encuentro, entró en él con desenfado y arrogancia, á guisa de conquistador invencible.

Entretanto se habian formado corrillos en la plaza, porque la nueva de que un flamenco acababa de llegar á Tordesillas corrió de boca en boca, y el demonio de la curiosidad puso en movimiento todas las lenguas. Los mozos dieron de mano á sus pláticas amorosas y juraron que ningun estrangero volvería sano y salvo á su tierra; los hombres de seso se echaron á adivinar y á suponer, que aquel caballero era portador de malas noticias relativas al príncipe D. Carlos, y los ya curtidos por la esperiencia aseguraban á los demás que, hasta entonces, todo habia sido tortas y pan pintado en Castilla, pero que muy pronto, si Dios no lo remediaba, harian los señores flamencos de modo, que los españoles se quedasen sin cama en que dormir y sin pan que llevar á la boca.

—Eso no, por los cuernos de Lucifer, gritó un *quidam* que oyó la última especie, y que al punto se separó de una rolliza hermosura, que era el encanto de sus sentidos.

El *quidam* era un fornido y apuesto moceton como de veinte y seis años, cuyo trage militar severamente cortado á la española revelaba, con tanta elocuencia como las palabras que habia pronunciado, la parcialidad que seguia entre los dos bandos castellano y flamenco, que se disputaban el poder. Estaba en Tordesillas como de paso, pues únicamente le habia llevado allí la comision que habia recibido del general D. Diego de Mendoza, de reclutar para el servicio del Rey á todos los hombres bien dispuestos que encontrase. Con este objeto recorria los pueblos encareciendo la noble profesion de las armas, requiebrando á cuantas bellezas le deparaba la suerte, bebiendo récio, fumando fuerte y armando camorra á los fla-

mencos, siempre que se le presentaban ocasiones de dejar honrosamente puesto el honor de su bandera. Al punto le rodearon todos los que en la plaza departían sobre negocios políticos ó formaban conjeturas respecto á la llegada del caballero, que acababa de entrar en el palacio feudal de la villa: uno de ellos, hombre que frisaba ya en los cincuenta años, de voz chillona, que contrastaba admirablemente con la obesidad de su cuerpo, se adelantó hácia el militar y le dijo despues de estrecharle la mano.

—Háganos conocer el valiente Alarcon, el depositario de los secretos de nuestro santo Cardenal, las grandes esperanzas que abriga, de ahuyentar á esas sanguijuelas que han venido á chupar los tesoros del pais.

—¿Esperanzas? respondió el guerrero, paseando una mirada impotente por aquella multitud apiñada á su alrededor. Seguridades, seguridades, honradísimos amigos míos. Nada hay que temer de los malsines, cuyas fechorías ignora en Bruselas el Rey D. Carlos primero, porque el Cardenal batallador ha dado buena cuenta de todos los traidores. Sabed que en Castilla solo manda hoy, por la Reina y por D. Carlos su hijo, el regente Ximenez de Cisneros, con un ejército de treinta mil españoles resueltos á sostenerle; que el Cardenal ha escrito al Rey contra los bribones que nos esquilman y contra el ministro Chevres que hace almoneda pública de los empleos y de las haciendas de España, y que cuando venga á tomar posesion de estas tierras el Príncipe aleman, será tan hijo de ellas como nosotros, y solo se verá cercado de súbditos fieles, á quienes hará plena justicia.

—¡Viva! ¡Viva! gritaron con entusiasmo los que acababan de escuchar estas patrióticas palabras.

—¡Viva! ¡Viva! repitió el de la voz atiplada, levantándose sobre las puntas de los pies, como para dominar á sus amigos. Pero eso no nos esplica, noble Alarcon, la venida de ese magnate, que á estas horas no sabemos lo que tiene que hacer allí.

Y al decir esto, señalaba con el índice hácia el palacio.

—Habr  traído algun mensage, repuso Alarcon encogiéndose de hombros. No os alarmeis por tan poco, señor Zalea.

— Qu  no me alarme? replicó éste con fuego.  Ignorais por ventura, que ningun flamenco ha puesto los piés en Tordesillas, desde que murió en Búrgos el yerno del Rey D. Fernando?

— Y qué!

—Que no debemos consentir en la villa   ese caballero, porque sin duda es algun emisario de nuestros enemigos.

—Haya paz y cepos quedos todo el mundo, y entienda el señor Zalea por mucho que yo estime sus buenas prendas, que estoy dispuesto á romper la crisma al primero que empiece las hostilidades sin causa ni fundamento.  Qui n os asegura que ese señor flamenco no viene de parte del Cardenal?

—Castellanos hay en Castilla, de quienes hubiera podido fiarse.

—Sus razones habr  tenido para ello, señor Zalea.

—En todo caso, amigo Alarcon, debemos saber   qué atenernos sobre el particular: esta es una villa poco menos que abierta, y en ella guarda nuestra lealtad un depósito sagrado, qué solo abandonaremos con nuestras vidas.

—Bien, bien, señor Zalea; esos sentimientos os honran y recibirán su recompensa. Tordesillas es un pueblo de valientes, fiel   sus juramentos: el Cardenal cuenta con vosotros y.....

—Alto all , compadre Alarcon, y no paseis adelante. Tordesillas est  demasiado cerca de Valladolid y lo que aqui tememos no son mosquetazos, sino traiciones: un golpe de mano de los flamencos puede arrancarnos lo que queremos defender   todo trance.

— Qu  demonios me estais rezando?  Teneis mas que vivir alerta?

—Alerta vivimos y por eso nos empeñamos en averiguar, qué caballero es ese y qué es lo que trae   la villa.

—Es muy justo, y asi escuchadme bien todos.  Teneis confianza en mí?

—La tenemos, la tenemos, exclamaron cien voces, al paso que la multitud se arremolinaba en torno de Alarcon.

—¿Pues no la hemos de tener? chilló el señor Zalea, manoteando como un energúmeno. Mandad, disponed de nosotros y vereis que somos capaces de no dejar un flamenco vivo ni sano en toda Castilla.

—Amigos míos, contestó el militar, los aborrezco tanto como vosotros, pero os recomiendo que no os movais, porque así conviene al servicio del Rey. Si me lo prometéis, os empeño mi palabra de que cuando ese caballero termine la comision que le entretiene allí, le hablaré y.... si no es trigo limpio, nos veremos las caras.

—¿Y nos direis su nombre? preguntaron los que mas inmediatos á Alarcon estaban.

—Se supone, respondió este con altanería.

—¿Y el mensaje que le han encargado?

—Con tal que el caballero me lo confíe y no importe su publicacion.

—Es que nosotros, observó el señor Zalea con su voz de grillo, os tenemos por hombre, que puede sacarle muy bien el secreto del cuerpo.

—Yo, señor Zalea, sabré, si es menester, sacarle el alma; pero, si se obstina en morir sin hablar....

—¡Ah! ¿Qué hareis entonces?

—Seré tan obstinado y testarudo como el flamenco.

—Es decir, señor Alarcon....

—Es decir, compadre Zalea, que pelearé con él cuerpo á cuerpo y que morirá á mis manos.

—¡Viva! Eso es hablar como hombre de pró, y yo no esperaba menos.

—¡Viva! ¡Viva! Ya es nuestro el flamenco, repitió la multitud.

—Y ahora, dijo Alarcon, dejadme solo en la plaza y retiraos por esas calles, á fin de que no crea el caballero, cuando salga del palacio, que le hemos armado una celada. Para uno, basta uno. ¿Me habeis entendido? Quiero el campo libre, quiero maniobrar á mis anchuras, y la mucha gente me estorba.

Y no bien hubo soltado estas palabras, dió media vuelta á la izquierda, salióse del círculo en que estaba metido y empezó á pasearse á lo largo de la plaza, con la mano derecha descansando en la cadera y la izquierda en el pomo de su larga y pesada tizona.

El tono con que se habia explicado y que no admitia réplica, así como el decidido continente que mostraba convencieron á los intrépidos vecinos de Tordesillas, de que lo que mejor que podian hacer era seguir el prudente consejo, que á guisa de órden acababa de darles. Desfilaron pues poco á poco, en direccion á las boca-calles inmediatas; mas al llegar á ellas, se detuvieron todos, como si se hubiesen apalabrado, con el objeto de espiar lo que iba á ocurrir en la plaza, aunque sin ser vistos, pues no querian dar al valiente Alarcon el menor motivo de queja.

Entremos ahora en el caseron de piedra, de que ya hemos hecho mencion y al cual daban cuantos lo veian el nombre de palacio. Una dama, que podria tener treinta y seis años de edad, ataviada con trage mongil, hermosa, aunque pálida, y cuyos bellísimos ojos, ora se inclinaban lánguida y melancólicamente hácia el suelo, ora recorrian vagarosos y en incesante movimiento las magníficas colgaduras de la régia habitacion que ocupaba, yacía recostada en dorado sitial, casi enfrente de un objeto, que ningun mortal hubiera imaginado hallar en aquel sitio. Aquel objeto, blanco de los dolorosos suspiros de tan triste señora, única prenda que hacía palpar, desgarrándolo, su noble y amante corazon, mudo testigo de sus ansias y de su insomnio, de sus quejas amargas y de sus zelosos arrebatos, era un féretro, cubierto con largos paños mortuorios recamados de oro y plata, y en los cuales resaltaban las armas de León y de Castilla. Toda la estancia estaba colgada de negro, guardando perfecta armonía su riguroso luto con el de la muy ilustre matrona, que solo vivia ya de recuerdos, á fuerza de convertirlos su estraviada imaginacion en dichas presentes; un sepulcral silencio reinaba en aquella mansion de la muerte, interrumpido por algun sollozo ó por alguna sardónica carcajada, sin que al primero acompa-

ñase una lágrima, ni á la segunda una sonrisa. Dos veces en un cuarto de hora se habia presentado la camarera doña Elvira delante de su ama, á fin de distraerla de su dolor, pero ella la habia despedido, murmurando:

—Vete, vete.... quiero estar sola con él. ¡Soy tan feliz, ahora que le tengo á mi lado!

Doña Elvira no osaba replicar á aquel mandato espreso; mas tampoco se resolvía á obedecer, por temor de que tan reconcentrada y terrible pena pusiese repentino término á una vida preciosa, aunque sobre todo encarecimiento desgraciada. Hallábase pues en una habitacion contigua á la de su señora, con el oido atento y dispuesta á volar en su auxilio, si lo habia menester, cuando siguiendo á un paje que le anunciaba, vió entrar al caballero de Chevres. Este se adelantó, mas la camarera le salió al encuentro diciéndole, despues de haber puesto su dedo índice en la boca:

—En mala hora venis, caballero: la Reina, si tal dictado puedo dar todavía á mi pobre señora, acaba de mandarme salir.

—Y sin embargo, hermosa dama, contestó el guerrero saludando cortesmente á doña Elvira, no me negareis la merced de poner en conocimiento de S. A., que llevo de Alemania con cartas del príncipe D. Cárlos.

—¡Ah! exclamó la jóven. Esa noticia puede contribuir al alivio de su quebranto: las cartas de un hijo siempre hacen llorar á una madre, y las lágrimas son un gran consuelo para las penas del corazón.

—¿Lo sabeis por experiencia? repuso sonriéndose el de Chevres.

—¡Oh! Sí, por cierto, respondió candorosamente doña Elvira. ¡Hace tanto tiempo que no llora la reina doña Juana!

Y sin aguardar la réplica del caballero, se dirigió á la enlutada estancia, de la cual no tardó en volver, para enterarle de que su señora, al parecer mas tranquila y sobre todo contenta porque iba á recibir nuevas de su hijo, le esperaba con impaciente anhelo.

El caballero Eduardo atravesó la pieza en que habia sido recibido





Duerme tranquilo.... Que no lo sepan los flamencos.

por la dama de la Reina, penetró en la de la infeliz viuda de Felipe *el Hermoso* y al examinar con una mirada el interior de tan lúgubre retiro, se detuvo, como si le hubieran clavado, en el dintel de la puerta, y revelando su semblante el respeto mas profundo. Doña Juana acababa de rendirse de nuevo á sus amorosas cavilaciones y tenia la frente apoyada en una de sus manos; pero al oir el ruido de los pasos del caballero, estendió la otra hácia el régio ataud y murmuró con tristísimo acento, como si se dirigiese á la persona que acababa de entrar:

—Duerme tranquilo.... que no lo sepan los flamencos.

El de Chevres sintió que toda la sangre se le subia al rostro y hubiera dado la vida por no escuchar de boca de una muger tan terribles palabras. Avanzó no obstante y despues de descubrirse hizo acatamiento á la Reina. Esta entónces, abandonó la postura que habia elegido, para entregarse sin distraccion á sus melancólicos pensamientos, levantó la cabeza, fijó sus ojos tristemente en el caballero y le dijo:

—¿Venís tambien á robármele?

—Señora, respondió el jóven, mordiéndose los lábios para disimular su despecho, traigo á V. A. dos cartas del príncipe D. Cárlos.

—Es verdad; se me habia olvidado, repuso doña Juana: pero ahora recuerdo que alguno me lo ha dicho. ¿Y cómo está el Príncipe mi hijo?

—Espero, señora, que pronto tendrá V. A. la satisfaccion de abrazarle, contestó el caballero, presentando á la pobre loca las cartas de que habia hablado.

Ella las recibió maquinalmente, y despues de leerlas, exclamó:

—¡Siempre me han de atormentar con la administracion del reino! ¡Todos me han de perseguir! ¡Hasta el mismo Príncipe!.... ¡Y ninguno se acuerda ya de él, de mi Felipe, del ídolo de mi alma, mas que yo!... Pero ¿qué digo? ¿Sabeis, caballero, que voy á volverme loca?... Os voy á referir lo que ha sucedido, para que os convenzais de que los flamencos me tienen ojeriza. Yo no queria separar-

me de él; pero los traidores me engañaron y condujeron su cuerpo á Búrgos, mientras dormia su espíritu como ahora. ¡Ah! ¿No sabeis lo que intentaban? ¡Hombres sin corazon! Su proyecto era llevárselo á Bruselas para impedir que me amase. Pero ¡buen chasco les he dado! Ya es mio; ya no podrán robármelo segunda vez, porque he ido á Búrgos en secreto, me he apoderado de él y lo he traído sin que lo sepan. ¡Bah! ¿Cómo quereis que sospechen mi atrevimiento? Caballero, supongo que no se lo direis, que nunca revelarán vuestros lábios la confianza de vuestra Reina.

El de Chevres estaba en brasas, pero se inclinó en señal de asentimiento.

—¡Oh! Jurádmelo.... jurádmelo, prosiguió doña Juana con animacion, porque si me vendeis, perderé la vida. ¿Ignorais que los flamencos anhelan nuestra separacion en este mundo y en el otro? Pero ahora tendrán que huir todos de Castilla, porque el príncipe D. Cárlos castigaré sus traiciones, si no se ponen en salvo.... Eso es.... ¿No me habeis dicho que mi hijo vendrá muy pronto?

—Señora, respondió el caballero, el cardenal Ximenez le ha escrito apremiándole para que así lo haga.

—¡Ah! Sí: el cardenal Ximenez.... el buen consejero de mi padre.... tambien le aborrecen los flamencos, porque los flamencos aborrecen á todos los que me aman. ¿En dónde está ahora?

—En Madrid, gobernando por V. A. y por el príncipe D. Cárlos.

—Pues bien: aseguradle que tenga mucho cuidado con la vida del nuevo Rey, que le guie como guió á mi padre D. Fernando. ¡Ah! le prevendreis asimismo que yo nada pretendo, porque estoy muy ocupada en cuidar que no se interrumpa el sueño de mi Felipe. Así, ya sabeis que no soy Reina, sino una pobre muger siempre en acecho del menor ruido, y siempre temblando, porque los flamencos se empuñan en que no he de vivir con el querido de mi alma.

—Señora, el Consejo de Castilla ha dispuesto que todas las órdenes lleven el nombre de V. A. y el del Príncipe: el Cardenal me ha encargado que participe á V. A. esta resolucion.

—No....no.... caballero.... el del Príncipe basta: que me dejen sola.... sola con mi tesoro.... con mi ángel.... con mi Felipe; para que, cuando despierte sea mio su primer suspiro, para que mi corazón se alegre con su primera sonrisa. ¡Cuánto deseo llorar!... ¿Conoceis algun remedio, para que salgan por los ojos las penas que el alma siente?

—Creo que V. A. encontraria en la corte algun consuelo....

—¡Consuelo!... ¡En la corte!... ¿Estoy triste acaso?... ¿Necesito zambras y torneos cuando tengo á mi Felipe? No.... lo único que me atormenta es ese sueño tan pesado... tan tenaz.... tan profundo.... Pero, mirad: no me atrevo á despertarle, porque me hace padecer horriblemente cuando se irrita contra mí. ¡Y eso que le amo como nunca ha podido ni podrá amarle ninguna muger! En fin, caballero, ya me habeis visto y conoceis mi voluntad: quiero vivir aquí, quiero ser dichosa con mi Felipe y que mi felicidad sea un misterio para todos. Mañana.... cuando abra los ojos... porque mi amado sacudirá mañana ese letargo... ¿no es así? renunciará la corona en favor del príncipe D. Cárlos, y á nadie tendrá que dar cuenta de sus acciones. Esplicadle bien eso al cardenal Ximenez, pedidle su paternal bendicion para Felipe y para mí, y encarecedle mi súplica de que no descubra á los flamencos este retiro.

El caballero Eduardo comprendió que la Reina queria quedarse sola, y acatando su deseo, hincó una rodilla en tierra, besó la helada mano que ella le presentó maquinalmente, y salió de la estancia. Entonces doña Juana se levantó, cerró los ojos con fuerza y como iluminada repentinamente por un rayo de luz, dióse una palmada en la frente y empezó á llamar á gritos á doña Elvira. Esta acudió al momento, imaginando que algun acceso de furia, producido por su conversacion con el caballero, la habria trastornado; mas la encontró sosegada y no fué pequeño su asombro, cuando la oyó decir en voz baja:

—Ese hombre que acaba de marcharse es un flamenco, un enemigo mio, un traidor al príncipe D. Cárlos y un asesino. Dios me lo

ha revelado... he leído en sus ojos planes siniestros, y en su frente he visto una línea azulada, que anuncia su propósito de causar alguna desgracia irreparable. Yo nada temo de él, porque mi corazón está tranquilo.... mi hijo dice que merece su confianza y la de su ministro... ¿Contra quién conspira?... No lo dudes, amiga mía; sus intenciones son perversas... yo lo sé... yo lo siento aquí... en mi corazón... ¡Ah! No hay remedio... Dios acaba de decírmelo... los flamencos quieren conquistar á España y su mayor estorbo es el cardenal Ximenez... Ximenez vá á morir pronto, si no lo estorbamos... Pronto... pronto, Elvira: un mensajero fiel, que parta sin perder instante á Madrid... vete... no te detengas... la misma voz de Dios me predice que tal vez llegue demasiado tarde mi aviso.

La camarera obedeció, y como ya tenia noticia de que el alférez Fernando de Alarcon se hallaba en Tordesillas reclutando gente para el servicio del Rey, envióle inmediatamente á buscar de parte de la Reina, por medio de un criado.

Alarcon tardó en obedecer esta órden, porque solo llegó á su noticia al final de una discusion acalorada, cuyos resultados pudieron muy bien ser fatales para el caballero de Chevres. Este, despues de haber cabalgado en su mula, atravesaba la plaza á fin de dirigirse al puente, que debia atravesar para salir de la poblacion, cuando el primero que, como ya sabemos, le esperaba paseándose marcialmente, se adelantó hácia él con resolucion, pero sin fanfarronería, y saludándole como hombre cortés con el sombrero en la mano, le dijo:

—Si teneis á bien, caballero, moderar un poco el paso de la excelente mula que montais, tendré el honor de dirigiros dos preguntas, que se me han encargado.

El de Chevres se detuvo, examinó con atencion al que le hablaba y le contestó al punto:

—Pues que sois alférez de los tercios castellanos y os solazais tranquilo en esta plaza, veo que no hay peligro en ello. Os advierto con todo, que antes de la noche he de hallarme de vuelta en Valladolid.

—Lo cual significa que habeis venido de esa ciudad, repuso Alarcon, haciendo alarde de la mayor cortesía.

—¿Es tal vez esa una de las dos preguntas, que deseabais hacerme?

—No por quien soy, y os lo juro á fé de hombre que calza espuela como vos, pues en tal caso os la hubiera dirigido sin andarme con rodeos.

—Podeis dar principio, cuando gustéis, que yo caminaré al paso: tened sin embargo entendido, que me reservo el derecho de responder ó no responder á vuestras demandas.

—Responderéis, caballero, so pena de pasar en Tordesillas por sospechoso.

—Señor alférez, acabo de hablar con la reina doña Juana.

—En efecto, caballero; os he visto entrar en su palacio.

—Basta eso para ponerme al abrigo de indignas sospechas.

—Recoged si os place la calificacion, que acabais de soltar. Los castellanos tienen hoy hartos motivos para desconfiar de todo el mundo, sin que por ello cometan indignidad. Si vivis en la corte, no debeis ignorarlo.

—En ella vivo. ¿Estais satisfecho?

—Tampoco os lo he preguntado.

—¿Pues qué diablos pretendéis de mí?

—Primero... saber vuestro nombre.

—¿Y qué acontecerá si me niego á pronunciarlo?

—Nada: que os diré yo el mio.

—¿Para qué?

—Para obligaros á una cortesía con otra; este es el orden entre caballeros.

—Aun así y todo, señor alférez, muchas veces nos imponen las circunstancias el desagradable empeño de faltar á esa atencion.

—Pero vos no faltareis á ella en estos momentos.

—¿Y si falto?

—¡Cómo! ¡Aunque mi nombre os revele que merezco vuestra confianza!

—Suponed que esa razon no me hace fuerza.

—¡Oh! En tal caso... os prenderé en nombre de la Reina.

—Si llegais á conseguirlo, tendreis luego el disgusto de soltarme.

—¿Y si os malo?

—Obrareis en ello con mucha prudencia, porque los muertos no hablan. Si lo juzgais conveniente, manifestadme ya la otra pregunta, porque el tiempo vuela y me aguardan en otra parte.

—¿Andais de emisario por estas tierras?

—¡Eh! ¿Quién sabe?

—La segunda pregunta se reduce á que tengais á bien declararme el sentido del mensaje, de que os habeis encargado para la Reina.

—¡Válgame el cielo, y qué curioso os mostrais hoy, señor alférez!

—Eso, caballero, no es contestar.

—Sí, por cierto: es haceros ver, que habeis elegido muy mal dia para contentar vuestros caprichos.

—¡Ah! ¿Conque persistis en guardar el incógnito y el secreto de vuestro viage á Tordesillas?

—¿Por qué no?

—¿Y esperais salir de Tordesillas sin tropiezo?

—¿Por qué no?

—Porque voy á acometeros con mi espada. ¿Lo entendeis? Porque si los flamencos se ocultan, para llevar á cabo sus traiciones, los castellanos sabemos descubrirlos para matarlos.

Diciendo así Alarcon se colocó delante de la mula, espada en mano. El caballero de Chevres echó pié á tierra, desenvainó el acero y dijo á su contrario:

—Toda la ventaja es mia, porque estoy armado de casco y coraza. Si quereis dejar para otra ocasion este combate, os empeño mi palabra de buscaros.

—No, ahora mismo, repuso el alférez.

—Servidme pues de page y perdonad la llaneza con que os tra-

to: no pelearé con vos, si no me ayudais á quitarme la coraza.

—¿Qué me importa vuestra coraza? La hoja de mi tizona es de buen temple. Despachemos, y á quien Dios se la diere, san Pedro se la bendiga.

—Os afirmo que no quiero echaros al otro mundo á ciencia cierta. Las condiciones han de ser iguales.

—Decid mas bien, que vuestra cobardía ha buscado una disculpa, para convertirse en valor.

Los ojos del caballero centellearon al pronunciar Alarcon estas palabras y ya no se contuvo: arrojóse contra él desesperadamente, las dos armas se cruzaron, y ya iba á dar principio entre ellos un rabioso combate, cuando de todas las boca-calles se precipitó en la plaza una muchedumbre furiosa lanzando gritos y maldiciones. Eran los vecinos y mozos de Tordesillas, que espianaban los movimientos del alférez, y que al verle en aprieto, segun creian, no habian podido frenar su impaciencia. Zalea se puso al frente de la turba, y á guisa de general en una sangrienta batalla, empezó á disponer su hueste, chillando al mismo tiempo con toda la fuerza de sus pulmones:

—Es un flamenco... que muera... ¡Viva España!... ¡Al ladron!.. Por la derecha.... por la izquierda... todos de frente ó por detrás... No importa, con tal que muera el perro flamenco.

Los dos batalladores se habian detenido, porque el tumulto acababa de llamar su atencion: pero irritado el caballero Eduardo, exclamó dirigiéndose á su enemigo:

—¡Ah, señor alférez!... ¡Me acusábais de cobarde despues de haberme preparado una emboscada.

—¡Infames! gritó Alarcon ardiendo en ira y corriendo hácia los gritadores: el primero que se acerque, perece á mis manos.

Pero ellos, sin hacer caso de las amenazas del alférez y entusiasmados por los chillidos de Zalea, seguian avanzando y ensordeciendo á la villa con sus alharidos. Conociendo Alarcon que nada conseguiria contra todo el pueblo alborotado, y que probablemente

no bastaría su denuedo y arrojo para salvar la vida al caballero, volvió al lado de éste y le dijo:

—Huid, huid, ó sois perdido: vuestra reconvencion es injusta y... en otra ocasion nos encontraremos. Repasad el puente, que yo os guardaré las espaldas....

—Señor alférez, le contestó el caballero cabalgando con ligereza en la mula y poniéndola á buen paso, por tener el gusto de reñir con vos, no os descubro el mensaje que he traído; mas para que me busqueis, tened entendido que todos me llaman el caballero Eduardo de Chevres.

—¡Ah!... ¡Flamenco! repuso el alférez. Huid.... huid ahora del pueblo de Tordesillas y rogad á Dios que os libre de D. Fernando de Alarcon.

Cuando Zalea y los suyos trataron de embestir al de Chevres, corria éste hácia el puente y se encontraron con la espada de su contrario, quien les afeó su villano proceder, asegurándoles que estaba resuelto á dejarse matar en la plaza, antes que permitir que nadie saliese de ella en seguimiento del fugitivo. La imponente actitud tuvo á raya á los mas valientes, que bajaron los ojos avergonzados y convencidos, de que á su imprudente alarde debia tal vez el caballero flamenco el haber salido sano y salvo de Tordesillas.

Entonces fué cuando pudo acercarse al intrépido Alarcon el criado que le enviaba doña Elvira, de parte de la Reina. El alférez escuchó la órden con atencion y respeto, y abriéndose paso y envainando su espada, siguió al mensajero de doña Juana *la Loca*.

CAPÍTULO IV.

De como el conde D. Francesillo cazó una loba y D. César aseguró la garza.



A hemos visto que D. Francés, cumpliendo la comision que habia recibido de D. César de Mendoza, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, robó á la madrastra de María, en vez de robar á ésta, y que en lugar de conducirla á los calabozos del Santo Oficio, la habia llevado á Villaviciosa de Odon, tierra de los esclarecidos condes de Melito.

Digamos ahora algo acerca de esa familia, que en concepto de las comadres de la calle del *Almendro*, habia incurrido en los terribles anatemas de la Inquisicion, para que no crean nuestros lectores que nos proponemos sacar á luz en cada capítulo de esta historia nuevos personages, que nada tienen que ver con ella.

Si recordamos por un momento la cómoda posada de *la Estrella de Castilla*, establecida en la villa de Rueda, á siete leguas de Va-

lladolid, no podremos olvidar á su dueño Toribio Quincoces, ni á la señora Poncia Morcilla, hija del escribano D. Tadeo, devotísimo cofrade de las ánimas benditas, á las que habia enseñado el juego de la treinta y una, con tanto esmero y fortuna en sus intereses, que las espuso, á fuerza de hacerlas perder, á que nunca saliesen del Purgatorio. Tampoco debemos haber desterrado de nuestra memoria á *La Garza Real*, hermosísima muchacha de diez y seis primaveras, hijastra poco mimada de la señora Poncia y desesperacion incesante de los mas remilgados mancebos del pueblo. Ahora bien; la hija del escribano que, como ya sabemos, no tenia pelo de tonta, entró en cuentas consigo misma, tan pronto como el caballero de Chevres y su compañero de viage el cardenal Ximenez de Cisneros abandonaron la posada; encerróse en su laboratorio químico-herbático y dando rienda suelta á los pensamientos que la inspiraba el demonio de la insaciable ambicion, heredada de su padre, se entregó con entusiasmo al soliloquio siguiente:

—Pues señor.... ciertos son los toros: ese viagero es un señor de la corte, y el fraile algun personage de distincion, que se disfraza para llevar á término feliz proyectos arriesgados. ¿Cuáles serán estos? Vamos por partes: en primer lugar, el fraile no cena, sin duda con el objeto de representar á las mil maravillas su papel de hombre austero; despues madruga y se vá al convento, á fin de que su amigo pueda esplicarse francamente con Quincoces; y como Quincoces, mi muy querido esposo, es un asno, cae en la trampa, sin dar en la malicia de las insinuaciones del caballero. Resultado: que éste llega á comprender que soy la muger, que acaso ha venido á buscar espresamente á Rueda, que me dá tres mil ducados por un veneno, y que ese veneno se destina á algun magnate que estorba. Aquí tenemos una mina de oro, si somos capaces de tomar una resolucion. A la corte.... eso es; porque allí es donde ha de tener precisamente lugar la catástrofe.... y con tal que yo consiga averiguar el nombre del caballero de los tres mil ducados y el de su taimado fraile de San Francisco, está hecha nuestra fortuna, por-

que habrán de pagarme el secreto entre los dos.—¡Ah! prosiguió despues de leve pausa y dándose una palmada en la frente; lo que nos estorba es esa muchacha.... no necesitamos testigos de vista, ni tontuelas que llamen la atencion por su hermosura.... será preciso casarla antes de partir.... no; porque su boda nos hará perder mucho tiempo y el negocio urge.... Vamos; ya he dado en ello.... irá con nosotros.... la espiaré y tendrá que ser prudente sobre lo que vea ú oiga, pues de lo contrario....

Un gesto espresivo de la señora Poncia terminó la frase, dando á entender su resolucion de apelar á recursos estremos, si la pobre *Garza Real* no correspondia á su confianza, en caso de que sorprendiese algun secreto peligroso de familia. Una vez madurada su determinacion, la puso en conocimiento de Quincoces, quien no tuvo la menor escusa que alegar contra los convincentes argumentos de su muger, por la razon sencilla de que ella era la que mandaba en casa. En cuanto á la *Garza Real*, se alegró mucho cuando llegó á entender que la llevaban á la corte, y aun tuvo varios sueños, en los cuales se presentaron á su vista grandes palacios, amenísimos jardines, torneos, zambras y sobre todo multitud de damas de singular belleza y de las mas nobles y ricas del reino. La parte mas difícil de vencer fué D. Tadeo Morcilla, que no acertaba á esplicarse la especie de comezon que habia entrado á su hija Poncia para separarse de él; mas no bien supo, que se proponia ganar en aquel viage cuatro veces mas que lo que podia producir la posada de Rueda en doscientos años, se frotó las manos de júbilo y animó á Quincoces, para que cuanto antes llevase á cabo su proyecto, pues al punto calculó que si Poncia llegaba á morir antes que él, lo cual no era imposible, pasaria desde luego á su peculio la mitad de la fortuna matrimonial, y que despues, contando con la poca trastienda de su yerno, no le faltarian trazas para apoderarse de la otra mitad, haciéndose necesario y encargándose de la direccion de sus negocios.

Dispuesta ya la familia á ausentarse temporalmente de la villa y

propalada la nueva, se encontró perplejo el buen Toribio para elegir, entre las muchas proposiciones que se le hicieron, respecto al traspaso de la posada, la mas ventajosa. El escribano le sacó de apuros, aconsejándole que no cometiese tan insigne locura, sino que le dejase á él en administracion su comercio con los viandantes, á fin de que, confiándolo á cargo de un hombre de su confianza lo encontrase á la vuelta mejorado en tercio y quinto. Aunque Quincoces no era enteramente de esta opinion, como la señora Poncia defendió con calor la de su padre, inclinó la cabeza y echó un candado á su boca. La posada no se traspasó; el posadero, su muger y la *Garza Real* partieron para Valladolid, y D. Tadeo Morcilla entró de hecho y de derecho en el manejo de su hacienda, aunque sin desprenderse por eso de la agradable costumbre que habia contraido, de estafar diariamente, jugando á la treinta y una, á las benditas ánimas del Purgatorio.

Nuestros viajeros llegaron á Valladolid al siguiente dia de su salida de Rueda, porque en 1516 no se caminaban siete leguas de sol á sol, y durante la noche era casi tan seguro como ahora un mal encuentro en despoblado; pero transcurrió una semana, sin que la señora Poncia ni Toribio rastreasen, entre los caballeros de la corte, una sola fisonomía semejante á la del fraile, ó á la del noble que tan generosamente habia pagado medio cuartillo de agua para matar un perro, y no estaba ya muy léjos de arrepentirse la primera de la precipitacion con que habia procedido, cuando su buena suerte la hizo encontrarse cara á cara con la reverendísima figura del padre Guardian de los franciscanos de su pueblo. Verle y formar su plan de ataque fué para ella obra de cuatro segundos: detúvose delante del fraile y despues de saludarle con refinada coquetería, le pidió la mano para besársela.

—Si mis ojos no me presentan los objetos al revés, exclamó el Guardian, estoy viendo en Valladolid á la señora Poncia, dignísima heredera del devotísimo escribano de Rueda D. Tadeo Morcilla.

—Muy servidora y humilde esclava de vuestra Paternidad, le respondió la posadera.

—Mas... ¿Cómo así? ¿Y el honrado Toribio? ¿Y la juiciosa María? ¿Y la posada?

—Ante todo, ha de saber vuestra Paternidad....

—Perdona, hija mia, perdona: no ignoro que me muestro demasiado curioso con tanta pregunta, sobre cosas que no me atañen; pero.... ¿qué quieres? Al verte aquí, no he podido contener el primer impulso; mas supuesto que en Valladolid te hallo cuando menos lo esperaba, motivos habrá para ello.

—Si estamos todos, padre Guardian.

—¡Cómo!... ¡Cómo! ¿Todos has dicho?

—Segun acaba de oirlo vuestra Paternidad: Toribio, María y yo.

—¡Ah! ¿Con qué habeis abandonado *La Estrella de Castilla*?

—Nada de eso, reverendo padre Ambrosio, porque.... pero en fin.... están los tiempos tan malos.... llegan á Rueda tan pocos viajeros .. que tratamos de ver si en la corte se puede ganar mejor la vida.

—Bien hecho, hija mia, bien hecho, porque al que trabaja Dios le ayuda: solo que.... la corte es morada peligrosa, y habeis debido imaginar que la inocencia de María se verá espuesta á grandes riesgos. ¿Por qué no la habeis confiado á los desvelos del señor Morcilla?

—Mi pobre padre es muy poco propósito para cuidar de una mozueta, cuyos juveniles placeres le distraerian de sus oraciones.

—Es verdad, hija mia, es verdad, y el señor Morcilla es hombre que tiene en mucho la salvacion de su alma.

—Por eso la hemos traído con nosotros; porque mi padre no podría celarla bien, y á mi lado será otra cosa.

—Así es; y como tiene buenas inclinaciones, aprenderá á ser una muger muy hacendosa, y muy honrada como tú.

—¡Ah, padre Guardian! Lo peor de todo para nosotros era, que escaseaban mucho los parroquianos en Rueda y que cuando el cielo nos enviaba alguno, maldecia de los flamencos, porque le obligaban á tratarse mezquinamente, merced al despojo que habian hecho en

sus bienes. Si todos los viajeros hubieran sido como los dos últimos que entraron en *La Estrella de Castilla*, no me vería hoy vuestra Paternidad aquí.

—Serian dos nobles.

—Vuestra Paternidad debe saberlo mejor que yo, pues uno de ellos visitó el convento y era religioso franciscano.

—¡Bah!... ¡Bah! Ya he caído en ello; mas también estoy seguro de que ese religioso no haría mucho gasto en tu posada.

—Me pareció un santo varón.

—Y lo es, hija mía.

—Quisiera conocer su nombre para rogar á Dios por su salud: se me figuró algo achacoso.

—Los años, hija mía, los años: si ese hombre tuviera hoy veinte menos que los que cuenta, España conquistaría el mundo entero. En cuanto á su nombre, ya puedo revelártelo sin peligro: se llama Fray Francisco Ximenez de Cisneros.

—¡El santo Cardenal!

—El mismo.

—¿Y el que le acompañaba?

—Era un noble flamenco, el caballero Eduardo de Chevres, sobrino del ministro de nuestro nuevo Rey; vino á Castilla con el dean Adriano de Utrech, y llegará á tener grande influencia en los negocios, porque el cardenal Ximenez ha encontrado en él un poderoso auxiliar.

—Pero ¿no ha dicho vuestra Paternidad que es flamenco?

—Sí, pero en nada se asemeja á los demás de su país.

—¡Oh! Pues he de hacer que algun día le presente Toribio un memorial, para ver si podemos acomodarnos en la corte.

—Es que, hija mía, la verdadera corte no se halla en esta ciudad.

—¿Pues en dónde?

—En Madrid, porque desde allí gobierna el cardenal Ximenez.

—¿Y está con él el caballero Eduardo?

—Ya es tiempo de que haya cumplido la comision que le llevó á Tordesillas. Sí; en Madrid ha de estar á estas horas.

La señora Poncia habia averiguado ya cuanto deseaba saber, y al dia siguiente se puso en marcha, acompañada de su marido y de la *Garza Real*, y los tres llegaron á la que hoy es capital de la monarquía española sin el menor tropiezo. Tomaron una casa de buena apariencia en la calle del *Almendro*, por haber oido decir que en aquellos barrios se aposentaba mucha parte de la nobleza de la villa, y una vez instalados en ella, dió en la flor la hija del escribano de frecuentar todos los sitios públicos, con la esperanza de descubrir al caballero de Chevres, de quien esperaba obtener su codicia pingües ventajas: mas quiso el diablo que en lugar de ver ella al que buscaba, viese á María el apuesto capitán D. César de Mendoza, quedando tan prendado de su belleza, que desde el mismo instante en que la encontró una mañana, á orillas del Manzanares, en compañía de su madrastra, concibió el plan de robarla, ya que las apariencias de la hermosura que le habia cautivado le decian, que su cuna era demasiado humilde, para que él la galantease de otro modo. Siguió pues sus pasos, preguntó, supo que la familia era recién llegada á Madrid, y despues de madurar detenidamente su proyecto, confió la ejecucion del mismo al famoso conde D. France-sillo, quien, segun ya hemos visto, cometió un imperdonable *qui pro quo*, sacando por medio de una peligrosa estratagema de casa de Toribio Quincoes á la señora Poncia, en vez de apoderarse de la inocente María.

Las indispensables esplicaciones que anteceden nos llevan como por la mano á la villa de Odon, punto designado á D. Francés por el hijo del Conde de Melito, para residencia de la robada doncella. Allí, en una magnífica posesion de recreo, cuyo delicioso jardin y sombrías alamedas recreaban el espíritu y enardecian el corazon, esperaba D. César el resultado de su amorosa tentativa. Habia salido de Madrid antes que el bufon se dirigiese, disfrazado de familiar del Santo Oficio, á casa de Quincoes, y se paseaba impaciente

por la estancia principal de la quinta, con el oído atento al mas pequeño ruido, que pudiera asemejarse á los pasos de una cabalgadura: No tuvo que aguardar muchas horas, porque la honradísima muger del posadero de Rueda y su verdadero raptor llegaron á Odon mucho antes que amaneciese. Sobrecogida en un principio la señora Poncia, al verse arrebatada de su domicilio por tres hombres, que vestían trages talares, y habiéndoles oído pronunciar dos ó tres veces las palabras *Inquisicion, criminal, herege, mala muger*, no sospechó que al prenderla habían padecido una equivocacion; antes bien, como su conciencia no se hallaba enteramente tranquila, y el negocio del veneno, que habia proporcionado al caballero de Chevres, no salía un punto de su memoria, creyó de buena fé que ella y no otra era la persona mandada secuestrar por la Justicia, y que pronto se vería en presencia del tremendo tribunal, que siempre sentenciaba sin apelacion y sin misericordia. Algunas sospechas concibió sin embargo al observar que, como á unos doscientos pasos de su casa, la colocaron cómodamente en una cabalgadura, y que uno de los satélites que la acompañaban, el principal de ellos al parecer, supuesto que dirigia severas órdenes á los otros dos, habia subido gallardamente á la misma, y la sostenia con afectuosa delicadeza entre sus brazos, que rodeaban su talle. Poco despues conoció que salían de la villa, y ya no pudo quedarle la menor duda de que, si estaba destinada por la suerte á vivir en un encierro, no era un calabozo de la Inquisicion de Madrid el que debia abrirse para ella. Entónces pretendió averiguar el sitio á que se la conducía, pero el taimado D. Francés, que estaba seguro de haber hecho una buena presa y no queria que se le escapase de las manos, se negó á satisfacer su curiosidad, alegando para ello ciertas órdenes superiores que habia recibido.

— Por lo demás, añadió con melífluo acento, como para tranquilizar á su compañera de viage, la hermosísima herege saldrá muy pronto de penas y trabajos, y en el forzoso cautiverio que vá á sufrir gozará todas las dulzuras del Paraiso.

—¿Cómo sabeis que soy hermosa? le preguntó la hija de D. Ta-
deo, que á todo trance se proponia hacerle hablar.

—Esas cosas, paloma mia, las diviso yo á tiro de ballesta: aun-
que humilde familiar del Santo Oficio, vivo en Madrid y tengo bue-
nos ojos.

—Mirad bien lo que decis y no engaÑeis á una desdichada, que
no os ha hecho ningun mal. Vos no sois lo que pareceis.

—¿De veras? ¿Qué os induce á creerlo, cándida tortolilla?

—¡Y me lo preguntais! No sois tan lince como los hombres sin
entrañas, cuyo trage os cubre. ¿Se os figura que soy ciega, para no
ver que me llevais por despoblado?

Don Francés esperaba ciertamente esta observacion, mas creia
que su prisionera no era capaz de formularla sin el indispensable
acompañamiento de gritos y de amargas reconvenciones, tan natu-
rales como propias de la situacion en que se veia: mas cuando com-
prendió que se empeñaba en discutir á sangre fria, tuvo por seguro
que lo mas acertado para él era evitar toda polémica investigadora,
dejando el cuidado de sostenerla al responsable D. César de Men-
doza, y así cortó por lo sano diciendo:

—A Roma se vá por todas partes, perlita de mi alma, y así no
os inquieteis por tan poco; lo principal es que lleguemos á alguna
buena parada, y llegaremos, si Dios quiere, antes que el sol asome
sus narices por esas montañas, que aparecen á lo léjos como diablos
ó como inquisidores. Y ahora, preciosísimo bocado, digno de la boca
de un rey gloton, no me preguntéis nada, porque me está prohibido
contestaros, y aun ignoro si incurriré en alguna pena, por haberos
dirigido la palabra. ¿Pero qué ha de hacer un hombre con toda su
sangre dentro del cuerpo, cuando estrecha, á media noche y en un
camino solitario, una cintura como la vuestra?

La señora Poncia se convenció al fin de que nada sacaría en lim-
pio de su guardian, y al mismo tiempo de que tampoco debia ser
muy dura la prision á que éste la llevaba, si habia de juzgar por su
amable galantería. Guardó pues silencio y se propuso esperar á que

fuese de día, para sondear mas el misterio de su situacion, ó aprovecharse del primer descanso que hiciesen, á fin de conseguir una explicacion categórica; mas, como ya hemos anunciado, era aun noche muy cerrada y debemos añadir, oscurísima, cuando llegó al término de su viage. Apeóse D. Francés y dió cortesmente la mano á su compañera, para que hiciese lo mismo, delante de la quinta del Conde de Melito. Abrióse al punto la puerta y dos criados con hachones les alumbraron por la escalera, hasta un retrete adornado con todos los primores y todo el gusto de la época. Al examinarlo, preguntó la señora Poncia á su custodio:

—¿Estamos en el pais de los encantamientos? No me figuraba yo que tan cerca de Madrid se encontrase una posada, que puede apos-társelas en riqueza al palacio de un príncipe. Y cuidado que en cuanto á posadas soy voto. Pero.... mirad.... mirad.... ¡qué col-gaduras....! ¡qué araña tan rica y deslumbradora....! ¡qué retra-tos...! Parece que este aposento se ha preparado apropósito para una dama principal.

No se engañaba la muger de Quincoces, pues en él residia du-rante el verano la muy ilustre doña Catalina de Silva, esposa del valiente general conde de Melito D. Diego Hurtado de Mendoza y madre del capitán D. César: aquella señora se hallaba á la sazón en Andalucía y el general tenia grandes deberes políticos del mo-mento á que atender, y por lo tanto no se cuidaba de su posesion de recreo ni de su villa, quedando por consiguiente la primera á disposicion de su hijo primogénito, que sabia repartir equitativa y admirablemente los dias y las noches, entre sus locuras amorosas y sus deberes militares.

El conde D. Francés se contentó con sonreirse de una manera particular, cuando oyó las oportunas observaciones de su priso-nera: mas viendo que D. César no se presentaba, como era de su deber, á relevarle del comprometido cargo de guardar á la niña, quiso al menos, para indemnizarse en parte de las fatigas del rapto, que felizmente habia llevado á término, examinar á sus anchuras

aquella belleza sin igual, que habia dado al traste con el corazon de tan cumplido enamorado: habia ya visto, pero solo como de paso y anegada en lágrimas á la doncella, cuando fué á arrancarla de los brazos de su padre, y por la misma razon y á guisa de hombre inteligente, pretendia comparar las gracias que en ella habia descubierto al primer embite y en medio de su dolor, con las que sin duda reservaba para momentos mas tranquilos y placenteros. Invitóla pues á que se sentase en un mullido sitial, y acercándose luego hasta colocarse á tres pasos de distancia, la dijo:

—Pronto estoy á serviros de camarera para quitaros el manto, pimpollito mio.

—Estaos quedo, le contestó ella, porque ya que cuanto me sucede esta noche es inconcebible de puro misterioso, quiero permanecer tapada hasta saber....

—¿Qué quiere saber la hechicera? la interrumpió el bufon con marrullería.

—En dónde estoy y á qué punto vais á conducirme despues que salgamos de aquí, repuso con resolucion la señora Poncia.

—Imposible es que no se os haya metido en el cuerpo algun familiar, replicó D. Francés. ¿A dónde diablos quereis que os lleve? ¿Se os figura que he hecho poco-en traeros á esta quin.... á esta posada, como la llamais, para no comerlo ni beberlo?

—¡Ah! ¿Con que no es posada? exclamó la madrastra de María.

—¡Cómo! ¿Eso he dicho yo! gritó D. Francés. Hé aquí lo que siempre acontece á los hombres más esforzados, cuando tienen que habérselas con unos ojos negros. Yo que he conservado mi serenidad en los mayores apuros; yo que reservo en mi caletre, convertido en almacen de pullas, proyectiles capaces de aburrir á todos los nobles de estos reinos y señoríos, pierdo la brújula delante de una niña y me dejo envolver por su inocente lógica. ¡Ah! ¡Carne miserable y antojadiza....! ¿Qué mucho que la sencillísima Eva diese cincuenta vueltas al sapientísimo Adan.

Despues de este alarde de elocuencia, hijo del despecho y de la

vanidad humillada, giró el bufon sobre sus talones y desapareció del retrete como un relámpago, dejando á la señora Poncia mucho mas confusa con su retirada que con sus razones. Dirigióse mal humorado sin detenerse en busca de D. César, á quien halló ataviándose para su primera entrevista con la doncella, y encarándose con él, le dijo:

—*Ubi Troja fuit*: me lavo las manos en tu negocio, ahijadito mio de Satanás. Ahí tienes á tu ninfa, hecha una doctora en cuerpo y alma, que no hay mas que pedir ni desear.

—¿Sabe ya dónde se encuentra? le preguntó el capitán con ahinco.

—¡Oh! Hé ahí el blanco de su femenina curiosidad; ha tanteado todas las junturas de mi coraza para dar con el secreto, y so pena de rendir bandera ante su sin par belleza, he puesto mordaza á mis labios.

—Habrás alborotado toda la calle del *Almendro* y maldecido su suerte....

—Algo de eso ha habido en los primeros instantes, pero te aseguro que es hembra de provecho al aire libre, y que en vez de arañar á los que la conducen presa, discute con ellos que es un primor.

—Ea; mañana me referirás los pormenores de la aventura, porque no debo hacer esperar á mi Elena. Toma para que en mi nombre celebres la dicha que me aguarda, y ahora vete á descansar.

Diciendo así D. César, puso en las manos del conde D. Francés un razonable bolsillo repleto de oro y echó á andar hácia el retrete de su noble madre doña Catalina de Silva. El bufon no se dignó examinar el bolsillo; lo metió con indiferencia en el de su calzon y exclamó con acento tragi-cómico:

*Donec eris felix, multos numerabis amicos;
tempora si fuerint nubila, solus eris*

Y se fué á descansar, muy persuadido de que la fortuna que entonces le sonreía habia de darle las tornas alguna vez, con abundancia de disgustos y sinsabores.

Entregábase entretanto la señora Poncia á mil encontradas conjeturas, que ninguna luz le proporcionaban acerca de la que ya no podia razonablemente considerar como una verdadera desgracia, ó al menos, como una desgracia irreparable para ella, cuando abriéndose la puerta del retrete, se presentó á su vista la juvenil y atilada figura de D. César de Mendoza. A tan inesperada aparicion se levantó, lanzó un grito y casi casi llegó á comprender el misterio de su prision, porque pudo recordar, que el caballero que tenia delante la habia seguido algunas mañanas en sus paseos con María por las riberas del Manzanares. Astuta como la serpiente, y dispuesta en todo caso á aprovechar todas las ocasiones que se la ofreciesen de hacer fortuna, se propuso no desentenderse de tan feliz descubrimiento, y volviendo á dejarse caer en el sitio, como si la emocion la rindiese, esperó á que el apuesto galan se esplicase.

El galan, acostumbrado á aquel género de sorpresas, y conociendo que el momento favorable de asaltar una plaza es aquel en que reina la confusion entre las filas del enemigo, hincó una rodilla en tierra, y aplicando á las circunstancias una de aquellas declaraciones heróicas, que se leen en los antiguos libros de caballería, exclamó con entusiasmo:

—Ten piedad, oh encantadora y sobre-hu mana criatura, de este enamorado esclavo tuyo, para quien sin la hermosísima luz de tus ojos, el dia es horrenda noche y la noche abismo de perdicion y de malandanza. Tú eres mi norte, tú la estrella que guias mis pasos, desde el venturoso instante en que, al mirarte por la vez primera, rendí mi corazon á tus hechizos. ¿Qué filtro me has dado, dulce esperanza mia, que así me tienes tan sin seso por tu belleza y donosura? ¿A qué artes has acudido para avasallar el corazon mas indómito de Castilla? Díme, díme que correspondes á mi amorosa aficion; díme que tu pecho no es de bronce y que acoge mis ardientes suspiros, si no quieres que la desesperacion ponga término á una vida de tormentos, y ser la causa de la desgracia eterna de un hombre, que mas quiere morir que perderte.

La señora Poncia no pudo contener la risa por mas tiempo, y á pesar de los esfuerzos que hacía para que no estallase, se reveló de pronto en una carcajada. Levantóse D. César, se pasó la mano por la frente y murmuró en tono de dulce reconvencion:

—¡Inhumana! ¿Te burlas de mis pesares? ¡Ah! ¿Por qué te hizo Dios tan bella?

—No, caballero, no me burlo, le contestó la muger de Toribio, levantándose tambien y procurando fingir la voz: pero.... ¡os espliais con tanto calor!

—¿Y qué he de hacer, si al fin puedo hablarte, si al fin puedo sin recelo descubrirte la insensata pasion que me devora el alma?

—¡Ah! ¿Con que solo para eso me habeis robado esta noche?

—Perdóname una locura, que yo mismo repruebo, pero que me proporciona la felicidad de verte sin testigos. ¡Cuántas veces he intentado declararte que te amaba; cuando paseándote á orillas del Manzanares, dabas envidia á las mas engreidas hermosuras de Madrid!

—¿Por qué no lo hicísteis, primero que sembrar el llanto y la afliccion en mi familia?

—¿Por qué? Voy á decírtelo con franqueza, regalo de mis sentidos: porque siempre te acompaña una muger..... No te ofendas: esa muger.... no es, no puede ser tu madre.... ¿He acertado?

—Sí.

—Ya lo decia yo. No es muger.... sino una bruja.... una harpía.... Su aspecto me hiela y nunca he podido resolverme á acercarme á tí, cuando.....

Mordióse los lábios con ira la señora Poncia y replicó al punto:

—No es tan fiero el leon como le pintan.

—¿Qué dices! exclamó D. César, que tuvo por asegurada su victoria. ¿Con que puedo esperar.....

—Segun y conforme, repuso la madrastra de María calmándose, pues acababa de abrírsele camino para una transaccion.

—Pídeme para ella cuanto quieras, se aventuró á proponer el

Capitan, con tal que haga la vista gorda sobre nuestros amores.

—¿Os parece mucho cinco mil ducados?

—Eso y mas mereces: no se hable ya de ello, pues es negocio concluido; y ahora descubre tu hermosísimo rostro, para que estampen mis lábios en tu boca el primer beso de amor.

—Es que..... la muger, de que hemos hecho mencion, ha de saber que me habeis traído á este sitio, y tiene derecho, si ha de callar.....

—Te empeño mi honor de que mañana le llevará una persona segura, de parte del capitan D. César de Mendoza y de Silva, los cinco mil ducados.

—¡Ah! ¡El capitan D. César de Mendoza! Eso es otro cantar, caballero: la muger que sabeis no esperará á mañana, para doblar la suma que habeis ofrecido.

—¿Cómo así?

—Porque la dobla esta noche. Y ahora.... besad mi boca y mis ojos, si quereis.

La señora Poncia se echó atrás el manto y presentó á las atónitas miradas del jóven un rostro descarnado, cuyas líneas eran otros tantos testigos de sus viles pasiones: mas no le dejó reponerse de la sorpresa y aturdimiento que tan estraña aventura acababa de causarle, sino que aprovechándose hábilmente de su trastorno, le dijo sonriéndose:

—¿A qué tanta impaciencia? ¿No es lo mismo un dia que otro, con tal que ese dia llegue? Nuestro trato, señor D. César, se cumplirá, si en efecto estais tan enamorado de la niña como habeis querido dar á entender. Diez mil ducados y la *Garza Real* será vuestra.

—¡*La Garza Real!* repitió D. César, avergonzado y maldiciendo interiormente á D. Francesillo.

—Su nombre es María, y depende de mí: ya veis que es muy difícil engañarme.

—No os comprendo, repuso el Capitan. ¿No ha sido todo esto una equivocacion de mi agente?

—¡Bah! Yo he querido que se equivocase, dejándome robar, para tener la satisfaccion de tratar con vos.

—Veo que sois muger de provecho.

—Algo mas que lo que podeis imaginaros. ¿Aceptais el partido que os he propuesto?

—¿Me respondeis vos, de que la *Garza Real* no os ha servido para otro convenio, anterior al presente?

—Os juro que siempre ha sido tan arisca y desdeñosa como bella.

—Contad pues con los diez mil ducados.

—Obras son amores, y humo que vuela los antojos de los hombres.

—El capitan Mendoza nunca falta á su palabra. Traedme la *Garza* y.....

—No: dadme vos esta noche cinco mil ducados á buena cuenta, haced que me vuelva á Madrid ese torpe inquisidor sin olfato, y presentaos dentro de dos dias, con los otros cinco mil, en la casa que no debeis ignorar de la calle del *Almendro*: el terreno estará preparado y todos quedaremos contentos.

—Mas.... ¿si llegas á engañarme como esta noche?

—Esta noche os he engañado, á fin de no engañaros despues. Por lo demás, tened entendido, señor D. César de Mendoza, que la palabra de Poncia Morcilla vale tanto, como la del mas animoso y relamido capitan de los tercios españoles.

—Siendo así, me conformo. Juégame una treta en buen hora, y el Capitan te enseñará como sabe tratar á las brujas como tú.

Don César entregó los cinco mil ducados á la señora Poncia, que se dispuso á partir al amanecer. D. Francés, llamado por el primero, recibió orden de acompañarla, mas antes de separarse de él, le dijo con gravedad:

—Así me gusta, abijadito mio; sobriedad en todo, para que la vida sea larga: vuelva la asendereada doncella ¡mal pecado y qué blasfemia tan enorme acaba de escapárseme! vuelva, digo, la niña

á casa de su padre, que á estas horas ya se habrá derretido por los ojos de puro llorar, y descansa tú, que bien lo habrás menester, para dar nuevos dias de gloria á los esclarecidos blasones de tu familia. ¡Ingrato! añadió, observando que el Capitan le volvia la espalda. ¡Ni una sola razon de gratitud tiene, para el que le ha puesto en el plato la mas sabrosa caza de los bosques de Castilla!

—No arguyes mal, bribon, le contestó D. César; solo que esta noche has cazado una loba, y dentro de dos dias cazaré yo una garza. Vete.... vete.... y déjame dormir: eres un excelente sabueso.

CAPÍTULO V.

Un banquete diplomático á principios del siglo XVI.



El cardenal Fray Francisco Ximenez de Cisneros se disponia á salir de Madrid, porque los cuidados del gobierno le llamaban á la corte. Resuelto á mantener el sosiego en todas las provincias de la monarquía, y á reprimir la insolencia de los extranjeros, cuya rapacidad le hacía temer un levantamiento general de los pueblos contra la autoridad del Rey, entraba en los cálculos de su previsora política el prudente principio de no descontentar demasiado á aquellos, que podian suscitarle sérios obstáculos, por la influencia que ejercian en el país. Habia herido el orgullo del Almirante de Castilla, que postrado en cama, desde el dia en que se convenció de que el Regente contaba con el ejército, se entregaba al estudio de la poesía, que era su mayor embeleso y el mas eficaz alivio para las dolencias.

cias crónicas que le aquejaban; y no habian quedado mas satisfechos de la ostentacion de su poder y fuerzas el Duque del Infantado y el Conde de Benavente, soberbios magnates, en quienes puede decirse que se personificaba la representacion de la alta nobleza, tanto por lo ilustre de su sangre, como por los buenos y fuertes castillos que obedecian sus mandatos. Érale pues preciso asegurarse, ya que no el afecto, al menos la neutralidad de tan poderosos contrarios, que iban á quedar á sus espaldas, porque Cisneros no creia que se ausentasen á sus tierras, como lo habian asegurado. Llegó por el contrario á su noticia, que se juntaban todas las noches en casa de su amigo D. Fadrique Enriquez y que allí departian con mucho misterio sobre los negocios, y aun supo tambien que el Almirante dijo á su médico cierto dia, en que la gota le tenia desasosegado é inquieto:—«Veamos si me sacais pronto del lecho, porque «tengo que montar á caballo y dar que hacer en Castilla con gota «ó sin ella.»

Era hombre el Regente de asombrosa expedicion, y así discurría un proyecto como lo ejecutaba: la veneracion que inspiraban sus virtudes, su persuasiva elocuencia y el empeño que ponía en llevar á cabo resoluciones beneficiosas y útiles á la generalidad de los pueblos, le habian conquistado los corazones, y él sabia aprovecharse diestramente del amor de los españoles para tenerlos á raya, convencido de la inmensa responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, hasta la llegada del príncipe D. Carlos. Decidido se hallaba á visitar al Almirante y á pedirle que él y sus dos amigos el de Benavente y el del Infantado le auxiliasen con sus consejos, (aunque en verdad no los habia menester) para regularizar la administracion del reino, cuando se le presentó el conde D. Francés, que acababa de dejar á la señora Poncia, sana y salva, en la calle del *Almendo*.

—Mal aspecto traes, le dijo el Cardenal. ¿Qué te ha sucedido?

—¡Ay, tio de mi alma! le respondió el bufon tristemente; de esta hecha, voy á perder mi reputacion, si Dios no me ampara.

—Sepámoslo todo, repuso Cisneros, que estaba de apacible talante, porque esperaba conquistar la buena voluntad de los nobles.

—¡Qué has de saber, tío lentejas!.... ¡Qué has de saber! replicó D. Francesillo. No todo es gobernar á Castilla, pues para eso con poca trastienda basta: lo que cuesta sudores de sangre, lo que hace que un hombre de ingénio sea tenido por un imbécil, es el difícilísimo aprendizaje de cazar lobas.

—Espécate, bribon, si quieres que te entienda, pues no sé á donde vas á parar.

—¿Me das tu permiso, tío Cardenal, para que te cuente un cuento?

—Cuéntalo, con tal que no sea largo.

Don Francés se arrellanó cómodamente y sin el menor cumplimiento en una poltrona y dió principio de este modo.

—En otro tiempo habia un Rey muy goloso, y habiendo salido cierto dia á paseo, observó que un criado llevaba en cada una de sus manos una fuente cuidadosamente tapada, el viento sin embargo levantó la punta del paño que cubria la de la mano derecha del doméstico y vió el rey.... Tío Cardenal ¿qué te parece que vió?

—Una fuente de natillas, contestó Cisneros sonriéndose.

—¡Cómo! exclamó admirado D. Francesillo. ¿Con que sabes el cuento?

—No; pero como el Rey era goloso.....

—Has sacado en limpio que debia ver lo que mas le agradaba: ya veo yo que no hay quien te la pegue. En efecto: natillas eran las que vió y estaban diciendo: *met edme la cuchara*. Su golosina le hizo adelantarse, y aun hubiera de buena gana asaltado la fuente; mas cuando solo se hallaba á tres pasos de ella, le dió el olor de la otra en las narices y retrocedió, como si hubiera visto al diablo. ¿A qué no adivinas, tío Cardenal, lo que habia en la otra?

—Cosa mala debia ser.

—¿Te das por vencido?

—Sí.

—Pues habia.... un potage de lentejas.

—¡Tunante! ¿Pretendes divertirte hoy á mi costa?

—Te digo que eran lentejas y escucha lo que aconteció. El Rey queria la fuente de la mano derecha, mas no osaba arrebatársela al criado, por temor de tropezar con la de la mano izquierda: en tan apurado trance, llamó á un confidente suyo, hombre agudísimo y de gran desparpajo, y señalándole *lo que queria*, le dijo: *¿la ves?... aquella es de natillas*; si te das maña para llevármela á palacio, serás el primer personage del reino. El confidente dió cuatro zapateadas en el aire de pura alegría, y siguiendo al criado, le vió entrar en una casa y que ponía una fuente tapada sobre una mesa, sin advertir que se llevaba la otra á un aposento interior. Entónces murmuró con júbilo diabólico: *ésta es*, y como si no hubiera aprendido á hacer otra cosa en toda su vida, se apoderó de la fuente y corrió á presentársela al Rey. Éste que ya la esperaba, porque conocía á fondo la fina habilidad de su emisario, la recibió contentísimo, chupóse los lábios de gusto, fué á destaparla y se encontró.... con el potage de lentejas. ¿Lo has entendido bien, tio Cardenal?

—Su golosina quedó castigada, observó éste pensativo. ¿Crees que me suceda otro tanto con el Almirante?

—El caso no es igual, porque tú no apeteces su alianza.

—Al contrario; la deseo hoy mas que nunca y tambien la de los otros dos.

—¿Con qué no te contentas con mi hermano Fadriquito, sino que quieres poseer á mi primo Infantado y á mi tocayo Benavente? Pues bien: tendrás en abundancia esas tres fuentes de lentejas, y no podrás quejarte de tu suerte.

—Pero.... ¡y las natillas!

—Las natillas.... las natillas.... ahí está el cuento. ¿No te he dicho que estoy muy espuesto á perder mi reputacion, por haberme dedicado á la peligrosa caza de lobas?

—¿Y qué tiene que ver una cosa con otra?

—Mucho.... muchísimo, tio de mis entrañas, porque así como el confidente del Rey cazó una fuente de lentejas por otra de natillas, así yo cazé anoche una loba por una garza.

—Francesillo.... Francesillo.... exclamó Cisneros, que acababa de comprender la aplicación del cuento del bufon: el que anda en malos pasos no puede parar en bien: tus costumbres son relajadas y has de enmendarte, ó de lo contrario no te recomendaré al Rey nuestro señor.

—¡Oh! No te apures por eso, tío Cardenal, mi primo Carlitos no me echará de casa, porque si no me tiene á su lado, será capaz de morirse de fastidio en tu compañía.

—Basta; déjame en paz y aprovéchate de mi advertencia, sin olvidar que tolero tu malicia, pero no tus perversas acciones.

—Alguna víbora te ha picado hoy, tío de mi alma, y no sabiendo de quién quejarte, las pegas con el pobre conde D. Francesillo, que es una malva. Pero con tu pan y tus lentejas te lo comas, supuesto que el Almirante y sus dos compañeros de intrigas se han encargado de vengarme, haciéndote rabiar.

Hablando así el bufon, se levantó y haciendo una mueca, que podía pasar por un saludo grotesco, se dirigió marcialmente hácia la puerta del gabinete del prelado; pero éste le detuvo diciendo:

—Discurre lo que debo hacer con esos magnates.

—¿Con qué menguados? preguntó D. Francés, aparentando no haber oído bien.

—A nadie insultes, cuando no esté delante de tí para defenderse. Me refiero á D. Fadrique y á sus amigos.

—¿Qué pretendes de ellos?

—Atraerlos á mi devocion.

—¿Y eso te pone de mal temple, tío Cardenal?

—He dispuesto visitar al Almirante.

—Dios te libre de semejante pensamiento. Si quíeres acertar, obsequiales con un gran banquete en tu palacio.

—¡Un banquete!... La idea es conciliadora, pero no asistirá don Fadrique, porque se halla enfermo.

—Fadriquillo manda en la gota cuando quiere, y dá de palos á su médico. Yo le haré saber que habrá cecina en tu mesa, y cátales aliviado de sus dolores.

—¿Es aficionado á la cecina?

—Como tú á las lentejas, y está que rabia contra todo el mundo, porque se la prohiben.

—¿Y los otros?

—Esos comen de todo, pero exigen que tambien coman los demás.

—De modo que será necesario, que ese día abandone yo mi método de vida.

—Y que pruebes de todos los platos antes que ellos, para que no se imaginen que tratas de envenenarles.

—Lo haré, Francesillo, lo haré en servicio de mi Rey y señor, y porque así conviene para la quietud de estos reinos: mas... ¿cuándo dispondremos ese banquete?

—Mañana mismo debe celebrarse.

—Muy pronto es, y no estoy preparado.

—Apostemos, tio Cardenal, á que no tienes una blanca.

—Verdad es, bribon: has olido mi pobreza.

—Remedio al canto: desuella un par de flamencos y verás maravillas. Ya sabes que el que roba á un ladron....

—Francesillo, eres peor que Satanás. Vete ahora mismo al convento de San Francisco, pregunta por el padre Ambrosio, guardian de los religiosos de la misma órden en Rueda de Medina, y díle que le aguardo.

—¿Es tu tesorero?

—Haz lo que te mando y no te metas en dibujos.

Tres cuartos de hora despues, tuvo una entrevista secreta el Cardenal con el padre Ambrosio, varon de su entera confianza y conducto oficial entre los dos prelados regentes, encargado de conciliar sus diversas resoluciones. Hacía muy poco que habia llegado de Valladolid, punto de residencia del cardenal Adriano, y foco de las intrigas de los flamencos, para persuadir á Cisneros de la necesidad en que se hallaba de pasar á la corte, antes que los últimos comprometiesen la autoridad de su coadjutor, con la escandalosa

conducta que seguian y que tanto exasperaba á los altivos castellanos, y se disponia á acompañar á su amigo á Valladolid, donde sus consejos y prudencia eran poco menos que indispensables, para sostener la vacilante fuerza político-moral del Dean de Lovaina.

Con gran asombro de D. Francés y de cuantos conocian la austera humildad del cardenal Ximenez, presentó al siguiente dia su palacio un aspecto magnífico y deslumbrador. La sala principal de recibo se veia ricamente alfombrada, en el salon del balcon corrido que caia á la calle del *Sacramento* habia mesa de Estado y multitud de sirvientes, ostentando brillantes libreas, activaban todos los preparativos del banquete. El padre Ambrosio habia invitado á el al Almirante, al Duque del Infantado y á los condes de Benavente, de Haro y de Escalona: puestos de acuerdo estos señores, acerca de la conducta que debian observar, consideraron peligroso en aquellas circunstancias no corresponder á la desusada cortesanía del Regente, y el mismo D. Fadrique declaró que, pues el Cardenal de las lentejas, como le llamaba el bufon, daba el primer paso para una reconciliacion sincera, no habia de decirse de él, que sus achaques eran un pretesto para no aceptarla, y que si no podia ir por su pié, iria en silla de manos.

Los magnates llegaron juntos al palacio del Cardenal, quien salió á recibirles hasta la entrada del salon, acompañado del caballero de Chevres y del padre Ambrosio: llevaba puesta, contra su costumbre, la púrpura cardenalicia, que solo le cubria el hábito franciscano en las grandes solemnidades, pero su rostro espresaba el interior contento que sentia, al comprender que contaba ya como auxiliares á los que no hacía muchas horas tenia por énnemigos.

Don Francés, que andaba revoloteando alrededor de la mesa de plato en plato, semejante á la mariposa que vuela de flor en flor, oyó el ruido que al entrar hicieron los convidados, corrió á la puerta y viendo á D. Fadrique, arrimóse á Cisneros y le dijo al oido:

—¿No te lo anuncié yo, tio lentejas? El olor de la cecina le ha curado la gota y el mal de piedra.

El Regente condujo á los caballeros á la sala de recibo para que descansasen, y al cabo de media hora de amistosas conferencias y esplicaciones recíprocas, sobre lo útil y conveniente que era para la paz y sosiego de España la union entre todos los que podian contribuir á asegurar tan sagrados objetos, se presentó en ella un mayordomo, llevando en la mano su correspondiente baston de plata, y puso en noticia de la diplomática asamblea, que iba á dar principio el banquete.

—Pues no dejemos enfriar las viandas, señores, dijo el Cardenal alegremente, y hacedme la merced de honrar mi pobreza.

—Sí, sí, añadió D. Francés haciendo su mueca habitual, honradla sin cumplimento, porque hoy hemos echado la casa por la ventana.

—Ahora recuerdo, observó el Almirante, que ese tuno nos silbó la última vez que estuvimos aquí.

—Eso consistió, hermano alifafes, repuso D. Francesillo con desvergonzado acento, en que aquel dia representasteis una detestable farsa: pero lo que es hoy, estoy dispuesto á aplaudiros, si el fin de la loa corresponde al comienzo.

—Bien dicho, exclamaron los nobles:

—A la mesa, á la mesa, caballeros, replicó el Regente, que no queria despertar en los ánimos recuerdos desagradables.

Pasaron al salon y el mayordomo, en uso de sus prerogativas, distribuyó los puestos, señalando el de preferencia al Almirante, quien se sublevó contra su tiranía, alegando que por edad, dignidad y gobierno debia ocuparlo el Cardenal. Éste defendió obstinadamente los fueros de su mayordomo, árbitro absoluto, segun las antiquísimas leyes gastronómicas, de la colocacion y buen orden de los banquetes, y D. Fadrique se vió obligado á someterse. El Cardenal ocupó el otro frente de la mesa, teniendo á su derecha al Duque del Infantado, y á su izquierda al caballero de Chevres; los condes de Haro y de Benavente se sentaron por turno inmediatos al Almirante, y el de Escalona y el padre Ambrosio, siguieron despues,

llenando los huecos, que les destinó el inflexible baston de plata del impertérito mayordomo. D. Francés, con quien no hablaban las reglas ceremoniosas de la etiqueta, se reservó el derecho de no sentarse, de comer en todos los platos y de mantenerse detrás del sillón de Cisneros unas veces, y otras á espaldas del Almirante.

El primero bendijo la mesa y en seguida recibió un plato de manos de un pagé, lo probó y pasándolo á D. Fadrique, dijo con la mayor naturalidad:

—Caliente está la vianda, pero tambien sabrosa: caballeros, habeis venido á vuestra casa; comed y bebed con buen apetito y sea todo para el servicio de Dios, para la felicidad del reino y para la nuestra.

El Regente seguia probando todos los manjares antes que nadie los tocase, mas despues que cumplia esta obligacion que se habia impuesto, no aceptaba ninguno para sí. El Almirante, que observaba sus movimientos, no pudo al fin contenersé al ver llegar á la mesa un magnífico trozo de cecina, cuyo delicioso olor embargó sus sentidos, y exclamó clavando en las entrañas del favorito bocado la punta de su cuchillo:

«Nadie me mueva,

«que estar no pueda con Roldan á prueba....»

—No le toqueis, señor Cardenal, antes que yo os declare mi voto sobre la mejor presa de vuestros sábios cocineros, si es que no deseais que seamos desde hoy irreconciliables enemigos.

—Mirad, señor D. Fadrique, le contestó Cisneros, que probando antes que yo de ese manjar, quereis que falte á una promesa que ayer hice á Dios.

—Dios es misericordioso, repuso el Almirante, y os releva de ella: en todo caso, mia será la culpa, y castígueme el cielo, antes que pueda publicar el pícaro D. Francesillo, que un caballero castellano desconfia del mas honrado y mas virtuoso varon de estos reinos y de los estraños. Si me regalais para envenenarme, en la cecina ha de estar el tósigo, porque todos saben que estoy dispuesto

á romper el espinazo á mi médico, que me priva de saborear lo que mas me place: yo pues quiero comer cecina antes que vos la caiteis, para probar á todo el mundo, que el dignísimo cardenal Fray Francisco Ximenez de Cisneros me ha ofendido, al figurarse que yo puedo sospechar de su virtud.

Y diciendo y haciendo, cortó una razonable tajada de su manjar preferido y la comió tranquilamente. Sus palabras y su accion excitaron el entusiasmo y dieron el ejemplo á los demás nobles; resonaron mil aplausos en el salon y todas las manos se dirigieron hácia el pundonoroso D. Fadrique, para estrechar las suyas. El Cardenal, profundamente conmovido y bañado en lágrimas el rostro, se levantó de su asiento, se fué al encuentro del Almirante, que se adelantó á recibirle con los brazos abiertos, y ambos se estrecharon apretadamente con la mas cordial efusion y tiernísimo cariño. Todos los caballeros dejaron la mesa para rodear aquel grupo, que sellaba la alianza sincera de los grandes de Castilla con el gobierno y las felicitaciones y los parabienes duraron mas de un cuarto de hora. El caballero de Chevres se habia levantado tambien; mas al paso que unia su voz á los acentos de los otros señores, para celebrar la conducta del Almirante, no se separaba de la mesa: poco despues, aprovechándose de la placentera algazara y natural confusion que entre ellos reinaba, cuando vieron á Cisneros entre los brazos de D. Fadrique, sacó disimuladamente un frasco del bolsillo y destapándolo, al mismo tiempo que lo ocultaba con sus manos, vertió una pequeña parte del agua clara que contenia en un plato de polage de lentejas, que acababa de colocar un page delante del asiento del Cardenal. Terminada esta operacion en muy pocos segundos, se mezcló entre los nobles, para tomar parte activa en el general regocijo.

Calmados los primeros transportes, D. Francés, que no habia cesado de tirar de la ropilla al Almirante, se volvió hácia el mayordomo, especie de estatua de piedra, que contemplaba impassible, aunque con ceño, la inesperada infraccion de las mas notorias pres-

cripciones de la etiqueta, que acababa de tener lugar, y le dijo llorando como un chiquillo:

—¿*Quousque tandem?*... Hasta cuando (y esto te probará que aprendí latin) has de tolerar, estúpido remedo de muñidor de cofradía, este desórden que no me deja meter la cucharada? ¡*Heu!*... Y no prosigo, porque los sollozos contienen mi elocuencia y no quiero aterrarte con mi sabiduría.

Vuelto en sí el mayordomo por la irresistible fuerza de este razonamiento, calculó en su sangre fria, que la dulce expansion de los ánimos habia durado bastante: levantó el baston en señal de que volvía al pleno egercicio de sus funciones, y todos le obedecieron humildemente, dirigiéndose á sentarse en sus respectivos puestos. El Cardenal, radiante de gozo, y contando aquellos momentos por los mas felices de su vida, vió el potage de lentejas, y alzando los ojos al cielo, exclamó con el mas puro y sencilló entusiasmo:

—Hé aquí el grosero manjar que me proporciona todas mis di-chas; no se dirá que hoy le desprecio por dar la preferencia á otros regalos mas apetitosos.

Diciendo así empezó á despachar su racion de costumbre, mientras D. Francés le contestaba:

—Haces bien, tio mio: come, come lentejas, que nosotros haremos el gasto á las natillas. ¿No es verdad, hermano Fadriquito? Y ya que la ocasion la pintan calva, añadió acercándose á éste; deja que yo tambien te abrace y gimotee y haga tres ó cuatro pucheritos de mañas y de contento por tu sublime aficion á la cecina. ¡Oh! Yo te conozco bien, príncipe de la gota y del mal de piedra; por eso dije á mi tio lentejas, que no me dejará mentir, que la cecina obraría hoy estupendos milagros. Ya lo ves: en primer lugar, tus amigos se ceban en ella que es un primor, y van á disputarte el cariño á la vianda; en segundo, mi tio púrpura almacena potage en su estómago, como si nunca lo hubiera visto hasta ahora; en tercero, ya estais todos ahitos de enhorabuena, de abrazos y de manjares, de modo que me dejareis las tartas y los dulces. ¿No os parece lógico mi discurso?

El Almirante, por única respuesta, le alargó un buen pedazo de cecina. D. Francés se puso á olerlo, partió la mitad y despues de saborearla satisfactoriamente, puso la otra en el plato de Cisneros, murmurando:

—Mi hermano Fadriquillo me quiere tanto, que se empeña en que yo tambien he de morir por comer cecina: pruébala tu tambien, tio lentejas, y llévenos el diablo á todos en santa paz y concordia, para que no quede uno en pié que pueda contarlo. Come, come esa carne ahumada de puerco-magnate, que trasciende á gloria desde una legua, porque si perezco envenenado ¿qué será de tí en Castilla, entre las uñas del lobo Cardenal de Lovaina y sus flamencos? Por eso me duele dejarte solo en el mundo, y deseo que sigas mis pasos y los de la ilustre compañía que hoy honra nuestra casa.

El Regente aceptó el obsequio del bufon, y despues de haber dado fin al potage, no perdonó una sola hebra de la tajada de cecina, condescendencia que D. Fadrique Enríquez le agradeció en alta voz con sentidas frases, por lo mismo que conocia el valor de su sacrificio, pues el hombre que regía con tanta sabiduría como fidelidad hácia sus Reyes los destinos de dos hemisferios, tenia hecho voto de no alimentarse mas que de legumbres.

Las copas colmadas de esquisitos vinos circulaban de mano en mano. Llegaron luego los postres, entre los cuales figuraban esquisitas frutas, odoríficos pasteles, tartas flamencas y españolas, sopillos de ojalde, lágrimas acarameladas de monja, dulces secos á la italiana, almíbares andaluces y doradas natillas. No bien vió estas últimas D. Francés, cuando arrebatando de la mesa una fuente, exclamó alborozado y corriendo hácia el gabinete:

—Natillas son y no lentejas; lo conozco en que no hay paño que las cubra. Para el Rey goloso.... para el Rey goloso.

En seguida se encerró en el gabinete, dejó limpia y tersa la fuente que habia excitado su apetito y volvió á aparecer en el salon gritando:

—Pues la erré de medio á medio, porque eran lentejas y las na-

tillas quedaron aquí. ¡Pícara loba!... ¡Pícara garza! Para el Rey goloso.... Para el Rey goloso.

Y antes que el mayordomo adivinara el sentido de sus últimas frases, cogió otra fuente, corrió de nuevo al escondite, y despachó en un abrir y cerrar de ojos la sabrosa crema, lo mismo que habia hecho antes, sin parar mientes en el alboroto que armaban los pages, escandalizados de su osadía.

El banquete no terminó hasta la noche. El Almirante y todos los caballeros convidados reiteraron entonces al Cardenal regente sus protestas de adhesion, jurándole que podia contar con ellos y con su influencia entre los demás señores del pais, para contrarestar las maquinaciones de sus enemigos: ninguno de los nobles pronunció la palabra *flamencos*, por guardar consideraciones á la presencia de Eduardo de Chevres, pero todos aludian conocidamente á ellos, al hablar de los enemigos del Cardenal arzobispo. Despidiéronse por fin de su virtuoso anfitrión con las mayores muestras de afecto y amistad sincera, y salieron á la calle todos juntos lo mismo que habian llegado, á pesar de que algunos dias despues aseguraba don Francesillo, que el buen D. Fadrique Enriquez, su querido hermano, *vinó cibeque gravatus, sed non articulari morbo*, se habia quedado echando un pacífico sueño en su sillón, hasta que á deshora llegaron sus domésticos, para conducirle en silla de manos hasta su cama. No nos importa averiguar si el bufon sacó esta especie de su mollera, para poner en ridículo al Almirante de Castilla, ó si en efecto se escedió este algun tanto, dejándose llevar de la gula mas que lo que le aconsejaba la prudencia, tal vez por complacer á Cisneros y hacerle ver lo mucho en que tenia su agasajo: lo que sí sabemos positivamente es, que aquella fué la vez primera que, en nuestra España, grave y sesuda de suyo, al decir de los mismos extranjeros, se mezcló la gastronomía á la diplomacia, y que en un banquete se atendió á las necesidades públicas.

CAPÍTULO VI.

De como el conde D. Francés castigó á los alborotadores de Tordesillas
y el capitán D. César no cazó la Garza.



sí que el caballero de Chevres siguió á los magnates, dijo el padre Ambrosio al Cardenal:

—¿Cuándo debemos partir?

—Mañana, respondió el Regente, con tal que D. Francesillo no se oponga á nuestro viage.

—¿De qué se trata? preguntó éste: ahora que estamos solos los tres, podemos entendernos perfectamente.

—Se trata de que el padre Ambrosio quiere llevarme á Valladolid.

—¿Pues no tienes bastante en esa ciudad con el lobo de Lovaina?

—Los flamencos le envuelven.

—Dí que se deja envolver y acertarás. Vete, vete, tío de mi alma; preséntate en la corte de Castilla, si tienes precision de enderezar algun entuerto, mientras yo me las compongo en esta villa con los nuevos auxiliares, que te ha proporcionado tu esplendidez.

—¡Ah! ¿Con qué me abandonas? ¿Dejas que me ausente sin seguirme?

—¡Qué quieres! Desde esta noche tengo un cargo mas á tu servicio, y necesito esmerarme en su desempeño.

—¿Cuál es?

—El de espía, pero con la condicion espresa, de que has de creer al pié de la letra mis delaciones.

—Ignoro á quien te propones espíar.

—¡Bah! Pregúntaselo al padre Ambrosio, que no es tan confiado como tú. Me propongo espíar á mi tío el Almirante y á sus hambrientos nobles, al caballero de Chevres y á mi misma sombra.

—Vamos; has perdido completamente el seso. ¿Con qué tambien al caballero de Chevres?

—A ese mas que á todos los demás.

—¿Por qué motivo?

—Porque es flamenco.

—Ha nacido en Flandes, pero es castellano de corazon.

—Por eso, cuando partí contigo la cecina que me regaló mi tío Fadriquito, y te exhorté á morir, por no dejarte entre las garras de los flamencos, me miró como si quisiera tragarme.

—Yo tambien he notado en él, observó el padre Ambrosio, cierta estraña turbacion, en medio del general contento producido por la hidalga conducta del Almirante.

—No permita Dios, repuso el Regente, que yo desconfie de un hombre, que me ha cobrado tan decidida aficion.

—Hé ahí precisamente lo que no me gusta, su aficion hácia tí: has de saber que me comí todas las natillas para que él no las probase. ¿Por qué no le diste tu potage de lentejas?

—Porque es plato poco digno del paladar de un caballero.

—Y sabrosísimo para un cardenal, Regente de España y arzobispo de Toledo. Mira, tío de mis ojos; tú no quieres creer que hay brujas, y ellas acabarán por chupar hasta la última gota de tu sangre. En cuanto á las lentejas, hoy no debiste probarlas.

—No comprendo la razon....

—Porque las comes todos los dias. ¿No conoces que el que conciba el propósito de envenenarte, ya sabe de antemano en qué alimento dar el golpe seguro?

—Los dias del hombre sobre la tierra están contados; cuando el Omnipotente nos llama, nada en el mundo puede impedir que obedezcamos á su voz.

—Tío Cardenal, tu eres muy teólogo, pero no has estudiado medicina. Hay un precepto que dice: *ayúdate y te ayudará*, lo cual literalmente traducido significa: no comas lentejas en mesa de Estado, porque entre muchos apóstoles puede haber un Judas que te haga traicion, y eche en tu plato algunos polvos maléficos.

—El interés hácia mi persona, que revelan tus palabras, me obliga á faltar al deber en que estoy, de reprenderte por tus sospechas. Ya ves que son injustas, pues aunque he comido mis lentejas y probado otros manjares, me encuentro, merced á la Providencia divina, con todo el vigor y salud que necesito para atender á los negocios. Lástima es que no pueda vanagloriarse de otro tanto el pobre D. Fadrique.

—¡Oh! Mi tío el Almirante no ignora de que ha de morir.

—Ya; esa pícara gota es una enfermedad terrible.

—No lo creas, supuesto que la envia á paseo cuando quiere. Ha de morir de un hartazgo de coplas mal rimadas, ó de una indigestion de cecina.

Sonrióse el padre Ambrosio, al oír la ocurrencia del bufon; mas queriendo que el Cardenal no se desentendiese por completo de los saludables y prudentes avisos, con que salpicaba sus chistes, dijo como por casualidad:

—Se me figura que nuestra conversacion se habia fijado en el

caballero de Chevres. Yo no sospecho de él ninguna mala accion, mas... si he de esplicarme con lisura, no me ha satisfecho hoy su semblante.

—Semblante de condenado ¿eh, padre Ambrosio? añadió D. Francesillo.

—Parecia pensativo unas veces, y otras, repuso el primero, temeroso. No acierto á espresar las sensaciones que he sentido al examinarle: lo que puedo asegurar es que ninguna le favorecia.

—Yo sostengo, murmuró el bufon, que es sobrino de su tio.

—Su tio merece la confianza del rey Cárlos, replicó severamente el Cardenal: es su ministro.

—Y se aprovecha del puesto que ocupa, para enviar á España sus langostas flamencas, á fin de que nos destrocen y nos traguen, por servir al Rey. ¿Sabes lo qué imagino? Que tan bueno es Juan como su can, y que si esto dura mucho, voy á desertar de tu causa y á pasarme á la de los ladrones, ya que de ellos es el reino de Castilla.

Aquí llegaban de su plática nuestros interlocutores, cuando abriéndose la puerta del gabinete de Cisneros, en el cual se habian reunido, anunció un paje al alferez D. Fernando de Alarcon. Un instante despues se presentó éste, y besando con respeto la mano al Cardenal, le pidió su bendicion. Dióselo el último de buen grado, y luego que hubo correspondido afablemente á sus corteses saludos, le preguntó:

—¿Cuándo habeis llegado?

—Acabo de entrar en la villa, respondió el jóven.

—Mucha prisa teniais de verme, cuando sin atender á vuestro reposo, os dirigís á mi morada.

—Mucha, señor Cardenal.

—¿Habeis dado fin á la comision que os encargué, de reclutar buena gente.

—Creo que el general D. Diego Hurtado de Mendoza quedará contento. La comision no me sirve de mérito alguno, porque todos

los mozos de Castilla querian seguirme, y no he hecho mas que escoger.

—Buena la has perdido, compadre Alarcon, por no haber llegado algunas horas antes, porque mi tio el Cardenal ha hecho hoy una verdadera locura, dijo D. Francés. Como ha cumplido ya los sesenta, se imagina que puede volver á la primera edad, pero sin andadores; afortunadamente estoy aquí para ponérselos, aunque aturda al cielo con sus chillidos, y tú me ayudarás á sujetarle.

El alférez no prestó atencion á las palabras del loco, pero miró al Cardenal de una manera, que parecia indicarle su deseo de hablarle á solas. El Regente adivinó su pensamiento y contestó á la muda súplica que revelaban sus ojos, diciendo:

—Podeis explicaros con toda libertad, D. Fernando, porque ya sabeis que el padre Ambrosio es hombre á quien nada oculto, y ese bribon hará como que no oye lo que tengais que comunicarme.

—En efecto, querido Alarcon, repuso D. Francesillo: los vítores y los gritos de esta tarde en nuestra mesa de Estado me han vuelto sordo, y añade que he perdido la vista con los abrazos y besuqueos que ha dado mi tio púrpura á mi hermano mal de piedra.

—Lo único que debo anunciaros, señor Cardenal, dijo Alarcon, es que si tan pronto me veis en Madrid, es porque así lo ha dispuesto la Reina.

—¡Doña Juana os envia! exclamó Cisneros.

—Apuesto, murmuró el bufon, á que te pide un ejército castellano, para impedir que los flamencos le roben á su amado Felipito.

—La reina doña Juana, prosiguió el alférez, supo que yo me hallaba en Tordesillas reclutando gente y mandó llamarme. No bien estuve en su presencia, cuando estrechando mi mano entre las suyas heladas, pronunció estas razones: Corre á buscar á Ximenez de Cisneros y dile que ande con cautela; que sus enemigos son poderosos; que desconfie de los flamencos y.... sobre todo del caballero, que acaba de traerme cartas del príncipe Carlos. El cielo me ha iniciado en el misterio de una gran catástrofe, que no acierto á espere-

sar... que se guarde el virtuoso consejero de mi padre del puñal de los flamencos.... Ese caballero.... ese caballero....—La Reina calló y por mas preguntas que la dirigí, ninguna respuesta obtuve de sus lábios.

—Recordad lo que no ha mucho os hice presente, acerca de la turbacion del flamenco, murmuró el padre Ambrosio al oido del Cardenal.

—¡Será posible! le respondió éste. ¿Profetizará mi destino la reina doña Juana?

—El caballero que llevó á Tordesillas las cartas del Príncipe, añadió Alarcon, estuvo espuesto á perecer á manos del pueblo.

Don Francés, que no perdía una sílaba de la conversacion, se acercó á una mesa, sobre la cual habia seis jarrones de alabastro, rico presente hecho años atrás por doña Isabel *la Católica* á su confesor el arzobispo Cisneros, y apostrofándoles á guisa de maton, empezó á gritar con todas sus fuerzas:

—Venid acá, menguados y mal nacidos: vosotros sois el pueblo de Tordesillas.... ¿Por qué no matais al caballero de las cartas?.... ¿No profetizásteis, como la Reina, supuesto que le acometisteis?

—Algo me ha referido el de Chevres de un tumulto, dijo el Cardenal, así como que debió la vida al esfuerzo de un alférez. ¿Fuísteis vos, D. Fernando?

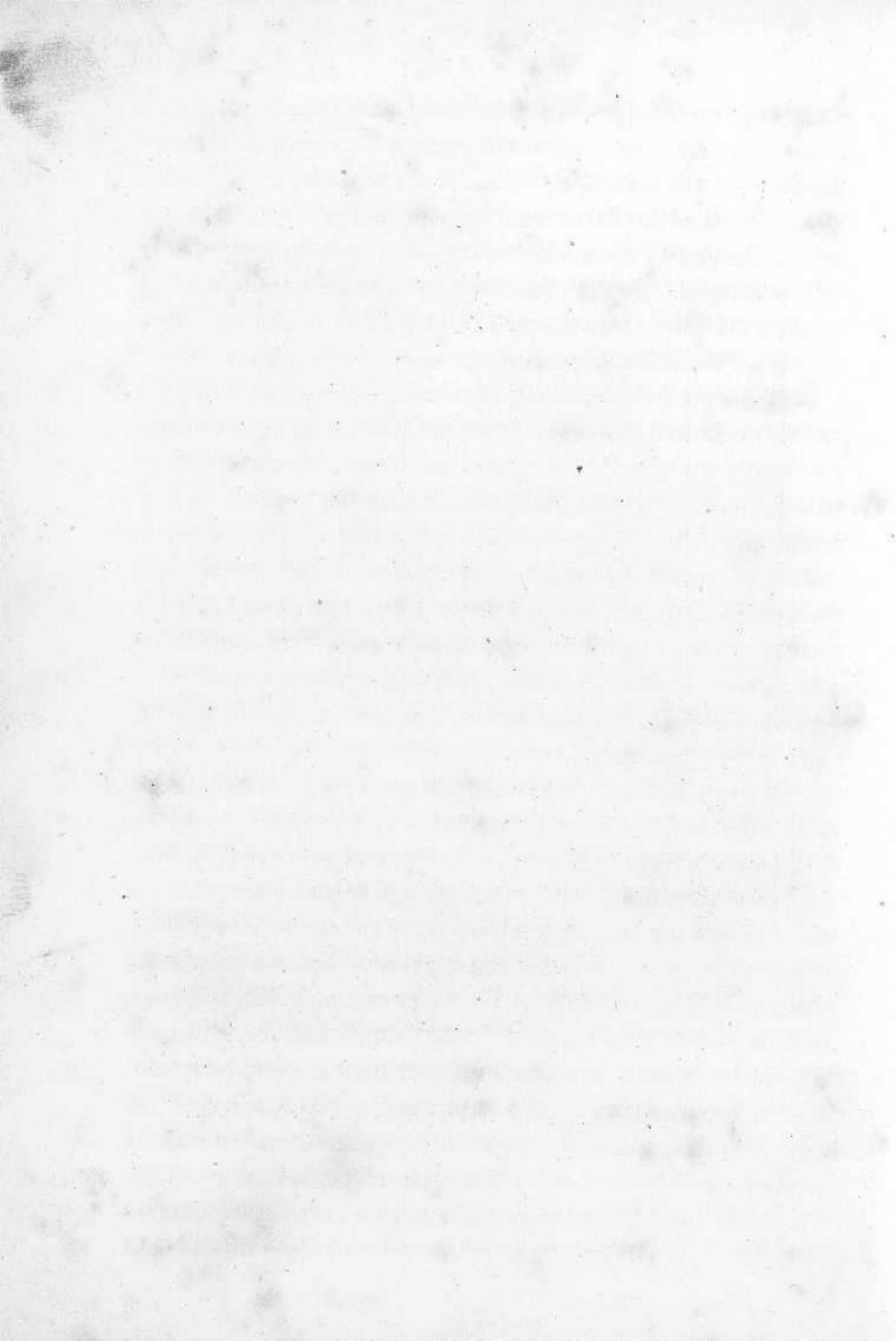
—Yo fuí, contestó modestamente Alarcon; todo sucedió antes que me llamase la Reina.

—¡Esas tenemos, pueblo habieca, pueblo follón, pueblo de tor-dos chilladores, que no de Tordesillas! ahulló furiosamente D. Francésillo, desenvainando la tizona. ¿Con qué dejas libre y sano á un traidor flamenco, porque un alférez que acaba de salir del casca-ron te asusta con sus vigotes? Ahora me las pagarás, por no haber cumplido con tu obligacion. Toma.... toma.... toma.... y vuelve á buscar el resto, si te hace falta.

Y al paso que con sus desaforados berridos atronaba á Cisneros, al padre Ambrosio y á Alarcon, empezó á descargar tan tremendos



Toma.... toma.... toma, y vuelve por el resto, si te hace falta.



cintarazos y cuchilladas sobre los jarrones, que en un abrir y cerrar de ojos desaparecieron los seis de la mesa y quedó sembrado el gabinete con sus destrozos.

—¡Qué haces, infeliz! exclamó el padre Ambrosio corriendo hácia él, mientras D. Fernando, vuelto en sí de la sorpresa que le habia causado tan repentino arranque de locura, y deslizándose á espaldas del bufon, para que no le alcanzase algun rabioso golpe, llegó á sujetarle el brazo derecho.

—Meteos, padre ceremonias, en vuestra plática y dejad que me divierta, replicó D. Francesillo. Y tú, compadre Alarcon, eso mismo debiste hacer en Tordesillas; apaciguar al pueblo, despues que hubiera despachado él al que salvaste. Salva ahora, si puedes, á esos jarrones.

—He de mandar que te azoten, por infame, le dijo Cisneros: esas piezas eran una memoria de la esforzada Isabel de Castilla.

—¿Veis cómo se queja? repuso impassiblemente D. Francés. Y lo peor del caso es que tiene razon, porque al fin de cuenta, quien ha perdido es él. ¡Ah, tio de mi alma!... ¡Tio lentejas!... añadió desasiéndose de Alarcon y postrándose á los piés del Cardenal. ¿No me has prevenido que fuese sordo? ¿Pues cómo podia cumplir tus órdenes sin meter ruido? Además... no te enojés... he castigado á tus jarrones, para que conozcas la torpeza que cometió D. Fernando en Tordesillas y las muchas en que tú incurres, conservando en tu gracia al caballero de Chevres. ¿Me perdonas, tio púrpura? ¿Me perdonas? En todo evento, acuérdate de que tu justicia no puede azotarme, porque soy conde.

El Regente habia quedado pensativo, porque los recelos que habian infundido en su ánimo tanto el bufon, como el padre Ambrosio, se veian confirmados por los presentimientos de la Reina. Convenciónose pues de que debia vivir prevenido y observar la conducta del caballero de Chevres; y como para tan delicado encargo, ninguno era mas apropiado que D. Francés, que entraba en todas partes y podia mezclarse en las conversaciones, así como seguir los pasos á

cualquiera, sin inspirar inquietudes, le otorgó fácilmente el perdón que solicitaba, dióle á besar su mano y le dijo:

—Ya que me has pedido el cargo de espía... espía te nombro: á mi vuelta de Valladolid me presentarás tus informes.

—¡Qué gusto! exclamó el bufon levantándose de un salto. Voy á mandar en la villa durante tu ausencia... ¿Lo oyes, compadre Alarcon? Aquí no hay alféreces que valgan, porque el Regente será desde mañana un loco, que andará á palos con todo el mundo, sin distincion de personas. ¡Cómo van á rabiarse los grandes! Envidia... pura envidia; pero yo les obligaré á andar derechos, ó no quedará títere con cabeza.

A la siguiente mañana, partió el cardenal Ximenez con el padre Ambrosio para la corte, sin ostentacion y seguido únicamente de dos criados: pero nosotros tenemos que referir todavía los acontecimientos de aquella noche, en que tan mal parada quedó á manos del insigne D. Francés la alabastrina memoria de Isabel primera.

No habrán olvidado nuestros lectores la cita que la señora Poncia Morcilla dió en Odon á D. César de Mendoza para la calle del *Almendro*. El Capitan aunque escamado por el chasco que le habia dado el bufon, contaba sin embargo con él, y aun le habia prevenido que fuese á buscarle, entrada ya la noche, pues no le pesaría; pero D. Francés se detuvo mucho tiempo, con motivo de la llegada del alférez Alarcon, en el gabinete del Cardenal, y cuando llegó á la posada de D. César, ya habia salido éste. Con todo, echóse á discurrir acerca de la direccion que podria haber tomado, y recordando su aficion á María y las escenas del rapto de la loba, como llamaba á la madrastra de la jóven, sacó en limpio que tal vez le encontraría rondando los alrededores de la casa, en que él habia esparcido, dos noches antes, el terror y el desconsuelo. Dirigióse pues sin vacilar hácia aquella parte de la villa, sintiendo no haberlo hecho desde un principio, pues no distaba tanto del palacio del Regente como de la casa de los Hurtados de Mendoza, que estaba cerca de *Santa María*, y llegado que hubo á la calle del *Almendro*, empezó á recono-

cer escrupulosamente cuantas sombras aparecian delante de sus ojos. No bien divisaba un bulto, cuando se iba derecho á él para examinarlo de piés á cabeza, recibiendo por premio de su osadía diluvios de maldiciones que le lanzaban las viejas comadres, y no pocos empujones con sus correspondientes *quítese allá el bergante ó duerma la mona el tramposo judío*, con que acogian su impertinente curiosidad los vecinos del barrio. Pero el testarudo D. Francesillo se habia propuesto encontrar á todo trance al Capitan, y prosiguió impávido su marcha; mas de pronto se paró, porque acababa de atisbar la casa de la señora Poncia y vió en la puerta dos bultos, que en nada se parecian á los que hasta entónces habia hallado en su camino. Eran un embozado y una tapada, que platicaban con mucha animacion, aunque el asunto que hasta allí habia conducido al primero no exigia sin duda que la discusion se prolongase demasiado, supuesto que D. Francés observó que, desapareciendo en el zaguan de la casa, dejó sola á la muger que con él hablaba. Acercóse al punto á ella nuestro atrevido bufon y contorneándose gallardamente á guisa de enamorado galan, que corre aventuras, la preguntó:

—¿Quiere hacerme merced la doncella de pronunciar el nombre del embozado, que acaba de entrar ahí?

—Siga adelante el hidalgo, si lo es, le respondió la tapada, y no se meta en honduras, que no le van ni le vienen.

—Soy mas que hidalgo, linda maula, pues no sé si llamarte hermosa ó fea, porque de noche todos los gatos son pardos, repuso Francesillo; soy conde de buena ley, y me vá y me viene averiguar lo que pregunto.

—En tal caso, replicó la muger, componeos con el embozado cuando salga, ya que yo ignoro su nombre y calidad.

—No, sino que voy á entrar, para que me declare quién es, dijo el bufon resueltamente.

—¿Y si yo no os lo consiento?

—¡Tú, imágen incomprendible del caos!

—Yo, señor murciélago. Soy la señora, de esta casa.

—La.... ¡Dios de justicia!.... ¡Qué oigo!... La.... repítelo por tu vida.... No; no lo repitas, por todos los ángeles, arcángeles y serafines del Paraíso.... dime solo si es D. César de Mendoza el caballero embozado.

—¡Ah!... ¡Le conoceis!... Pero vos ... ¿quién sois?... ¡Válgame Satanás y qué recuerdo!... Hablad.... hablad, para que acabe de reconocer vuestra voz....

—No hay duda es ella....

—Sí.... es él.... el mismo, que hace dos noches....

—¡La loba que cazé por la garza!

—¡El familiar del Santo Oficio que me llevó á Odon!

—¡La fuente de lentejas!!!....

Aquí llegaban de sus sentidas exclamaciones y aspavientos el asombrado Francesillo y la señora Poncia, pues ella era la que estaba de centinela en el portal de su propia vivienda, cuando precipitándose por la escalera con un ruido infernal, cayó como una bomba en medio de ellos el caballero embozado. Y caer, y sacudir á D. Francés un bofeton de á fólio, y aporrear de lo lindo á la madrastra de María, fueron para su rábia ciega, cosas mucho mas pronto hechas que narradas. El bufon se llevó la mano á la megilla lanzando un ¡ay! capaz de enternecer á las mismas piedras; la señora Poncia puso el grito en las nubes, el barrio se alborotó, abriéronse las ventanas, asomaron á ellas luces y rostros de comadres, y á todo esto el embozado sacudia desembarazadamente el cuerpo de la posadera de Rueda de Medina, como si tratase de quitar el polvo á un costal viejo. Fatigado al fin y molido de la faena, abandonó el objeto de su furor y volviéndose hácia D. Francés, le dijo:

—Si sois caballero, os daré satisfaccion, acero en mano, de la ofensa que os he hecho: caballero, pechero ó villano, os mataré aquí mismo, si tomais la defensa de esa miserable bruja.

—Véte al infierno con tu caballería, ahijado de los demonios, le contestó el bufon, ya que me has hecho ver mas de dos mil estrellas en noche tan tenebrosa.

—¡Don Francés! exclamó el Capitan admirado. ¡Con qué eras tú! Mira... mira esa infame muger, que llevaste á mi palacio de Odon. ¡Ah! No siento los cinco mil ducados que le dí, sino la treta que me ha jugado.

—Decid mas bien, articuló la muger de Quincoces entre sollozos, que os volveis atrás y que por no entregarme los otros cinco mil, lo echais todo á barato.

—Si murmuras una palabra mas, hechicera empedernida, te saco al medio de la calle, para que hagan presa en tu inmundo esqueleto todos los perros del barrio. ¿Has cumplido lo que me ofreciste, re-negada? ¿En dónde está la jóven de nuestro convénio?

—Arriba. ¿No acabais de separaros de ella?

—Mientes, harpia, mientes: ni siquiera la he visto, por mas que he registrado las habitaciones de tu pocilga.

—¿Qué no la habeis visto, caballero?... ¡Oh! Eso es imposible. ¿No la dejé yo bien preparada para vuestra visita, cuando bajé á esperaros? ¿No hacía ya mas de una hora que Toribio estaba ale-targado en profundo sueño, merced á la bebida que le dí, para que nada sintiese ni observase?

—Mira, ahijado mio, la gresca que has armado por un quítame allá esas pajas, se aventuró á decir D. Francés, porque la perra loba tiene trazas de no mentir. ¿Con qué pone la garza á tu alcance, emborracha á ese Toribio, que debe ser el padre de la niña, para que no vea ni oiga tus diabluras, y todavía vienes armando camorra á todo el mundo?

—Pero ¿no conoces que miente, seo bribon? replicó D. César cada vez mas exasperado.

—¡Qué miento!... ¡Y sostiene que miento! gritaba la señora Poncia, á la que infundia algun valor el inesperado auxilio de D. Francés. Subid, subid conmigo, si quereis, y arriba veremos quien tiene razon.

El Capitan aceptó el desafio, pero antes mandó al bufon que atrancase bien la puerta, porque algunos vecinos, atraidos por las vo-

ces de la posadera, se habian reunido al otro lado de la calle y á ellos se iban agregando otros muchos, tan solo porque los veian allí. Despues hizo que la señora Poncia fuese por delante, siguió sus pasos y previno á D. Francés que cerrase la marcha. Así llegaron hasta la sala, en que el último se habia apoderado del portage de lentejas, segun el cuento que habia referido al Cardenal: la hija del escribano, aunque asendereada por los golpes de D. César y temblando de miedo, cogió una luz y condujo á sus huéspedes al aposento de Quincoces. Entónces vieron á este amodorrado en su lecho, vestido y casi sin respiracion: su muger le habia propinado un narcótico, para que no pudiese defender á María en el alevoso y pérfido lazo, que habia tendido á su inocencia.

— Confesad al menos, dijo la señora Poncia al Capitan señalando á Toribio, que por esta parte os habia asegurado la victoria.

— Mas ¿dónde está la jóven? repuso el enamorado mancebo, en quien comenzaba á hacer repugnante impresion el cinismo de su cómplice.

— Busquémosla, respondió ella, ya que de casa no ha podido salir.

La señora Poncia se equivocaba de medio á medio, y en valde registraron todas las habitaciones, el desvan y cuantos escondites habia en el edificio, pues no dieron con María; y ya se preparaba D. César á repetir el vapuleo, de que habia dado tan sobresaliente muestra, sobre los huesos de la muger, que segun creia, tan descaradamente le habia engañado, cuando D. Francés le señaló una cosa blanca, que agitaba el viento en la parte exterior de una ventana trasera. Corrieron al punto: la ventana caia sobre el tejadillo de la casa inmediata, que era mucho mas baja que la que ocupaba la familia de Quincoces, y en el tejadillo se veia la entrada á una boardilla; el objeto blanco que Francesillo acababa de indicar era una sábana fuertemente sujeta á la ventana, por medio de una gruesa cuerda; á la punta colgante solo le faltaban unos tres piés, para que llegase á tocar el tejadillo.

Ya estaba descubierto el misterio. La señora Poncia habia declarado á María que el capitan D. César de Mendoza la amaba y que aquella noche debia presentarse á rendir á sus piés sus adoraciones: la jóven notó despues que su padre, no pudiendo sostenerse en pié, se acostó vestido, y que su madrastra bajaba á la puerta de la calle. Todo lo comprendió entónces, y tomando una resolucion heroica, juró no sucumbir en la celada que le habian armado su seductor y la malvada muger que se proponia perderla. El cielo la ayudó sin duda, inspirándole la feliz idea de descolgarse hasta el tejadillo de la casa contigua, para escaparse de la morada del autor de sus dias, en donde solo la esperaban el deshonor y la vergüenza.

—¿Estais satisfecho? preguntó la posadera al Capitan, rechinando los dientes de soberbia y de ódio, al convencerse de que su hijastra habia frustrado todos sus planes.

—¡Y qué! contestó D. César, profundamente conmovido, pues admiraba el esfuerzo de aquella jóven, que á todo trance queria conservar su virtud. ¿No ha hecho bien en huir de mis antojos y sobre todo de tu perversidad? Ven, añadió dirigiéndose á Francesillo, salgamos de esta hedionda cueva, y si encontramos á esa pobre criatura, amparémosla contra las sugerencias de la infame que trafica con su honor.

Espresándose de este modo, echó á andar el Capitan hácia la escalera, entanto que Francesillo decia á la señora Poncia:

—En mal negocio te has metido, tia lentejas. Dios quiera que no pares en la horca.

El bufon abrió poco despues la puerta del zaguan y ambos salieron á la calle, pero se vieron acosados en ella por un grupo de vecinos, que en ademan amenazador trató de cortarles la retirada. D. César no hizo el menor caso de sus movimientos hostiles, prosiguió andando y supuso desde luego que solo querian reconocerle: pero D. Francés, que no las tenia todas consigo, desenvainó su larga espada, y gritó á los mas cercanos:

—Háganse atrás los papanatas y dejen libre la calle, si no quieren sufrir la mismísima suerte que los jarrones de alabastro de la Reina *católica*. Y cuenta que aquí no estamos en Tordesillas, ni yo me llamo D. Fernando de Alarcon.

Los vecinos de la calle del *Almendo* no estaban en el caso de comprender unas alusiones tan oscuras para su inteligencia, pero uno de ellos dijo en alta voz:

—Parece gente principal.

—Pues es claro, respondió otro de la turba. ¿No veis como se explica?

—Ea; ya está visto que no pueden ser ladrones, añadió un tercero.

—Ni mucho menos sanguijuelas de Flandes, repuso el primero que habia hablado. Negocio de galanteo y buenas noches: retirémonos y con su pan se lo coma la bruja vecina.

En esto llegaron el Capitan y Francesillo, hasta los hombres que les cerraban el paso: pero éstos, en vez de hostigarles, echáronse al medio de la vía, y al observar su marcial continente, les saludaron quitándose los sombreros. El bufon correspondió á su cortesía, y envainando el acero siguió á D. César, perdiéndose muy pronto los dos, despues de atravesar la calle de *Segovia*, en el laberinto de callejuelas y placetas, que siguiendo las trabajosas elevaciones de un terreno desigual y cenagoso, van á ganar la altura en que se halla la del *Sacramento*.

CAPÍTULO VII.

El autor dá principio á él, se encuentra sin saber como seguirlo y tiene que suspenderlo.



escrito estaba sin duda en los altos juicios del Eterno, que el travieso conde don Francesillo no habia de disfrutar un momento de reposo durante aquella malhadada noche. En efecto, media hora despues de haberse retirado al palacio del Cardenal, y cuando ya se disponia á recogerse, llamaron fuertemente á la puerta exterior del edificio, y no tardó en difundirse la nueva entre los criados, de que acababa de llegar un correo con pliegos importantísimos para el Regente. Nuestro bufon, por su nuevo cargo de espía, se consideró al punto en la obligacion de tomar cartas en el negocio, y arreglándose de nuevo la parte del traje que se habia quitado, atravesó el salon y entró en el gabinete de Cisneros. Mas ¡cuál fué su sorpresa, al encontrarse solo en él!

—¡Habr  salido! pens  desde luego: pero no tard  en desechar esta idea, imaginando mas bien que le hallar  dormido en el magnífico lecho que ocupaba la inmediata alcoba, adornada con esquisito gusto y dispuesta, al parecer, para comodidad y descanso del Regente. Dirigióse pues á ella, levantó la rica tapicería que la separaba de la pieza anterior, examinó el lecho.... nuevo asombro para D. Francés: el lecho estaba vacío   intacto.

—No hay remedio, murmur  entónces entre dientes: aquí hay algun misterio, que es preciso descubrir, porque mi tio lentejas no es un hombre como los demás.  Habr  volado al cielo? Tengo para mí que algun día ha de darme ese chasco.  Se habr  escondido por ahí debajo de algun mueble, á fin de que nadie le incomode en sus rezos?

No sabiendo qué pensar el buen Francesillo de  quella desaparicion, dej  caer el tapiz de la alcoba y procedió   un registro escrupuloso de todos los rincones del gabinete, proponiéndose hacer que llamasen inmediatamente al padre Ambrosio, si salian inútiles sus pesquisas, para que por medio de conjuros   alguna otra ceremonia adecuada, le ayudase á encontrar el cuerpo,   el alma,   ambas cosas juntas de su queridísimo prelado. En esto oyó en el salon ruido de pasos y suspendiendo sus averiguaciones, figur se que por fin iba á llegar el que buscaba; pero engañ se de medio   medio, porque quien llegó fué un page, anunciando al portador de unos despachos, que remitía el cardenal Adriano de Utrech.

—Entre el correo y entr gueme lo que traiga, dijo el bufon con imponente acento y llamando en su auxilio toda la prudencia que exigia el caso. El Cardenal descansa y mas tarde se enterar  de todo.

El correo se adelantó, hizo reverencia al bufon, á quien no conocia, puso en sus manos un pliego sellado y se retir  con el page. Don Francés cerró cuidadosamente la puerta que daba al salon, examinó la cubierta del pliego, y despues de olerla repetidas veces, dijo:

—Malas noticias son, porque llegan á mis manos en hora menguada y en noche de enemiga estrella. Mi tío púrpura y sus jarrones han desaparecido; mi rostro ha probado la brutalidad de un capitán furioso; he partido peras con el compadre Alarcon y me he visto espuesto á andar á estocadas con los galantes vecinos de la loba, amen de que no puedo tenderme en mi lecho á pierna suelta, porque en estos críticos instantes descansa sobre mis fatigados hombros el peso abrumador de la monarquía. Decididamente es una noche perversa para un cristiano.

Acababa de pronunciar las últimas razones, cuando otro ruido que no procedía del salon, sino del tabique que estaba detrás de él, estremeció todos sus miembros. Volvióse de pronto y con el semblante demudado hácia el sitio, en que parecia animarse algun objeto, pero solo vió el tabique: no obstante la evidencia y á pesar de que sus ojos no le mentian, puso la mano en la pared, á fin de tranquilizarse completamente... la pared cedió hácia adentro, presentando una abertura, por la cual podia pasar un hombre: era una puerta secreta, que comunicaba el gabinete con un cuarto estrecho y oscuro, semejante á un calabozo. D. Francés, mas muerto que vivo, echó maquinalmente mano á su espada, aunque estaba segurísimo de que iba á salir de aquella cueva algun espantoso endriago para tragarle; mas quedóse como estático, cuando llegó á sus oídos clara y distinta la voz de Cisneros, que preguntaba, aunque sin dar muestras de enojo:

—¿Quién se atreve á interrumpir mi retiro?

El bufon dió un respingo hácia atrás, cogió de la mesa, en que el Cardenal despachaba, una bugía y asomó la cabeza por la abertura, que acababa de descubrir. Sus ojos se llenaron de lágrimas al divisar, en el ángulo mas oculto de aquel miserable aposento, un mezquino gergon de paja y sobre él un cilicio manchado de sangre. El Cardenal, que en verano y en invierno se acostaba desnudo sobre tan dura cama, se incorporó y echando mano al hábito de san Francisco, que tenia junto al gergon en el suelo, cubrióse precipi-

tadamente con él, mientras Francesillo le decia sollozando á mas y mejor:

—Tio lentejas.... tio lentejas.... ¿estás en el Purgatorio? Porque en el infierno no creo que estés, si es que en sus abismos se castigan las malas obras. Respóndeme pronto, si es que me oyes, pues tengo negocios urgentes que despachar, y dime si has ido á satisfacer por tus pecados en cuerpo y alma, para que yo no te busque inútilmente por el mundo.

—Bribon, le respondió el Regente saliendo de su retiro y cerrando la abertura ¿cómo te veo en pié á estas horas?

—Gracias á Dios que puedo tocarte sin que te evapores, repuso D. Francés. ¡Si supieras las angustias que he padecido! ¡Ah! Me ocurre una idea estupenda.... Mira: supuesto que para tu descanso tienes bastante con el santo ladrillo y el bienaventurado gergon, cédeme desde esta noche el mullidísimo lecho de esa alcoba, en el cual te juro que dormiré como un príncipe. Así como así, para nada lo necesitas, y con tal que no me incomodes llamándome á deshora, seré tu centinela roncando á lo conde y á lo cardenal.

—Eso no me esplica la razon de que hayas velado tanto esta noche, replicó Cisneros.

—La razon consiste, en que atiendo mejor que tú á los intereses del reino; en que llegan despachos del lobo de Lovaina y tengo que enterarme de su contenido.

—¿Cómo! ¿Ha venido algun correo de Valladolid?

—Y con malísimas noticias.

—¿Has abierto el pliego!... ¡Pobre de tí!

—Has de saber, tio lentejas, que yo tengo muy buenas narices y que ese despacho huele mal.

—¿Qué ha dicho el correo?

—Es mudo.

—¿Recibiste el pliego en la antesala?

—No, sino aquí; en nuestro gabinete de despacho.

—Pero ¿á qué habias venido, bribon?

—A cumplir con mi deber; á espiarte. ¿Has olvidado el cargo que me diste? Esta noche á tí; mañana al caballero de Chevres.

Convencido el Cardenal de que nada sacaria en limpio de don Francés, se acomodó en su sillón; rompió la cubierta del mensaje que le enviaba Adriano y recorrió sus líneas. El bufon se dirigió á la alcoba; desnudóse sin el menor cumplimiento y dijo en alta voz, al paso que se metia en la cama, que nunca habia ocupado Cisneros:

—Tio lentejas, por esta noche te permito que me llames, si para algo me necesitas.

El despacho no era muy estenso, pero contenía una nueva importantísima. Para dar cuenta de ella á nuestros lectores, nos vemos en la precision de retroceder algunos años.

Por muerte de Francisco de Fox, hijo de Gaston y de Magdalena de Francia, y á quien su extraordinaria hermosura hizo que le llamasen *Febo*, ciñó en 1483 la corona de Navarra su hermana Catalina, que poco despues dió su mano á Juan de Labrit, á pesar de que D. Fernando *el Católico* la habia pedido para su primogénito, á fin de resguardar á Castilla de los amagos de la Francia, con cuyo monarca no estaba en buena armonía, pues le habia disputado tenazmente sus derechos al trono de las Dos Sicilias. El Rey de Aragon, que al decir de sesudos escritores, desconfiaba de su misma sombra, imaginó el medio de lograr lo que aquel desaire dejaba descubierto para la seguridad de sus estados, y propuso á Catalina un convenio, en el cual se obligaba ésta, á no permitir la entrada por sus dominios á tropas francesas, que se dirigiesen contra Aragon ó Castilla. El tratado de alianza ofensiva y defensiva se celebró en Pamplona, mas la Reina de Navarra lo quebrantó tres años despues, permitiendo que un considerable ejército enemigo avanzase hasta el Ebro, y publicando que habia cedido la posesion de su corona á Carlos VIII de Francia, por el ducado de Normandía. Don Fernando reclamó inmediatamente de su sobrina el cumplimiento de las estipulaciones convenidas y aun exigió nuevas seguridades para lo sucesivo, y aunque se le otorgaron por temor, no quedó satisfe-

cho, pues desde luego pudo convencerse de la mala fé con que se obraba, contra su prévisora y prudente política.

Aconteció, para su completo desengaño, que las armas de Venecia se apoderaron en 1495 de algunas plazas de Italia, lo cual dió motivo para que se uniesen todos los príncipes del país, con el objeto de defender sus estados contra las irrupciones que sufrían. Esta confederacion fué aumentándose, y al fin entraron en ella el emperador Maximiliano, por la promesa que obtuvo de un gran subsidio; D. Fernando de Aragon, con la esperanza de incorporar á sus dominios de Nápoles las poblaciones principales que, en las costas de la Calabria, obedecían á la república de Venecia; el Papa Julio II, ansioso de hacerse temer de los orgullosos señores de los mares, que embarazaban sus proyectos, y por último el Rey de Francia, cuyo único objeto era humillar al Senado, porque sus individuos pretendían oscurecer con su fausto la magestad de los monarcas. Hé aquí el fundamento de la famosa *Liga de Cambray*, que no proporcionó á sus promovedores todas las ventajas que se habían imaginado, porque Venecia proclamó al mismo tiempo su *Liga Santa*, y tanto el Papa como el Rey católico, zelosos de la preponderancia que Luis XII, sucesor de Cárlos VIII, había adquirido, se separaron de la primera, para alistarse en la segunda.

Habiendo dispuesto poco despues D. Fernando, de acuerdo con los venecianos y los ingleses, atacar la Guiena, pidió á la reina Catalina paso franco por Navarra para sus tropas; mas le fué negado clara y terminantemente, sin que las exhortaciones de la cabeza visible de la Iglesia consiguiesen allanar aquel imprevisto obstáculo, que contrariaba los grandes proyectos del Rey de Aragon. En vista de tan obstinada ceguedad, Catalina de Fox y Juan de Labrit su esposo fueron escomulgados, se les declaró sin derecho al trono, absolvióse á sus vasallos de la obediencia y se cedió en propiedad el reino al primero que lo conquistase.

Aunque la bula pontificia que conténia estas declaraciones era para D. Fernando una razon indisputable, no la publicó en un prin-

cipio, sino que volvió á pedir pacífica y aun amistosamente lo que antes habia solicitado, con arreglo al convenio de Pamplona, contentándose por último con que la Navarra no auxiliase á la Francia; nada alcanzó sin embargo y se despreció su solicitud, lo mismo que se habian escarnecido los anatemas del Papa, por lo que, publicada la bula y la sentencia contra Juan y Catalina, á los tres meses de su concesion, incorporó el Rey *católico* á la corona de Castilla el antiquísimo reino de Navarra, en el mes de julio de 1512. (1)

Cuatro años despues, sucedió á Luis XII en el trono de Francia el batallador Francisco *primero*, y mal avenido con la desmembracion de los socorros que su política podia esperar de la parte acá del Pirineo, dió una prueba de lo que los españoles debian prometerse de su carácter fogoso é indomable, resucitando las muertas pretensiones de Juan de Labrit. Este monarca destronado y malquisto de los pueblos, que á duras penas habian sufrido su dominacion, aceptó auxilios de aquel inquieto protector que le deparaba su mala suerte, y se disponia á entrar en Navarra para recuperar lo que por su ignorancia y por el desmedido orgullo de Catalina su muger habia perdido, cuando el cardenal Adriano tuvo noticia de los preparativos de invasion que se hacian en la frontera. No era hombre apropósito el Dean de Lovaina, para tomar á su cargo la responsabilidad de unas operaciones militares, que en caso de desgracia podrian atribuirse á traicion, segun se hallaban los ánimos; mas queria cumplir á todo trance la palabra que habia empeñado á Cisneros, de contribuir á la conservacion de la paz hasta la llegada del príncipe D. Carlos, por lo que sin perder tiempo le hizo saber, por medio del despacho, de que ya tenemos noticia, las alarmantes

(1) «Cinco dias fueron tiempo suficiente para verificar la conquista de todo el reino, inclusa la capital,» dice un compendiador de nuestros dias. Ha debido añadir que los navarros, disgustados del gobierno de Catalina y declarándose abiertamente contra ella, apoyados en la bula de excomunion, acogieron al duque de Alba como á su libertador y en vez de resistirse, facilitaron á sus tropas la ocupacion de sus principales plazas, como Tudela, Lerin y Sangües. El Rey *católico* no conquistó la Navarra: la declaró, por consentimiento de sus hijos, parte integrante del reino de Castilla.—*N. del autor.*

novedades, que amontonaban amenazadoras nubes sobre el reino de Navarra.

—Hé aquí, murmuró el Cardenal regente, luego que hubo terminado la lectura del pliego, una razon mas poderosa, que todas las que me ha espuesto el padre Ambrosio, para que yo apresure mi viage. Ese Juan de Labrit está loco y es preciso hacérselo comprender al rey Francisco, á fin de que no patrocine malas causas.

—¿Me has llamado? gritó Francesillo desde la alcoba.

—Ven acá, le contestó Cisneros.

—Mala víbora te pique, gruñó el bufon, al paso que se vestia atropelladamente. No habia cerrado mas que un ojo, y me vienes con ese Juan *lebré*, como si yo le conociera. ¿Qué diablos tienes contra él, para entretenerte en hablar solo? Apuesto á que el lobo de Lovaina te ha puesto de mal humor. Ea; aquí me tienes, añadió saliendo al gabinete, y te juro que voy á señalar esta noche con raya negra, para que nunca se me olvide. No parece sino que.....

—Envia recado al padre Ambrosio, diciéndole que le aguardo antes que amanezca, le interrumpió el Cardenal.

—¿Que es esto! exclamó D. Francés. ¿Vas á disponer otro banquete? ¿Han vuelto los moros á Granada? ¿Ha venido ya el príncipe Cárlos? Porque solo alguna de estas tres calamidades puede obligarte á despertar tan temprano al reverendo Padre guardian de Rueda.

—Eres un maldiciente, Francesillo.

—¿Por qué?... ¿Porque no me mamo el dedo? Ajustemos cuentas. La mesa de Estado ha hecho temblar los bolsillos de los usuarios, á quienes habrá recurrido el Padre ceremonias para sacarte de apuros; ya ves que teniendo tú que pagar lo que esos descreídos han adelantado y lo que roban, el tal banquete es una calamidad para tí. ¿Pues qué me dirás de la vuelta de los perros infieles á las orillas del Genil?

—Malo seria, porque necesitaríamos otra Isabel *primera*.

—Pues échale guindas á la presencia de su nieto Carlitos en Es-

pañá. Se me figura que hemos de ver grandes cosas. ¿Sabes que la gente dá en la flor de asegurar, que la cabra siempre tira al monte?

—Deja que murmuren los ociosos. El Príncipe es jóven de gran corazon y gobernará bien su nuevo reino.

—Pero tirará al monte, ó para que me entiendas mejor, á Flandes.

—Allá lo veremos, Francesillo, y no hablemos mas, si ha de venir el padre Ambrosio antes que el dia.

—Es verdad; se me olvidaba tu encargo: pero ¿qué ocurre para tanta prisa?

—Ocurre que los franceses intentan penetrar en Navarra, para devolver este reino á Juan de Labrit.

—¡Ah! ¿Ese era el *lebrél*, con quien te entretenias hace un momento?... No le perdono el chasco de no dejarme dormir dos ó tres horas. A bien que él no tiene la culpa. ¿Quieres, tio púrpura, que te dé un consejo saludable?

—Quiero que avises al padre Ambrosio.

—Voy al punto, pero escucha lo que tengo que decirte. El rey Francisco es un tiburón, que quiere tragarse la Europa, y se la tragará si Castilla no meté su cuarto á espadas. Para lograrlo, necesitas limpiar su suelo de la mala semilla y así, deja que Juan *lebrél* entre con los franceses, y échale en seguida todos los flamencos con el caballero de Chevres á la cabeza, para que no escape uno con vida de sus garras; despues, cuando los flamencos hayan desaparecido, irémos nosotros y haremos correr á los *lebreles*.

Cisneros no siguió estas advertencias diabólicas, cuya aplicacion hubiera ahorrado á Castilla la guerra de las comunidades; mas no bien llegó á Valladolid con su confidente y amigo el padre Ambrosio, cuando los temores que en todos los ánimos habia infundido la noticia de una próxima invasion francesa, se convirtieron en fundadísimas esperanzas de completo triunfo, si llegaba á realizarse. En efecto: la Navarra se vió, como por encanto, resguardada por numerosas fuerzas españolas, que acudieron de Aragon; reforzóse

la línea del Ebro, y las Améscuas, Vera, Valcarlos, las alturas de Roncesvalles y San Marcial presentaron al enemigo campamentos imponentes, que le obligaron á desistir de su temerario propósito. Juan de Labrit, que no contaba con mas auxiliares que las tropas estrangeras confiadas á sus órdenes, no tuvo el arrojo de pasar el Pirineo, y el rey Francisco, cuya bravura no admitia excusas ni se paraba en obstáculos, cuando se trataba de combatir, le retiró su proteccion, porque no habia osado tentar fortuna contra los preparativos del cardenal Ximenez. La invasion, por lo tanto, quedó reducida á un vano alarde, que desapareció tambien como el humo, en cuanto la hueste española, que coronaba á San Marcial, recibió órdenes para abandonar el monte y meterse en Irun, amenazando á Behovia. Supuso Labrit que, justamente resentido el Regente de sus pretensiones á la corona de Navarra, habia concebido el plan de envolverle en el mismo territorio francés y que el cuerpo últimamente estacionado en Irun se preparaba á atravesar el Vidasoa: este pensamiento trastornó completamente sus ideas, y juzgándose perdido y prisionero por los castellanos, huyó precipitadamente de la frontera, abandonando su ejército, que se desbandó á la primera noticia de la defeccion de su cobarde caudillo.

Otro suceso importante, acaecido en la misma época, no alcanzó tan felices resultados para nuestras armas. Alí Hornuc Barbarroja, famoso pirata de las costas del Mediterráneo, acababa de proclamarse Bey de Argel, por haberse apoderado de esta ciudad, y aunque los de Fez y Marruecos estaban en paz con España, desde que amedrentados por los formidables aprestos del año anterior, se habian acogido á la benevolencia del Rey *católico*, por medio de magnificos presentes, el turbulento y temible corsario berberisco desafiaba el poder de Castilla, entrando con sus galeras en los puertos desinmantelados de Levante, exigiendo tributos de doncellas para su harem y sus mercados públicos y desentendiéndose de las amenazas del Cardenal regente. No pudo éste sufrir por mas tiempo tanto escándalo, y no bien se disiparon los recelos de un choque con los

franceses por la parte de Navarra, cuando dispuso que una expedición, al mando del general Diego de Vera, se dirigiese á la costa de Argel y castigase duramente al usurpador. Nuestras tropas saltaron en tierra con la mayor intrepidez y pidieron que sin demora se las condujese á la pelea contra los infieles, pero el gefe á quien obedecian imitó en Africa la desacertada conducta de Juan de Labrit en los Pirineos, y en vez de avanzar, acampó, dando de este modo al enemigo tiempo mas que sobrado para prepararse al combate. Las consecuencias de su impericia fueron desastrosas, y su descuido acabó de completar el poco acierto de las operaciones de la expedición. Barbarroja reunió sus hordas bárbaras, abandonó de noche su capital, y aprovechándose de las faltas de su inhábil competidor, cercó por todas partes á los castellanos, sorprendió su campamento, y cuando Diego de Vera quiso volver en sí y hacer frente á la tempestad, se encontró tan completamente derrotado, que murió la mitad de su gente, quedando prisionera la mayor parte de la restante: los pocos que, huyendo de la matanza ó de la esclavitud, consiguieron embarcarse, llegaron á la costa de España desesperados y cubiertos de oprobio, por la irresolucion de su general. Ximenez de Cisneros supo el éxito fatal de la empresa con indecible dolor, que no se reveló exteriormente, y dando pruebas de serenidad poco comunes, ordenó el establecimiento de defensas y resguardos en las costas, sospechando con razon que Barbarroja, orgulloso por su reciente triunfo, volveria mas fiero que nunca á amenazarlas.

La patriótica conducta de los nobles pagó con usura al Cardenal el sentimiento, que le habia ocasionado la de Diego de Vera. Alcalá, Ciudad Real y Cuenca quisieron levantarse, no contra la autoridad del Regente, sino contra los derechos del príncipe Cárlos, en tanto que viviese la reina doña Juana: la rapiña de los flamencos en dichas comarcas y la proteccion con que, al parecer, se cubrian, dieron pábulo á la fermentacion general. Era inminente un conflicto y Cisneros no vaciló en apelar á la alianza jurada de los magnates del reino, para que contribuyesen á aquietar los ánimos justamente

descontentos, empeñando su palabra, de que espondría al Príncipe, no bien pisase el territorio español, los males que aquejaban á sus fieles vasallos y le exigiria con entereza el remedio de todos. El Almirante y sus amigos correspondieron dignamente á lo que debian al Cardenal y á lo que se debian á sí mismos: aunque achacoso el primero, montó á caballo y se dirigió á Ciudad Real, cuyos ímpetus contuvo, ofreciendo á los habitantes pronta justicia contra las dilapidaciones de los flamencos: el duque del Infantado y el conde de Benavente recorrieron toda la tierra de Alcalá, cuyos moradores recordaban á cada momento los beneficios que les habia dispensado el arzobispo Cisneros, con la fundacion de la que fué celeberrima Universidad, dotando sus cuarenta y seis cátedras; hablaron aquellos magnates en su nombre y los descontentos se tranquilizaron: los esfuerzos del conde de Escalona, en los pueblos de Cuenca y de Toledo, y los del señor de Haro, en varios puntos de Castilla la Vieja, obtuvieron los mismos resultados: los pueblos mas enemigos de la dinastía flamenca, los que mas habian vituperado el carácter frívolo de Felipe *el Hermoso* y no esperaban ser felices bajo la férula de su hijo y sucesor *Cárlos primero*, se comprometieron á aguardar su venida á España, antes de resolverse á levantarse contra el des-gobierno, que una turba de vampiros, hechuras del consejo de Bruselas, habia introducido en Castilla. Se vé pues por este relato, que el fuego de la insurreccion ardía sordamente, comprimido por la voluntad de hierro del insigne prelado, que anteponia la paz á todas las glorias de este mundo: aquella paz hubiera sido duradera; aquel fuego se hubiera extinguido enteramente bajo las cenizas que lo ocultaban.... pero faltó en las circunstancias mas críticas el varon eminente, á quien la cristiandad debía hoy llamar santo, así como la historia le reconoce por uno de los mas grandes políticos, y la tormenta estalló.... Nos hemos adelantado con esta ligera digresion á los acontecimientos: ya es hora de volver atrás.

Hemos dicho que el cardenal Ximenez de Cisneros habia salido de Madrid sin estrépito, y debemos añadir que en su mismo palacio

ignoraron, hasta muy adelantado el día, esta novedad. El padre Ambrosio tenía ya hechos los preparativos de viage, y en la que hoy es plazuela de la Villa le esperaban dos criados con cuatro mulas, destinadas para las cuatro personas que iban á ponerse en marcha. Francesillo, iniciado en el secreto, abrió la puerta de la calle, cuando asomaban los primeros albores de la aurora, y el Regente y el Guardian bajaron detrás de él en silencio, doblaron la esquina de la calle del *Sacramento*, hácia la parte alta de la villa, y poco despues cabalgaron: los dos criados que debian acompañarles hicieron lo mismo y todos tomaron la direccion de la que hoy es puerta de *San Vicente* y era entónces un barrizal, que obstruia enteramente el camino hasta la orilla del Manzanares.

Don Francés volvió á cerrar la puerta, subió las escaleras en puntillas, entró en el salon, pasó al gabinete, despues á la alcoba y alegre sobremanera, porque al fin podia obrar á su antojo, se acostó en la magnífica cama de respeto de su tio el cardenal lentesjas. A los cinco minutos, roncaba como un elefante.

Las diez de la mañana serian, cuando un page se presentó en la posada del caballero de Chevres y le entregó una carta, que decia así:

«Os he encontrado, aunque no os buscaba, puesto que á pesar de «no haberos visto, estoy en la villa de Madrid y vos vivis en ella. «Si sois tan valiente como reservado y tan esclavo de vuestra palabra como cortés, me hallaréis esta tarde á las cuatro, junto á la ermita de *San Millan* (1) y allí veremos quien de los dos defendia «mejor derecho en la plaza de Tordesillas.»

El alférez D. FERNANDO DE ALARCON.

(1) Situada en 1512 frente al hospital de la *Latina*, que fundó doña Beatriz Galindo. En 1591, fué agregada esta ermita á la parroquia de *San Justo* y cuéntase el caso de este modo.—Habiendo salido el cura de *San Justo*, cierto dia, con el santo Viático para un enfermo, á su vuelta, en vez de entrar en la parroquia, entró en la ermita de *San Millan* y depositó el copon en su sagrario. Despues se levantó una iglesia en el mismo sitio, la cual se quemó en 1720, y reedificada de nuevo en 1722, fué declarada parroquia separada el año de 1806. *Antig. de Madrid*.

Otro page llamaba á la misma hora, aunque con mucho tiento, y llevando en una mano una taza con potage de lentejas, á la puerta del gabinete de despacho del cardenal Cisneros.

Por último, las diez eran justamente, cuando una pobre vieja preguntaba por D. Fernando de Alarcon, alférez de los tercios reales, en su propio alojamiento. Introducida á su presencia, puso en sus manos un mensaje escrito y el jóven militar leyó lo siguiente:

«Dícenme que sois persona muy apropósito para hablar al santo cardenal Cisneros en favor de los desvalidos. Soy desgraciada y anoche tuve que huir de la casa de mi padre, para poner en salvo mi honor. Si quereis saber mas, acercaos esta noche á las nueve á la calle del *Almendro*, pero llevad con vos la seguridad de que el santo Cardenal está dispuesto á ampararme, si no soy una embaucadora. — MARÍA.»

Y hé aquí ahora el autor de estos verídicos sucesos enmarañado, hasta el punto de no saber á cual de las tres aventuras dar la preferencia. No es ciertamente culpa suya, que el alférez Alarcon hubiese elegido, para enviar á Eduardo de Chevres un cartel de desafío, la misma hora, en que se le antojó á la hija del posadero Quincoces demandarle ayuda y recomendacion para Ximenez de Cisneros, ni tampoco ha discurrido, que éste se desayunaba precisamente á las diez con el potage que tan malos ratos hacía pasar al pobre bufon: pero como los que esto lean, han de verse confundidos al llegar aquí, el autor necesita recoger velas para averiguar, antes de decir al público una cosa por otra, lo que aconteció en los tres diversos lances, que los personajes de su historia le acaban de preparar con tan poco miramiento. Si fuera pintor, ofrecería tres cuadros á un mismo tiempo y esto ahorraria muchas esplicaciones: no es mas que un novelista, y tiene que pensar.

CAPÍTULO VIII.

Esplicaciones que nada resuelven.



EMOS dejado á Toribio Quincoces aletargado en su cama por el narcótico que le propinó la señora Poncia, para poder consumir el crimen que le habia sugerido su maldad contra la pobre María. Cuando volvió en sí, no supo darse cuenta de las horas que habian mediado desde que se acostó, porque su entendimiento, mucho menos espedito que de costumbre, se negaba obstinadamente á todo cálculo. Sentía sobre su frente un enorme peso que le abrumaba; iba y venia de un lado á otro de la sala, no por voluntad, sino como cediendo á estraña fuerza que le empujase, y abria los ojos con decidido propósito, queriendo al parecer convencerse de que no estaba ciego. Contréanse de vez en cuando todos los músculos de su cuerpo, presentando entónces su rostro un color encendido y se

asemejaba en sus bruscos movimientos y frecuentes sacudidas á la pantera, cuando se prepara á lanzarse sobre la presa que huele desde léjos. Diríase que la inteligencia de aquel hombre pugnaba por abrirse paso á través de un muro de granito, y que luchando contra dificultades insuperables, se disponia á estallar con estrépito, hasta que calmada aquella irritacion nerviosa, cediendo la tirantéz de sus tendones ante la imposibilidad de estirarse mas sin romperse, y volviendo á funcionar la sangre libremente en aquella naturaleza trastornada, caia el infeliz posadero en una especie de estupidez brutal, en un pesado alelamiento, menos penoso que su anterior estado, al paso que obstruia mas y mas su razon.

La señora Poncia observaba con sobresalto aquellos síntomas de demencia y preparaba silenciosa un calmante activo, que destruyese los perniciosos efectos del narcótico. Al principio no reparó en ella Quincoces, pero en el intervalo de uno de sus accesos de rábida comprimida, fijó sus miradas en el vaso que revolvia y apretándose la frente con las dos manos, dejó escapar esta palabra:

—Agua.

—¿Has hablado, Toribio? le preguntó su muger, presentándole el vaso: esa es buena señal.

—Aquí, aquí..... murmuró él, sin separar sus manos de la frente.

—Sí; ya lo sé.... te duele la cabeza, pero no importa.... esta bebida te tranquilizará.

—Bebida..... agua..... agua para matar un perro..... tres mil ducados....

—¿Qué estás relatando sin ton ni son? Vamos.... bebe y pasará todo eso.

—El Cardenal.... el caballero de Chevres.... allí.... en *La Estrella* de Castilla....

—¿Quieres callar? Toma.... toma.... siéntate aquí, á mi lado, y no pienses en cosas tristes, ahora que estamos tan contentos.

Mucho trabajo costó á la señora Poncia conseguir que Quincoces

bebiese el calmante: no parecía sino que un instinto de conservación le hacía repeler el vaso, porque tres veces lo acercó á su boca y otras tantas lo rechazó horrorizado; cruzaba sin duda por su mente, en aquel instante, un vago recuerdo de lo que habia sucedido en la posada de Rueda de Medina, y así lo habian dado á entender sus últimas razones, y no osaba tragar lo que la envenenadora le ofrecia. Pero el recuerdo se borró al punto, como desaparece la luz del relámpago; la señora Poncia renovó sus instancias con empeño, porque tenia confianza en su composicion, y Toribio sin fuerzas para resistir, sin voluntad propia, llorando como un niño, apuró maquinalmente hasta la última gota del saludable brevage.

El resultado fué poco menos que maravilloso, pues Quincoces pudo al fin respirar libremente. Este primer síntoma sugirió á su muger el pensamiento de repetir la dosis del calmante, de cuarto en cuarto de hora: el bienestar del posadero siguió su curso favorable y por último, habiéndose acostado de nuevo, no tardó en conciliar un sueño tranquilo, que restableció la calma en su quebrantado espíritu, ahuyentando la perturbacion y el desasosiego de sus ideas. Cuando volvió á abrir los ojos, solo sentia un trastorno de cabeza que le hacía creer que todos los objetos andaban alrededor de su lecho; la debilidad habia reemplazado á las contracciones nerviosas: la señora Poncia le acudió con caldos, y aquel mareo desapareció poco á poco.

—¿Qué es lo que ha pasado por mí? preguntó, procurando recordar alguna cosa. Creo que he estado á pique de volverme loco.

—Lo que sé es, que desde anoche no gano para sustos, le respondió hipócritamente la hija del escribano. ¡Qué maldad! ¡Qué depravacion de costumbres!

—Cuéntame, Poncia, cuéntame eso, dijo Toribio animándose. ¡Jesus...! Sé me figura que yo me he levantado antes.... que no estoy en mi cama desde anoche. Sí; ahora caigo.... me puse esta mañana malo.... muy malo, y tú me diste un cordial que me alivió, y volví á dormir hasta hace un instante. Pero ¿cuándo desperté

la vez primera? ¿Anoche ó esta mañana? Porque cuando me hiciste beber ese cordial, estaba vestido. Y luego.... ¿qué hablabas de sustos y de maldades?

—Ya te lo contaré, cuando te vea mas sosegado, repuso la señora Poncia.

—No.... no; ahora mismo: si ya no tengo nada.

—Pero has sufrido un trastorno muy grande, y vives por un milagro de la divina misericordia.

—¿De veras? ¿Y á qué debemos atribuir mi mal?

—Al vaso de agua que bebiste despues de haber cenado. Nunca te dá semejante manía, pero anoche te acosaba la sed y como no estás hecho á....

—¡Un vaso de agua!.. No me acuerdo... Mira, Poncia: el agua me hace temblar desde que estuvo en nuestra posada de Rueda el caballero de Chevres.

—Ya te he dicho mil veces que olvides lo que allí aconteció.

—¡Y cuándo pienso que el cardenal Ximenez, á quien yo tenia por un santo, iba con él...! Pero tienes razon; no pensemos en eso, y refiéreme lo que te ha sobresaltado anoche. ¡Ah! ¡Qué cabeza! ¿Dónde está María?

—María... María... pronto vendrá.

—¡Cómo...! ¡Ha salido...! ¡La has dejado salir sola!

—Yo no: se ha ido, pero sosiégate, que volverá cuando menos lo imagines.

—¡Poncia...! ¡Poncia...! Me dices eso de un modo.... Nunca la has querido bien....

—Y sin duda ha aceptado la compañía de un galan, para huir de mi presencia.

—¡Ira de Dios! gritó Quincoces saltando del lecho. ¡María...! ¡Hija de mi alma...! Poncia, no me tengas así, porque soy capaz de ahorcarme. Pronto... pronto... ¿qué ha sido de mi hija?

—Si no me dejas hablar con tus locos arrebatos... ¿Por qué no te levantaste anoche, cuando yo te llamaba para que me defendieras? Entonces lo hubieras sabido todo.

—Habla.... habla, Poncia, ó no respondo de mí. Quiero que me digas su paradero.

—¡Su paradero! ¿Me lo ha revelado por ventura? Escúchame y no grites, pues con alborotar no se consigue nada: los vecinos no necesitan enterarse de lo que ocurre en nuestra familia.

—Bien; no gritaré.... no despegaré los lábios, pero considera que voy á hacer un desatino, si no me lo cuentas todo.

—Yo queria ahorrarte por ahora este mal rato, pero ya que te empeñas, no hay remedio. Anoche, cuando tú dormias con ese sueño infernal, que tanto miedo por tu vida me ha causado, y cuando yo iba á desnudarme sin la menor sospecha, me ví sorprendida y amenazada por dos embozados: quise gritar, pero uno de ellos me tapó la boca con un pañuelo, hasta que conociendo que iba á perder la respiracion, me condujo á la sala y me dejó libre el uso de la palabra, amenazándome con que, si daba voces, me mataria. Yo no le hice caso y te llamé como una loca, lo cual fué mas que suficiente para que su compañero me aporrease á su sabor, magullándome todo el cuerpo, que todavía tengo salpicado de negros cardenales. A todo esto, tú no sacudias la modorra, pero María, que estaba de acuerdo con aquellos salteadores, á quienes, segun dijeron ellos mismos, habia arrojado por la ventana la llave de la puerta para que subiesen, acudió al ruido, vestida como de calle. El asesino, que tan mal parada me habia puesto, la ofreció su brazo, que ella tomó sin hacerse de rogar y ambos bajaron la escalera como cosa convenida, mientras el otro me sujetaba fuertemente, hasta que atándome otra vez el pañuelo á la boca, y jurando que habia de desollarme viva, si resollaba, me dejó tendida en el suelo y sin fuerzas para ponerme en pié, y desapareció detrás de los fugitivos. Esta es la historia de la desaparicion de María, con la añadidura del susto que recibí, cuando arrastrándome como pude para despertarte te hallé poco menos que sin vida, porque habias perdido el conocimiento y casi casi la razon.

Contra lo que la señora Poncia esperaba, el furor de Toribio no

estalló en exclamaciones, luego que ella hubo concluido el anterior relato; parecia que toda su ira se habia reconcentrado en su corazon, y durante mucho tiempo no salió de su boca una sola frase. Pensativo y cabizbajo, procuraba reunir en su imaginacion, como ideas inseparables, dos circunstancias, que desde luego le habian chocado y que no acertaba á explicar: la fuga de María y su propio aletargamiento, que necesariamente constituia parte del plan de los raptores, supuesto que ninguno de ellos habia tenido por cosa necesaria, para llevarlo á cabo, asegurarse de su persona. Tampoco los embozados, que habian sorprendido á la señora Poncia, podian haberle puesto en el peligroso trance de morir en que acababa de verse; luego María, aquella hija tan querida de su corazon era la que le habia suministrado la pócima fatal.... Mas ¿no aseguraba la señora Poncia que un vaso de agua habia producido su terrible trastorno....? ¿De qué mano lo recibió? ¿De la de su hija ó de la de su muger? Hé aquí lo que no podia recordar á punto fijo el desgraciado Quincoces.

Despues de largas meditaciones; que no hicieron mas que confundir su razon, fijóse por último en una idea y preguntó á la señora Poncia:

—¿No pudiste conocer á ninguno de los raptores?

—Nunca hasta anoche les ví el rostro, respondió ella con serenidad.

—¡Oh! exclamó Toribio retorciéndose los brazos. ¡Si al menos pudiera yo rastrear el nombre del infame que me deshonra!

—Eso sí, repuso la malvada envenenadora. Ese nombre se pronunció anoche, aunque en voz baja para que yo no lo oyese.

—Repítelo, Poncia.... repítelo.

—¿Y qué harás cuando lo sepas?

—¡Qué haré....! ¡Dios del cielo....! ¡Qué haré....! Eso no se pregunta. ¿No he sido toda mi vida un hombre honrado....? ¿No quiero proseguir como he vivido? Pues bien; mataré al seductor de mi hija.

—¿Le matarás, Toribio?

—Sí... sí; le mataré; te lo juro por la salvacion de mi alma.

—¿Y si es un noble?

—Aunque sea un príncipe: te digo que morirá á mis manos.

—De los lábios de María salió ese nombre, y yo lo encomendé á mi memoria. El galan que tan mal rato me dió, y que excita tu rabia, es el capitan D. César de Mendoza.

—Don César de Mendoza... no se me olvidará.

Quincoces se levantó, echó mano á su sombrero y á su capa y se dispuso á salir.

—¿A dónde vas, cuando apenas puedes sostenerte en pié? le dijo la posadera. Deja eso para otro dia.

—Te equivocas de medio á medio, Poncia, pues estoy mas fuerte que nunca. ¿Ignoras que la desesperacion dá bríos? Además, nada tiene que temer hoy de mí ese noble y valiente Capitan: voy á dar un paseo por las calles de la villa, porque necesito aire, y como la distraccion puede convenirme para no dejarme llevar de pensamientos melancólicos, que quitan al brazo toda su fuerza, preguntaré al paso por D. César de Mendoza, y alguno me dirá donde vive y qué sitios son los que prefiere para su solaz y recreo. Ya ves que no llevo arma y que, por lo mismo, nada puede sospecharse de mí. ¡Ah, Poncia! Mi empeño merece la pena de que no se desgracie y quiero caminar sobre seguro.

La señora Poncia no tuvo que replicar á tan poderosos argumentos y dejó que su marido se ausentase de casa, dándose el parabien porque habia sabido herir con satánica habilidad los sentimientos de aquel noble corazón, pues se prometia quedar vengada en breve del mal trato que habia recibido de D. César, y sobre todo de la pérdida de los cinco mil ducados, que el dia antes contaba ya como seguros.

Toribio Quincoces, antes de dejar la calle del *Almendro*, quiso tomar lenguas sobre la direccion que habian llevado los dos caballeros y María, y así no bien anduvo unos cincuenta pasos, cuando

volvió atrás, imaginando que su muger no podia verle aunque quisiera, y entró en casa de un vecino, con quien ya habia hablado algunas veces, desde que vivia en Madrid. Aquel vecino, como todos los del barrio, estaba que bebia los vientos de curiosidad desde la noche anterior, por saber lo que habia ocurrido en la morada de la señora Poncia y acogió al marido de ésta, cual si fuese el Mesías.

—Ea, exclamó al verle; ya tenemos aquí al descifrador del misterio, pues el señor Toribio vá á esplicarnos toda la gresca que hubo anoche en el zaguan de su casa.

—¡En el zaguan habeis dicho, señor Palomares! repuso el posadero admirado.

—Se entiende, replicó el otro. Al veros pasar, he asegurado á mi muger, que íbais á presentar querella á la justicia del Regente, sobre el modo con que fué tratada la señora Poncia por dos caballeros principales.

—Pero ¿sabeis vos, vecino, cómo fué tratada?

—¡Toma! Pues si lo presenciarnos todos....

—¿Y fué en el zaguan?

—Ni mas ni menos. ¿No os lo ha dicho ella?

—¡Bah! Está tan trastornada desde el suceso....

—¡Vaya! Nada tiene de estraño. Pero vos, señor Toribio ¿dónde diablos estábais?

—Me entretuve platicando con un amigo que llegó ayer de mi tierra, y volví muy tarde.... es decir, despues que todo habia concluido.

—Ya: mas tampoco vimos el pelo á vuestra hija.

—¡Ah! ¿Con qué no?

—Cuando yo os lo aseguro.

—Señor Palomares, decidme la verdad, como si os halláseis en el trance de exhalar el último suspiro. ¿No se fué mi hija María del brazo con uno de los valientes, que penetraron en mi casa?

—No por cierto: los dos se retiraron solos. ¿Quereis que os refiera lo que sé?

—Sí, vecino, sí; me hareis un favor en ello, porque mi muger no está hoy para esplicaciones.

—Habeis pues de tener entendido, que la señora Poncia se hallaba en la puerta de la calle, cuando se llegó á ella un embozado, con el cual estuvo departiendo hasta que, habiéndose acercado otro, desapareció el primero en el zaguan, y yo imaginé entónces, que habia subido á haceros compañía para tratar de algun negocio. La señora Poncia quedó abajo con el segundo caballero, pero cuando estaban á lo mejor de sus dimes y diretes, que no eran pocos, apareció el primero y hubo en la puerta del zaguan un remolino de porrazos y de chillidos, que en menos de dos segundos alborotó la vecindad. Luego tuvieron lugar las esplicaciones, y sin duda no habia motivo para tanta bulla, porque un instante despues entró en su casa la señora Poncia con los dos embozados y cerraron la puerta, dejándonos á los que teníamos empeño en conocer el fin de tan estraña aventura, con un palmo de narices. Permanecí á pesar de todo en la calle con otros muchos vecinos, y entónces me ocurrió la idea de que aquellos, que parecian dos nobles, podian ser muy bien dos ladrones disfrazados. Comunicué mis recelos á los demás, reunímonos todos y se trató de averiguar, cerrándoles el paso, los motivos de su estraña conducta. Pero ¿qué quereis, señor Toribio? El hombre pone y Dios dispone. Los embozados salieron en santa paz de vuestra casa, y cuando nos proponíamos estrecharles, uno de ellos desenvainó la tizona, nos habló de la Reina *católica* y de *Tordesillas*, donde diz que tienen los flamencos prisionera á doña Juana *la Loca*, y ya no fué menester mas para que conociésemos, que era gente principal y poderosa.

Atentamente habia escuchado Quincoces la relacion de su vecino Palomares, que tanto se diferenciaba de la que poco antes le hizo la señora Poncia, y de nuevo volvió á dirigirse mentalmente á sí mismo la pregunta, que reasumia toda la averiguacion del caso. ¿Habia recibido la noche anterior el vaso de agua de manos de su muger ó de las de su hija? Despues... un pensamiento horrible, desgarrá-

dor asalló su imaginacion con tal fuerza, que solo tuvo tiempo para exclamar, á fin de distraer su dolor con el dolor vivísimo que sentía:

—¡María ha muerto!!

Y desatentado, medio loco, salió de aquella casa y echó á correr hácia la parte de la calle de *Segovia* sin saber lo que hacía, como hombre que no acertaba á darse cuenta de sus acciones ni movimientos. El señor Palomares, que habia oido su exclamacion, y le vió partir con tanta celeridad, murmuró encogiéndose de hombros:

—Decididamente ha perdido hoy el seso mi vecino Quincoces.

A pesar de su indiferencia se asomó á la ventana para verle correr, y á poco observó que habia desaparecido, como alma que lleva el diablo, por la primera esquina. Y ya se disponia á retirarse, cuando volviendo la cabeza hácia el otro lado, reparó en una jóven que, como si intentase alcanzar al señor Toribio, cruzó con paso acelerado por debajo de su ventana, siguiendo la direccion de aquel.

—¡Vive Dios! gritó al reconocerla: es María... la hija del vecino. ¿Pues cómo dice él que ha muerto? No hay escape: ó se ha vuelto loco, ó algun misterio encierra la conducta de la señora Poncia y la de su hijastra.

María era en efecto aquella jóven, que acababa de divisar el señor Palomares. Cuando se descolgó desde la ventana trasera de su casa al tejadillo de la inmediata, habia ya formado la resolucion de perder la vida antes que consentir en su deshonor. La entrada de la boardilla se hallaba abierta, y esta fué su primer refugio; mas al posesionarse de él atropelladamente, fué sentida por una pobre vieja que ocupaba las habitaciones bajas, y á la cual no tuvo mas remedio que descubrirse, refiriéndole cuanto la habia ocurrido. La vieja tranquilizó á la hija del posadero, alabó la misericordia de Dios, porque habia amparado su inocencia, y dijo que el mal no era tan grave, supuesto que al dia siguiente se arreglaría todo.

—Ya debeis pensar, le dijo María, despues de agradecerle sus consuelos, que me es imposible volver á casa de mi padre, para ponerme de nuevo á merced de mi madrasta.

—No, hija mia, no volverás, si Dios nos tiene de su mano, le respondió su protectora, porque mañana mismo puede acojerte el santo Cardenal bajo su proteccion, como ha acogido á otras.

María recordó inmediatamente haber oido decir á la señora Poncia, que el cardenal Ximenez era aquel mismo fraile, que se habia hospedado una noche en *La Estrella de Castilla* de Rueda, y repuso con viveza:

—¡Ah! Sí... sí; ese es un buen consejo y el Cardenal no me dessecará, porque no será esta la primera vez que me ha vislo: mas... ¿cómo llegar hasta él?... ¿No puede imaginarse que he cometido alguna falta enorme, cuando se entere de que ando huida? Y si acontece que no quiera recibirme, para que yo le explique la verdad...

—Yo sé el medio, replicó la vieja: atiéndeme bien. Esta noche ha llegado á Madrid el alférez D. Fernando de Alarcon, valiente como él solo y generoso, si los hay: él mismo me lo ha enviado á decir, aunque no es de este lugar espresarte las causas de mi conocimiento con él, porque, hija mia, todos tenemos en el mundo secretos que guardar, y con tal que yo te valga en tu cuita, lo demás poco te importa. Pues como iba diciendo, el alférez Alarcon, es muy estimado del santo Cardenal, y yo sé que si le escribes pidiéndole que interceda por tí, es negocio concluido, porque ninguno como él puede hacerlo.

—Pero sino le conozco.... objetó la jóven.

—Le conozco yo y basta, hija mia: no desprecies mi aviso, porque te tendrá mucha cuenta. Descansa aquí esta noche sin cuidado, que no vendrán galanes á perseguirte y mañana, si Dios nos dá salud, llevaré yo misma tu carta á D. Fernando. ¡Ah! Ten cuidado de decirle en ella, que se acerque por la noche á eso de las nueve á la calle del *Almendro*, á fin de que se convenza de que no eres una de tantas aventureras como andan por ahí, para condenacion de los hombres.

—Es que... supuesto que vos le conoceis y os habeis ofrecido á llevarle mi carta, pudiérais poner en su noticia....

—¡Qué inocente eres, pobre María! ¿Estás segura de que le hallaré en su alojamiento? Y si no le hallo ¿cómo quieres que le informe de tu negocio? Tendré que dejar el escrito á un criado; mas cuando él vea que le citas para la calle del *Almendro*, conocerá que es cosa mia y eso le hará fuerza, sin menoscabo de tu reputacion.

Estas razones convencieron á María, que quiso, antes de acostarse, escribir al alférez. A la siguiente mañana partió la vieja á buscarle y volvió asegurando, que si á las nueve de la noche no se presentaba Alarcon, á quien un empeño ocuparia á las cuatro de la tarde, sin que pudiese decir hasta qué hora, no faltaria quien, haciendo sus veces, respondiese á la jóven de la proteccion del Cardenal regente. El empeño de D. Fernando era el desafío que habia propuesto al caballero de Chevres, junto á la ermita de *San Millan*.

Media tarde sería poco mas ó menos, cuando nuestra jóven, oculta en la ventana de su protectora por una larga cortina, vió salir á su padre y que se dirigia calle abajo. Al punto asaltaron su corazon amargos pensamientos. Era imposible que él supiese los motivos que la habian obligado á huir de su morada, y que sabiéndolos, no la buscase: debia por consiguiente creerla culpable y perversa, pues era de pensar que la señora Poncia, con el objeto de no descubrir sus malvados intentos, no hubiese desaprovechado la ocasion de pintar su fuga con los mas feos colores, y mucho mas si se tenia en cuenta el espíritu de venganza y de crueldad que debia animarla, por habersele frustrado sus inícuos planes. El primer impulso de María fué llamar á Toribio, quien con el alma desgarrada caminaba con el propósito de adquirir noticias acerca de don César de Mendoza; mas consideró que sus voces serian oidas por la señora Poncia, que dominaba á su antojo á su marido, y esta reflexion la contuvo: pero decidida á verle, para desengañarle y hacerle conocer que ni un solo momento habia dejado de ser digna de su amor, consultó sus deseos con la vieja muger, que el cielo la habia deparado en su angustia. Ésta la animó en su buen discurso, atendiendo á la desesperacion que sin duda destrozaba el pecho de

su padre, y porque tambien era obligacion de la jóven justificarse á sus ojos y obtener su perdon, por haberle abandonado: por lo que satisfecha María, bajó á la calle y tomó la direccion que le habia visto seguir. Pero habia perdido un tiempo precioso entre dudas y temores, y entretanto Quincoces, á pesar de su detencion en casa de Palomares, donde habia oido cosas que, á ser ciertas, probaban la inocencia de su hija, se habia alejado rápidamente, sin que la última, aunque habia apretado el paso, consiguiese divisarle. Y era que el infeliz posadero, convencido de la criminal conducta de su muger y de la muerte de María, ansiaba poner fin á sus tormentos, y corria desalado, como una flecha, hácia el rio Manzanares, para precipitarse en sus mas que hoy profundas aguas.

CAPÍTULO XI.

En el cual se dan la mano, como por encanto, las tres aventuras, á fin de que el autor no pueda elegir ninguna de ellas.



ARÍA corrió inútilmente y en dirección opuesta, hasta el sitio en que se hallaba la *Puerta Cerrada* de la villa, cuyo nombre no se ha olvidado; mas pronto hubo de conocer que tenía que renunciar á su propósito. Detúvose pues á la entrada de una de las muchas callejuelas, que desde allí conducian entonces al interior de la poblacion, y habiendo registrado con la vista todas las inmediaciones, iba á volver pié atrás, cuando se encontró frente á frente con un hombre alto, flaco, bien vestido, aunque con notable estravagancia. Llevaba espada de mas que regulares dimensiones, y sombrero con desmesuradas plumas, que agitadas furiosamente por los incesantes movimientos del individuo, azotaban el aire como las aspas de un molino, cuando las impele un récio huracan. La nariz





Sois la sabrosa fuente de natillas y os comeré.

de aquel hombre era aguileña, y sus ojos vivos y penetrantes revelaban profunda malicia é imperturbable audacia. No bien reparó en María, cuando fijando en ella sus miradas y examinándola de piés á cabeza, se dijo á sí mismo, que no era aquella la primera vez que habia tenido la fortuna de contemplar la belleza de tan graciosa criatura. Su memoria era excelente, porque la ejercitaba sin descanso, por lo que no tuvo que hacer mas, que empeñarse en recordar cómo y en dónde la habia encontrado antes de aquel dia, para que lo consiguiese. Detúvola pues con galante desembarazo, cuando ella iba á pasar inmediata á él, y exclamó dramáticamente:

—Apuesto quince y tarja, á que esto es lo mismo que voy buscando.

La jóven, al verse asida del brazo, se enderezó como si la hubiese mordido un reptil venenoso, y contestó al atrevido:

—Aprenda á ser cortés el caballero, y siga su camino en paz.

—¿Con qué pretendes huir de mí, ni mas ni menos como has huido de la casa paterna? repuso aquel hombre singular sin soltarla. Porque no hay remedio: tú eres el pimpollito que yo busco.

—¿Me conocéis por ventura? le preguntó ella con altivez.

—¡Si te conozco! ¿Y cómo no, siendo tan hermosa?

—Mi hermosura nada tiene que ver en esto, y si sois realmente el hombre á quien he escrito, pésame en el alma haberlo hecho, despues que os he encontrado.

—¿Ves como yo acertaba, al asegurar que eras la misma?

—¡La misma...! eso nada quiere decir, caballero.

—¿No? ¿Quereis mas esplicaciones, linda dama? Pues bien: sois la sabrosa fuente de natillas y.... os comeré.

—¡Estais en vos...! Dejadme.

Y María se desasíó de la musculosa mano que suavemente la oprimia, con ánimo de emprender la carrera; mas su interlocutor la cortó el paso, diciendo con la mayor amabilidad y finura:

—Nunca se dirá, que la bellísima garza ha quedado descontenta del conde D. Francés.

—¡Calle! exclamó á su vez la jóven admirada. ¿Con qué sois conde y tenéis noticia del apodo, con que me conocian en Rueda?

—¿Por qué no? Ya lo estás viendo, dignísimo bocado de un emperador: pero no te asustes por nada, porque hoy mismo volverás á los brazos de tu padre y rabiará la pícara fuente de lentejas.

—En verdad, caballero, que no sé lo que imagine de vuestra conducta. Pareceis instruido en mis negocios.....

—¡Ah! ¿No te agradan las lentejas? Haces bien; á mí tampoco y eso que es plato de regente. Pues bien; rabiará la loba ¿eh?

—Ahora os entiendo menos.

—¡Cómo! ¿Con qué no hay una loba judía que te persigue? ¿Con qué no has huido de ella, descolgándote por medio de una sábana, hasta un tejadillo?

—¡Ah! ¡Quién sois!.... Decídmelo, decídmelo sin tardanza, porque yo no he revelado al alférez Alarcon.....

—¿Y si el alférez Alarcon no puede acudir esta noche á la cita de la calle del *Almendro*, y me envía en su lugar?

—¡Qué escucho!.... ¡Será posible!.... Mas.... esos pormenores de mi fuga.... ¿por dónde los sabeis?

—¡Eh! ¿Qué te importa?

—¿Conoceis á la buena muger, que me ha amparado?

—Déjala que se felicite por su buena obra y sígueme.

—¡Qué os siga, caballero! ¿A dónde?

—A nuestro palacio.

—¡Y eso me proponéis! ¡Me habré salvado de un peligro, para dar en otro peor!

—Cuando digo nuestro, se entiende que es mio y de mi tío el Cardenal.

—¡Cielos! Con que sois.....

—Sobrino de mi tío.

—¿Y veré al santo cardenal Ximenez?

—Me verás á mí, que no como lentejas y váyase lo uno por lo otro.

—No es lo mismo, y bien se lo he explicado á D. Fernando de Alarcon.

—Dale con Alarcon.... Tambien verás á tu padre.

—¡Ah! Mi padre..., mi pobre padre, que me juzga criminal.... Vamos.... conducidme.... pero no: quiero antes tomar consejo de mi protectora.

—¿De la vieja? No tardarás en tenerla á tu lado, pero no conviene que vuelvas á la calle del *Almendro*, porque la loba no se dormirá.

—Ignoro si me engaÑais, pero consiento en seguiros hasta el palacio del santo Cardenal vuestro tio.

—Eso es hablar, azucena perdida, y ahora atiende bien á lo que voy á decirte. Dirige con disimulo una mirada hácia la primera esquina, que no quiero señalarte. ¿Qué ves allí?

—Un flamenco, si he de juzgar por su traje.

—Un hombre, que hubiera hecho muy bien en no salir de su tierra.

—¿Por qué?

—Porque no bien nos pierda de vista se encaminará apresurado á la ermita de *San Millan*: puedes rezarle un *padre nuestro*.

—Me asustais.....

—¿Por qué vá á morir un flamenco? ¡Si fuera un cristiano!....

María y D. Francesillo desaparecieron. Eduardo de Chevres, que les habia estado observando desde el principio de su plática, habia llegado hasta la esquina que indicó el bufon á la jóven, de paso para la cita que tenia pendiente con D. Fernando de Alarcon. Al reparar en el primero se detuvo, y al ver que, segun creia, estaba galanteando á su interlocutura, picóle la curiosidad y asomó el perfil de su cuerpo, imaginando que D. Francés no le descubriria, á fin de no perder el término de aquella aventura. Al mismo tiempo examinó á la que suponía enamorada doncella y un vago recuerdo despertó en él la idea de que la conocia: por fin, á fuerza de atormentar su memoria; llegó esta á fijarse en *La Estrella de Castilla* de

Rueda y su rostro se puso lívido; mas la impresion que sintió fué pasagera y al alejarse la hija de Quincoces con su acompañante, dióse una palmada en la frente y prosiguió su camino hácia *San Millan*, murmurando:

—Si no pierdo la vida esta tarde, me las ha de pagar ese bribon, porque ha de ser mia la mozuela, que al cabo es hermosa y vivaracha.

Si nuestros lectores quieren saber ahora lo que habia ocurrido, antes que D. Francés se echase á la calle para dirigirse en busca de María, es preciso que nos acompañen á la posada de D. Fernando de Alarcon, á quien encontraremos platicando con la vieja que dió asilo á la fugitiva, cuya carta acababa de entregarle. El alférez guardaba á la mensagera finísimas consideraciones de atencion y de respeto, que nadie hubiera sospechado y habíala hecho sentarse, al paso que él se mantenía en pié y descubierto en su presencia; y aunque algunas palabras del diálogo, que habia tenido la noche anterior aquella buena muger con la hija de Quincoces, nos han puesto en el caso de dar por cierto, que entre ella y el alférez mediaban relaciones particulares, imposible sería de todo punto que adivináramos su especie, si el mismo Alarcon no hubiera desvanecido nuestras dudas, diciendo despues de haberse enterado de la carta:

—Está bien, madre mia: serviré á esa jóven por vos, pues me basta que seais su protectora, para que yo la considere digna de estimacion y sobre todo, inocente. Iré esta noche á pedir os vuestra bendicion, mas si la suerte me priva hoy de esta fortuna, y á las nueve no me veis en la calle del *Almendo*, otra persona de confianza suplirá mi ausencia, y dará á la que ya considero como hermana, puesto que la habeis acogido como hija, seguridades del amparo del señor Cardenal.

—¿Y qué causa puede impedirte pasar á mi casa esta noche? le preguntó la vieja en tono de cariñosa reconvenccion. ¿Tan larga ha de ser tu permanencia en la villa, para que pases un dia sin cenar conmigo?

—No sé cuando dispondrá de mí el general D. Diego Hurtado de Mendoza; pero he empeñado mi palabra de estar esta tarde á las cuatro en cierto sitio, y os he hecho, madre mia, esa advertencia, porque ignoro hasta qué hora me detendrá el cumplimiento de mi palabra, y para que, en caso de que esta noche no me veais, no os alarmeis.

Y Alarcon pronunció estas palabras conmovido, recordando su duelo con el caballero de Chevres y en el cual, á pesar de su valor, bien pudiera suceder que muriese. Su madre pareció satisfecha de la esplicacion y se dispuso para volver á su casa.

—¿No me permitireis que os acompañe, señora? la preguntó el alferez.

—Llámame tu madre, Fernando, tu madre y nada mas, contestó ella, porque este nombre suena siempre de un modo agradable y dulce en mis oídos. Por lo demás: ya conoces mi secreto; sola y pobre en el mundo.... tus dones me sostienen, pero nadie ha de saber quien soy para tí.

—¡Mis dones que no aceptais, sino en cuanto bastan para no moriros de hambre!.... repuso Alarcon sollozando. ¡Mis dones mezquinos, que casi pasan intactos de vuestras manos á las de los pobres!....

—¿No me das lo que necesito? Acuérdate de que un alferez de los tercios reales ha de sostener su nombre con honor, sin pedir prestado como los aventureros y sin gastar como un príncipe. Cuando seas capitán, ya te pediré para limosnas de mas valía.

—¡Capitán! ¡Cuándo llegará ese instante!

—Llegará, Fernando, llegará, porque así se lo pido á Dios, y Dios acoge benigno los ruegos de una madre.

—Dadme, pues ahora, madre mia, vuestra bendicion, por si esta noche no voy á pedíros-la.

La buena vieja cumplió su deseo y luego le estrechó en sus brazos deshecha en lágrimas. Despues se retiró diciendo para sí:

—Esa palabra empeñada.... es un duelo á muerte.... me lo han

revelado su turbacion y los latidos de mi pecho.... Cumpla, cumpla Fernando como quien es, pues no ha de decirse que su madre, por conservarle la vida, le dejó sin honra... Si llega á sucumbir... nos reuniremos los dos con su noble padre.... pero, no: es imposible.... la causa de su contienda ha de ser justa, porque un valiente como él no busca frívolos pretextos para ostentar su arrojo.... Dios es justo tambien y le protegerá.

Si los sentimientos de la madre de Alarcon parecen estraños y aun desnaturalizados á las sensibles damas de nuestros dias, no olviden que aquella muger reflejaba, con su aparente dureza de corazon, las costumbres del siglo xvi, en el cual ningun desafio tenia por desenlace un almuerzo, ni era permitido á un caballero faltar á él, á menos de considerársele, si de tal mado obraba, como hombre despreciable é indigno, á quien cualquiera podia escupir en el rostro. Una madre, por lo tanto, debia espirar de dolor, primero que pretender para su hijo la nota de cobarde. En duelo habia muerto precisamente D. Luis de Alarcon y Ponce, padre de nuestro alferez, y desde este infausto suceso se consagró su viuda al retiro, haciendo voto de pobreza. Huyó del trato de todas las personas, y á fin de guardar un riguroso incógnito, dejó la casa en que vivia, distribuyó su haber entre los necesitados y se ocultó en la casa baja de la calle del *Almendo*, donde la hemos visto con María, para ejercitarse en obras de caridad. Su hijo D. Fernando servia á las órdenes del duque de Alba y se hallaba en Navarra con el ejército de ocupacion de aquel reino, del cual acababan de huir sus monarcas Juan de Labrit y Catalina: mas luego que volvió de la guerra y supo el terrible infortunio que pesaba sobre su familia, respetó la voluntad de su madre, exigiendo de ella únicamente, con incontrastable teson, el derecho de atender á su subsistencia, que no queria abandonar al acaso.

El valiente alferez derramó tambien tristísimas lágrimas, cuando vio salir á la buena vieja de su alojamiento, pues ninguna seguridad tenia de volver á disfrutar su cariño: serenóse no obstante en

breve, recordando sus últimas palabras que le predecían buena fortuna, y juzgándose invencible, estuvo por no acudir al Cardenal para pedirle que protegiese á María, dejando esta obligacion para despues de su encuentro con Chevres; pero la prudencia y el temor de encontrarse, por alguna fatalidad imprevista, en el trance de no poder cumplir lo que á su madre habia ofrecido, le hicieron variar de pensamiento. Tomó pues sombrero, capa y espada, echóse á la calle y enderezó sus pasos hácia la suntuosa morada del Regente, donde acababa de ocurrir una escena cómica, que en poco estuvo para que no parase en tragedia.

Ya se acordarán nuestros lectores, de que á las diez en punto de la mañana, hora en que el caballero Eduardo de Chevres recibia el cartel de D. Fernando, y la misma en que la madre de éste se presentaba en su alojamiento con la carta de la hija de Quincoces, llamaba muy quedo á la puerta del gabinete del cardenal Ximenez el page portador de su desayuno. Como el Regente no le respondia otorgándole su permiso para entrar, supuso que estaba dormido y repitió los golpes con mayor fuerza; por fin despues de largo espacio de espera, imaginó que las lantejas iban á enfriarse, y se decidió á abrir: la ventana del gabinete no se habia movido todavía y esta circunstancia probó al page, que el Cardenal estaba en su lecho. Encaminóse por lo tanto á la alcoba, cuyo tapiz levantó, y acercándose á la cama en puntillas con profundísima humildad, alargó hácia ella la mano que sostenia la taza y dijo con acento claro y sonoro:

—El potage de lantejas para el señor Cardenal regente.

A la vibracion de este sonido juvenil, se agitó convulsivamente un bulto en el lecho, salieron fuera de la ropa unas piernas largas y velludas, se sentó un cuerpo á beneficio de tres ó cuatro brascas sacudidas, estiróse un brazo musculoso, y apoderándose una, que mas parecia garra que mano, de la taza del desayuno, la arrojó furiosamente sobre la cabeza del page, bañándole el rostro de caldo y de lantejas, mientras una voz, semejante al estrépito que armará algun dia la trompeta del Juicio, gritaba:

—¡A mí con potages en ayunas y sin haber cenado! ¡Ahora verá el belitre, si tengo cara de cardenal.

El remojado page se encomendó á todos los santos del cielo, hizo la señal de la cruz y sin esperar los terribles efectos que prometia la amenaza que acaba de oír, huyó de la alcoba mas que de prisa, sin detenerse hasta el salon, al cual salió jurando á voz en grito, que el diablo se habia llevado al Cardenal en cuerpo y alma por usurparle el puesto de regente, y que reposaba en su lecho, con ánimo de escarmentar con sus uñas á todo fiel cristiano que se le acercase. Reunióse al punto la familia de escalera abajo; acudieron reposteros, ayudas de cámara, pages y pinches de cocina, y enterados de la ocurrencia, fueron unánimemente de parecer, que debían dar conocimiento de tan portentoso milagro al Inquisidor mayor, rogándole que, acompañado de solemne procesion de cruces, fuese con diligencia á impedir, si aun era tiempo, la eterna condenacion del Cardenal y se llevase preso al diablo á los oscuros calabozos del Santo Oficio. Disponíanse ya los mas pusilánimes á pasar este aviso, que tal vez hubiera podido producir apretadísimas consecuencias para el famoso conde D. Francés, cuando por fortuna suya apareció en el salon el alférez D. Fernando. Rodeóle la chusma con augustiosa ansiedad, veinte veces le aseguraron que Lucifer en persona se aposentaba en la alcoba del Regente, refirió el page la historia del bautismo de lentejas y caldo que habia llovido sobre él, añadiendo que el ángel malo tenia piel de oso y garras de leon con uñas de acero, y todos le conjuraron, por lo que mas amaba en el mundo, para que no los abandonase en tan apurado negocio.

—Está bien, les dijo Alarcon sonriéndose: se me figura que vuestro miedo representa en esta farsa el papel principal; abridme calle hasta el gabinete, porque me habeis entrado en deseos de ver al diablo.

Y esto dicho, empujó la puerta y pasó adelante, en medio del asombro general que ocasionó su osadía. Pero la admiracion de la

canalla subió de punto, cuando el alferez, soltando una carcajada estrepitosa, señaló con la mano á D. Francés, que arrellanado en la poltrona de Ximenez de Cisneros y á medio vestir, se restregaba los ojos, como hombre que no habia sacudido completamente la pesadéz del sueño. E Ibufon le miró, examinó despues las fisonomias de los pillos que, al parecer, mas muertos que vivos, procuraban reconocerle, adivinó la del page que habia turbado las delicias de su celestial reposo, y saltando como un tigre de su asiento, echó mano á la espada y se precipitó en el salon para atravesarle con ella, antes que el alferez sospechase sus diabólicas intenciones. Bueno le fué al page, que no le perdía de vista, ponerse en salvo y desaparecer, pues de lo contrario hubiera perecido sin remedio: los demás imitaron su conducta, atropellándose unos á otros, para que no les hiriese la formidable tizona de Francesillo, y aunque éste intentó seguirles, le contuvo D. Fernando, que vuelto en sí de la primera sorpresa, corrió tras él, moderó sus ímpetus belicosos y le condujo al gabinete, cuya puerta cerró por dentro.

—Y ahora departamos pacíficamente, le dijo, despues que ambos se sentaron.

—Te juro, compadre Alarcon, replicóle D. Francés, que he de matar á ese chupa-lámparas.

—¿Qué te ha hecho? le preguntó el primero.

—Tratarme como á un cardenal. ¿Te parece poco venir á ofrecerme, por embite de mañana, un potage de lentejas?

—Sería para el Regente.

—Pues ha errado el camino, y hubiera debido llevar el desayuno á Valladolid.

—No te entiendo.

—En tal caso, arroja la espada y métete á page de cardenal: así habrá dos torpes, en vez de uno solo.

—De modo que el Cardenal....

—Por lo visto, soy yo.

—Pregunto por el verdadero.

—¿Ese...? Camino de la corte, desde el amanecer.

—¡Qué me cuentas...! ¡Y yo que tenía necesidad de hablarle!

—Eso no te dé cuidado: háblame á mí y será lo mismo, pues te haré justicia. ¿Quieres que mande ahorcar á ese flamenco, que me hizo destrozar los hermosos jarrones de mi tío púrpura?

—El caballero de Chevres morirá hoy probablemente á mis manos, pues acabo de enviarle un cartel.

—Bien hecho; afuera polilla, que dá al traste con la ropa nueva. ¿Y cuándo piensas enviarle á cenar con su amigo el diablo?

—A las cuatro de la tarde.

—Es que te lo pregunto, porque se me ha puesto en el magin asistir á la fiesta. ¿Hacia qué punto ha de descargar la tormenta de estocadas?

—Te lo diré, si me das palabra y mano de dejarme airoso en otro empeño, no menos interesante para mi honor, en caso de que yo muera.

—¡Qué has de morir, compadre...! ¡Pues no faltaba mas! ¡Y por la rabia de un perro flamenco!

—Amigo D. Francés, las horas del hombre están contadas allá arriba....

—Lo mismo dice mi tío lentejas: y por si la tuya ha llegado, esplicame lo que pretendes de mí, que á fé de conde, y á fé de loco, y á fé de castellano, juro cumplirlo.

—Si la suerte me es contraria, irás esta noche á la calle del *Almendro*.

—¡Ah! Parece que todos mis negocios deben arreglarse hácia esos barrios.

—En una casita baja, mas allá de la primera esquina, vive una pobre vieja: las comadres de la vecindad la conocen con el nombre de la *vieja caritativa*. Te presentarás á ella de mi parte y le dirás, que respondes á María de la proteccion del Cardenal. Y es preciso, D. Francés, que esa proteccion no sea una palabra inútil, porque cuando vuelva el Regente, te compondrás de modo que en efecto la ampare, pues así lo he ofrecido á la *vieja caritativa*.

—¿Y dices que la otra se llama María?

—Sí: ella te contará su historia; es una jóven inocente, que se ha fugado de la casa de sus padres, por defenderse de ataques dirigidos contra su honor.

—¡Por los cuernos de Satanàs! exclamó Francesillo enderezando su talla: sé yo de pé á pá la tal historia, mucho mejor que tu protegida.

—¿La conoces? Porque supongo que no hay mas que hablar....

—Lo dicho: mi tío púrpura la servirá de padre, porque la niña no debe caer de nuevo entre las garras de la loba. Sepa yo ahora el sitio de tu duelo con el caballero de Chevres.

—La ermita de *San Millan*.

—¿Y á qué hora he de hacer mi visita en la calle del *Almendro*.

—A las nueve de la noche.

—Mira, compadre Alarcon; esos flamencos tienen el pellejo duro; pincha bien á tu contrario, para que su muerte sea real y verdadera.

Don Fernando estrechó la mano del bufon y se retiró. D. Francés salió á media tarde, enderezando su marcha hácia la calle en que vivia la señora Poncia, pues queria reconocer la casita baja, inmediata á la de ésta, á fin de no esponerse por la noche á una equivocacion, ya que le sobraba tiempo para dirigirse despues á la ermita de *San Millan*. Ya hemos visto, que de manos á boca se encontró con María en las inmediaciones de la *Puerta Cerrada*: esta dichosa casualidad cambió completamente sus planes, y en vez de esperar hasta las nueve de la noche para cumplir los deseos de su compadre Alarcon, tuvo por mas conveniente y fácil convencer á la jóven, de que debia seguirle desde allí mismo al palacio del Cardenal. Obrando así, conseguia sacar á la *Garza* de una calle, en la que habia hecho ya bastantes méritos para que le apaleasen, si llegaban á conocerle, la dejaba en lugar seguro y se desembarazaba de aquella obligacion, para acudir con libertad al desafio del alférez con el flamenco, y atender, si se hacía necesario, al primero, en los diversos trances que pudieran sobrevenirle.

CAPÍTULO X.

En el que se manifiesta que la Garza sabía interpretar, sin querer, el contenido de una carta de Flandes.



Los noticias de alta gravedad é importancia traian al mismo tiempo desasosegados los ánimos de los habitantes de Valladolid. Dábase por seguro que el príncipe D. Carlos, despues de haberse hecho representar por su ministro Chevres en Nonyon, punto de residencia de la corte de Francia, y de suscribir á un convenio en estremo favorable al rey Francisco, se habia embarcado en Middlebourg, con gran séquito de caballeros flamencos y españoles. Así era en efecto y el día diez y nueve de setiembre de mil quinientos diez y siete, tomó puerto en el de Villaviciosa de Asturias, donde fué recibido con verdadero entusiasmo, por lo mismo que solo se esperaba su arribo para ver cambiada la faz de los negocios públicos.

La otra nueva que circulaba de boca en boca no era ni con mucho tan alegre. Decíase que el cardenal Ximenez, pocos dias despues de la vergonzosa retirada de Juan de Labrit del reino de Navarra, se habia sentido enfermo; que llamados los mejores médicos, no acertaban á contener los lentos estragos del mal; que este duraba ya muchos meses, aumentándose de uno en otro, y que aunque el Regente proseguia sin descanso trabajando noche y dia, para echar en Castilla los cimientos de una sábia administracion, sería imposible que llegase á verla planteada, porque aquella enfermedad desconocida minaba su existencia de tal modo, que era fácil presentir la próxima paralización de sus facultades mentales.

Pero antes que los españoles tuviesen ocasion de alegrarse por lo primero y de entristecerse con lo segundo, ocurrieron en Valladolid sucesos, que turbaron la pública tranquilidad, cuya conservacion á todos interesaba en gran manera. Constante el cardenal Cisneros en su idea de centralizar el poder, habia dispuesto el *Alistamiento de la gente de ordenanza*, dividiendo todo el reino de Castilla en demarcaciones y quedando sujetos á él los hombres, desde la edad de veinte años hasta la de cuarenta: además era circunstancia indispensable, para cuantos pretendian eximirse del pago de tributos, la obligacion de alistarse dentro del plazo de veinte dias, filiándose y prestando juramento de acudir siempre que fuesen requeridos, de servir con lealtad, de no abandonar sus banderas y de satisfacer escrupulosamente lo que necesitasen tomar en los pueblos de tránsito ó en las guarniciones. Otras muchas reglas se habian establecido para el régimen, aseo y disciplina de las *compañías de la ordenanza*, cuya creacion alarmó desde luego á la nobleza, que diezmada en sus privilegios, vió alzarse de repente una fuerza colosal contra sus aspiraciones, cuando ya no contaba con invencibles fortalezas para formularlas. Su primer pensamiento fué, por lo tanto, oponer serias dificultades para la realizacion del alistamiento en la mayor parte de las poblaciones, consiguiendo por último que en Valladolid, de donde habia salido temporalmente el Cardenal,

prendiese el fuego de la discordia. Tapia, capitán de Segovia, estaba encargado de alistar como unos mil hombres de guerra; mas apenas se supo en la ciudad el objeto de su llegada, cuando la gente se alborotó audazmente, sin que bastasen para apaciguarla la promesa que se hizo de no tocar los privilegios de la población. Pasáralo muy mal en los primeros momentos el Capitán segoviano, á no haber tomado asilo mas que de prisa en el convento de San Francisco para salvar su amenazada existencia, y aunque el Cardenal escribió á los amotinados, aconsejándoles el sosiego, y diciéndoles que el negocio que los traía inquietos y en tanta zozobra mas aprovecharia á la seguridad de sus inmunidades, que á la del servicio del Rey, nada pudo conseguir de su terquedad, de su ódio al alistamiento y sobre todo de su estúpida adhesión á la causa de la nobleza. Al fin, despues de aprestar Cisneros fuerzas para hacerse obedecer y de seguir otras ciudades de Castilla el ejemplo de Valladolid, que habia cerrado sus puertas y abastecido sus muros preparándose á la lucha, vino á parar todo en que, enterado don Carlos en Flandes de lo que pasaba, así por cartas del Cardenal, como por quejas que le remitieron los disidentes, ordenó á éstos que respetasen y obedeciesen las providencias de aquel, aunque aplazando el alistamiento y diciéndoles que en muy breve plazo se haria á la vela para España, á fin de administrar á todos recta justicia. Las ciudades, que no ignoraban el pernicioso influjo que ejercia el ministro de Chevres en el ánimo del Príncipe, quedaron sorprendidas con tan prudente determinación; sometieron sin vacilar al Regente, y éste por su parte, suspendió cuanto habia mandado ejecutar respecto á la *gente de la ordenanza*, cuyo alistamiento, altamente favorable á los pueblos, pero muy mal comprendido en su época, tanto disgustaba á los castellanos.

Con la llegada del Príncipe se desvanecieron las esperanzas que su última resolución habia hecho concebir á todos, á pesar del regocijo que excitó su desembarco entre los asturianos, porque se supo al mismo tiempo que un enjambre de flamencos se habia repar-

tido, antes de arribar á España, los primeros cargos y dignidades. Pretendian muchos magnates del reino contrarestar su poder y con este fin se adelantaron á ofrecer sus respetos y el lustre de antiguos servicios al nuevo monarca; mas no lograron su intento del modo que lo apetecian, porque D. Cárlos de Gante no disimulaba su inclinacion á los flamencos, y éstos eran verdaderamente los dispensadores de sus gracias, como que las vendian á los otros con el único objeto de lucrarse y enviar á su país el fruto que les producian las régias mercedes.

Bien estuvo en gran parte á los grandes de Castilla obtener por recompensa de su sumision el desprecio de los favoritos flamencos, ya que para alcanzar altas posiciones, no solo les adularon, alentándoles algunos en sus rapiñas, sino que espusieron amargas é infundadas quejas contra la administracion del Regente: ingratitude servil, que en manera alguna cohonestaba el deseo de medrar á toda costa. Holgábanse los privados del Príncipe con la desunion entre la nobleza y el Cardenal, é infundian en el primero recelosas desconfianzas contra Cisneros, único poder, al cual era dado oponerse, con seguro éxito de triunfo, á las depredaciones de aquella estrangera chusma de advenedizos: de modo que bien puede asegurarse, con los hechos de época tan calamitosa en la mano, que de los magnates de Castilla fué casi esclusivamente la responsabilidad de los males, que poco tiempo despues aniquilaron sus bríos y regaron de sangre y de lágrimas su suelo.

Tocaba entre tanto el cardenal Ximenez de Cisneros á su último fin, víctima de secreto mal, cuyo diagnóstico se ocultaba á todo el empeño, á todos los adelantos de la ciencia. Sentado el reverendo padre Ambrosio de Rueda junto al lecho del prelado, examinaba los estragos que no la vejez, ni los achaques á ella consiguientes, ni las fatigas pasadas, ni los grandes trabajos mentales, sino una enfermedad insensible, supuesto que no producía dolores, pérvida, porque iba destruyendo el cuerpo sin cebarse en ninguna de sus partes, habia ocasionado en la organizacion de aquel hombre, sin dis-

puta el mas grande de su siglo, cuya muerte no tardaria en sumir á España en un abismo de desventuras. Imaginando que, pues su amigo callaba hacia largo rato, tendria necesidad de reposo, iba ya á retirarse en puntillas para no hacer ruido que le impidiese dormir, cuando el enfermo, con mas vigor y fortaleza de la que prometia su estado de abatimiento, le dijo:

—¿Sabeis, Padre guardian, que me encuentro mucho mejor?

—Dios sea loado por los siglos de los siglos, exclamó Fray Ambrosio. Y en efecto, así debe ser, porque vuestra voz vibra en mis oidos robusta y sonora: pero necesitais descanso.

—Descanso tengo, amigo mio, repuso afablemente el Cardenal, desde que el Príncipe mi señor está en España, porque ahora él provee á todo.

—Mal empieza el mozo, replicó el fraile.

—Así es; mal empieza: por lo mismo he querido escribirle antes de verle, pidiéndole que separe de su lado y eche fuera del reino á esos vampiros codiciosos que acaban de llegar haciéndole corte, con el único fin de llevarse lo poco que ya nos queda de plata acuñada. Veremos para qué punto señala esta entrevista que le requiero, á fin de enterarle de la verdadera situacion de los negocios, que otros le ocultarán con malévolas miras de interés propio, y de decirle cómo entiendo yo que debe conducirse aquí si anhela reinar con gloria..

—Todo eso está bien, señor Cardenal, pero vuestros males no os dejan salir de la corte.

—Mis males son tan estraños, que no sé lo que pretenden de mí, si acabar con mi vida ó con mi paciencia. Nada sufro, nada padezco, pero las fuerzas decaen visiblemente: no parece sino que me han dado algun hechizo, para que me consuma poco á poco y llegue á morir sin sentirlo. Ayer tuve dos fuertes congojas, que me pusieron á las puertas del sepulcro: hoy me veis tan animoso y lleno de vida como en mis mejores tiempos. ¿Sabeis lo qué digo, padre Ambrosio? Pues se me figura que debo estar envenenado.

El Guardian de Rueda sospechaba ya esto mismo, y contestó tristemente.

—El cariño que los castellanos os profesan escluye todo recelo de que...

—¡Ah Padre guardian! le interrumpió Cisneros con viveza. ¿Ignorais que entre nosotros se agitan muchos, que solo quieren vivir á su gusto y hacer su agosto?

—Terrible cosa sería esa, señor Cardenal.

—Ya soy viejo, amigo mio, y los viejos son grande estorbo para los proyectos insensatos de la mocedad.

—¿Y se ha fijado vuestra imaginacion en alguna persona?

—Dios me libre de pensar mal de nadie sin pruebas á la mano. ¿Os acordais de haberme oido decir en cierta ocasion, que cuando de arriba se nos llama, no tenemos mas que hacer sino abandonar el mundo, porque están contados nuestros dias?

—Cierto: así respondísteis la noche que siguió al banquete en vuestro palacio de Madrid, á las insinuaciones que el bufon Francesillo por un lado y yo por otro dejamos escapar, sobre la confianza que teníais en el caballero de Chevres.

—Desde entónces estoy enfermo, amigo mio; desde ese dia me siento morir á todas horas, y sin embargo ningun tósigo pudieron darme mis enemigos en el banquete, porque todos los magnates y vos tambien comísteis de los platos que yo probé, y todos gracias á Dios os conservais en buena salud.

—¡Tio púrpura...! ¡Tio púrpura! gritó una voz á este tiempo desde la parte exterior de la estancia: mira que no me dejan entrar estos fariseos criados, y eso que vengo á desmentirte.

El Cardenal y el padre Ambrosio se miraron, pues aquella voz les era hartó conocida y no esperaban de seguro oirla resonar aquel dia en sus oidos. El segundo se levantó, dirigióse á la puerta junto á la cual pugnaba D. Francés á brazo partido contra tres domésticos que le impedían pasar adelante, y que suspendieron las

hostilidades al ver al Padre guardian. Éste estrechó la mano del bufon y le condujo á la presencia del Cardenal.

Cisneros habia presentido desde luego, que alguna novedad importante habia obligado á D. Francés á salir de Madrid, por lo que incorporándose en el lecho, le hizo seña para que se acercase á él. Francesillo se compuso la gorguera, que se le habia ajado en la reciente lucha, y murmuró con despecho:

— Buenas mañanas tienen tus guardianes, que así tratan á un conde como yo.

— Olvida eso, le dijo el Cardenal; esa gente no te conoce.

Besóle el bufon la mano con respeto y le respondió:

— Has de saber que por evitarte un susto, no he atravesado con mi tizona á esos tres malsines. En fin aquí me tienes lleno de agujetas, porque he corrido sin descanso. Y tú ¿cómo te sientes, tío? Te participo que en la villa corren muy malas nuevas acerca de tu enfermedad.

— ¿Qué dicen de ella? le preguntó el Regente sonriéndose.

— Dicen... dicen... que es fingida, y que á fuer de marrullero, apelas á la estratagema de guardar camá, por no salir al encuentro del príncipe D. Cárlos. Tampoco falta quien asegure que quieres morirte de veras, antes que ver á los flamencos recién desembarcados, y aun al mismo que abiertamente los ampara, para que talen y roben á su sabor.

— Yo daré un mentis á todos, porque mañana mismo me pondré en camino para Aranda, y allí aguardaré la respuesta á las cartas que he escrito al Príncipe.

— ¿Y si el Príncipe no tiene deseos de verte?

— Todo podrá suceder, pero yo habré cumplido con lo que le debo y lo que debo á estos reinos, segun mi conciencia.

— ¿Y si mueres en el camino?

— Se habrá cumplido la voluntad de Dios.

— A propósito del mentis que quieres dar á los murmuradores, ¿no decias hace poco al Padre guardian, que en el opíparo banque-

te, con que obsequiamos á mi hermano Fadriquito el almirante y á sus compinches, comieron ellos de todos los platos que tú probaste?

—Eso he dicho en verdad.

—Pues has mentido como un flamenco. ¿Quién fué el que cató, ni aun por casualidad, tu maldecido potage de lentejas?

—En efecto... recuerdo ahora que yo solo.

—Recuerda tambien la turbacion, que sorprendió el padre Ambrosio en el semblante del de Chevres....

—Dígote que discurrees lógicamente, y que si yo fuera capaz de hacer malos juicios....

—No olvides la llegada de mi compadre el alférez Alarcon á Madrid, ni el mensaje de la Reina.

—¿Qué quieres darme á entender, que yo no haya pensado....? Pero el criminal.... ¡El criminal....! ¿Dónde se oculta...? ¡Oh! Si la reina doña Juana no estuviese loca....

—Los niños y los locos dicen las verdades, tio púrpura, y ten además por cierto, que si tú nos faltas, no quedarán en Castilla mas que dos cabezas capaces de gobernarla: la de esa pobre muger y la mia.

—No... no... exclamó de pronto el Regente, respondiendo á sus propias cavilaciones; podrá creerse que fué él..... acaso cuando yo no exista, se le acusará.... se le maldecirá.... pero no hay pruebas... no hay mas que recelos....

—¿Y no me preguntas, repuso D. Francesillo despues de guñar un ojo al Padre guardian, qué es lo que me trae á Valladolid.

—¡Ah! ¿Con qué no has venido á verme sabiendo que estaba malo?

—No, porque tu enfermedad no tiene cura, y soy poco aficionado á llorar inútilmente.

—Pues ¿con qué objeto has abandonado á Madrid?

—Con el de comunicarte funestísimos sucesos.

—Muy mala ocasion has elegido.

—¿No soy tu espía? Retírame tu confianza y me paso al partido de Carlos el flamenco: al menos podré robar á mansalva.

—Digo que esta es mala coyuntura, porque nada podré remediar.

—¿Qué me importa? Yo me atengo á mi cargo y despues... arda Castilla.

—Habla pues; dínos todo cuanto sepas.

—En primer lugar, no ignoras que mi compadre Alarcon conservó la vida á Chevres en Tordesillas, cuando el flamenco fué á llevar á la Reina las cartas de su hijo el Príncipe-archiduque.

—Esa es historia muy vieja.

—No tal, sino que todos estábamos en un error: lo que hizo mi compadre en aquel pueblo fué prestar la vida á su contrario, mas no se la dió como creimos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque he visto que despues se la ha quitado.

—¿Qué escucho! exclamó Cisneros. ¡Muerto el caballero de Chevres!

—Y bien muerto: al uso de Castilla, es decir, á toda ley, porque mi compadre no entiende otra cosa.

—¿Será justicia de Dios? murmuró el padre Ambrosio entre dientes.

—El negocio habia quedado pendiente en Tordesillas, mas yo conocí que á D. Fernando le punzaba el deseo de terminarlo sin demora, por quanto al dia siguiente de su llegada á Madrid, citó al flamenco junto á la ermita de *San Millan*. Alarcon llegó primero, porque el de Chevres, que tenia tanto de curioso como de sobrino de su tio, se entretuvo en espiar mi conversacion con una fuente de natillas, que encontré al paso. Tambien á mí se me pasó la hora, pues la golosina me embelesó y al fin la conduje cuidadosamente á nuestro palacio.

—¿Qué hiciste, pecador de mí! gritó el Cardenal sin poder contenerse. ¿A quién llevaste al palacio de la regencia?

—A una hermosísima *Garza*, que me encomendó para tí el compadre Alarcon, tan repartidor de buenas estocadas, como amparador de doncellas desvalidas. Pero ya hablaremos de esto otro día y conténtate con saber, que mi *Garza*, ó si quieres, mi fuente de natillas quedó instalada en nuestro gabinete de despacho, á donde mas tarde fué á acompañarla, con arreglo á órdenes mias, una anciana reverendísima, que no hay mas que pedir. Mira tio púrpura; si vuelves á la villa, y contemplas á la *Garza* y prosigues siendo lo que has sido hasta aquí, ya puede ver el diablo cómo se las compone para enredarte entre sus uñas. Por lo demás, una criatura sin hiel, una inocente paloma, una santa... casi tan santa como tú.

—¿Ha buscado voluntariamente mi proteccion?

—Se supone; como que sois antiguos amigos.

—¿Su nombre?

—La *Garza Real* de Rueda de Medina.

—¡Ah! exclamó el padre Ambrosio: la hija del posadero Quincoces.... ¿Pues cómo es que anda suelta por el mundo, teniendo tan buena madrastra en la señora Poncia?

—Esa señora Poncia, replicó Francesillo, es mi fuente de lentejas y la loba de la *Garza*.

—Dí mas bien que su virtud puede servir de ejemplo, contestó amostazado el religioso.

—¿Quién lo niega? repuso el bufon haciendo su acostumbrada mueca: y como el mundo tiene bastante con la virtud de la loba, ésta vende la de los demás y especialmente la de la *Garza*.

—Esa es una acusacion infame y necesita pruebas.

—¿Qué mas prueba que yo? ¿Has olvidado ya, tio púrpura, el cuento de las dos fuentes? Refiéreselo al tio ceremonias, para que no me mire con esos ojos de obispo deshauciado, y luego escuchareís los dos el fin.

—Oigamos el fin primero, dijo el Cardenal, que yo enteraré al padre Ambrosio del principio.

—En cuatro palabras está dicho todo. La fuente de lentejas se

rió mucho de la equivocacion del Rey goloso, y enterada de lo que él apetecia, entró en tratos para hacérselo conseguir y recibió en señal la mitad de la suma; de modo que dos dias despues, no tuvo mas remedio la fuente de natillas que descolgarse por una ventana, para no caer en la boca de su perseguidor. Y por Dios vivo, tio ceremonias, que á mí nadie me lo ha contado, sino que lo he visto con mis propios ojos.

—Enteraos luego de ese negocio, Padre guardian, porque algo hay de cierto en él, y tengo para mí que pronto deben ocuparme cosas gravísimas concernientes á la otra vida, las cuales no me dejarán atender á las de aquí abajo. Si esa muchacha es inocente y se vé perseguida, amparadla, como sabeis que lo haria yo si viviese; si es culpable, traedla al buen camino con piadosas exhortaciones, mas tampoco la abandoneis á sí misma, para que luego sea imposible salvarla. En cuanto á esa otra señora Poncia, examinad á fondo su conducta y....

—Estás hablando en gringo, tio púrpura, y nada de eso es menester, porque la conducta de las dos fuentes está bien averiguada; y averiguadas están otras muchas cosas. ¿Crees que yo soy un espía de seis al cornado? Pero volvamos ya si te place, á mi compadre Alarcon y al perro judío de Chevres.

—Si ha muerto, como antes dijiste, mucho temo que su tio haga pagar muy cara á los castellanos esa desventura.

—El ministro de mi hermano Carlitos la remediará en breve, nombrando arzobispo de Toledo á su otro sobrino Guillermo de Croy, apenas cierras el ojo. Ya están tomadas todas las medidas.

—¿Cómo lo has sabido?

—Por esta carta que ni tú ni el tio ceremonias sois capaces de entender.

El bufon sacó entonces un papel y desdoblándolo muy gravemente lo puso en manos de Cisneros, quien lo alargó al padre Ambrosio, rogándole que lo leyese. Obedeció el Guardian: la carta decia así:

« Wormes á 15 de Agosto de 1517.

« Por el deudo estrecho que nos une y por el acrecentamiento que
 « por todos los medios procuro para nuestra familia, os digo que
 « vuestro último despacho ha puesto el sello á nuestras esperanzas
 « de ser en breve absolutos señores de Castilla y demás reinos y
 « señoríos de España, lo cual se cumplirá tan pronto como desapa-
 « rezca el grande estorbo, que hasta ahora nos ha ligado las manos.
 « Bien me dictó la esperiencia al aconsejaros, cuando de Bruselas os
 « partísteis con ese pobre dean de Lovaina, que viéseis de ganar el
 « lado de ese otro Cardenal-arzobispo, que tiene cabeza y corazon,
 « que valen por veinte generales y por seis ejércitos: el afecto con
 « que os ha acogido ha hecho mas para nosotros que todo el poder
 « del Príncipe-archiduque, y vuestra buena maña nos asegura el
 « triunfo, puesto que, segun vuestras mismas palabras, *el agua*
 « *clara de Rueda de Medina* obrará prodigios. Hora es pues de que
 « nos movamos los de aquí, ya que nada tenemos que temer por la
 « parte de Francia desde el tratado de Noyon, y que tomemos pose-
 « sion de esos riquísimos dominios, lo cual acontecerá antes que se
 « encrudezcan los frios del próximo invierno, época en que, ate-
 « niéndome á vuestras noticias, *solo* el cardenal Adriano de Utrech
 « podrá informar al nuevo Rey, conforme á lo que le dictemos, so-
 « bre los negocios de esos paises; que ya tendremos cuidado de que
 « los magnates de Castilla no le presenten memoriales, sin que pri-
 « mero hayan pasado por nuestra revision. Y en quanto á lo de los
 « achaques del almirante D. Fadrique Enriquez, justo es vuestro
 « deseo, así como muy conveniente que mis dos sobrinos, que son
 « á la vez mis mas inmediatos deudos y fieles servidores de nues-
 « tra ilustre casa, alcancen lo que con noble ambicion piden y por
 « sus buenos servicios merecen. Os empeño pues mi palabra de
 « que, muerto D. Fadrique, bien por la virtud de la gota, ó por la
 « del *agua de Rueda*, que en esto me lavo las manos, sereis Almi-
 « rante de Castilla; á vuestro hermano Guillermo, que entiende mu-
 « cho en el manejo de rentas, y las eclesiásticas son muy pingües

«en España, le daremos la mitra arzobispal de Toledo. Nada os digo
 «hoy de doña Juana, porque sus derechos son nulos, desde el día
 «en que se encargó de la regencia su padre D. Fernando de Ara-
 «gon y de Sicilia; pero ahí vá una cópla, que el caballero Cárlos
 «de Lanoy repite á todos los que quieren oirla:

«Bien se está en su casa,

«pues por loca pasa:

«si loca está ó no está

«sin reino quedará.» (1)

GUILLERMO DE CROY *de Xebres.*

Acabada la lectura, el cardenal Cisneros miró á Francesillo como pidiéndole una esplicacion, mientras el padre Ambrosio meditaba profundamente: mas viendo que el bufon no despegaba sus lábios y que asomaban á sus ojos algunas lágrimas, le preguntó conmovido:

—¿Quién te ha entregado ese pliego?

—La muerte, respondió D. Francés, disimulando el dolor que sentia.

—Habla claro, le dijo el Regente, porque el tiempo urge y no estamos para malgastarlo en adivinar enigmas.

—Te repito, repuso Francesillo, que la muerte ha puesto en mis manos ese documento. Cuando llegué en toda diligencia junto á la ermita de San Millan, hacia ya rato que Alarcon y el de Chevres se dirigian magníficas estocadas, y no pareció sino que el diablo aguardaba allí mi presencia para decidir el combate, porque no bien acerté á colocarme en punto apropiado, desde el cual podia verlo todo sin ser visto, cuando el flamenco lanzó un grito, soltó

(1) En 1819 poseía el padre Fernando de Sotomayor un manuscrito raro en la casa de Jesuitas de Oñate: su título era: *Artes y Mañas que hubo en Flandes para dejar sin reino á doña Juana llamada la Loca*; de él hemos copiado estos cuatro versos.
 Nota del autor.

la espada, hízose atrás tambaleando y cayó cuan largo era, arrojando por la boca un caño de sangre. El acero de su enemigo le había atravesado el pecho de parte á parte cuando menos lo esperaba y todos los demonios del infierno se alegraron con la noticia. Don Fernando se acercó al caballero y despues de examinarle, limpió sosegadamente su espada y se alejó del sitio perdiéndose á poco rato entre las encrucijadas de la villa. Entónces me escurrí hácia el cadáver, haciendo la señal de la cruz, para que Satanás no cargá-ra con mi cuerpo, como sin duda habia cargado con su alma, le registré los bolsillos. En uno de ellos estaba ese pliego dentro de una cartera primorosamente recamada, la cual conservo en memoria de su triste fin.

—Ahora recuerdo haberte oido decir, que ni yo ni el padre Ambrosio entendemos esa carta, observó el Cardenal. ¿La entiendes tú?

—Perfectamente y de cabo á rabo, contestó el bufon, merced á las esplicaciones de *La Garza Real*.

—¿Qué tiene que ver esa muchacha con este asunto?

—*La Garza Real* es de la villa de Rueda y te he dicho ya que sois antiguos amigos.

—No lo recuerdo y solo he permanecido en esa población un dia.

—Y dos noches, tio púrpura....

—Es cierto.

—En la posada de *La Estrella de Castilla*.

—No hay duda; estás bien informado. ¿Qué os parece padre Ambrosio?

Éste movió la cabeza en señal de asentimiento pero nada respondió.

—*La Estrella de Castilla*, prosiguió D. Francés, era de Toribio Quincoces, padre de la fuente de natillas y marido de la fuente de lentejas.

—Déjanos ahora de fuentes y llama á las personas por sus nombres.

—No te enfades, tío de mi alma, porque necesitas de toda tu fortaleza para escuchar el resto. Es el caso que la loba...

—Don Francesillo, nada que huelva á cuento; nombres propios, ó déjame en paz.

—Pero al menos *La Garza*...

—Pase *La Garza* y adelante.

—*La Garza* se llama María, murmuró el Padre Ambrosio.

—Y con la revelación de ese gran secreto, repuso D. Francés, ha quedado ya descansada la mollera del tío ceremonias. Escucha ahora el mío. Como en la carta de Chevres se habla de Rueda de Medina y como *La Garza* es de la tierra, me ocurrió el pensamiento de saber á qué se reducía *el agua clara, que obra prodigios*. ¡Busca á *La Garza* para salir de dudas! Durante mi ausencia, habia volado con su amiga setentona hácia una casita de la calle del *Almendro*, y allí tuve que correr á fin de sincerarme, pues me habia dejado un billete, en que me trataba de impostor, de hombre falso y de mal nacido, por haberla llevado al palacio de la regencia sin decirle que ya no estabas en él ni en Madrid. Por último llegó la noche y con ella el entendernos todos, pues el compadre Alarcon, que conoce mucho á la vieja consejera de *La Garza*, habia ido tambien á la casita de la calle del *Almendro* y respondió por mí. Yo saqué la carta de Chevres, y apenas hubo oido mentar *La Garza* este nombre, cuando recordó que tú y el flamenco os hospedásteis en *La Estrella de Castilla*, si es que érais el fraile franciscano y el caballero que el tío ceremonias reveló á la posadera en esta misma ciudad: añadió que Eduardo de Chevres hizo los honores á una opípara cena, y que tú quedaste satisfecho con un pobre potage; que al dia siguiente de madrugada saliste de *La Estrella* para no volver hasta la noche, y que entre tanto no sabe lo que pudo tratar el otro con su madrastra, aunque no debió de ser cosa buena, porque su padre Quincoces no hacía mas que repetir á cada instante:

—Es muger extraordinaria mi Poncia. ¡Sacar á un flamenco tres mil ducados por medio cuartillo de agua, para matar un perro!

—¡Dios de misericordia y de justicia! exclamó el cardenal Ximenez interrumpiendo á don Francés. ¡De qué medios se valé tu portentosa sabiduría, para descubrir y castigar las mas ocultas maldades de la tierra! Nada me dijo el de Chevres de semejante trato con la posadera; mas... medio cuartillo de agua... tres mil ducados... todo con el único fin de dar muerte á un perro...

—Prueba terminante de que entre Chevres y la muger del posadero engañaron á éste último, observó Francesillo.

—Sí... sí... *el agua clara* era un veneno.

—Un veneno destinado para tí por el ministro del príncipe Carlos desde Wormes.

El Cardenal alzó los ojos al cielo en ademan de resignacion, oró mentalmente y dijo despues:

—Su sobrino me propinó el tósigo en el banquete que dí al Almirante y á sus amigos. Hágase la voluntad de Dios. (1)

—Dios le ha tomado cuenta de su villana accion en este mundo, le contestó el padre Ambrosio profundamente afectado, y se la tomará mucho mas estrecha en el otro. Recurramos empero sin tardanza á los misterios de la ciencia, llámense doctores que os acudan y os administren eficaces drogas....

—Ya se ha hecho inútilmente, repuso Cisneros, y pues hoy mismo os he dicho que creia estar envenenado, bien supondreis que no habré desatendido el cumplimiento de lo que Dios nos manda para nuestra conservacion. Ahora solo me resta ver al Príncipe y darle mis últimos consejos: preparaos pues, Padre guardian, para salir mañana, y tú tambien D. Francesillo, serás de la partida.

El fraile y el bufon protestaron al Regente que todos sus preparativos estaban hechos, que no tenian en qué pensar mas que en seguirle, y que por lo mismo no se separarian de su lado.

(1) Los escritores, en cuyo testimonio se apoya el autor para creer que el gran Cardenal de España D. Fray Francisco Ximenez de Cisneros murió de envenenamiento, son: FRAY ANTONIO DAZA, *Crónica general de la órden de San Francisco, part. 4ª, lib. 1º, cap. 25*; GONZALO DE OVIEDO, *Quincuagenas*; EUGENIO DE ROBLES, GOMEZ DE CASTRO y MORERI, *Dicc. hist.* Todos varian sin embargo en el modo con que se perpetró tan execrable crimen.

Así el eminente varon, que tantas voluntades habia domado y tantos obstáculos vencido, para asegurar la corona de Castilla en las sienes del Archiduque, se vió en los últimos dias de su poder y de su existencia, sin mas compañía que la de un loco y la de un franciscano: los magnates del reino se apresuraban á dar la bienvenida al nieto de Isabel la *Católica*, y huian del conquistador de Oran, que habia enfrenado sus ambiciones. El pueblo pagó á Cisneros con usura, vengándole de los desaires de los próceres, á fuerza de aplaudirle y victorearle en su desgracia, los grandes beneficios que le debia.

F. Casals

CAPÍTULO XI.

El capitán D. César, la muerte del justo y el paño fúnebre.



ORA es ya de que sepamos lo que había ocurrido al posadero Toribio Quincoces, desde que salió desesperado de casa de su vecino Palomares con el poco cristiano propósito de poner término á sus días.

Semejante al ciervo herido corria mas que caminaba, calle de *Segovia* abajo, con la muerte en el corazon y la fiebre de la ira retratada en el rostro, cuando quiso su buena suerte, aunque por contraria la tuvo en su locura, que tropezase de encontron con un embozado, que se internaba en la villa volviendo de la parte del rio. El caballero, pues lo era, no se avino á sufrir pacientemente el desacato, y requiriendo su espada dió con ella de plano tres cintarazos al torpe, que hubo de estrellarle contra las piedras con su brusca sacudida: rabioso Quincoces y no teniendo ya nada que per-

der en este mundo, asió por los cabellos la ocasion que se le presentaba de morir matando, y arrojándose como un tigre sobre el noble, le estrechó entre sus nervudos brazos con tan enconada hiel y fiera saña, que faltó poco para que le ahogase en ellos. Próximo á perder la respiracion, sofocado y sujeto por las dos tenazas de hierro que le oprimian, conoció al punto el embozado el mal negocio en que se habia metido y que su valor era inútil en tan apurado lance; aprovechó pues el momento de pedir socorro que le quedaba, antes que le acometiese mortal congoja, y con acento lastimero é interrumpido balbuceó:

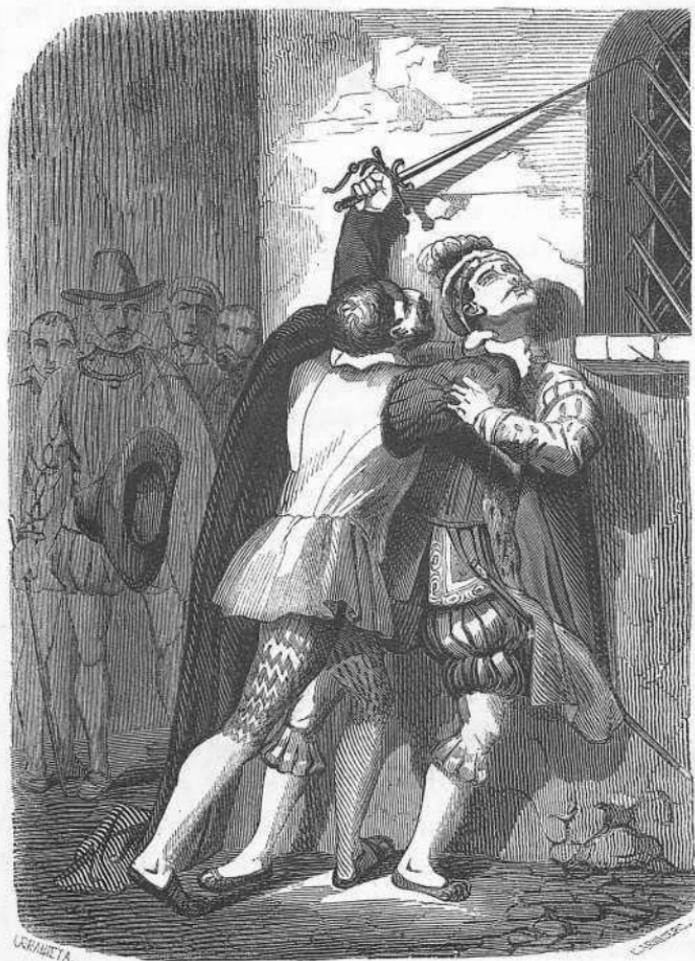
—A mí.... á D. César.... de ... Men....doza.....

—¡Llamas del inferno! gritó á su vez el frenético Toribio al oír aquel nombre, y al mismo tiempo soltó á su enemigo.

Mil ideas confusas se agolparon de tropel á su mente. D. César de Mendoza era el galan, que al decir de la señora Poncia se habia introducido traidoramente en su casa y sacado á María; mas segun la relacion de Palomares, el Capitan no habia hecho mas que aporrear á la primera, subir con ella á las habitaciones y retirarse luego acompañado de otro hombre, sin que la segunda le siguiese. ¿Cómo conciliar estremos tan contradictorios? Quincoces sin embargo no tenia tiempo que perder, porque D. César, dueño ya de sí mismo y anhelando vengarse de la brutal apretura en que se habia visto, arremetió con la espada al posadero en ánimo de clavársela en el corazon. El último, aunque combatido interiormente por la terrible necesidad de creer culpable á su muger ó á su hija, necesidad que trastornaba su razon y le obligaba á desear la muerte, presintió el peligro é instintivamente dió un salto hácia atrás, cogió del suelo dos gruesos pedernales y amenazando á su adversario, le gritó:

—Capitan Mendoza, devolvédmela si es que la llevásteis, ó esplicadme todo el misterio, porque de no hacerlo, os descalabro.

—Precisamente es algun loco, pensó D. César. Y sin dejar de adelantarse acero en mano, para que no se figurase su enemigo que le temia, le contestó al punto con arrogancia:



A mí.... á D.... Cé...sar de Men....do....za.

—¿Qué diablos quiere el salvaje que le devuelva, ó que le es-
plique?

—Quiero mi hija.... mi hija, dijo Toribio con sordo acento y le-
vantando el brazo derecho en ademán de despedir uno de sus pro-
yectiles.

—¡Tu hija! repuso el Capitan. Si no me abres la cabeza con el
primer guijarro, pronto irás á preguntar por ella á los infiernos.

Al pronunciar Mendoza estas palabras, recordó la aventura de
la noche anterior y todas sus circunstancias, que al fin habian ter-
minado por inspirarle repugnancia y desprecio hácia la señora Pon-
cia: representósele ésta poniendo en almoneda el honor de María y
María huyendo por una ventana, á riesgo de perder la vida, á fin
de conservar ilesa su virtud, y su imaginacion le llevó de pronto
junto al lecho de aquel hombre amodorrado, que nada debia ver ni
oir de cuanto ocurriese, como consecuencia del tráfico vergonzoso
en que él se habia convenido con la muger infame y desnaturali-
zada, cuyos planes habia trastornado una inocente niña. Estos pen-
samientos le ocupaban, cuando Quincoces le gritó de nuevo: —

—¿Respondéis, ó preferís que os aplaste?

—Responderé, si preguntas en razon, repuso D. César, y así,
para que yo sepa si tienes ó no derecho, dime quien eres.

—Eso es justo, murmuró el posadero: conozcámonos bien, que
tiempo habrá despues para que á los dos nos lleve el demonio. Por-
que los dos hemos de morir hoy, si la esplicacion no me satisface.
¿Lo entendéis? Vos ireis por delante y yo os seguiré. ¡Quién soy,
me preguntais! ¡Y presumis de juez y vais á decretar si tengo ó no
tengo derecho para interrogaros, para pedir os mi hija!.... Soy....
el padre de María, de esa infeliz que guardais en vuestro poder, ó
que ya no existe.

—¡En mi poder! exclamó el Capitan envainando su espada y cor-
riendo hácia Quincoces. No.... no está.... nunca ha estado.... má-
tame si quieres, pero no empañes la virtud de María, que ha sabido
triunfar de las mas pérfidas asechanzas.

Toribio dejó caer maquinalmente los guijarros que levantaba en alto, pasóse la mano por la frente, y sintiendo su pecho desahogado de la dolorosa opresion que lo comprimía, murmuró:

—Gracias... gracias, Capitan... os creo... necesito creerlos... mas la quiero muerta que deshonrada.

—Mas... ¿cuándo ha sucedido esa desdicha? se apresuró á decir Mendoza con tristísima ansiedad.

—¡Cuándo!... Yo pretendo que vos me lo declareis.

—Te juro por mi nombre de caballero, que no he vuelto á verla desde una tarde en que la seguí á orillas del rio.

—¡Y anoche!...

—No se presentó á mi vista.

—Mentís como un villano, y yo, Toribio Quincoces, os sostengo que os introdujisteis, á guisa de ladron, en mi casa.

—A guisa de ladron, no; y vive Dios que si otro que el padre de María me tuviera ese lenguaje, le matára: introdújeme favorecido primero y despues guiado por una perversa muger...

—Callad... callad, porque esa muger de maldicion... ¡Oh!... no sea así... proseguid, D. César, proseguid... tened misericordia y lástima de mi desesperacion... os lo pediré de rodillas, si es necesario... contádmelo todo.

—No aquí, Toribio, que estamos en medio de una calle y ya nuestro altercado tiene en expectativa á algunos curiosos. Sígueme á mi posada y andando te referiré lo que ocurrió anoche en la calle del *Almendo*.

—Una sola pregunta. ¿Imagináis que María haya muerto?

—No tengo razon alguna para sospecharlo, y puedo asegurar que cuando entré en tu casa, no estaba ya en ella. Si murió fué antes.

—¡Dios del cielo! Ya que es inocente, conservádmela.

—Estas fueron las últimas palabras que pronunció Toribio, quien pasando repentinamente de la desesperacion á la esperanza, siguió al Capitan como un cordero, escuchando con avidéz de su boca la relacion de aquella nocturna aventura, en que la perfidia de la se-

ñora Poncia quedó tan mal parada, su propio empeño amoroso tan burlado y la castidad de la jóven tan reconocida. Don César de Mendoza nada ocultó á Quincoces: hablóle de María con entusiasmo y amor, jurándole que desde aquel instante no perdonaria diligencia para averiguar su paradero; le descubrió la trama del rapto en que, por equivocacion, representó el principal papel la señora Poncia; los ofrecimientos de ésta en la villa de Odon, el trato infame que cerró con ella, la entrega de los cinco mil ducados y por último las escenas que habian ocurrido en la noche precedente, así como la fuga probable de María.

Cuando llegaron al palacio de los señores de Mendoza, Quincoces estaba lívido, mas tambien sereno. D. César, que habia estudiado ya su carácter irascible y que temia, si le dejaba volver á su casa, los efectos de su justa indignacion contra la señora Poncia, le obligó á subir á su aposento, prestando que allí podrian departir con calma sobre los medios mas adecuados para asegurarse de la suerte de María. Toribio hubiera preferido correr á la calle del *Almendro*, para llevar á cabo cierto plan que habia concebido, mas no le pesó suspender su ejecucion hasta la noche, y así descendió á los deseos del Capitan. Con él entraba en una lujosa estancia, cuando acercándose un page á D. César, puso en sus manos un pliego: abriólo él distraido y preguntó por decir algo:

—¿Quién te ha entregado este papel?

—Una vieja, respondió el page con respeto: habrá cinco minutos que ha desaparecido.

—Para viejas y tercerías estamos ahora, murmuró el primero recorriendo con la vista el contenido del pliego.

De pronto soltó una exclamacion, miró con asombro á Toribio que le observaba sin pestañear y pronunció estas palabras:

—Has pedido á Dios que te conserve tu hija, si es inocente.

—¡Ah! Sí por cierto y se lo pediré mil veces, contestó el posadero; se lo pediré hasta que pierda la esperanza de alcanzarlo.

—¿Y crees firmemente que María no es culpable?

—Esa pregunta.... ¿No me habeis relatado vos mismo lo que pasó anoche? ¿Deberé dudar....

—De nada: te he hablado, como hablaré á mi confesor á la hora de la muerte, pero tú.... nada has respondido y necesito saber, qué es lo que en este instante piensas de tu hija.

—¡Qué pienso!.... ¿No imaginais que daría por estrecharla en mis brazos mi existencia... mi felicidad? ¡María! ¡Mi pobre María...! Tan pura como un ángel.... Otra en su lugar hubiera sucumbido, pero ella.... ¡Dios mio...! ¡Dios mio...! ¿Dónde estará...? Ha muerto.... sí.... ha muerto, porque de lo contrario hubiera venido á mí....

—Basta de sollozos, dijo D. César interrumpiendo alegremente los que exhalaba Quincoces. María vive.... el cielo ha escuchado tu súplica y te la conserva.

—¡Jesus....! ¡Virgen santísima....! ¡Qué es lo que oigo! gritó el posadero fuera de sí. ¿Pretendeis hacerme morir de júbilo....? ¿No me engañais?

—María vive, repitió Mendoza con solemne acento, y no ha acudido á tu amparo escribiéndote, por temor de que la rechazáras: pero te ha visto, se ha lanzado en tu seguimiento inútilmente y ahora.... se dirige á mí, apela á mis ilustres blasones, cuenta con la hidalguía de mi sangre y me pide.... lo que ya está hecho.... que la vuelva á tu amor y que, pues soy quien puede responder hoy de su inocencia, la proclame á tus oídos. Toma.... lee este papel.

Toribio lo cogió convulsivamente, lo devoró sin saber lo que leía y estrechando las manos del Capitan, empezó á llorar como un niño.

—Conserva ese escrito, díjole su interlocutor, porque en él están las señas de la casita que anoche sirvió de refugio á su virtud, y temo que ni la tuya encuentres, si ahora te pones en camino hácia la calle del *Almendro*. Para evitarte nuevas emociones que, añadidas á las que hoy has sufrido, pudieran ser fatales á tu salud, pasarás aquí la noche y yo enviaré á María recado que la tranquilice.

—¡Sin abrazarla hasta mañana! suspiró Toribio con amargura.

—Piensa en que hoy has querido matarme y morir. ¿Qué hubiera sido de ella sin amparo en el mundo? No estás en disposición de sostener otro combate y nadie es capaz de decir lo que puedes encontrar en la calle del *Almendro*, antes de ver á tu hija.

El honrado Quincoces se acordó de la señora Poncia y apretó los puños con ira, mas no se opuso á la resolución del noble jóven.

—Además, añadió éste, me importa que mañana, y no hoy, lleves un mensaje de mi parte á la bella y virtuosa María.

La señora Poncia recibió al siguiente día un aviso secreto para que se guardase de la venganza de su marido, que estaba perfectamente enterado de sus viles manejos por el mismo que habia sido su cómplice, y llena de terror, apeló á la fuga, abandonando su casa y llevándose lo mejor que en ella habia de alhajas y ropas. El aviso era del Capitan, quien, al obrar así, no tanto se habia propuesto sustraer á la madrastra de María del terrible castigo que sin duda la amenazaba, como impedir que el exasperado Quincoces cometiese un crimen que, en último resultado, tendria que purgar en la horca.

A eso de las nueve de la mañana pasó el posadero de la habitacion que le habian destinado á la estancia del Capitan. Salióle éste al encuentro y le preguntó sonriéndose:

—¿Vais á la calle del *Almendro*?

—Espero que no lo dudaréis, le respondió aquel. ¿No os figurais que desde anoche no vivo?

—Id pues, ya que no deseais ser portador de mi mensaje para María.

—¡Ah! Os pido perdon.... porque solo tengo memoria para ella. Dádmelo, valiente Capitan y vereis si sé cumplirlo.

—Que no se os olvide. Decid á esa noble y castísima doncella, que el capitan D. César, primogénito del general D. Diego Hurtado de Mendoza, conde de Melito y de doña Catalina de Silva, duquesa de Pastrana, quiere reparar á todo trance los disgustos y sinsabo-

res que la ha causado, sin renunciar á la posesion de su peregrina hermosura, y que por lo tanto acaba de pedirla á su honradísimo padre para esposa.

Toribio dió un salto hácia atrás y tuvo que apoyarse en la puerta del aposento para no caerse. El Capitan le alargó la mano, y el hombre que el dia antes habia formado el propósito de arrojarse al rio, hincó una rodilla en tierra y oró mentalmente, dando gracias al cielo por la ventura que le deparaba.

Media hora despues abrazó á su hija en la casita de la anciana madre de D. Fernando de Alarcon y aquel mismo dia la condujo á su propia morada, de la cual habia desaparecido ya, como queda apuntado, la señora Poncia.

Mientras estas cosas ocurrían en Madrid y en tanto que el cardenal Cisneros, víctima de secreta enfermedad, no cejaba en su empeño de mantener á Castilla sosegada, tarea que de dia en dia se iba haciendo mas difícil por el general disgusto que cundia en todas las clases, desembarcaba D. Carlos en Villaviciosa, aumentándose con su arribo la insolencia de los flamencos y su insaciable sed de rapiña. Adriano de Utrech, el ministro Chevres y Mr. de Sauvage, que ya llevaba el título de Canciller del reino, habian formado, en torno del Príncipe, un fuerte muro, contra el cual se estrellaban todas las súplicas y bajas adulaciones de los grandes de Castilla. El almirante D. Fadrique Enriquez, que, á pesar de sus habituales dolencias, era uno de los que primero habian acudido á dar la bienvenida al nuevo soberano, se retiró de Asturias sin verle, jurando no presentarse mas en la corte, si no se le llamaba y presintiendo los males que iba á producir para la monarquía española la desatentada conducta de unos consejeros, atentos solo á favorecer á los advenedizos de Flandes. Hacía sin embargo justicia á las buenas intenciones y á la reconocida virtud del dean de Lovaina, pero le censuraba ágríamente por su debilidad, y porque habiendo sido preceptor de D. Carlos, no osaba hablarle con entereza acerca del descontento de los castellanos, diciendo por último que, si no era malo

y encubridor de robos, como sus dos colegas en privanza, les tenia miedo y ellos obraban á su capricho, libres y desembarazados de las molestias de su censura. No imitaron por cierto los demás nobles el ejemplo del Almirante; antes bien, ansiosos de medro y de autoridad, siguieron rindiendo homenaje á los poderosos flamencos, valiéndose, para obtener mercedes, de la influencia que con ellos gozaba el holandés Armenstoff, hombre de oscuro linage, altivo y en ocasiones grosero, que se hacía pagar el mas pequeño favor á peso de oro.

El principal cuidado de Guillermo de Croy, que oscurecía sus no comunes cualidades, como diplomático, con la insaciable avaricia de que se hallaba poseido, fué estorbar la entrevista que el cardenal Cisneros habia solicitado desde Valladolid, y así procuró dilatarla por todos los medios imaginables, aplazando la entrada del Príncipe en dicha ciudad, hasta que el fallecimiento del Regente, que esperaba saber á cada instante, le permitiese disponerla sin obstáculo para sus ambiciosas miras. Viajaba ciertamente la comitiva, camino de la corte castellana, pero á jornadas cortísimas, como si se temiese llegar demasiado pronto, hasta que noticioso el de Chevres de que Cisneros, no obstante el lastimoso estado de su salud, se habia puesto en marcha firmemente resuelto á avistarse con D. Carlos, consiguió que éste hiciese alto en el convento del *Abrojo*: mas no atreviéndose al mismo tiempo á negar á las claras al Cardenal lo que con tanto ahinco y tenacidad solicitaba y parecia dispuesto á lograr, aconsejó al Rey que le diese cita para *Mojados*, villa situada pintorescamente y en terreno llano á orillas del Cinca y distante cinco leguas de Valladolid, mientras engañado el Regente acerca de la direccion de los flamencos, por las vueltas y revueltas que éstos habian seguido desde Villaviciosa, y creyendo que á fin de evitar la entrevista torcian hácia Búrgos: hízolo él adelantándose á *Boceguillas*, donde le acometió una terrible congoja, de la cual ni el padre Ambrosio ni D. Francés esperaban que saliese. La Providencia sin embargo no habia dispuesto que llegase su hora y vol-

vió en su acuerdo cuando menos lo creían, pidiéndoles que le llevasen al monasterio de franciscanos inmediato á *Aranda de Duero*, pues en él queria morir, si tal era la voluntad de Dios. Cuatro dias descansó en el convento y allí le alcanzó el correo portador del despacho, que le prevenia se trasladase á *Mojados*, punto señalado para su encuentro con el monarca. El contenido del pliego llenó de amargura al Cardenal, acibarándole los últimos instantes de su afanosa existencia, porque al paso que se le daban las gracias por sus eminentes servicios, se le escluía de los consejos reales, alegando que hacía falta en su diócesis de Toledo, á donde deberia pasar tan luego como diese cuenta de su administracion. Mas no por esto se amilanó su grande ánimo y avanzó hasta *Roa*, con el propósito de desengañar á D. Carlos y seguro de la victoria, si alcanzaba la fortuna de que éste le escuchase, para bien suyo y de los pueblos puestos á su cuidado.

El cielo no le permitió cumplir su mayor deseo. En *Roa* redoblaron los accidentes y conoció que muy pronto debia responder á Dios de las acciones de su vida. Desde aquel momento rogó á sus dos amigos que no le hablasen ya de la tierra, sino de la eternidad; preparóse para morir con una resignacion edificante y observando que, mientras el Padre guardian de Rueda le leía las oraciones de los agonizantes, lloraba el bufon desesperadamente, le dijo con desfallecido acento:

—Alégrate, Francesillo, que este es el mejor dia de cuantos he pasado en el mundo.

Pocos instantes despues de haber pronunciado estas palabras, el día *ocho* de noviembre de *mil quinientos diez y siete*, exhaló su último suspiro aquel baron justo y benéfico, protector de los pobres, azote de los soberbios, consumado político, pensador profundo, insigne en letras y en virtudes evangélicas, y cuya falta debia sentir dolorosamente Castilla, á medida que el descontento general de los pueblos fuese tomando las colosales proporciones, que los alentaron á desafiar el poder del trono y á prescindir de la engañosa ayu-

da de la nobleza, por la cual, contra el dictámen previsor de Cisneros, se habian sacrificado.

Trasladado su cuerpo á Búrgos, se le espuso públicamente bajo magnífico dosel y cubierto con sus vestiduras pontificales en la nave del centro de la catedral y en frente de la puerta llamada *Santa María*; hiciéronse grandes funerales y el pueblo acudió en tropel noche y dia á besarle los piés y á derramar copioso llanto, por el desamparo en que quedaba, huérfano del que hasta entónces habia sido su padre. Puede decirse que toda Castilla se vistió de luto, presintiendo las desgracias que tan infausto suceso iba á amontonar sobre sus hijos, y que al alzarse en Alcalá de Henares la robusta voz del doctor Siruelo, para repetir una y mil veces las glorias del celoso fundador de su Universidad, predecia los trastornos y muertes, que por su pérdida se preparaban.

Desde Mojados pasó D. Carlos á Tordesillas con objeto de visitar á su madre doña Juana, pero el vecindario que, desde el dia del alboroto contra Eduardo de Chevres, no obedecia mas órdenes que las del atiplado chillador Zalea, miró á los flamencos de reajo é hizo saber al ministro, á Mr. Sauvage y á Adriano, por medio de una diputacion, que si pensaban llevarse á la Reina para oprimirla en Valladolid á sus anchas, no lo lograrían sin que muchos extranjeros pagasen con su sangre tamaña afrenta. El Canciller tranquilizó á los enviados del pueblo, y como ya se sabia en todas partes que habia muerto Cisneros, les dijo que el Rey solo se detendria algunas horas en Tordesillas, *pues Valladolid le llamaba con premura para poner orden en el gobierno*, y que así se retirasen sossegados por cuanto no se haria novedad tocante á la pobre loca. El arzobispo de Zaragoza, que se presentó con propósito de informar á D. Carlos acerca del reino de Aragon, no pudo verle, ni tampoco á la Reina, por lo que se retiró descontento, si bien dejó escrita una protesta contra la sinrazon con que se le vedaba el cumplimiento de uno de sus mas altos deberes, como prócer y como pastor de la iglesia.

Melancólica fué la entrevista de doña Juana con su hijo. La inconsolable viuda de Felipe el *Hermoso* se estremeció al verle, porque conocia por instinto á los flamencos y al sentir que el Príncipe besaba sus manos, dando señales inequívocas de afliccion profunda, le echó los brazos al cuello, dióle un ósculo en la frente y le dijo:

—Vos al menos, hijo mio, no sois como los otros; no me lo robaréis. ¡Os he esperado tanto tiempo, para que me protejais contra ellos! ¿Y qué hace mi padre el buen rey D. Fernando? ¿Hacia dónde queda?

—Señora y madre mia, respondió Cárlos de Gante tristemente afectado, vuestro padre el Rey descansa en la tumba, hace ya muy cerca de dos años y por eso me veis aquí.

—Es verdad, repuso doña Juana; no me acordaba de que soy la reina de Castilla.... Una Reina *Loca*.... ¿En qué pensaba pues mi padre y señor cuando hizo testamento....? Bien habeis hecho en venir, hijo mio, á fin de entender en los negocios, y con tal que yo conserve mi tesoro, mi vida, mi felicidad, arreglaos con el señor cardenal Ximenez, para ventura de estos reinos.

—El Cardenal, señora, ha pagado tambien á la muerte su tributo, segun hoy he sabido, murmuró el Príncipe.

—¡Ah! exclamó la Reina. ¿Con qué tampoco existe ya mi segundo padre....? Esperad.... ¿No haceis memoria de un jóven alférez de los tercios reales, á quien llamé para que llevase un aviso al cardenal Cisneros....? Aquel aviso fué una revelacion.... una voz me dijo que la traicion no dormia.... ¿Sabeis de qué mal ha muerto ese siervo de Dios?

—Los de mi consejo me han asegurado que de vejez y de fatiga. Creí encontrarle en Villaviciosa á mi arribo, mas supe luego que se hallaba muy enfermo en Valladolid; emprendí la marcha hacia esta ciudad, pero falsos informes le hicieron alejarse de ella para salirme al paso, camino de Búrgos, y en vez de acercarnos uno á otro....

—Y ha espirado en Búrgos, hijo mio?

—En sus inmediaciones.

—Príncipe D. Carlos, si mi vaticinio no fué una quimera..... ¡Ay de los flamencos en Castilla! Ellos la saquearán sin misericordia, llevarán á país estraño sus riquezas.... pero la sombra de Cisneros está ahí para inspirar valor á los oprimidos, y los oprimidos se levantarán contra sus verdugos.... Despues.... despues nada se distingue.... desolacion y ruinas.... pueblos incendiados.... campos sin verdura regados con la sangre de sus hijos... ¡Ah! ¡Qué desventurada nací, si he de ver tan horribles calamidades!

La Reina pronunció estas palabras con exaltacion, pero sin que el brillo de sus ojos comunicase á su profecía fuerza y vigor para el convencimiento. Atribuyéndolas D. Carlos al estado deplorable de sus sentidos, procuró desentenderse de ellas y que recayese la plática sobre otros objetos mas á propósito para distraer su imaginacion delirante. Habló de sus proyectos, de los deseos de paz que abrigaba y de la negativa terminante que habia enviado al rey Francisco primero, tocante á sus pretensiones para que se restituyese el reino de Navarra á la casa de Labrit. Observando no obstante que doña Juana, semejante á una estátua de mármol, permanecia silenciosa con la vista fija en el féretro que encerraba los embalsamados restos de Felipe el *Hermoso*, añadió placenteramente:

—No he olvidado, madre mia, que en mi niñez me hablásteis muchas veces de la guerra de Granada; era vuestra conversacion favorita en el palacio de Bruselas. Se me figura que yo he de ser antes de mucho tiempo un rey batallador y están grabados en mi memoria los grandes hechos de armas de los capitanes cristianos, que tomaron parte en aquella heroica y santa empresa.

La viuda del Archiduque, sin apartar un punto los ojos del ataud, contestó á su hijo:

—¡Granada.....! ¡Granada.....! Yo era muy jóven entónces y nunca me entusiasmaron las lides. De Granada salimos tambien y la Reina mi madre y señora me llevó á otra ciudad de mas poderío y cuenta, á otra ciudad que batalló animosa é invencible en los

tiempos antiguos, bañada por las olas del mar y temida de los castellanos por su grandeza y bravura. A ella arribaba el genovés Cristóbal Colon del Nuevo mundo, y Barcelona, la altiva cuna de los Condes y de los famosos Consellers, se disponia á acogerle en su seno con gritos de júbilo. ¡Qué recuerdos....! Allí hay una montaña, que asimismo parece otro mundo, y que se eleva majestuosa desde las riberas de un rio, formando, con sus cortadas y temibles rocas, caprichosas grutas, arcos colosales, derrumbaderos, subterráneos y otras maravillas de la naturaleza siempre virgen, siempre majestuosa en la desierta cumbre. Cubiertas aquellas inmensas moles de piedra con el espeso ramage de los arbustos que nacen en sus grietas, desafian al sol, cuyos impotentes rayos nada pueden contra su indestructible solidéz. ¡Montaña de Monserrate! ¡Carmelo glorioso de la España cristiana! Las revoluciones de los imperios, las guerras intestinas, las formidables catástrofes, las tempestades de la tierra.... humo son que disipa el viento ante la eterna vida de tu creacion portentosa. Vivirás hasta la destruccion universal, presidiendo á los destinos de tu pueblo generoso y protestando con tu imponente silencio contra sus desgracias.

—Magnífico espectáculo debe ser ese, exclamó el Príncipe entusiasmado con la fogosa descripcion que oia. Imagino que en breve subiré á vuestro inolvidable monte.

—Inolvidable.... repitió doña Juana: sí.... inolvidable.... ¿Veis ese paño fúnebre....? Decidme si es negro, si está recamado de oro, si ostenta las armas de Castilla.... ¿Por qué está ahí....? ¿Por qué oculta entre sus pliegues el blando lecho en que reposa mi bien, mi alma, mi Felipe....? ¿Le habeis puesto vos, hijo mio....? No.... no.... los flamencos quieren hacerme creer que mi Felipe ha muerto, y es que intentan obligarme á que le abandone para apoderarse de él y conducirlo secretamente á Bruselas. ¡Insensatos! ¿No estoy bien segura de que duerme? ¿No siento desde aquí su respiracion fatigosa....? Tal vez sueña conmigo en este instante.... Escuchemos....

—Duerme... duerme, repuso Cárlos de Gante con angustia; dejémosle reposar y habládme de la montaña catalana.

—Vos tambien estais persuadido de que duerme ¿no es verdad? La montaña.... la montaña.... Sí; subireis á ella, porque si no lo hiciéreis, imposible será que el cielo os proteja, ni que governeis tranquilo el reino de Castilla. En la montaña hay un templo consagrado á la Vírgen Santísima y en él oraréis, como oró la Reina mi señora, para que os ampare y defienda contra vuestros enemigos, y os protegerá, dadlo por cierto, cubriéndoos con su escudo milagroso, como ha protegido siempre á los príncipes y magnates, que han presentado ofrendas en su divino santuario. La Reina mi señora dejó en Monserrate una rica lámpara de plata y muchos florines: yo..... yo me retiré llorando, porque era niña y nada podia dejar. ¡Desde entónces han trascurrido tantos años....! Y luego.... Felipe me hizo olvidar á Monserrate y á su templo. Fuimos á Bruselas, porque habia guerra entre Francia y Alemania, y cuando volvimos á Castilla, nos siguieron los flamencos con el infame propósito de desunirnos. ¡Ah! ¡Cuánto me hicieron sufrir! Sin duda hubiera muerto á no haber acudido á mi memoria, como prodigio inesperado, el recuerdo de la Vírgen de la montaña. Representóse á mi imaginacion su magnífico sagrario que custodian dia y noche los ángeles del cielo, y creía oír resonar en mis oídos los cánticos armoniosos que repiten los ecos de las sagradas bóvedas. Mas ¿cómo habia de acogerme á la santa Madre de Dios, si ningun don de mi mano adornaba su milagroso altar? Ya no era niña, como cuando me llevó á Monserrate la Reina mi señora.... ya podia cumplir el voto que en aquella visita hice á la Vírgen entre sollozos y lágrimas, y que despues habia dado al olvido. Puse pues manos á la obra secretamente, trabajé con ahinco y sin descanso, ocultando á mis damas y al mismo Felipe la tarea que me ocupaba, hasta que al fin..... ¿veis, hijo mio, ese paño mortuorio....? ¿Cómo está ahí, si mi Felipe duerme.....? ¿No me habeis dicho.....

—Olvidad el paño, madre mia, la interrumpió el Príncipe.

—¡Ah....! Ya me acuerdo, prosiguió ella: terminé mi trabajo despues que se celebraron las córtes de Valladolid, cuando ya el Rey mi padre se habia ido á sus estados de Aragon, y envié á la Vírgen de Monserrate esa obra....

—¡Cómo, señora y madre mia! Ese paño.... ¿lo recamásteis vos?

—Sí, hijo mio, sí. ¿Por qué me lo preguntais?

—Continuad por Dios, Reina infortunada y mas infeliz esposa; continuad.

—Os equivocais de medio á medio, Príncipe: y si no, ahora lo vereis. Cuando llevaron el paño al templo de la montaña, mandé decir al Abad del monasterio, que apenas lo recibiese, preparase un oficio solemne de difuntos, porque me hallaba enferma de alma y de cuerpo y temia morir. Esperaba que la fúnebre ceremonia sirviese para mi eterno descanso y hé aquí que la Virgen hizo un milagro, de los mas grandes que se leen en historias.

—¿Cuál, señora?

—El mismo dia que llegó mi ofrenda á Monserrate, se durmió Felipe en Búrgos; los flamencos cesaron de atormentarle para separarlo de mí, y desde ese dia soy dichosa.

Cárlos de Gante se estremeció al ahogar en su garganta el grito desgarrador que iba á escapársele. Afligido y lloroso se separó de su pobre madre, que se consideraba feliz, porque su inconstante y frívolo esposo dormia, cubierto con el fúnebre paño que ella, sin saberlo, habia remitido para sus exequias. (1)

Al dia siguiente diez y ocho de noviembre hizo su entrada en Valladolid; pocos dias despues se confirió el arzobispado de Toledo á Guillermo de Croy, sobrino del ministro Chevres, y el doce de diciembre se publicó la convocatoria á Córtes, como era costumbre al principio de cada reinado, previniéndose en ella, que en todo el mes de enero debian presentarse en Valladolid los diputados de las ciudades que tenian voto.

(1) Don Victor Balaguer, en su preciosa obrita *MONSERRATE, su historia, sus tradiciones, sus alrededores*, ha publicado una bellísima leyenda sobre este asunto, con referencia á la crónica de Monserrate. *N. del autor.*

Joaquín Duquetay

CAPÍTULO XII.

La jura del Rey y las barbas del Emperador.



El carácter emprendedor de Francisco primero preparaba ya en Italia sérios obstáculos al nuevo Rey de Castilla, cuando puede decirse que todavía no había tomado éste posesion de sus estados. Desairado el monarca francés en sus últimas pretensiones, encaminadas á que D. Carlos restituyese la Navarra á Enrique de Labrit, (1) hijo y heredero de Juan y Catalina, disimuló su enojo y aun dispuso cumplimentarle por su advenimiento, prometiéndose vengar la que

(1) Algunos historiadores escriben *Juan de Albret*, *Enrique de Albret*, cuando nombran al esposo y al hijo de Catalina, reina desposeída de Navarra. Ahora bien: el condado de Perigord estuvo vinculado desde tiempos remotos en la casa de *Labrit*, y Juan lo poseía por línea recta cuando dió su mano á Catalina, hermana de *Fofo*, nieta de Leonor de Navarra y sobrina de D. Fernando el católico. No ha existido ningún *Albret* entre los condes de Perigord.—*N. del autor.*

llamaba falta reconocida de cumplimiento del tratado de Noyon. Al mismo tiempo y con el fin de desmembrar fuerzas enemigas del territorio italiano, exigió que con arreglo á las condiciones de dicho convenio, evacuasen los españoles á Brescia y Verona, y así se hizo, poniéndose éstos al servicio del duque de Urbino que guarnecía las Legaciones; mas habiéndose quejado el Papa de una medida, que podia considerar y consideró efectivamente como amenazadora, ordenó D. Carlos que aquellas tropas se retirasen, engañando de este modo al rey Francisco, que tuvo por pusilanimidad lo que solo era hijo de la prudencia.

Minada entre tanto la Sicilia por mensajeros franceses, ardía en facciones y tumultos que aterrorizaban al país, por lo que enviaron una súplica al Rey los principales señores, rogándole que quitase el vireinato á Hector Pignateli, conde de Monteleon, hombre de consumada prudencia, pero al mismo tiempo pacífico en demasía, para contener los desórdenes que de dia en dia se aumentaban en aquel infortunado suelo. Informados los sediciosos, de que se pedian actos de represion contra sus desmanes, y atribuyendo al virey la iniciativa de la súplica, formaron una conjuracion secreta en Palermo, á fin de asesinarle un domingo á la hora de vísperas con todos sus consejeros españoles. Súpolo Pignateli, mas descuidó toda precaucion por no alarmar al vecindario de la capital; de modo que cuando estalló el motin furiosamente, no tuvo mas remedio que encerrarse en su palacio, que asaltaron los foragidos, apoderándose de su persona, despues de haber degollado á muchos nobles y ciudadanos distinguidos. Próxima estaba la Francia á recoger el fruto de sus intrigas ambiciosas, porque los gefes de la insurreccion, que eran sus vendidos instrumentos, hablaban ya de entregar la Sicilia al rey Francisco, cuando el intrépido Guillermo de Vintimiglia, señor de Ciminica, magnate justamente querido del pueblo por sus altas prendas y sereno valor, tomó cartas en el asunto, jurando que mientras viviese no se consumaria una traicion tan infame. Uniendo entónces las obras á las palabras, se echó á la calle, desnudó la

espada, detuvo á los señores que huían para ponerse en salvo y colocándose á su cabeza é inspirándoles ardimiento con los recuerdos de pasadas glorias, atacó á los facciosos y despues de una hora de encarnizado combate, entró en una iglesia, persiguiendo al grupo principal que se habia refugiado en ella, con todos sus cabecillas. Estos se negaron obstinadamente á rendirse y fueron sacrificados, restableciéndose al punto la tranquilidad. D. Cárlos debió la conservación del reino de Sicilia á la fidelidad y denuedo de aquel esforzado Vintimiglia, que dos dias despues de tan señalado triunfo bajó á la tumba de resultas de cinco heridas, que al penetrar en la iglesia revuelto con los sublevados habia recibido.

La Alemania empezaba tambien á conmoverse á impulsos de las primeras chispas, que la heregía de Martin Lutero iba esparciendo con sus osados escritos, para producir un incendio que debia comunicarse á la Europa entera. Hombre fogoso y atrevido, nada le contuvo en sus intentos, y los ánimos ansiosos de novedades se dieron á acoger la peligrosa doctrina, que al punto se propagó por la Italia, la Francia y la Inglaterra.

Bajo estos tristes auspicios dió principio á su reinado en Castilla el Príncipe-archiduque de Gante. Recibiósele en Valladolid con magnificencia, hubo vistosísimas justas y torneos, y tanto la nobleza como el pueblo se esmeraron á porfía en agasajar al nieto de la grande Isabel, cuya memoria vivia fresca y lozana en la memoria de todos. Llegado el término de la convocatoria, reuniéronse en la capital los diputados de las ciudades de voto en cortes, pero ya se vislumbró, desde la primera junta que tuvieron, el ódio que les animaba contra las hechuras del Rey, así como los consejeros de éste se empeñaron en colocar su persona y su autoridad como pantalla que cubriese sus desafueros, y en la cual se estrellasen la longanimidad, la animadversion y por último las quejas y amenazas de los castellanos. Necesario es convenir, y de ello dan testimonio los hechos apuntados, y hasta ahora no contradichos, por los que con mas entusiasmo hablan del levantamiento de Castilla, que éste hu-

biera tal vez podido evitarse, haciendo llegar las ciudades sus peticiones á los oídos del Príncipe, quien no hubiera dejado seguramente de administrar justicia contentando sus demandas, si la mayor parte de los procuradores hubieran obrado con mas prudencia y no guiados por resentimientos personales. Prueba de ello es, que el primer chubasco, con que se anunció la horrible tempestad que descargó despues, tuvo por pretesto una cuestion de etiqueta, sobre si el canciller Mr. Sauvage habia de presidir ó no, en compañía de D. Pedro Ruiz, obispo de Badajoz, la ya citada junta. Hubo sobre el caso enconadas contestaciones y aun protestas, siendo la mas ágría de todas, contra las atribuciones del soberano, la de un diputado por Búrgos llamado el doctor Zumel, hombre inquieto, arriscado y poco menos que intratable, que tan furioso partidario de los derechos del pueblo se mostró en las primeras conmociones, como servil adulator mas tarde, y aun consejero y ejecutor de las rigurosas medidas del partido de la corte contra los mismos, á quienes habia excitado á la insurreccion con sus escritos y harengas.

Como no nos hemos propuesto escribir la historia de la guerra de las *Comunidades*, inútil nos parece entrar en largas consideraciones sobre los actos que la provocaron; no olvidamos empero, que no debe el novelista mentir ni desfigurar la historia, siguiendo las huellas de hombres, al parecer graves y concienzudos, que lo han hecho: por eso decimos, renunciando gustosos al humo vano de la popularidad, que los flamencos exasperaron las voluntades con sus depredaciones y con sus escandalosas rapiñas, y que los castellanos no se movieron como insurreccionados, hasta que los nobles, indignados por no haber conseguido mercedes, y los procuradores, descontentos por ver desatendidas sus demandas, justas en parte, pero cuya concesion habian hecho imposible ellos mismos á fuerza de exigirla con altanería y orgullo, predicaron la cruzada del levantamiento general. Nobles eran ciertamente, equitativas y aun necesarias muchas peticiones de las ciudades, para bien de sus naturales y del mismo gobierno; pero los hombres que las representaron

solo se atuvieron á un espíritu de venganza para hacerlas valer, y su ceguedad no les permitió descubrir el hondo abismo que iba á tragarse los privilegios, cuya defensa abrazada por su rencor con tanto empeño, iban á abandonar en breve. Alcen la voz esos encomiadores de los animosos diputados antiguos de Castilla, y publiquen los nombres de los que, en la memorable y angustiosa retirada de Torrebaton á Villalar, siguieron la contraria suerte de los ínclitos capitanes Padilla, Bravo y Maldonado. Aquellos procuradores se habian sometido á los encargados del gobierno ó les ayudaban con sus avisos, para que venciesen á los *Comuneros*: muchos obtuvieron del Rey altas mercedes. Prosigamos nuestra narracion.

Don Carlos se presentó en la sesion régia con majestad, pero sin altivéz y dispuesto á ganarse los corazones de aquellos hombres, que el pueblo español le enviaba para que espusiesen sus necesidades. Su juventud y gentileza inspiraban confianza, y al recordar algunos procuradores, reunidos en el gran salon de la municipalidad, que era hijo de la desventurada reina, tan oprimida por los flamencos y por su mismo esposo, y á la que su propio padre habia guardado tan pocas consideraciones, le acataron con respetuoso cariño, pues no dudaban de que, una vez enterado de la verdadera situacion de los negocios, que hasta allí le habian pintado muy de color de rosa sus consejeros, se apresuraria á poner buen orden en la administracion, cortando de raíz los abusos que se cometian. Aquel jóven mancebo, cuyas magnánimas prendas nunca lograrán oscurecer los que se niegan deliberadamente á hacerle severa justicia, tan solo porque no nació en España, tenia formado tan alto concepto de los castellanos, que habiendo sabido al desembarcar en Villaviciosa las tentativas del que ya empezaba á titularse emperador Francisco, para reconquistar el reino de Navarra, dijo á su ministro Chevres, á quien semejante nueva habia sobrecojido: *Con seiscientos hombres de armas, que me otorguen Toledo, Valladolid ó Búrgos, tengo bastante para hacer que el francés aventurero se meta en sus guaridas.*

Otros diputados, y entre ellos Juan Zumel, acogieron al monarca con ceño, y como si de antemano tuviesen ya formado el propósito de contrariarle, dificultando toda buena armonía entre las ciudades y el trono, encargo que de seguro no llevaban y sí mas bien el de procurar por medios suaves el apartamiento de los ministros de Flandes, y la promesa de que en lo sucesivo no se sacaria del reino moneda de oro ni de plata. D. Carlos, segun habia inducido á creer al obispo de Badajoz y á los condes de Escalona y de Benavente el dean de Lovaina, no estaba muy distante de acceder á unos deseos, que habia calificado de laudables y puestos en razon; mas cuando los imprudentes mandatarios de los pueblos exigieron de su altivéz que los otorgase, previniéndole que de no hacerlo, tampoco ellos le jurarian fidelidad como á su Rey y señor, acordóse de que corria por sus venas la sangre de aquella noble muger, que habia sabido mermar los privilegios de la nobleza, y no quiso rendir á la amenaza lo mismo que habia resuelto otorgar á la sumision y al respeto.

El prelado Ruiz, varon nada sospechoso para la parcialidad castellana, fué el primero que invitó á los procuradores á que prestasen el juramento de costumbre.

—Lo prestaremos, contestóle ágriamente el doctor Zumel; mas antes es preciso que Su Alteza jure tambien guardar y hacer guardar las prerogativas, los buenos usos y las libertades de los pueblos, que aquí nos envian.

—Esto juro, dijo el Príncipe sin vacilar; y queriendo que no se fuese el diputado burgalés sin una leccion de comedimiento, añadió, con afabilidad: me han enseñado, antes que pusiese los piés en el hidalgo suelo de Castilla, que si obliga y seduce la confianza, subleva los ánimos el recelo; tambien sé que los Reyes mis antepasados, y señaladamente D. Enrique III, D. Juan II, D. Enrique IV y mi abuela doña Isabel, juraron lo que yo acabo de jurar con firme convencimiento de que así conviene. ¿Imaginan los procuradores de voto en cortes, que si ellos hubieran jurado antes, no hubiera yo jurado despues?

Estas palabras, que daban la medida de los elevados sentimientos del jóven monarca, cautivaron á todos los hombres de corazon que figuraban en la asamblea; pero el turbulento Zumel y los que andaban tras de disensiones y disturbios con la esperanza de ganar á rio revuelto, no se dieron por convencidos, y así, cuando el orador letrado García de Padilla iba á leer la fórmula del juramento, levantóse el diputado por Búrgos, que capitaneaba á los disidentes, y exclamó con destemplado acento y haciendo gala de modales poco decorosos:

—No basta: jure Su Alteza que sus ministros y las hechuras de estos no se llevarán á Flandes la sangre de Castilla; jure que no se darán á codiciosos estrangeros los cargos públicos, y entonces....

—Basta, le interrumpió D. Cárlos irritado, pero guardando la mayor compostura: he dicho ya lo que juro y eso ha de ser. Miren ahora los procuradores aquello que mas interese á los pueblos, que yo ya he mirado lo que tiene mas cuenta á la dignidad del trono.

Muchos diputados aplaudieron la entereza del monarca y se adelantaron á jurarle antes que se les llamára, acaudillados por Lopez de Soria, tambien procurador por Búrgos, aunque de ideas diametralmente opuestas á las que entonces proclamaba Zumel. Pero de pronto surgió un nuevo conflicto, preparado por los que á toda costa pretendian encender en el reino la tea de la discordia, y fué que los nobles reclamaron la prioridad que tenian sobre los diputados para jurar: acaloróse la sesion, empeñáronse todos en sostener con ténacidad sus privilegios, así como Zumel y sus paniaguados en arrojar leña á la hoguera que habian encendido, y D. Cárlos abandonó enojado el salon, con el propósito de cortar en breve aquel nudo gordiano, si no se avenian á desatarlo los mismos que acababan de darle tantas y tan enredadas vueltas.

Cavilando estaba sobre el partido que le convendria tomar en tan críticas circunstancias y casi habia resuelto prescindir de la jura y disponer que las ciudades nombrasen otros procuradores, cuando Adriano de Utrech se le presentó para decirle, que acababa de lle-

gar á la corte un hombre, fértil en recursos, cuyas advertencias habian sido siempre muy útiles al cardenal Cisneros, y que por lo mismo que pasaba por loco, era admitido en todas partes y á todas dirigia sendas claridades, sazoadas con la gracia de su inalterable buen humor.

—Vive Dios, maestro mio, (1) que no puede ser otro mas que el famoso conde D. Francés, respondió el Príncipe.

—El mismo, Señor, repuso el dean de Lovaina; mas no creia yo que Vuestra Alteza le conociese.

—Nunca le he visto, pero ¿quién no conoce, aunque no haya salido de Bruselas, al bufon del Cardenal regente? ¿Olvidais tan pronto que varias veces me habeis hablado de él en vuestras cartas confidenciales? Sé que es un bribon de agudo ingénio, pues si no mienten las noticias comunicadas por el caballero Eduardo de Chevres á su tio Guillermo de Croy, aconsejó á Cisneros que diese á los magnates de Castilla un gran banquete, para ganar sus voluntades. ¿Dónde se encuentra ahora?

—Está esperando el beneplácito de Vuestra Alteza para presentarse.

—Lléguese á mí el buen D. Francesillo, flor y nata de los locos de buen criterio, que si la muerte le ha arrebatado un amigo, á quien con tanta fidelidad sirvió, yo le daré otro que no ha de estimar en menos su adhesion sincera.

Adriano se acercó á la puerta de la cámara, hizo una seña y luego que introdujo á D. Francés, se retiró.

El bufon se adelantó con descaro, y ya cerca del Rey, examinó á éste de piés á cabeza, acatóle tres veces, como para darle á entender que le reconocia por su señor natural, y le dijo despues de tomar asiento sin ceremonia:

—Muy mozo eres, primo Carlitos, para andar en tanto embrollo, pero ya arreglaremos el asunto.

(1) El dean de Lovaina, despues cardenal, luego Regente de Castilla y por último Papa, fué preceptor de Carlos V. Este le llamaba *maestro*.—*De rebus gestis á Car. V.*

—¿Ignoras con quien hablas, tunante? le preguntó el Príncipe, asombrado de su osadía.

Mira, primo, no me insultes, repuso Francesillo, porque perderás mucho en ello. ¿No te he reconocido por rey de Castilla, supuesto que la he gobernado en tu nombre con mi amigo el Cardenal? ¿Pues qué mas quieres? Ahora me toca aconsejarte; con que así, haya paz y buena armonía entre nosotros, que no te pesará. A propósito, Carlitos ¿sabes que tus tres ministros flamencos son tres acémilas de mal andar y peor pelage?

—¿Por qué lo aseguras? replicó el Rey sonriéndose de la comparación.

—Porque han hecho contigo, poco mas ó menos, una cosa semejante á la que hicieron delante de Ávila con Enrique IV el arzobispo de Toledo, el conde de Plasencia, el de Benavente y D. Diego Lopez de Zúñiga, mi glorioso antepasado. Aquellos cuatro locos vistieron las insignias reales á la estatua del que fué ó no fué padre de la asendereada Beltraneja, y media hora despues se las arrancaron, echándola por tierra.

—Pero ¿qué tiene que ver el desman de la Liga de Avila con la conducta de mis consejeros?

—¡Hola, Carlitos de mi vida! ¿Con que sabes la historia? En ese caso ya nos podremos entender, y ante todo debes tener por cierto que al lobo de Lovaina se le han caido los dientes, al de Chevres los ducados de á dos, que pensaba sacar vendiendo las mercedes de la coronación, y al salvage Mr. Sauvage la baba, al contemplar los raidos tabardos de los procuradores de Castilla. Por lo demás, ya ves el papel que te han hecho representar tus acémilas flamencos: los de Avila echaron por tierra á Enrique el *Impotente* en efie; tus ministros han dado al traste con tu dignidad de rey, y váyase lo uno por lo otro.

—Discurres bien, Francesillo, mas la culpa no es suya.

—¿Pues de quién?

—De los diputados disidentes.

—La yerras, Carlitos, y como sigas discurrendo así, tendré que imponerte duras penitencias: y sino, contéstame. ¿Qué ha debido hacer tu Consejo, antes de esponerte al desaire que has recibido?

—Tú mismo te responderás, porque yo no lo alcanzo.

—Hélo aquí. Ha debido asegurarse, ante todo, del juramento de los diputados.

—No podia preveer lo que ha ocurrido.

—¿Cómo que no? ¿Con que nos está saqueando desde Flandes hace dos años y no imagina, que ha de sonar mal aquí todo cuanto proponga? Te digo que no entiende jota en achaque de gobernar reinos.

—¿Qué hubieras hecho tú frente á frente del doctor Zumel?

—El doctor Zumel zumba mucho, porque es zángano que busca miel. ¿Comprendes ahora lo que yo hubiera hecho?

—Se me figura que no vas muy descaminado, pero ya es tarde, y no seré yo quien vuelva á pedir á los procuradores un juramento, que para nada me hace falta.

—¿Estás escomulgado, primo Carlitos? Mira que aquí no vivimos en Bruselas, donde los archiduques dan de puntapiés á los ciudadanos y les roban sus mugeres y sus hijas, sin que la cosa merezca la pena de estrañarse: nosotros descendemos por línea recta, y salvo yerro de cuenta morisca, de los intratables godos, entre los cuales hubo no pocas mozuelas de buen gusto, como la hermosa reina Egilona, que nos transmitieron razonable dósis de sangre africana.

—¿Y á qué viene eso? ¿Me propondrán un desafío los diputados?

—¿Quién lo duda? Desafío á muerte, en el que serás vencido. Hablemos en puridad, primo de mi alma. No serás rey de Castilla, sin el juramento de los procuradores, porque no tendrás un maravedí.

—Pediré á los pueblos los servicios de dinero que necesite.

—Los pueblos dirán que nada tienen que ver contigo, pues para eso están las cortes.

Don Carlos dió una fuerte patada en el suelo y murmuró con ira.

—Yo domaré la fiereza de esos africanos y de esos godos.

—Bien, bien, primo Carlitos, exclamó D. Francés: eso es lo mejor de cuanto has dicho. ¡Firme en los godos! ¡Duro en los africanos! Mientras eso acontece, los africanos y los godos se tragarán á los flamencos, y el emperador Francisco no desaprovechará la ocasión de arrojar sobre el reino de Navarra los lebreles de Labrit.

—Maldito seas, bufon de los infiernos, gritó el Príncipe exasperado. ¿Quién diablos te incita á pronunciar delante de mí ese nombre?

—Tu propio bien, le respondió Francesillo sin inmutarse.

—¡Francisco!.... ¡Francisco!.... repetía D. Carlos en voz baja. ¡El único hombre que me inspira cuidados en el mundo!.... No.... no cabemos los dos á un mismo tiempo en Europa.....

—¿Quieres echarle de ella, como echan los archiduques de Flandes á los ciudadanos que les piden sus mugeres?

—¡Si quiero!.... Aunque muriese una hora despues de haberlo conseguido; porque esa hora sería la de mi grandeza, la de mi felicidad.

—Pues alcanzarás ese triunfo, si las cortes de Valladolid te prestan juramento, y si despues hacen lo mismo las de Zaragoza y Barcelona. *Hoc opus, hic labor*. Ya te habrá enseñado el lobo de Lovaina, que este es buen latin.

Pensativo quedó durante largo espacio el jóven rey de Castilla. ¡Quién puede asegurar que no se agolparon entonces á su mente los vastísimos proyectos, que mas tarde puso en ejecucion para oscurecer la gloria de su voluntarioso y caballeresco rival! Profundo fué su caviloso ensimismamiento; grandes y heróicas las resoluciones que probablemente despertó en su ánimo, porque cuando volvió á pensar, en el árduo negocio que tenia pendiente con los procuradores de las ciudades castellanas, irguió la frente, brillaron sus ojos con imponente resplandor, y dirigió estas palabras al loco:

—¿No imaginas, D. Francesillo, que con los tercios españoles puedo conquistar la Europa?

—La Europa y el globo entero, le respondió el bufon con orgullo. Vengan esos cinco, primo Carlos, pues ya veo que eres hombre de corazón y que me entiendes.

—Mañana, repuso el Príncipe, me jurarán fidelidad los diputados y la nobleza; yo en pago haré por Castilla todo lo que debe hacer un rey valiente por la gloria de su pueblo. Iré también á Aragón y á Cataluña.... ¡Ah, Francisco!.... Reposa sobre tus últimos laureles.... apura la copa del placer en los festines del Sena.... rompe lanzas con tus caballeros, para que suspiren las damas de tu corte.... Yo vestiré el arnés, y al sonido belicoso de mis clarines y alambres se estremecerán tus conquistas.

Levantándose en seguida, añadió dirigiéndose á D. Francés:

—Desde hoy eres mi consejero y mi amigo: no ignoraba el cardenal Cisneros lo que se hacía al tenerte á su lado, pero por mis espaldas de caballero te juró que he de obligarte á que no le llores.

Francésillo se puso en pié de un brinco, besó con afán las manos á su nuevo Señor, dióle tres golpecitos en el hombro como para expresar que se retiraba satisfecho de su conducta, y se fué haciendo piruetas.

Aquella misma tarde se presentaron al Rey los diputados por Valladolid y por Leon, á quienes presidia el doctor Juan Zumel, algun tanto pesaroso de sus anteriores exigencias, y fueron acogidos como si ninguna ocurrencia desagradable les hubiera hecho interrumpir la régia sesion. Mostróse entonces el nieto de Isabel la *católica* tan hábil político, como poco despues debia acreditarse de consumado capitán, pues sin ceder en nada, pareció que todo lo concedia. Ofreció á los procuradores no otorgar en adelante cargos ni oficios, asi como tampoco cartas de naturaleza, á estrangeros; guardar y hacer que se guardasen por todos las exenciones y privilegios del país y hablar en castellano, porque queria ser entendido por los fieles habitantes de Castilla, á quienes aseguraba que también tomaria en cuenta, no bien se lo permitiese la necesidad de atender primero á otros negocios mas graves, la súplica de las cor-

tes, para que no se sacára del reino moneda alguna de oro ni de plata. Los leoneses, por instigacion de Zumel, que ya no osaba entregarse á sus arrebatos, en vista de que el Príncipe se le habia sonreido dándole además á besar su mano, pidieron fé escrita de aquellas promesas, como testimonio de verdad, y se les concedió al punto, con lo que se retiraron contentísimos, especialmente Zumel, que se vanagloriaba de haber humillado la soberbia del Rey. Convencido éste, de que no son los mas constantes en sus opiniones, como tampoco los mas temibles adversarios, aquellos que mas gritan y se alborotan contra los derechos y el valor de los demás, convocó para el siguiente dia á los procuradores. Ni uno solo faltó en el salon de las juntas á la hora señalada y habiéndose leído desde el principio hasta el fin por García de Padilla, sin la mas leve interrupcion, la fórmula del juramento, lo prestaron tanto los magnates como los diputados, con la cláusula, ya establecida anteriormente por el consejo de regencia, de que en todos los despachos, cédulas, títulos, providencias y demas provisiones reales se pusiesen, primero el nombre de la reina doña Juana y luego el del rey D. Carlos su hijo.

Las esperanzas que el noble carácter de éste infundió á los procuradores fueron tan lisonjeras que, sabiendo la penuria en que se hallaba el tesoro, le votaron al punto unánimemente un servicio de doscientos millones de maravedís, que debian sacarse en tres años, sin que durante los mismos tuviesen los pueblos que aprontar nuevos tributos. Cuando Francesillo entró en la real cámara despues de la sesion, llevaba un muñeco de madera, al cual habia puesto poblado vigote y larga barba que le caia hasta el pecho, y sin hacer caso del Príncipe ni de los tres consejeros que con él departian, lo colocó sobre una mesa y empezó á apostrofarle diciendo:

—¿Con qué pensabas jugármela, bribonzuelo enredador de tu reino y de los estraños? ¿Con que te parece poco habértelas con los pobres maridos de tu corte, que tienen que aguantar las bellaquerías de sus mugeres, para que no les envíes el verdugo? Pues acuér-

date de que estoy aquí para castigarte como mereces y en prueba de ello.... rabia.... rabia.... rabia.... rabia.... rabia.... Esto es por la picardigüela traidora que me hiciste, enviándome los lebreles de Labrit. ¿Te acuerdas....? Rabia.... rabia, hermoso mio, rey de las bellas, emperador de las ilustres Mesalinas normandas.

Y conforme iba pronunciando, rabia.... rabia.... rabia.... sacudía con ira las barbas al monigote, haciéndole hocicar contra la mesa, con asombro y risa de los que su ridícula cólera presenciaban. Al fin se acercó á él el Príncipe, y como estaba de buen talante, por el resultado de la sesion de cortes de aquel dia, le preguntó familiarmente:

—Qué baratija es esa que nos has traído?

—¿No le conoces? contestó el bufon. Mírale la barba y el vigote. ¡Ah, primo Carlitos! Desde hoy no se atreverá á hacer de las tuyas, porque eres Rey de veras. Escucha: ya está castigado por aquello de Navarra; á la segunda, quítale sus dominios, y si vuelve á sacar los piés de las alforjas, el pellejo. Yo lo guardaré con esmero, para que no se escape, pues diz que es algo brujo, y entre los dos le zurraremos á mas y mejor, que para eso contamos con los invencibles tercios españoles. ¿No te parece bien?

Don Carlos celebró la ocurrencia de Francesillo y volviéndose hácia el canciller, murmuró:

—Este perillan hace ser valiente á cualquiera, pero si cae en manos del emperador Francisco, tengo para mí que ha de arrepentirse de sus burlas.

—Vuestra Alteza, contestó Mr. Sauvage, no debe tolerar tan feo desacato.

—Si llega á noticia del francés, añadió Guillermo de Croy....

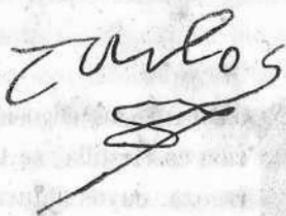
—Señores, repuso con enojo D. Carlos, el francés es mi enemigo y poco se necesita para saber que no habrá paz entre nosotros, hasta que uno de los dos dé la ley á Europa. ¿Teneis miedo de mi rival?

Los consejeros se inclinaron humildemente y el bufon respondió al Rey:

—Perdónales, primo mio, porque tus acémilas se han dejado las seseras en Flandes y ven en sueños procuradores á cortes y reyes con barbas. Llámame cuando te incomoden, que yo les haré correr, mostrándoles mi Francisco primero entre los pliegues de mi ropilla, y así el buen emperador nos servirá para asustar flamencos, mientras llega el dia en que á él le asusten los castellanos.

—Por mi nombre, exclamó D. Carlos, que el loco tiene mas razon que los cuerdos. Retiraos, señores.

Carlos

A handwritten signature in cursive script, reading "Carlos". The signature is written in dark ink and features a prominent, stylized flourish at the end of the word, consisting of several overlapping loops and a long, sweeping tail that extends downwards and to the left.

CAPÍTULO XIII.

Tyrios y Troyanos, el Ginete y lo que hacian en España los tres Ministros del Rey.



REGRADOS los negocios de la administracion en Castilla, se trasladó la corte á Zaragoza, cuyos naturales andaban divididos sobre si deberian recibirle como Rey, ó como guardador del reino en tanto que viviese doña Juana su madre. Dos facciones se disputaban, desde el fallecimiento de D. Fernando, el predominio de la capital de Aragon y ambas obedecian respectivamente á los gefes de dos opulentas familias; mas como estos habian fijado hacia mucho tiempo su residencia en Castilla, sus parciales permanecian tranquilos, sin hostilizarse con provocaciones é insultos, que meses atrás solian convertirse en verdaderas batallas, cuyos resultados eran poner en conmocion á la ciudad y dominarla despues el bando

de los vencedores. Los magnates, gefes de los dos opuestos partidos, eran el conde de Benavente y el de Aranda, quienes seguian al Rey en su viage y eran esperados en Zaragoza con vivísima impaciencia; como que sus partidarios se cansaban ya de permanecer ociosos, y apetecian con anhelo una ocasion favorable de renovar aquellas luchas intestinas, que á nadie aprovechaban y solo servian para que nunca se estinguiese el ódio entre los hijos de un mismo pueblo. Ningun principio político separaba á los contendientes; su enemiga era tradicional y solo se trataba entre ellos de saber si los de Aranda habian de humillarse á los de Benavente, ó si estos habian de rendir párias á aquellos. La llegada de sus caudillos, que entraron juntos en Zaragoza como aposentadores del Rey, acaloró los ánimos y avivó los deseos que unos y otros tenian de venir á las manos.

Las exigencias de los diputados aragoneses fueron mucho mayores que las de los de Castilla, pues se aferraron en no jurar á don Carlos como Rey, sino como gobernador, y en que se declarase á su hermano el infante D. Fernando, sucesor á la corona, mientras él no tuviese otro mas inmediato. El Príncipe flamenco les dejó hablar y esponer cuanto quisieron, y cuando supo que contaban la victoria como segura, pues propalaban á voz en grito, que el Príncipe consentia en admitir la regencia por su madre y en reconocer á su hermano por heredero del trono, llamó á D. Fernando y le hizo marchar á Alemania, con gran asombro y temor de los mas comprometidos en tan aventurados arreglos. Al paso ordenó que se significase á los procuradores su pretension irrevocable de ser jurado como Rey, pues como tal le habian reconocido la nobleza y las ciudades castellanas, ofreciendo por su parte, á ejemplo de sus antepasados, respetarles los fueros é inmunidades que poseian, so pena de tener por legítimo el derecho de insurreccion á la voz de ¡Contrafuero! pronunciada por el Justicia mayor, con acuerdo de sus cinco asesores.

Estas novedades, que se esparcieron por la poblacion con la ve-

locidad del rayo, produjeron distintos pareceres: hubo juntas parciales de diputados, discusiones interminables, consultas calculadas con el único fin de ganar tiempo, esperando los que en ellas intervenian que el Príncipe, dolido de que sus derechos anduviesen disputándose de boca en boca, se avendria á todo, á trueque de no ver tan manoseada su majestad. D. Carlos, no obstante, habia aprendido mucho en poco tiempo y poseia en alto grado la prenda de mas precio entre todas las que ha de poseer un grande hombre: la de *saber esperar*. Con efecto, no ignoraba que aquellos eternos alardes de independencia le prometian el triunfo, porque la esposicion y sostenimiento de contrarias opiniones dividia y agriaba las voluntades, y que unos por debilidad, otros por no quedarse aislados y espuestos en medio de aquella estéril lucha, y los mas finalmente por ver satisfechas sus ambiciosas miras, se darian á partido. Esperó pues, y esperó con sosiego, el resultado de tanta agitacion, proponiéndose aprovechar la primera coyuntura que se le presentase, para reprimir, si era necesario, á los fautores de asonadas y hacer que todos le aclamasen como único sostenedor de la pública tranquilidad.

Esa ocasion llegó mucho mas pronto que lo que él mismo la esperaba, con motivo de la junta que celebraron los Grandes en el palacio de D. Juan de Luna, baron de Purroy. Este, los barones de Bárboles y de Biescas, D. Pedro Sesse y D. Iban Coscon, protegidos por el conde de Benavente, que á todo trance pugnaba en favor del Rey, cuyas buenas gracias queria conquistar, opinaron que se prestase el juramento y que unida la nobleza sirviese de ejemplo, en tan solemne acto, á los procuradores. Esta declaracion bastó para que el conde de Aranda, caudillo de la faccion popular, acompañado del conde de Morata, de D. Martin Espés, baron de Laguna y de D. Pedro de Bolea, se pronunciase contra su audaz competidor, protestando que mientras existiese la reina doña Juana, estaban los aragoneses en su fuero, rechazando la usurpacion que se les proponia. Separáronse los nobles al anochecer sin haber decidi-

do cosa alguna, pero como habia cundido por el pueblo la nueva de sus acaloradas discusiones, habia ya apostados numerosos grupos junto á la iglesia de la *Seo* y en la plaza del *Mercado*, cuando la atravesaba D. Luis Jimenez de Urrea. El de Benavente, que iba detrás con sus amigos, le vió dirigirse hácia los primeros hombres, que sin duda le aguardaban para moverse, y alcanzándole con toda diligencia, antes que con ellos se entendiese, le gritó:

—¡Ah, señor conde de Aranda! Mucho os apresurais para cosa buena. ¿Quereis por ventura que haya esta noche alboroto? Apercebidos estamos todos, y si el Rey sigue mi consejo, en breve traerá á la melena á sus enemigos.

Don Luis de Urrea se volvió hácia su contrario y le dijo:

—Ya que vos, señor conde de Benavente, nos regalais un Rey á vuestro modo, fuerza será que sepamos de una vez quién tiene mejor derecho, para decidir lo que conviene al pueblo de Zaragoza.

—A las armas pues, replicó el magnate partidario de D. Cárlos, alentando á los que le acompañaban; y saliéndose todos del *Mercado*, volaron á los grupos reunidos en las inmediaciones de la *Seo*.

Enterado el Príncipe de lo que ocurría, envió orden espresa para que los dos revoltosos señores se retirasen á sus casas y las tuviesen como prision, en tanto que él proveia lo conveniente al caso, y mandó decir tambien al Justicia Mayor, que dispersase los grupos de gente amotinada, pues tal era su obligacion á fuer de Magistrado Supremo, si no deseaba que la autoridad real entendiese en el negocio: pero nada alcanzó con el primer mensaje, pues los condes de Aranda y Benavente se hicieron sordos al mandato, y las turbas desobedecieron abiertamente á los alguaciles del Justicia.

Despues de esto, los del bando del Rey y los populares cayeron unos sobre otros con gran estruendo de armas y endiablado voce-
río, llamándose traidores, aunque en verdad ninguno lo era, y acometiéndose con horrible furia. De los de Benavente quedaron heridos los barones de Purroy y de Biescas, y de los de Aranda el conde de Morata, D. Pedro de Bolea y D. Martin Espés. Cerca de

tres horas duró el combate, que indudablemente se hubiera prolongado hasta el día á no haber acudido al sitio de la refriega el arzobispo de Zaragoza, al frente de multitud de mugeres, que á fuerza de esponer sus vidas lograron separar á los batalladores. El ilustre prelado se metió en lo mas récio del lance, y viendo á los dos gefes de los opuestos bandos que peleaban con encarnizado frenesí, corrió hácia ellos gritándoles:

—En nombre de Jesucristo crucificado, envainad vuestros aceros; yo os lo mando.

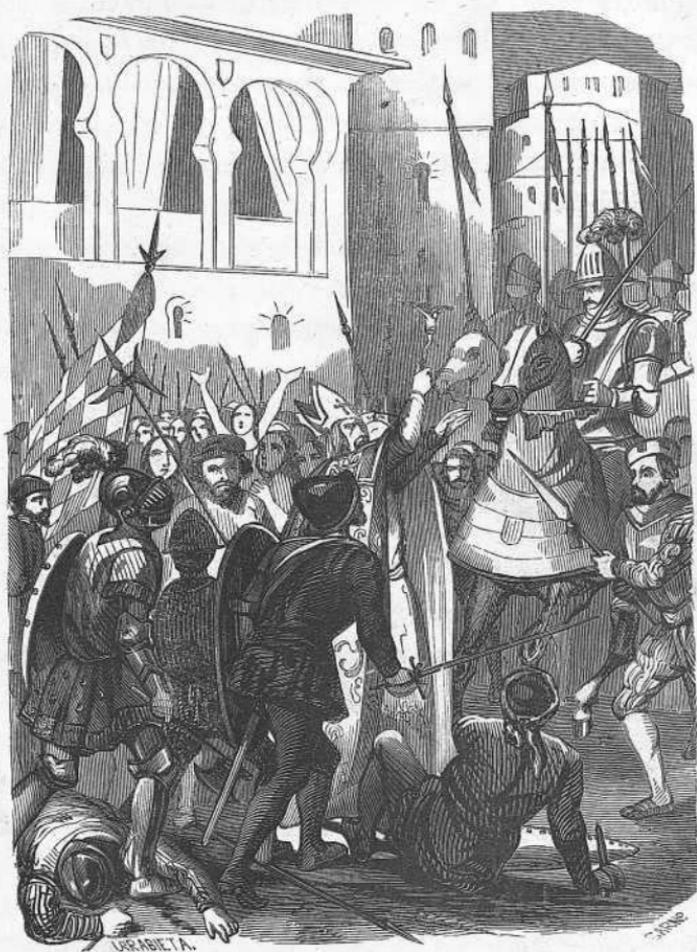
La presencia y el acento del Arzobispo les obligaron á cesar, y el conde de Aranda se retiró dejando al de Benavente dueño del campo. Las consecuencias de tan atroz encuentro en aquella aciaga noche fueron catorce muertos y veinte y cinco heridos, además de los nobles de ambas parcialidades, que pagaron con su sangre su ciega adhesión á los dos turbulentos caudillos.

El Rey tomó serias providencias para cortar el mal y muy de mañana convocó á la nobleza y á los diputados en el palacio de la Aljafería, donde tenia su asiento el tribunal del Santo Oficio. La sesión prometia ser borrascosa, porque Benavente y Aranda, mal repuestos aun del cansancio de la pelea y ansiosos de renovarla, se presentaron haciendo escandaloso alarde de sus ódios. Pero D. Carlos habia resuelto otra cosa, y no bien hubo entrado en la abovedada galería de la Inquisición, cuando llamando por sus nombres y títulos á los dos magnates revoltosos, les exigió que le empeñasen su palabra de no volver á hostilizarse.

—Y tened en cuenta, caballeros, añadió irritado, que esa es mi voluntad y que he de verla cumplida.

Aranda y Benavente no se atrevieron á replicar, y observando que los demás nobles se hacian lenguas en voz baja de la entereza del Rey, pidieron á éste perdon del disgusto pasado, ofreciéndole estar por sí y por los suyos á lo que acababa de exigirles.

—En señal de la tregua concertada entre nuestros dos ilustres condes, añadió el Príncipe, sepan que ninguno de ellos ha de ha-



En nombre de Jesucristo crucificado, envainad vuestros aceros;
yo os lo mando.



blar, tocante á las anteriores reyertas, por espacio de *ciento y un años* (1).

Estas palabras excitaron un murmullo de aprobacion general entre los procuradores, á quienes se dirigió el monarca diciendo:

—Triste espejo teneis donde mirar el desengaño: la division en los pareceres engendra las enemistades y las enemistades llaman á la venganza de creidas injurias; un pueblo en lucha abierta consigo mismo, pronto cae en poder del mas débil contrario, porque malgasta inútilmente sus fuerzas, á las cuales apela en vano, cuando tiene que hacer frente al verdadero peligro. No olvidéis estas razones y ahora decidid de vuestra suerte, mirando por el bien de las ciudades que os envian, y entendiendo que á todas conviene declarar si aceptan al rey de Castilla por su rey y Señor.

El entusiasmo no pudo contenerse por mas tiempo, y apenas hubo terminado el jóven Príncipe tan concertadas frases, cuando los diputados y los magnates prorumpieron en vítores estrepitosos. Ferriz de Lizana, procurador de Calatayud, y uno de los mas decididos adversarios del juramento, lo propuso sacrificando sus miras de partido en las aras del bien público, y todos los que hasta allí habian abrazado sus mismas opiniones, se desentendieron de ellas, insistiendo en la necesidad de no separarse, mientras el heróico nieto del sábio rey D. Fernando no fuese reconocido solemnemente por las Cortes de Aragon. Adoptado este acuerdo, verificóse la jura y los procuradores votaron un servicio real de doscientos mil ducados.

Tuvo lugar esta escena el dia 28 de enero de 1519 y D. Carlos se retiró al palacio de D. Pedro de Sesse, en el cual se hallaba de aposento, á las doce de la mañana. El tiempo estaba cerrado en aguas, el frio era glacial, y á pesar de esto y del perverso estado de las calles y plazas llenas de charcos, discurría el pueblo por todas

(1) GONZALO DE AYORA, en su *Relacion de todo lo sucedido en las Comunidades*, asegura que el Rey mandó esto, de resultas de la refriega, que duró mas de dos horas y en la cual hubo veinte y cinco hombres heridos.

partes, celebrando con indecibles muestras de júbilo la terminación del conflicto que habia presenciado algunas horas antes. En esto se vió atravesar por la calle del *Coso* un ginete á rienda suelta, y la gente avezada ya á novedades dióse á discurrir lo que aquello podía ser. Para cerciorarse del caso, trataron de seguir al caballero algunos hidalgos de buenas piernas, mas no pudieron alcanzarle; y solo les fué dado averiguar, por otros que volvían en direccion contraria, que se habia apeado delante del palacio de Sesse.

Esta noticia era cierta: el ginete entregó las riendas de su alazan á los primeros que se acercaron á él, trepó las escaleras del edificio con la misma velocidad que habia atravesado la poblacion y llegó á la antecámara con tal desenfado, que faltó muy poco para que derribase de un récio empuje á D. Francés; que en aquel instante salía del aposento de D. Cárlos.

—Alto al aturdido y sepa que por aquí no se corre, le gritó el bufon echándole mano; mas examinando su rostro, le soltó al punto é hizo la señal de la cruz.

—Yo no soy el diablo, señor mio, para que os santigüeis de esa manera, le dijo el recién llegado.

—¿Pues quién eres? le preguntó Francesillo.

—Un hombre desesperado.

—Tanto monta; ya puedes volverte por donde has venido.

—¿Por qué?

—¡Donosa pregunta! Porque hoy no queremos ver malas caras; porque todos los habitantes de Zaragoza están que bailan de contento.

—Buen provecho les haga su alegría; yo estoy en un potro y quiero hablar al Rey.

—¿A qué Rey?

—Ahora me toca á mí deciros ¡donosa pregunta! Al rey D. Cárlos; al Rey que tenemos.

—Es que como ayer no lo teníamos.... pero ahora caigo en que llegas de Castilla, y lo que es allí ya le jurásteis hace tiempo.

—¿Cómo sabéis que vengo de Castilla?

—¡Toma! Pues si soy el nigromántico de la corte....

El interlocutor de D. Francés no supo qué contestar; se quedó mirándole de hito en hito con la boca abierta y como asombrado de aquella revelacion. Al fin trató de coordinar sus ideas, imaginando que nada adelantaba con permanecer silencioso contemplando á tan temible personage, y aun le ocurrieron sus dudas de que fuese en efecto lo que con tanta arrogancia habia dicho. De todos modos era el primero y el único noble, si habia de juzgar por apariencias, que le deparaba la suerte en el palacio del rey, y le convenia tenerle propicio, á fin de ver si alcanzaba por su medio la audiencia del soberano. Queriendo por lo mismo saber á qué atenerse, replicó al bufon con tanta malicia como curiosidad y respeto:

—Si sois nigromántico, debéis conocer mi nombre.

—¡Bah...! Si no conociera mas que eso, repuso D. Francés, haciendo la mueca de costumbre: te llamas.... te llamas.... luego te lo diré.

—¿Luego? ¿Teneis que consultarlo con las estrellas?

—No; pero sí con mis recuerdos. Te he visto antes que hoy, otras dos veces; una de ellas estabas dormido como un liron. ¡Qué noche pasarías, cuando al despertar te encontraste sin la *Garza*!

—¡Demonio! ¿Qué estais diciendo? Casi empiezo á creer que sois brujo.

—¡Pobre Toribio Quincoces! ¿Qué fué lo que te dió aquella loba para que nada vieras?

—Basta por Dios, basta; me habeis convencido.....

—Pero al fin, para todo hay remedio en este mundo, y D. Fernando de Alarcon por un lado y D. César de Mendoza por otro no son malos protectores.

—¡Por las llagas del que murió en la cruz, señor nigromántico! Os aseguro que os creo bajo vuestra palabra, sin necesidad de que saqueis á relucir historias viejas, y así hacedme merced de que vea al Rey cuanto antes.

—Negocio es ese algo difícil, señor antiguo posadero de Rueda de Medina.

—¿Tambien lo sabeis? Ya no dudo de vuestras estrechas relaciones con el diablo. Mas.... ¿por qué es difícil ver al Rey?

—Porque hay que abrir tres puertas antes de llegar á la de su aposento.

—Las abriré.

—¡Hola! ¿Con que vienes bien provisto de nuevos escudos?

—¿Os burlais? Traigo lo necesario para el viage.

—¿Nada mas?

—Nada mas.

—Pues, amigo Quincoces, vuélvete á tu calle del *Almendro*.

—¡Virgen santísima! Hasta ha acertado con el nombre de la calle.... ¡Eh! ¿No acabais de decir que solo hay tres puertas....?

—Por supuesto; tres puertas que se abren á fuerza de oro.

—¡Ah!!

—Tres puertas que se llaman Adriano de Utrech, Mr. Sauvage y Guillermo de Chevres.

—¡Chevres....! ¡Chevres tambien!

—Sí, Quincoces, sí: el tio de su sobrino, de aquel flamenco, á quien conociste en Rueda de Medina....

—¿Cómo....! ¿Tampoco ignorais....?

—¿Qué te dió tres mil ducados?

—Callad.... callad....

—No lo estrañes, porque mas valía el agua clara que le vendió tu muger.

—¡Misericordia! ¡Todo lo adivina....!

—Vamos, tranquilízate; el agua clara de Rueda hace prodigios.

—Ahora si que os he pescado de medio á medio, señor brujo.

—¿De veras?

—La prueba al canto: el agua que mi muger Poncia Morcilla entregó al caballero de Chevres solo servia para matar un perro.

—Y para matar cardenales.

—¡Eh! ¡Qué es lo que escucho!

—¿Has oído hablar de la muerte de Ximenez de Cisneros?

—¡Del padre de los pobres! ¿Quién es el mal castellano que no reza todos los días por su alma?

—Pues ten entendido, que no le echó de este mundo ninguna enfermedad conocida....

—Ya.... los achaques de la vejez....

—Tampoco.

—Me poneis en curiosidad de pregunta ros qué le mató.

—El agua clara de Poncia Morcilla, muger del posadero Toribio Quincoces!

El padre de María no pudo resistir golpe tan rudo. Turbósele la vista, sus piernas flaquearon, inundó su frente un sudor frio é indudablemente hubiera caído al suelo desplomado, á no haberle sostenido D. Francés, quien sin perder tiempo y con ayuda de un page, que á la sazón pasaba por la antecámara, le condujo á su propia habitacion, cuyas ventanas abrió de par en par para que le diese el aire. Toribio volvió en su acuerdo al cabo de un cuarto de hora, y luego que el bufon conoció que no había peligro en hablarle, le dijo:

—¿Quieres ver al Rey?

—¡Oh! Sí.... sí.... exclamó el honrado Quincoces: pero esa horrible nueva que me habeis dado.... si es cierta.

—Ciertísima, amigo mio; mas no te apures, porque contigo no vá nada. Verás al Rey.

—¿Cuándo....? ¿Cuándo....?

—Ahora mismo, si me das palabra de mantenerte firme, sin ponerte á danzar con la cabeza, como has hecho hace poco, porque el Rey no se moverá de su sitial, aunque te descalabres.

—Es verdad; necesito no acordarme de lo que he oido, para no morirme.

—Buen pensamiento por mi ánima; no te acuerdes de nada, porque yo tambien necesito que vivas.

—¿Para qué?

—Ya lo sabrás mas tarde. ¡Ah! Dime ¿está todavía el padre Ambrosio en su convento?

—¿Qué padre Ambrosio?

—El Guardian de Rueda.

—¡Hace tanto tiempo que nada sé de la villa!

—Corriente: muy pronto quedarás enterado de lo que debes hacer. Sígueme ahora y contarás al Príncipe tus cuitas.

—Amargas son, caballero... muy amargas.

—Don Francesillo se encogió de hombros, y condujo á Toribio Quincoces á la cámara real. Media hora despues salian los dos hablando en voz baja del palacio de Sesse. El posadero montó á caballo y el bufon le dijo:

—¿Te convences de que te tiene cuenta obedecer mis mandatos?

—Ya veo que el verdadero ministro del Príncipe sois vos. Mas... ¿por qué no despacha á los otros?

—Ya les llegará su San Martin.

—Es que... nada hacen y para nada sirven en España.

—Te equivocas, Toribio: Adriano predica el Evangelio.

—¡Bah! No nos faltan obispos que hablan claro el language de Castilla.

—El canciller Mr. Sauvage tiémbla cuando el pueblo ó los nobles arman pëndencia.

—De cobardes nos libre Dios.

—Y Mr. de Chevres roba.

—¿Qué escándalo! Yo no sé como el Rey está tan tranquilo conservando á esos flamencos.

—Anda, hijo mio, anda y no te detengas: enseña los dientes del Leon al general D. Diego Hurtado de Mendoza, dale mi recado al padre Ambrosio y.... hasta la vista.

Quincoces partió á escape y el bufon, despues de acomodar gallardamente su sombrero de largas plumas sobre la oreja, con una mano en la cadera y otra en el pomo de la tizona, salió á mojarse por la plaza del *Mercado*.

CAPÍTULO XIV.

La desgracia aguja el ingenio de Quincoces y éste remedia los desaciertos del capitán Mendoza y el alférez Alarcon.



SPLIQUEMOS ahora en dos palabras los motivos que tuvo el buen Toribio Quincoces para emprender su rápida caminata de Madrid á Zaragoza, en la estación mas cruda del invierno.

El diablo no habia permanecido ocioso hácia la calle del *Almendo*, mientras el hijo de doña Juana la Loca andaba en diemes y diretes con los procuradores de Castilla y de Aragon. Ya estamos al tanto de que la virtud de María habia trastornado completamente los sentimientos del capitán Mendoza, convirtiéndose de censurable capricho en afición honesta. Lo que ignoramos es que cuando puso en noticia de sus padres el decidido propósito que abrigaba, de dar su mano á la hija del posadero de Rueda de Medina, D. Diego le tuvo por loco y doña Catalina de Silva por indigno del

ilustre nombre, que pretendia mancillar con tan poco miramiento. En vano procuró D. César persuadirles; inútilmente intentó hacer que comprendiesen las razones que el pundonor le habia dictado para pedirla por esposa; la hija de los duques de Pastrana, por cuyas venas corria sangre de reyes, se mantuvo inflexible, declarando que acudiria al monarca, para que castigase tan feo desacato contra sus blasones; y el general, fuera de sus casillas por la tenaz insistencia del jóven, echó por la calle del medio diciendo, que iba á dar la órden conveniente para que le encerrasen en un castillo y á su manceba en un convento, sin necesidad de pedir el beneplácito del Príncipe, por ser el negocio puramente de familia y de facilísima compostura. Al oír el Capitan llamar manceba suya á la que habia espuesto su reputacion, su reposo y el de su mismo padre por no merecer tan infame título, se exasperó, maldijo de los timbres de su casa y de los feudales escudos de sus ascendientes, y juró por último que nada en el mundo le haria faltar al empeño que habia contraido. No menos irritado D. Diego le pidió la espada, y como D. César vacilase en obedecer, desenvainó la suya con ánimo de atravesársela de parte á parte: rindióse entonces el Capitan, no sin protestar contra la violencia que se le hacía; doña Catalina dió voces, llegaron criados y por buen arreglo, envió el general á su hijo al castillo de Dueñas.

Terminado este desagradable incidente, quisieron tambien los condes de Melito cortar la causa que lo habia producido para que no se renovasen nuevos sinsabores; mas aquí hubo de encontrarse con dificultades que no esperaba.

El alférez D. Fernando de Alarcon, que con tanta hidalguía habia guardado las espaldas en Tordesillas al caballero Eduardo de Chevres, y que luego habia reñido con él en duelo hasta dejarle sin vida junto á la ermita de San Millan de Madrid, habia visto á María, sin que su corazon pudiese disimular desde el primer instante la profunda impresion, que su sin igual belleza le causára. Amábala pues con delirio, porque su discrecion y honestidad corrian

parejas con su hermosura, y el perfecto maridage de tantos encantos no podia menos de cautivar á un mancebo de tan elevadas prendas; como el noble Alarcon. Instruida su madre de tan repentino afecto, lo habia aprobado, porque imaginaba con su experiencia de las cosas del mundo, que no deshonra gloriosos timbres una humilde cuna, antes bien los realza, si la virtud tiene en ella su asiento. Tambien la caritativa anciana habia nacido en pobres pañales, y al dar su mano al valiente capitán D. Luis de Alarcon y Ponce, alcanzó el justo premio que merecia por las nobles cualidades de su alma. Habia estudiado ya el carácter de María, apreciábalo en todo su valor, y cuando el alférez la hizo sabedora de su amoroso secreto, se regocijó íntimamente pensando en la felicidad que le aguardaba.

A todo esto nada sabía la hija de Quincoces de la pasion que habian encendido sus gracias en el corazon del alférez; tratábale como á un hermano, como á un hombre que se interesaba en su suerte y á quien su protectora distingia con señaladas muestras de singular cariño; de modo que fué precisa una reünion de circunstancias imprevistas, para que la pobre *Garza* llegase á comprender la violencia de un amor, en que hasta entónces no habia soñado.

El posadero se presentó inopinadamente en la casita de la calle del *Almendra*, no como un padre ofendido, que se dispone á castigar las locuras y devaneos de una hija culpable, sino como aquel que busca ansioso al dulce é inocente objeto de su amor, para estrecharle en sus brazos. Desde aquel afortunado momento se tuvieron por dichosas las dos familias: Alarcon y Quincoces, María y la anciana prometieron verse con frecuencia, y el padre y la hija se trasladaron á su casa, despues de agradecer á la última, con sentidas frases que salian de sus reconocidos corazones, el importante y generoso servicio que les habia hecho.

Aquella misma noche, y precisamente á la hora en que el palacio de los Mendozas era testigo de la ruidosa escena de familia, que hemos apenas bosquejado, se sentó el buen Toribio en frente de

María, cogió sus manos sonriéndose tristemente, contemplóla con amor verdaderamente paternal y la dijo:

—¡Si supieras, hija mia, qué ratos he pasado! Y todo por haberse introducido entre nosotros una serpiente....

—Olvidemos eso, padre mio, le interrumpió la jóven, y pues que estais seguro de mi inocencia, lo demás nada importa. Con todo, si de hoy mas he de servir de obstáculo á vuestra ventura y á la de....

—¿Y á la de quién? repuso Quincoces apretando los dientes: ya sé qué nombre ibas á pronunciar, pero nada temas; esa muger ha desaparecido con lo mejor de nuestro ajuar; sin duda teme mi justa venganza y no volverá. ¡Oh! Es que si vuelve.... Mira María; yo sé toda la historia mejor que tú. ¿Quiéres que te la refiera?

—No me la recordeis, dijo temblando la pobre niña; á no ser por nuestra anciana amiga....

—¡Ira de Dios! Cuando se presenta á mi memoria el trance en que te has visto.... Pero esa execrable Poncia no tiene alma.... No; no espere de mi mas que ódio eterno....

—Yo la perdono, padre mio....

—Tú.... ya se vé; tú eres un ángel.... pero.... no, no; es preciso que nunca vuelva á presentarse delante de mí, porque... ¿quieres que te lo confiese....? porque tengo miedo de ella.

—¡Ah! No soy sola....

—¿Qué significan tus palabras? Es decir que no ignoras que ella me aletargó....

—Os ví sepultado en tan profundo sueño.... me pareció que no respirábais y creyéndome sola y sin arrimo en el mundo, invoqué á Dios.

—Y Dios no te desamparó. ¡Muger infernal! Ya debes comprender, que la que así me puso, tambien puede envenenarme. Ella... ella me dió el vaso de agua.

—¡El vaso de agua....! ¡Ah....! ¡Qué idea! ¿Os acordais, padre mio, de nuestra *Estrella de Castilla*.

- ¡Si me acuerdo....! Ojalá nunca la hubiéramos abandonado.
- ¿Y no teneis presente que una noche llegaron á ella un caballero y un fraile?
- Como si ahora mismo sucediera. Mas ¿á qué vienen esas preguntas?
- El caballero os dió antes de partir tres mil ducados.
- ¡Ah! Siempre he creído que lo ignorabas.
- Tres mil ducados por medio cuartillo de agua para matar un perro.
- ¿Quién te lo dijo?
- Vos, padre mio, vos. Desde aquel dia os he oído murmurar muchas veces esas palabras.
- Es verdad, María, es verdad, porque nunca pude acostumbrarme á la idea, de que el trato entre Poncia y el caballero fué inocente.
- ¿Quereis que os declare lo que supe ayer?
- Me haces temblar, hija mia.
- El hombre que me llevó al palacio del Cardenal, por encargo de Alarcon, sabiendo por la noche que me habia refugiado de nuevo en casa de mi protectora, fué á verme para preguntarme, si conocia los prodigios que obra el agua clara de Rueda de Medina. Al mismo tiempo leia una carta con profunda atencion.
- ¿Qué le respondiste?
- Le dije.... lo que os oí repetir mil veces.... ¡Sacar á un flamenco tres mil ducados, por medio cuartillo de agua para matar un perro!
- ¿Y él?
- Soltó un horrible juramento y dijo: «No hay duda: entre esa muger infame y Eduardo de Chevres engañaron miserablemente al posadero Quincoces.»
- María.... María.... el corazon me está anunciando, que ese hombre no mintió.
- Aquí llegaban de su diálogo el padre y la hija, cuando sintieron

hacia la calle gran ruido de voces y habiéndose asomado, observaron que los que las daban se detenian delante de su puerta. Poco despues llamaron y á la pregunta de Toribio para saber quiénes eran y qué querian, respondieron:

—¿Es esta la morada del señor Toribio Quincoces?

—Esta es, repuso el posadero.

—Pues abra á la justicia del Rey, le gritaron desde abajo.

María dió un grito, pero su padre la tranquilizó, suponiendo, porque así lo creia él mismo, que las gentes de justicia irian á prender á la señora Poncia, si es que habian llegado á entender por la vecindad el escándalo, que habia producido su reyerta con el capitán Mendoza en el zaguan de su casa. En seguida bajó á abrir y luego que se hubo cerciorado, de que en efecto eran seis corchetes con su correspondiente escribano y un alcalde de corte á la cabeza, les dió entrada y subieron todos.

El alcalde se dirigió acto continuo al posadero y le dijo:

—¿Teneis una hija llamada María?

—¡Cómo! exclamó Quincoces fuera de sí. ¿Es ella la que venis á buscar?

—Silencio y no me hagais preguntas, antes bien responded á las mias, repuso el alcalde.

—Tengo... tengo una hija que lleva ese nombre, murmuró aquel pobre padre, que solo salía de un susto para entrar en otro.

—Haced que se presente al punto.

Lo que le quedaba de existencia hubiera sacrificado gustoso el infeliz posadero, por adquirir en aquel instante la seguridad de que María habia huido, como aquella otra noche en que lo hizo por salvar su honor, y ya se proponia entretener con vagas disculpas al alcalde, para que se realizasen sus deseos, cuando la doncella, que desde la próxima estancia acababa de oir el mandato del último, se presentó á sus ojos y dijo al que la buscaba:

—Si habeis venido á prenderme, pronta estoy á obedecer á la justicia del Rey nuestro señor. Mas ¿no podré saber antes cuál es mi crimen?

—Si, hija mia, sí, contestó el alcalde con meloso acento: por mi nombre de Ronquillo, que nunca ví mozueta tan despierta y atrevida. No es mucho que con tus monadas y echicerías hayas derretido los sesos al heredero de una ilustre familia.

—¡Qué es lo que decis! exclamó la jóven con firmeza. La justicia del Rey nunca añade el insulto á sus rigores... Sin duda os han dado mal las señas, y me confundis con otra....

—Nada de eso; tú eres la que seduciendo á un jóven de la primera nobleza, has sembrado la discordia entre él y sus respetables padres; tú la que provocando su insensata pasion, hasta el punto de hacerle olvidarse de sí mismo, eres la causa de que á estas horas se encuentre en camino para la fortaleza de Dueñas.

—¡Dios mio...! Estais soñando.... ¿qué amante es ese, á quien no conozco...? ¿De qué encumbrada familia he turbado yo el sosiego?

—¡Oh! Demasiado jóven eres todavía para fingir, y puedes sin embargo dar lecciones á las mas duchas en los enredos del mundo. ¿Negarás todavía que te es desconocido el capitan D. César de Mendoza?

—¡El capitan D. César! Padre mio...! ese hombre es el que atentaba á mi honor....

—Entienda la justicia del Rey, gritó Quincoces desesperado, que el capitan D. César de Mendoza, arrepentido de su mal proceder y queriendo reparar los agravios que ha hecho á mi hija, me ha perdido su mano.

—¡Él! murmuró María llena de asombro.

—Sí; él... él... repitió sarcásticamente el implacable funcionario. La noticia te sorprende ¿no es verdad? Pero á mí no me seduce esa fingida inocencia, y por lo tanto voy á cumplir contigo las órdenes que tengo.

—¿Qué órdenes son esas? preguntó el posadero lleno de angustia.

—Se reducen á encerrarla en el convento de Santo Domingo.

—¡En un convento...! ¡A mi hija!... ¡A mi María...! Matadme primero.... matadme....

—Vamos..... vamos..... no os quejeis sin fundamento, amigo mio, y pensad que D. Diego Hurtado de Mendoza trata á esta mozueta con harta distincion, porque habeis de saber que en el monasterio de Santo Domingo solo entran doncellas de noble sangre. Ya veis que para una jóven perdida....

—Mentis villanamente, respondió María exasperada.

—Mentis, anadió Quincoces, á quien la firmeza de su hija habia infundido aliento.

—Mentis como un foragido y un cobarde, gritó el alferez don Fernando de Alarcon, apareciendo de improviso en la estancia. Decid de mi parte al que os envia, que esta doncella es mas ilustre por su virtud, que todos los Hurtados de Mendoza nacidos y por nacer.

Y diciendo y haciendo se fué derecho hácia el alcalde Ronquillo, quien perdiendo repentinamente el aplomo, que hasta allí habia conservado, no acertó á dar una voz á los suyos, antes bien se guareció detrás de ellos. Alarcon entónces cargó sobre los esbirros, que huyeron á la desbandada hácia la escalera, por la cual se precipitó el alcalde seguido de todos, dejándole dueño del campo. Entónces refirió á Toribio y á su hija, que al retirarse de la casita que sirvió de refugio á la segunda, habia observado algunos grupos en la calle, y que habiendo preguntado en uno de ellos, qué novedad era aquella, dijéronle que un alcalde de corte, con su notario y seis corchetes, habia entrado en la morada de Toribio. Al punto se abalanzó á la escalera y afortunadamente llegó á tiempo para evitar la prision de María.

—¿Amais á D. César de Mendoza? preguntó á ésta, luego que la vió algun tanto sosegada.

—¡Amarle! respondió ella con dignidad: aun cuando así fuese, ahogaria tan vil amor en mi pecho, porque jamás daré mi mano á un hombre, cuya familia me rechace.

—¡Noble criatura! exclamó D. Fernando lleno de orgullo: hablad mañana con vuestra amiga.... con esa pobre y caritativa muger que os ha amparado.... ella os dirá.... ella os dirá.... lo que no os yo deciros en este instante.

Pronunciadas estas razones, se retiró dejando á María en la mayor ansiedad, porque ya no podia abrigar la menor duda acerca de los sentimientos del alferez. Las palabras ¿jamais á D. César de Mendoza? y el encargo de que se viese al siguiente dia con su anciana protectora se lo habian revelado todo.

Desgracia fué para ella no poder cumplir este último encargo, y tuvo la culpa el mismo Alarcon, pues debió haber atendido con mas precaucion y eficacia á la seguridad de su amada, ya que alcanzó la buena suerte de asustar y poner en vergonzosa fuga á la justicia. Imaginó con la imprudencia propia de un jóven valiente y enamorado que aquello bastaba por aquella noche y entró en su alojamiento, convencido de que muy en breve sería el hombre mas venturoso del mundo.

No contaba sin embargo con el amor propio ofendido de su general D. Diego Hurtado de Mendoza, y cuando mas tranquilo descansaba soñando dichas alegres y delicioso porvenir, se vió sorprendido en su mismo lecho por una escuadra de soldados, que le condujo al castillo de Buitrago, sin que le fuese posible oponer la menor resistencia.

Esta desgracia recayó fatalmente sobre María, pues no le fué dado tampoco, por tan inesperado golpe, evitar que cayéa nuevamente en poder de los satélites del alcalde Ronquillo, ni que fuese encerrada en el monasterio de Santo Domingo el Real, á pesar de los ruegos, de las lágrimas y de la desesperacion de Quincoces. Viéndose éste sin amparo y sobre todo sin quien le hiciese justicia, se acordó del rey D. Carlos, y resolvió ir á buscarle, y referirle el desafuero que con él se habia cometido. He aquí, porque encomendó el cuidado de su casa á la anciana protectora de María, y sin encomendarse á Dios ni al Diablo, emprendió su rápida salida de

Madrid, para llegar precisamente á Zaragoza el dia de la Jura.

Pocas horas despues de su entrevista con el Príncipe, volvió don Francesillo al palacio de Sesse, manifestando en la alegría de su rostro y en sus galantes cortesías á cuantos encontraba al paso, que era portador de alguna importante y satisfactoria noticia. Dirigióse sin detenerse á la estancia de D. Carlos y éste al verle tan contento, no pudo menos de preguntarle:

—¿Qué buscas otra vez por aquí?

—Lo que no he podido encontrar en otra parte, le contestó el bufon; el medio de comunicarte una buena nueva, sin que llegues á perder el seso de júbilo.

—Sea cual fuere, repuso el Rey, no hará mella en mi armadura, porque estoy siempre preparado á todo. Habla.

—Ya que así lo quieres, primo mio, allá vá. Tu amigo el *Salvage* está de malísimo humor.

—No hables así del Gran Canciller, porque se vengará de tí.

—¿De veras? Bueno está su ánimo para guardar resentimientos. Casi dá ganas de llorar.

Y al pronunciar estas palabras se frotaba D. Francés las manos y saltaba de puro gozo.

—Sepamos ya lo que le ha sucedido, dijo D. Carlos con impaciencia.

—Mira, Carlitos no te enojés, le replicó Francesillo, porque harás que me ponga triste acordándome del Canciller *Salvage*.

—Pero ¿qué tiene? ¿Qué nueva es esa que me traes?

—Has de tener por cierto, primo mio, que hay muchos modos de empacharse en este mundo. El cardenal Ximenez de Cisneros, mi muy querido tio, murió por haber comido lentejas en un banquete; y esta es una historia curiosísima, que te contaré otro dia: el almirante Fadriquito, mi hermano, morirá seguramente de un empacho de cecina y tu Canciller *Salvage* está espirando á estas horas de un empacho de miedo.

—¿Qué es lo que dices!

—Que antes de dos horas dará cuenta á Dios de lo mucho que ha temblado en la tierra.

—Mas.... ¿pretendes divertirme, ó se halla realmente en peligro?

—Con el credo entre los dientes y con un pavor de mil demonios. ¡Qué festin para Satanás y para sus convidados! No será sin embargo tan suntuoso, como el que celebrarán el dia en que atrapen al ministro Chevres. ¡Oh! Entónces habrá en los infiernos racion doble, trago largo y luminarias.

—Afuera despropósitos y dime la enfermedad repentina, que ha acometido al Gran Canciller.

—¿Pues no te la he esplicado ya? Carlitos, hoy tienes muy duro el entendimiento: su enfermedad es pavor.

—Y la causa de ese pavor?

—¡Bah! Estraño que no la conozcas, primo de mis entrañas, pues no es otra mas que el estruendo del motin de anoche, el ruido del agua que hoy cae á torrentes ó cualquiera cosa parecida: á quien tiene miedo nunca preguntes por qué lo tiene.

—¿Y tan malo está el Canciller?

—Cuando te aseguro que se nos escapa hácia los infiernos á toda brida.... ¿Qué ruido es ese? añadió el bufon volviéndose á mirar á la puerta. ¡Ah! Nuestro lobo de Lovaina.... Bueno: él te informará de los suspiros que le restan en esta vida al *Salvage*.

Presentóse en efecto el cardenal Adriano y dijo á su Señor con triste acento:

—Traigo á V. A. una mala noticia.

—¿Cómo se encuentra el Gran Canciller? preguntó D. Cárlos.

—Acaba de espirar, respondió el consejero.

—Ya lo oyes, exclamó D. Francés haciendo una cabriola. Lo importante ahora es que le nombres sucesor, porque tu banco solo tiene dos piés y no puede sostenerse. ¿Quieres seguir mi parecer?

—Al menos quiero escucharlo, repuso el Príncipe.

—Nombra Gran Canciller de Castilla á ese pícaro Mercurio ó

Mercurino, que es tan flamenco como el mas pintado, y puede acontecer que hagas un soberbio negocio.

—Eres un verdadero loco, exclamó D. Cárlos con ira. ¿Te atreves á desatinar en semejante coyuntura? Ese Mercurino Gatinara es un intrigante, que me ha seguido desde Bruselas con el único afan de hacerse poderoso.

—Como todos los demás, primo mio, y con la gran ventaja para tí que ya has reconocido en él. Si Gatinara es gato de buenas uñas, podrá arañar en tu provecho alguna buena tajada allá por las tierras que has dejado.

—Vive Dios, que no te comprendo.

—Hoy es dia fatal para tí, Carlitos, y eso que acaban de jurarte los aragoneses. ¿No confiesas, que Mercurino profesa como pocos el arte de la intriga?

—Buenas pruebas ha dado en Flandes.

—¿Y quiénes son sus protectores?

—Los arzobispos de Maguncia y de Colonia.

—Es decir, primo ambicioso, los dos hombres de mas valía en la Dieta de Ratisbona. ¿Vas entendiendo?

—Prosigue.

—¿Qué mas quieres? ¿Ignoras por ventura, que tu abuelo el Emperador no es jóven?

—¡Ah! gritó D. Cárlos levantándose y estrechando las manos de Francesillo: tú eres el hombre que yo necesito.... Hoy mismo será Gran Canciller Mercurino Gatinara.

—Y cuando nos llegue la breva gorda ¿qué haremos de este lobo con púrpura? replicó D. Francés, haciendo su mueca al cardenal Adriano.

—El maestro no se separará nunca de mí, contestó el Rey. Mas dejemos esta plática y atendamos á lo que apremia. Dentro de pocos dias iremos á Barcelona para celebrar Cortes, pues quiero ser jurado en ellas. No pensaba cumplir tan pronto la promesa que hice á mi madre en Tordesillas, de visitar la milagrosa montaña de

Monserrate: pero.... ¿qué hago ya en Zaragoza? Es preciso que me reconozca la ciudad de los Condes y de los Consellers, y apresurarme despues á dar la vuelta á Castilla, para acudir á los peligros que sobrevengan por la parte de Navarra.

Al salir de la estancia de D. Carlos, preguntó el bufon al Cardenal:

—¿Qué es lo que mas te contentaria ser en este mundo, compadre lobo?

—Nada mas que lo que soy, amigo D. Francés, le contestó Adriano; cardenal y ministro consejero del Príncipe; ninguna otra dignidad puede compararse á la mia, y mi ambicion está satisfecha.

—Ya.... ya.... compadre lobo con piel de oveja.... ¿y si te hacen Papa?

—¡Oh.....! ¡Oh.....! ¡Oh.....! Eso no puede suceder: *Papam habemus*.

—*Septuagenarium autem*, murmuró Francesillo con malicia, lo cual te convencerá de que mi latin es mucho mejor que el tuyo. Ya sabes tambien que el Papa Leon no acierta ya con sus narices y que Francisco primero, Maximiliano y la Dieta le van á dar un empacho de pretensiones que no habrá mas que pedir; de modo que en breve tendremos en Alemania nuevo emperador y nuevo San Pedro en Roma.

Despues de pronunciar este vaticinio que debia cumplirse al pié de la letra, corrió Francesillo á buscar al flamenco Gatinara y le anunció la dignidad que el Rey habia pensado conferirle. En efecto, antes de que llegase la noche era Gran Canciller de Castilla.

Pero nuestros lectores desearán sin duda quedar enterados de la conferencia que tuvo Toribio Quincoces con el Rey, por mediacion del nigromántico D. Francés. Muy poco podemos decirles acerca de ella para contentar su curiosidad, supuesto que solo ha llegado á nuestra noticia, que D. Carlos escuchó atentamente la relacion de las quejas del posadero, y que exclamó lleno de ira, al enterarse de las providencias tomadas por D. Diego Hurtado de Mendoza:

—Harto estoy ya de las demasías y desafueros que cometen los magnates de Castilla. ¿Me aseguras buen hombre, que el conde de Melito ha encerrado á tu hija en un monasterio?

—Nada menos que á una *Garza Real*, se apresuró á decir Francesillo; á la doncella mas hermosa de estos reinos y de los estraños.

—¿Y qué significa ese nombre de *Garza Real*?

—Así la llamaban en Rueda de Medina por su altivez.

—¿Tan esquivia es por ventura?

—Tanto como bella, primo mio; nadie hasta ahora ha podido domar su voluntad.

El Príncipe apoyó el codo izquierdo en la mesa y sobre la mano su frente: así permaneció pensativo largo espacio. Despues cogió una pluma, trazó algunas líneas con letra desigual y temblona (1) sobre un pergamino, pero debajo el sello real, y alargándolo doblado al aturdido Quincoces, que ignoraba lo que debia temer ó esperar, le dijo:

—Abí tienes el remedio de tus agravios; no se dirá de mí que ha venido un castellano á pedirme justicia y se ha marchado descontento. Cuando el general Mendoza lea estas letras, te entregará tu hija y pondrá en libertad á ese valiente alférez Alarcon, de quien he oido hablar. En cuanto al capitan D. César, padre suyo es y si le ha ofendido además como soldado, bien ha hecho en enviarle á la fortaleza de Dueñas.

Toribio se arrojó á los piés del Rey desecho en lágrimas para besárselos, pero él le hizo levantar, y volvió á quedarse pensativo sobre la mesa. Francesillo cogió por el brazo al posadero y le sacó afuera, diciéndole:

—¿Te he servido bien?

—¡Ah, señor nigromántico! exclamó Toribio: os debo mas que la vida; mandad y os obedeceré.

—Te dije poco há, repuso el bufon, que te necesito: pues bien;

(1) Véase el fac-simile de la firma de este monarca que publicamos con otros en esta obra.

busca al Padre Ambrosio, guardian de los franciscanos de Rueda y hazle entender de mi parte, que importa mucho al servicio del Rey, que me envíe la carta escrita desde Wormes el día 15 de agosto de 1517, en pliego muy cerrado y por tu mismo conducto. Si te la confía, llévala al punto en que se halle la corte, y en ello ganarás mercedes.

—Lo haré.... lo haré puntualmente como me lo encargais.... escrita en Wormes á 15 de agosto de 1517.... ¡Oh! No se me olvidará, yo os lo juro. Mas.... asáltame una duda: cuando me pregunte el reverendo padre Ambrosio quien me dirige á él ¿qué he de responderle?

—Nombrarás al ínclito y esclarecido conde D. Francés de Zúñiga, loco de atar, consejero íntimo del Rey y encargado muy especialmente de componerle la sesera, cuando se le vá á pájaros.

En esto bajaron juntos la escalera del palacio de Sesse, segun queda espresado en otra parte, y al pié de ella se separaron; el posadero para volverse á Madrid y el bufon para solazarse por la encharcada ciudad.



CAPÍTULO XV.

Los Hijos del Puñal.



El 15 de febrero de 1519 hizo Cárlos de Gante su entrada solemne en Barcelona, y el mismo día partió el canciller Mercurino Gatinara para Francfort, con cartas que dirigia el primero al conde Palatino del Rhin y á otros príncipes del imperio germánico. Era tal entonces la situacion de Europa, que nada hacía presagiar la terri-

ble lucha que poco despues sobrevino, á pesar de que todas las miradas estaban fijas en Francisco *primero*, cuyo carácter no era propósito para mantener en paz á sus estados y mucho menos á los de sus vecinos. Contentóse á la sazón sin embargo con renovar, por tercera ó cuarta vez, sus reclamaciones acerca de la restitucion del reino de Navarra; mas D. Cárlos, que todavía no estaba preparado para la lucha y que, como ya hemos visto, sabia esperar, juzgó

prudente dar largas al negocio y propuso á su rival aventurero, que se confiase la discusion sobre los derechos de la casa de Labrit á un Congreso, compuesto de plenipotenciarios de las dos partes contendientes, el cual debia reunirse en Montpellier. El emperador Francisco hubiera preferido encomendar la decision del litigio á la suerte de las armas, mas se vió precisado á suscribir al acomodamiento, por falta de pretestos y dificultades que oponer á la sagaz política del nuevo rey de España, y nombró sus ministros representantes, á quienes dió la órden precisa y clara de que en nada cediesen. Don Carlos, por el contrario, se guardó bien de encargar á los suyos una negativa abierta y decisiva, cuando sus deseos eran precisamente que en el Congreso de Montpellier nada quedase acordado, relativamente á la posesion de Navarra; ordenóles pues que aplazasen el asunto en pleito, procurando entretener á los comisionados franceses con esperanzas de ver restablecido en aquel belicoso reino el predominio de su señor, y entre tanto dispuso pertrechar á Tafalla, Tudela, Sangüesa, Olite, Los Arcos y Pamplona, enviando para su custodia fuerte golpe de tropas escogidas que, en caso necesario, inutilizasen los esfuerzos de una invasion repentina.

Al mismo tiempo que esto ocurría en España, preparábanse en los estados germánicos otros acontecimientos de mayor trascendencia. El emperador Maximiliano se hallaba enfermo de peligro, y su dolencia, unida á los achaques propios de la vejez, hacía pronosticar á los médicos que le asistían el breve término de su existencia. Al punto se pusieron en movimiento las intrigas de los candidatos á la sucesion del imperio, disputándose la supremacía por medio de sus agentes, con tanto ahinco, que no parecia sino que el desahuciado monarca habia ya descendido del trono al sepulcro. Nadie se cuidaba de conocer su voluntad; los príncipes y grandes señores, que tenían asiento en la Dieta, se pronunciaron en pró ó en contra de Enrique VIII de Inglaterra ó de Francisco *primero* de Francia, segun el mayor fruto que esperaban sacar de cada uno de ellos para el acrecentamiento de sus respectivos territorios, sin tener en cuenta

ninguno de los dos partidos ambiciosos, que Maximiliano tenia un nieto, á quien legítimamente correspondian todos los derechos de sucesion á la corona de Alemania.

Hervian los estados sordamente á impulso de maquinaciones tenebrosas, dirigidas hábilmente por agentes secretos de los dos aspirantes al trono imperial; mas viendo Enrique VIII que su enemigo llevaba la mejor parte, por haberse declarado en favor suyo los grandes señores de Francfort, Aquisgran, Wormes y Ratisbona, apeló á los sectarios de la religion reformada, cuyo protector acababa de declararse en Inglaterra desconociendo la autoridad del Papa, y en muy poco tiempo se organizó en Francfort una falange misteriosa, capitaneada por hombres audaces y desconocidos, y cuyos adeptos que pasaban por rigurosas pruebas antes de ser afiliados en el club, se introducian en todas partes para imponer, por medio del terror y ejecutando horribles venganzas, las opiniones y las órdenes de los agentes ingleses. Los mas grandes potentados empezaron á temblar, porque á las amenazas de los luteranos conjurados seguian inmediatamente las ejecuciones secretas, pues se habian sorteado entre los individuos de la temible asociacion las vidas de los vocales de la Dieta germánica, que no jurasen favorecer con sus votos la eleccion del que pronto iba á convertirse en verdugo de sus mugeres propias y de los hombres mas distinguidos de su reino.

En tan comprometidas circunstancias arribó á la consternada ciudad Mercurino Gatinara, con los despachos que D. Carlos le habia encomendado para los príncipes de la confederacion del Rhin. Habiendo llegado á su noticia, que una turba de satélites rondaba por las inmediaciones de la poblacion, penetró en ella de noche y disfrazado, teniendo la buena suerte de llegar sin tropiezo á la taberna del cervecero Upsal, grande amigo suyo. Este, al verle, se estremejó de piés á cabeza, y en vez de celebrar su llegada, le cogió del brazo, condújole á un aposento interior y cerrando la puerta, exclamó con acento angustioso y comprimido:

—¡Infeliz!... ¿qué vienes á buscar? ¿No llegas de España? ¿Ignoras que no puedes permanecer en mi taberna un instante? ¿Sabes que estás muy espuesto á morir?

—¿Pues qué ocurre? contestó el enviado de Cárlos con asombro. Me han informado de que aquí todos temen; he oído que los señores se encierran en sus castillos, y que aun en ellos les alcanzan brazos invisibles, que los inmolan... Pero yo... ¿qué debo esperar?

—La muerte, repuso Upsal; la muerte... y yo... yo mismo debo sacrificarte.

—¡Tú!... ¿Por qué razon?

—¡La razon me exiges!... Pues bien: la razon es un juramento.

—Espécate mas claro, Upsal, y no olvides que somos casi hermanos.

—Quisiera olvidar muchas cosas, pero no es posible. Mercurino, júrame por la salvacion de tu alma, que nadie te ha visto entrar en mi taberna.

—Te lo juro: no he encontrado mas que calles desiertas....

—No importa: en esas calles hay á todas horas ojos abiertos.... ¡Qué hacer!... O matarte ó venderte mi secreto.... el secreto de los *Hijos del puñal*.

—¡De los *Hijos del puñal*! Sea en buena hora; venga ese secreto, que yo sabré guardarlo.

—Atiende con cuidado. Desde que has puesto aquí los piés, estoy viendo llegar á un hombre para averiguar quien eres.

—¿Y ese hombre?

—Un conjurado.

—¡Demonio! ¿Y qué le importa mi nombre?

—Tu nombre... nada; pero le importan mucho tus opiniones.

—¡Bah! Se me figura que estás soñando.

No bien pronunció Mercurino estas palabras, cuando llamaron á la puerta.

—Ahí está, dijo Upsal. Escucha... ni puedes huir, porque caerias muerto á los diez pasos, ni puedo yo esconderte, porque te

han visto y te siguen... Cuando el hombre que vá á presentarse diga, *Imperio*, contéstale sin vacilar, *Enrique*; si pronuncia la palabra *Francisco*, respóndele *puñal*, y vice-versa.

—¿Sabes que no deja de ser divertido ese juego de voces? repuso Gatinara.

Upsal se dirigió hácia la puerta, la abrió y entró un embozado. Mercurino le examinó con cuidado, y por lo que pudiera acontecer, metió la mano en el pecho y acarició la punta de una daga que en él llevaba oculta. El que acababa de entrar le miró tambien y le dijo:

—Siento haberme equivocado, viniendo á interrumpir vuestra conferencia: buscaba á un amigo y al verte entrar aquí, me figuré... perdonadme; sin duda hablábais de lo que hoy preocupa todos los ánimos; de la sucesion al *imperio*.

—No sois el único que se ha llevado chasco, le contestó el canceller con la mayor serenidad; estoy esperando á un hermano y creia.... mi hermano se llama *Enrique*.

El desconocido pareció satisfecho de la respuesta, mas con todo repuso despues de sentarse.

—Malos dias son estos para esperar la llegada de las personas que queremos. ¿Quién te asegura de que tu hermano no haya perecido bajo el *puñal*?

—No lo creo, á fé de *Francisco*, replicó Gatinara.

—Ya lo ves; murmuró el cervecero al oido del embozado; es de los nuestros.

—Ni tú, ni él, dijo con sordo acento el conspirador. Este hombre se llama Mercurino; es el Gran Canciller de Castilla y el agente secreto de Cárlos de Gante, rey de España. Tú.... su cómplice. Preparaos á comparecer esta misma noche ante el Consejo de los *Hijos del puñal* por traidores, ó bien...

—¿Qué? preguntó Upsal temblando, mientras Mercurino empuñaba la daga con fuerza convulsiva.

—Si quereis vivir mañana, vengam esos pliegos que trae Gati-

nara del monarca español, del archiduque Cárlos, para el conde Palatino y para los príncipes de la Confederacion.

—¿Y si me niego á entregarlos? preguntó con ira el Canciller. ¿Y si no reconozco en vos poder bastante....

—¡Qué te atreves á pronunciar, desgraciado! exclamó el cervecero, á quien el conspirador acababa de hacer una seña. Pronto.... pronto.... saca esos documentos... obedece ó somos perdidos, porque acabo de reconocer á uno de los jueces secretos de nuestro tribunal.

—Y yo te juro, replicó Mercurino mostrando la daga, que solo me arrancarán con la vida las cartas del Príncipe. El primero que se me acerque, morderá la tierra.

—Ahora veo que no eran exageradas las noticias, que hasta mí han llegado de vuestra audacia, señor Canciller de Castilla, dijo tranquilamente el gefe de los conspiradores. No ha podido elegir el Archiduque hombre mas á propósito para llevar á cabo sus intentos. Upsal ¿recuerdas que el hijo del conde Palatino te salvó la vida, hace un año, en el bosque de Smalcalda?

—¿Cómo lo sabeis? respondió el cervecero.

—Poco te importa. ¿Es cierto que unos bandidos se disponian á degollarte, cuando cayó sobre ellos Federico, que andaba de caza, y los dispersó, obligándoles á que te restituyesen lo que te habian robado?

—Nunca podré negar accion tan generosa, sin pasar por ingrato.

—¿Y tienes apego á esa familia?

—¿Qué haríais vos, si uno de sus individuos os hubiera salvado de la muerte?

—Es que... el conde Palatino no apoya las pretensiones de Enrique VIII.

—¿Y qué...?

—Los *Hijos del puñal* han jurado asesinarle con todos los suyos.

—¿Y qué?

—Puedes tal vez ser designado por la suerte para ejecutar esa sentencia.

—No la ejecutaré.

—¿Cómo has de escusarte?

—Avisaré al conde Palatino del peligro que le cerca y luego....

—¿Qué harás?

—Clayaré mi puñal en mis propias entrañas.

El desconocido se levantó con prontitud, arrojó la capa al suelo, quitóse una espesa y larga barba postiza que le desfiguraba completamente el rostro y cruzando los brazos, preguntó á Upsal y á Gatinara sonriéndose:

—¿Me conocéis ahora?

—¡El conde Palatino! exclamaron los dos haciéndose atrás y estremeciéndose con angustia.

—Silencio, porque en Francfort hasta las paredes oyen, murmuró el magnate en voz apenas inteligible y mirando hácia todas partes. Acordaos de que solo soy el implacable juez del tribunal secreto y sanguinario, que vota la muerte contra todos los señores de la Dieta, enemigos del próximo advenimiento del rey Enrique al imperio de Alemania. He concebido un proyecto que puede salvar á los estados del horrible yugo que los oprime, y cuento con vuestra fidelidad. El emperador Maximiliano no puede vivir seis dias; los príncipes de la Confederacion no quieren que le suceda el monarca inglés, pero ven amenazadas sus vidas y haciendas y huyen á esconderse sin poder concertarse, porque la terrible asociacion tiene á toda hora levantados los puñales de sus hijos sobre sus cabezas. En tal extremo, en medio de la zozobra general, he sido el único que he permanecido impávido y resuelto á contrarrestar las infames maquinaciones de los sectarios del terror. Es preciso que la Dieta, cuando llegue el momento decisivo, abandone y rechace las pretensiones de Francisco *primero* y de Enrique VIII, favoreciendo con su eleccion los derechos del Rey de España. Hé aquí desenvuelto el plan que me propuse desde el principio de las per-

secuciones: para llevarlo á término necesitaba dos cosas indispensables; la aprobacion de D. Cárlos á cuanto los príncipes resolviesen en la Dieta y un salvo-conducto segurísimo, que me proporcionase ocasiones para entenderme con ellos. Escribí pues al Rey-archiduque, y haciendo correr la noticia de mi fuga á Francia, me alisté con nombre supuesto en la asociacion de los *Hijos del puñal*. En ella he procurado distinguirme, proponiendo las medidas mas violentas contra los enemigos de Enrique, con el objeto de ganar la confianza de los juramentados, al paso que me entiendo sin inspirar la menor sospecha con todos los príncipes de la Dieta germánica. Ya sabeis tanto como yo. ¿Queréis ayudarme en mi empresa?

—A eso vengo de España, contestó resueltamente Mercurino, sacando del pecho varios despachos. Recibid el pliego que el rey D. Cárlos me confió para vos; estos otros son para el marqués de Brandeburgo....

—Cuyo asesinato dispondré que se os encargue.

—¡A mí!

—Sin duda, porque vais á pertenecer á la asociacion, y ese es el medio de salvar al marqués: ayer se decidió su muerte: proseguid:

—Decia que vienen dirigidos los demás escritos á Federico de Sajonia, al Rey de Bohemia y á los arzobispos de....

—Dádmelos todos, si quereis que lleguen á sus manos y no perder vos la vida. Upsal ¿cuentas con amigos entre los nuestros?

—Hay lo menos quince, que harán cuanto yo disponga, respondió el cervecero.

—Nada les digas hasta el instante crítico. Hoy se ha sospechado que me hallo en Alemania y en la sesion del tribunal he propuesto contra mí mismo la sentencia de muerte.

—¡Es posible!

—Y he respondido de que el cervecero Upsal la ejecutará: ya ves que no te he engañado al insinuarte, que acaso te proporcio-

naria la suerte esa terrible obligacion. Yo queria hablar contigo y descubrirte mis proyectos, de modo que el encargo contra mi propia vida me ha servido de pretexto para rondar tu calle. Al acercarme á ella, he visto un bulto, le he seguido, y como me importaba mucho reconocerle, he entrado aquí en pos de él: desde el momento en que he descubierto el rostro del Canciller de Castilla, he dado por seguro que traia despachos del Archiduque.

—Dadnos pues vuestras instrucciones para que nos atengamos á ellas, observó Mercurino, despues de poner en manos del Conde los pliegos que habia mostrado.

—Descansad esta noche y no salgais de la taberna de Upsal hasta que yo os lo prevenga. Sobre todo, desfiguraos algo el rostro, á fin de que otros no os reconozcan á primera vista, como os he reconocido yo, pues no hace tanto tiempo que fallais de Francfort, de Colonia y de Maguncia. Mañana recibiréis noticias mias.

Diciendo así, ajustóse al rostro la barba postiza, cogió la capa, se embozó con particular cuidado, y estrechando fuertemente las manos á sus dos cómplices, salió de la taberna y se deslizó con ligereza entre las sombras de la calle.

Todo el siguiente dia transcurrió sin que Upsal y Mercurino recibiesen la menor noticia suya. El último se tiñó el pelo y se acomodó largos vigotes á la moda flamenca, para desfigurar sus facciones y encontrarse dispuesto á la primera señal, no sin haberse enterado asimismo por el cervecero de las palabras, signos, señas y contraseñas que tenian los *Hijos del puñal* para reconocerse. Por fin volvió á presentarse en la taberna el conde Palatino ya muy entrada la noche y previno á sus dos amigos que le siguiesen al lugar de la reunion que iba á celebrarse, á fin de dar el golpe decisivo.

Como á doscientos pasos de la ciudad existian entónces las ruinas de un antiguo castillo, que habia representado importantísimo papel en las guerras del imperio. Nada habia quedado en pié de cuanto constituia sus imponentes defensas, pero los habitantes de

Francfort aseguraban, que los subterráneos de la derruida plaza de armas tenian comunicaciones secretas hasta los mas apartados barrios de la poblacion, y que muchas veces, durante el silencio de la noche, cuando algun vecino se retiraba á deshora por las calles, oia bajo sus piés ruidos estraños y aun voces, como si una legion de espíritus infernales hubiese establecido su campamento en las profundidades de la tierra. No andaban ciertamente descaminados los que tales noticias hacian circular con todo sigilo, porque aquellos subterráneos daban paso á los *Hijos del puñal* hasta las ruinas de la fortaleza de *Fik-Glowen*, de modo que cuando querian *fraternizar*, (1) no necesitaban salir por las puertas de Francfort, ni atravesar la llanura que delante de ellas se estiende, para encontrarse en el sitio designado. Esto no obstante, algunos curiosos y muy particularmente aquellos, á quienes alarmaban de continuo los murmullos y estraordinarios ecos que oian, sin poder adivinar su procedencia, habian observado, que varias sombras solian cruzar ciertas y determinadas calles, desapareciendo de pronto y antes que llegasen al término de las mismas, lo cual aumentaba la zozobra y el desasosiego en que vivian los pobres vecinos, pues semejante fenómeno de ningun modo era ilusion de sus sentidos, sino pura realidad. Habia en efecto muchos edificios, que conocia perfectamente la asociacion misteriosa, en los cuales se introducian sus afiliados para bajar á los ramales tenebrosos y seguros y dirigirse despues á la oculta guarida de *Fik-Glowem*, cuyas inmediaciones infundian espanto, á causa de los rumores que corrian sobre muertes perpetradas en personas, que se habian acercado á ellas algo mas de lo que aconsejaba la prudencia en tan azarosas circunstancias.

El Conde, Mercurino y Upsal, embozados en sendas capas negras, no anduvieron mucho por las calles y se evaporaron, por

(1) Esta palabra no significaba entre los alemanes lo mismo que entre los revolucionarios franceses: usábanla en vez de *sentenciar ó castigar con la muerte*.—Nota del autor.

decirlo así, á la vuelta de una esquina, metiéndose en una casa de mezquina apariencia y dirigiéndose resueltamente al patio. Una trampa abierta que en él vieron les hizo comprender, que ya otros adeptos les habian precedido, y el temor de llegar tarde á las ruinas les obligó á no detenerse. Bajaron pues y al encontrarse en el subterráneo, emprendieron la marcha con precipitacion, sin que ningun accidente turbase su silencio durante un cuarto de hora. Habíanse ya concertado sobre todo lo que habian de hacer, y avisados los amigos de Upsal de que se trataba de trastornar los planes é intrigas de dos monarcas usurpadores, para ofrecer la corona de Alemania al legítimo sucesor de Maximiliano, habian respondido, que estaban prontos á la lucha contra los agentes estrangeros y á seguir la bandera de la nacionalidad germánica. Esto era lo que el Conde deseaba, y no bien lo supo cuando envió emisarios de su confianza á los príncipes vocales de la Dieta, dándoles firmada de su puño y letra la seguridad de que antes de veinte y cuatro horas habria dejado de existir, ó nada tendrian ellos que temer de la asociacion de los *Hijos del puñal*.

Despues de mil vueltas y revueltas por los subterráneos, Upsal que iba el primero de los tres, como mas práctico en tan intrincado laberinto que sus dos compañeros se detuvo de pronto.

—¿Qué ocurre? le preguntó el Conde.

—Veo una luz, respondió el cervecero; ya llegamos á *Fik-Glowen* y debemos cubrirnos.

Enmascaráronse los tres y prosiguieron su camino.

Pocos minutos despues llegaron á la salida del subterráneo y vieron asestados contra sus pechos veinte puñales, cuyas ojas brillaban al resplandor de una hoguera, que iluminaba con su rojiza claridad las ruinas del castillo. Al mismo tiempo pronunció una sola voz estas palabras:

—Perezcan los profanos.

—Adepto, dijo Upsal dando un paso hácia adelante.

—Adepto, repitió Mercurino sin turbarse.

—Juez Supremo, añadió el Conde desembozándose y mostrando una placa, que llevaba sobre el pecho.

Abrióronle paso los conjurados y detuvieron á los otros dos.

—¿Qué daremos á *Enrique*? preguntaron á Upsal.

—*El imperio y el corazon*, contestó él.

—Adelante, le dijeron. Y se adelantó hácia las ruinas.

Iba á seguirle el Canciller; mas el adepto que habia reconocido á los otros, le interrogó así:

—¿Qué daremos á *Francisco*?

—*La muerte y un ataud de cinco piés*, respondió Mercurino.

—Adelante.

Reunidos de nuevo los tres á pocos pasos de la hoguera, se encaminaron hácia una gruta inmediata; el arco abovedado que la unia á los amontonados restos del *Fik-Glowen*, daba paso á otro subterráneo mas espacioso que el que habian recorrido el Conde y sus compañeros, y concluia en un vasto salon, formado artísticamente en una gran plazoleta dominada por las ruinas del desmoronado castillo. Mercurino se admiró al ver convertido el *Fik-Glowen* en una estancia cómoda y hasta cierto punto agradable. Cuando se presentaron en ella los tres amigos, hallaron ya á muchos conspiradores con los rostros cubiertos y sentados en bancos alrededor de la sala, cuyo centro, hácia el fondo, ocupaba un personage delante de una mesa cubierta con tapete. Sin duda era el presidente de la reunion, porque todos los conjurados le saludaban con respeto antes de sentarse.

No bien dejaron de aparecer enmascarados, cuando el personage de la mesa dió en ella un golpe con el puño: á esta señal todos se pusieron en pié y dos adeptos abandonaron sus puestos para contar el número de sócios. Mercurino, que se hallaba entre Upsal y el Conde y sabía ya lo que habia de hacer en aquel caso previsto, se aprovechó de la confusion producida por el movimiento de los conspiradores al levantarse y se tendió con disimulo en el suelo, agazapándose debajo del banco, cuya parte anterior cubrieron sus

dos cómplices, estrechando la distancia que les separaba. Terminado el recuento, se sentaron todos y el Canciller volvió á ocupar su sitio, en tanto que uno de los dos adeptos escrutadores decía:

—Ningun profano se ha introducido entre los *Hijos del puñal*.

—Hable pues, repuso el presidente, aquel que tenga que denunciar á nuestra venganza el nombre de un traidor.

—Pido la vida del marqués de Brandeburgo, exclamó uno de los conjurados.

—Yo la del arzobispo de Maguncia, replicó otro.

—Yo la del de Colonia y la del rey de Bohemia, añadió un tercero.

—Deben morir, contestó el presidente dirigiéndose á los tres, ya que persisten en su empeño de contrariar nuestras disposiciones. No en vano han unido sus esfuerzos los *Hijos del puñal*, para hacer que la corona imperial de Alemania adorne las sienes del muy poderoso Enrique de Inglaterra: algunos magnates, vendidos al oro de la Francia y á las intrigas vergonzosas del emperador Francisco, han pagado caras sus traiciones, pero todavía alientan entre nosotros temibles adversarios, que despreciando el poder de esta misteriosa asociacion, se preparan á aniquilarlo en la próxima Dieta general. Caigan todos: los arzobispos de Colonia y de Maguncia, Joaquin de Brandeburgo, Luis de Baviera, Federico de Sajonia son acérrimos enemigos de la religion que hemos abrazado y nos vencerán con sus votos en la Dieta, si les dejamos respirar. Perezcan pues, antes que el emperador Maximiliano baje al sepulcro, y designe la suerte los brazos que deben ejecutar la sentencia de esterminio fulminada contra ellos por nuestra terrible é implacable justicia. La del marqués está ya encomendada.

Un silencio profundo acogió estas palabras, y sorteados los adeptos que debian hundir los puñales homicidas en los pechos de los mas encumbrados personajes de la Confederacion alemana, parecia que ningun otro objeto detenia allí á tan sanguinarios conspiradores; pero el presidente se levantó y con imponente acento dispuso,

que los encargados de las últimas venganzas decretadas por la asociacion diesen cuenta de los hechos.

—El francés Latremont, agente de Francisco primero, no volverá á pisar el suelo de su patria, dijo un adepto levantando el brazo en señal de triunfo.

—Tres golpes ha recibido el flamenco Armestoff, enemigo declarado del rey Enrique, repuso otro haciendo el mismo movimiento.

—El baron de Fronspersg, murmuró Upsal, descansa en la tumba de sus abuelos.

Upsal mentia: hábale tocado en suerte quitar la vida al baron, que mas tarde fué uno de los mas intrépidos caudillos de Cárlos V. y le previno para que se ausentase de Francfort, escondiéndose en sus tierras.

—¿Vive todavia el infame conde Palatino? preguntó el presidente. Hable el adepto que se encargó voluntariamente de su persona.

—Yo soy ese vengador respondió al punto el mismo Conde: yo, uno de los jueces supremos de la gran Asociacion germánica, uno de los mas celosos partidarios de la unidad, he hecho mas que dividir en dos partes el corazon del conde Palatino del Rhin: esplorando la voluntad de los hijos de este pais desventurado, he visto que consiste en nosotros el remedio de sus males. ¿Qué importa asesinar á los magnates, si quedan en el mundo vivas é indestructibles sus ideas?

—Los de la Dieta que no estén con nosotros han de perecer, replicó el presidente con altanería.

—¿Y despues? repuso el Conde poniéndose en pié y adelantándose hasta el centro del salon subterráneo. ¿Matareis tambien á sus hijos ó á los herederos de sus títulos y dignidades? Pues esos les sucederán en la Dieta y no votarán seguramente lo que nosotros les dictemos. *Hijos del puñal*, oidme, porque esta noche, aquí, en este mismo instante vá á decidirse la suerte de Alemania. Dos grandes competidores se disputan la posesion de su imperio, cuando el gefe de ese imperio respira aun: nuestras ciudades se llenan de agentes

extrangeros, de espías insolentes, que ofrecen oro á nuestras conciencias y dorados grillos á nuestros privilegios é inmunidades, que arman al pueblo contra sus dignatarios y contra las autoridades de su iglesia, y que pretenden convertir esta dilatada tierra en una miserable provincia estraña.

—El adepto que así se esplica, exclamó el presidente irritado, confunde todos los derechos é iguala al emperador Francisco con el rey Enrique. ¿Qué quiere dar á entender?

—Que ni el rey Enrique, ni el emperador Francisco merecen, por su ambicion y por sus torpes intrigas, empuñar el cetro de Alemania. Maximiliano vive y no hemos de consentir, que dos hambrientos tígres se repartan sus despojos, porque él no se halla en aptitud de defenderlos.

—¿Quién eres tú, que así hablas de nuestro protegido el rey de Inglaterra? le preguntó el presidente.

—Un hombre de corazon, contestó el Conde; un hombre que no quiere ser juguete de viles manejos, y que está pronto á arrostrar la muerte por salvaros de la ignominia.

—Morirás pues á nuestras manos.

—Moriré, si la asociacion me sentencia sin escucharme.

—No, exclamó Upsal: que se esplice el adepto.

—Que se esplice, añadió con resolucion Mercurino; el celo que le anima por la felicidad de la Alemania le escuda; si nosotros asesinamos á los vocales de la Dieta, sus hijos se vengarán esclavizándonos al yugo extrangero.

—Ya no es uno, sino que son tres los perjuros y traidores á quienes debemos castigar, observó el presidente. Que se descubran.

—No, no; que hable el Juez supremo, gritaron á una voz los amigos de Upsal.

—Yo me descubriré, dijo el Conde con imperturbable sangre fria, y ¡ay, de aquel que no pueda hacer lo mismo! Yo arrojaré para siempre este velo que oculta mi rostro, despues que la asociacion escuche mis razones. El que las rechace dejará de ser aleman, para

convertirse en esclavo de otra nacion. ¡Buscais un monarca extranjero para entregarle vuestra patria! ¿Con qué derecho se presentará entre nosotros? ¿No existe por ventura un heredero legítimo del emperador Maximiliano? ¿Ha muerto acaso el Archiduque, ya que aquí nadie se acuerda de él? Pero el Archiduque no conspira para alcanzar la corona de su abuelo, porque sabe que nadie puede disputársela, mientras haya corazones leales en los estados germánicos; el Archiduque no envia á Francfort oscuros emisarios para que aticen entre nosotros la tea de la discordia, y nos conviertan en asesinos, y esparzan la consternacion, el terror y la muerte por nuestros campos y ciudades; el archiduque Cárlos, rey de España, envia á nuestros muros al Gran Canciller de Castilla. ¿Quereis conocer la comision que trae? La de visitar al augusto emperador Maximiliano en nombre de su ilustre nieto y la de consolarle en sus últimos instantes. No se le han dado en la corte de Valladolid instrucciones sobre la sucesion al imperio, no; el Archiduque ha declarado que está pronto á conformarse con la decision de los estados. Hé ahí pues el Príncipe digno de nuestro amor; he ahí el único, cuyos derechos debemos sostener.....

El intrépido magnate se detuvo, se descubrió el rostro y sacando del pecho la carta del Príncipe-archiduque y un puñal, levantó el brazo derecho y mostrando en la mano izquierda el pliego, añadió con fuerza y resolucion:

—Miradme ahora; mirad al conde Palatino del Rhin, contra quien habeis pronunciado sentencia de muerte. Os traigo palabras de paz; os propongo para sucesor á la corona imperial á su mas legítimo heredero. ¿Quién de vosotros se atreverá á dirigir la punta de su arma contra mi corazon?

—La asociacion entera, le replicó el presidente. *Hijos del puñal*, el conde Palatino es un impostor, un perjuro y debe morir.

—Mientes, miserable esbirro del rey de Inglaterra; aquí está la carta del Archiduque, y en cuanto espire Maximiliano....

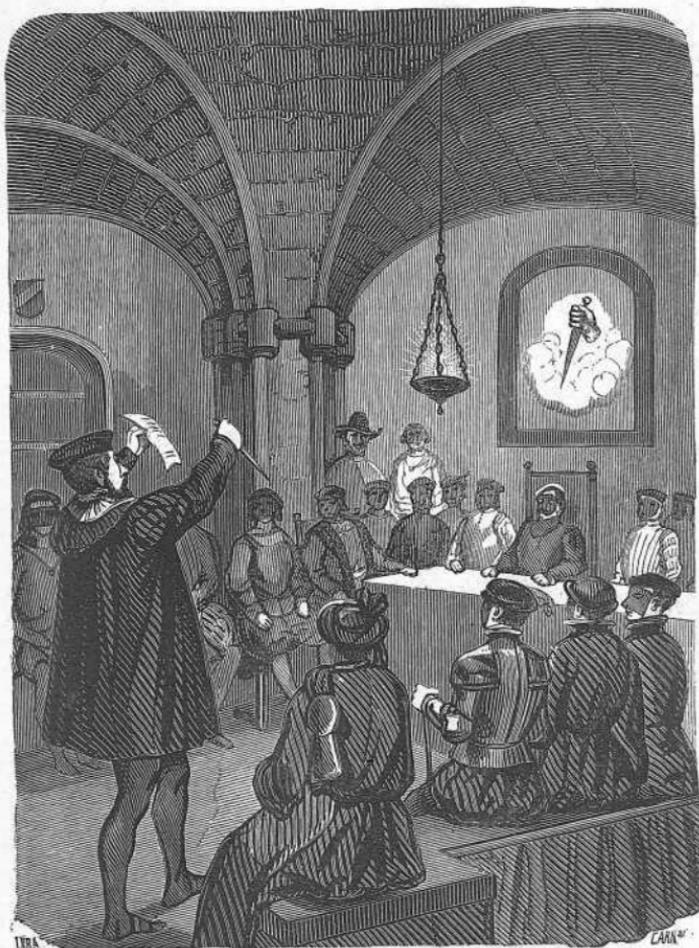
El estruendo de un cañonazo ahogó en la garganta del Conde las

palabras que iba á pronunciar; todos los conspiradores permanecieron inmóviles y silenciosos en sus asientos, menos él, que en pié, ocupando el medio de la caverna subterránea, con el puñal en alto y decidido á todo, solo esperaba un movimiento hostil del presidente para sepultar el acero en sus entrañas. Dos minutos despues anunció otro cañonazo á la asociacion un acontecimiento importante en la ciudad: quiso levantarse el presidente para averiguar la causa de tan estraño aviso, mas el magnate le hizo una señal amenazadora y aquel hombre tembló. Transcurrieron así dos minutos mas y al cabo de ellos se dejó oir por tercera vez el estampido del cañon. Entónces exclamó el conde Palatino:

—El emperador Maximiliano acaba de morir. *Hijos del puñal*, ni Enrique, ni Francisco. ¡Viva Cárlos de Gante!

—¡Viva el Rey—archiduque! añadieron Upsal y Mercurino Gatinara.

Hubo un instante de confusion en la asamblea, producida por algunos parciales del presidente que se pusieron de su lado; pero los amigos del cervecero se declararon en favor del Conde y arrastraron al mayor número de adeptos, en cuyos ánimos habian hecho ya grande impresion la espresiva elocuencia y arrojo del proscrito magnate. Desde aquel punto quedó terminada la escision: el bando contrario, compuesto de ocho ó diez conspiradores, proclamó tambien al Rey de España como sucesor al trono imperial y anuló las sentencias de muerte que se habian pronunciado aquella noche contra los grandes príncipes de la Confederacion. El presidente, al verse abandonado de todos, fingió someterse á la voluntad de la asociacion; adelantóse hácia el Conde en ademan tranquilo y resignado, pero poseido de un espíritu ciego de venganza y figurándose que con su muerte quedarían deshechos todos los planes de los señores de la Dieta, echó mano al puñal y le acometió con furia, cuando mas descuidado estaba. Upsal pagó entónces la deuda sagrada que habia contraído con la familia del magnate en el bosque de Smalcalda, porque detuvo el brazo del energúmeno partidario de Enri-



Hijos del puñal.... ni Enrique, ni Francisco. ¡Viva Carlos de Gante!

que de Inglaterra, y arrancándole el arma, se la hundió hasta el puño en el corazón.

Cayó el presidente de los *Hijos del puñal* sin proferir un quejido y bañado en su sangre: arrancáronle al punto el velo que ocultaba su semblante y el conde Palatino exclamó despues de reconocerle:

—¡El duque de Lincoln!... ¡El sobrino del cardenal Wolsey!
¡Del ministro de Enrique VIII!

Cuatro dias despues se reunió la Dieta y sus vocales deliberaron con ámplia libertad. Las intrigas de los emisarios de Lóndres cesaron por completo, desde que se divulgó que los *Hijos del puñal* no apoyaban sus pretensiones, y aunque los de Francisco primero se reanimaron con tan inesperada novedad, no pudieron hacer frente á los legítimos derechos del monarca de Castilla. El emperador de Francia escribía á Cárlos al mismo tiempo, con una galantería que ponía de manifiesto sus esperanzas de triunfo:

«Señor y hermano mio: los dos pretendemos favores de una misma dama; aquel que los alcance será venturoso: el desairado por ella deberá conformarse con su suerte. Esto es lo que cumple á dos rivales caballeros. Decidme pues si aceptais estas condiciones.»

Y el hijo de doña Juana *la Loca* le habia contestado:

«Hermano mio y señor: conozco desde niño á la dama de nuestros pensamientos, y ella tambien conoce la aficion con que siempre la he mirado; si no es ingrata, debe preferirme á cualquiera otro rival; mas ¿quién responde de veleidades de mugeres? Dispuesto estoy á someterme á sus caprichos, ya me sean favorables, ya adversos, porque ella es árbitra de su voluntad para entregarse á quien bien le plazca.»

Acaloradas fueron las discusiones de Francfort, pero el marqués de Brandeburgo, baron esclarecido por sus virtudes y sabiduría, y á quien los magnates respetaban, decidió la controversia; todos los vocales votaron en favor de Cárlos de Gante, y solo el arzobispo de Treveris, Rodolfo Hermann, se declaró por Francisco. Verificada la eleccion el dia 28 de junio de 1519, la confirmó el Papa Leon X y al punto se estableció el Gran Consejo que debia encargarse de los negocios, hasta que el nuevo Emperador empunase las riendas del gobierno.

El emperador Francisco juró vengar el desaire de la dama, cuya belleza le tenia enamorado.

CAPÍTULO XVI.

La mensajera de la Virgen de Monserrate.



VOLVAMOS á Barcelona, cuyas Cortes acababan de reconocer y jurar al Archiduque, fausto suceso que se habia celebrado con grandes festejos y regocijo público, porque los catalanes fueron los primeros que en España adivinaron la grandeza de alma y los altos pensamientos del jóven Príncipe, que debia merecer en breve el renombre de invencible.

Era una deliciosa noche del mes de julio: al calor sofocante de los rayos de un sol abrasador habia sucedido la frescura consoladora, esparcida por toda la poblacion en alas de la brisa del mar; ostentaban los vergeles los riquísimos tesoros de sus flores perfumadas y las huertas el verde manto de sus abundantes frutos. Sarriá, la coqueta del contorno, sentada en la suave cuesta que sirve de base á la cordillera, que abraza amorosamente el llano de

la ciudad de los Condes, desafiaba desde una legua, con su palacio real, que sirvió de morada al rey D. Martin primero y á su esposa Margarita de Prades, y en el cual vivian tambien durante el verano los monarcas de Aragon, á los antiguos murallones levantados por Hércules y por Amilcar Barcino. En aquel mismo palacio, lleno de recuerdos, alegres unos, y otros de tristísima historia, que empieza con la falta de sucesion de aquel Rey ungido por Benedicto XIII y casado con la bellissima catalana por San Vicente Ferrer, y que termina con el *Parlamento de Caspe*, la exaltacion de Fernando el de Antequera y la muerte alevosa del *desdichado* D. Jaime, conde de Urgel, se hallaba Cárlos de Gante descansando de sus fatigas sobre mullido lecho, bien distante de pensar en que una inesperada revelacion iba á interrumpir su reposo. Y sin embargo así sucedió precisamente, porque serian las doce poco mas ó menos, cuando despues de haber soñado con batallas y victorias, se despertó sobresaltado, y al resplandor de la enorme lámpara de plata que pendia del techo, vió en medio de la estancia régia á una jóven de singular hermosura que le contemplaba. Asustado primero y absorbido despues con tan celestial vision, apenas pudo acertar á vestirse; echóse sobre los hombros un manto finísimo, saltó del lecho é hincando una rodilla en tierra, adoró á la que tuvo desde luego por divinidad tutelar de los vecinos bosques.

—¿Quién eres, preciosa criatura? murmuró al fin, luego que la admiracion cedió en su espíritu el puesto á la curiosidad. ¿Quién eres, que así vienes á sorprender mi sueño y atraviesas por medio de mis guardias y cortesanos, sin que nadie te sienta? ¿Es por ventura tan suave el ruido de tus pisadas, como extraordinaria tu belleza?

—Levantaos, señor, respondió la doncella temblando, y estadme atento, porque tal vez mis palabras encierran vuestro destino.

—Habla, habla, hija de Sarriá, repuso el Príncipe acercándose á ella, mas dime antes tu nombre.

—¡Mi nombre! ¡Ah! Es un nombre oscuro, señor, muy oscuro:

pero esta noche soy la mensajera de la Virgen de Monserrate.

—¡De la Virgen de Monserate! ¡De la Virgen milagrosa! Explicáte.

—No creais por eso, señor, que he nacido en la gran ciudad que desde aquí se descubre; llego de las áridas llanuras de Castilla.

—¿Pues no acabas de asegurarme....

—¿Que la Virgen catalana me envia? ¿Cómo no he de creerlo, cuando me ha hablado de vuestra grandeza y poderío?

—¡A tí....!

—No lo dudeis, Príncipe mio: he subido á la montaña y he visitado á la Virgen en la mansion divina de las rocas. Allí, orando postrada ante la Madre de Dios, pasé hace dos dias largas horas, porque antes de ponerme en vuestra presencia, antes de daros las gracias por el beneficio que me habeis hecho, queria implorar su poderoso auxilio. No sé como sucedió, señor, ni acierto á contarlo, pues siempre ignoré como se habla á los reyes de la tierra; pero se me figura que la Virgen divina me miró risueña, que sus lábios purísimos se movieron.... Entónces yo, pobre criatura, abismada con tanto resplandor, con tanta magestad, pegué mi rostro contra el suelo y nada sentí; sin duda dejé este mundo de miserias y la gran Emperatriz de la montaña me llevó hasta el pié de su trono, porque en medio de mi insensibilidad y anonadamiento, semejantes al letargo de la muerte, oí claramente sus palabras.

—¡Inocente! la fatiga rindió tus fuerzas y te quedaste dormida en el templo.

—¡Dormida, señor! ¡Dormida yo en presencia de la Virgen! ¿Pues cómo me habló?

—Soñaste, hermosa mia.

—¡Que soñé decis, príncipe D. Cárlos...! No... imposible: una humilde criatura como yo no puede soñar esas cosas. Creedme, señor.... si fué sueño, ese sueño se ha cumplido. ¡Oh! Por seguro debeis contar que no estuviera yo aquí á estas horas, á no haberme ordenado la Virgen que viniese á buscaros, porque el respeto y el temor me hubieran contenido hasta mañana.

—Veamos pues el mandato que traes de la Reina de los ángeles.

—Vete sin tardanza, me dijo; busca al príncipe Cárlos de Gante.... ¿sabía yo por ventura de donde sois....? y pronuncia á sus oídos estas palabras: el emperador Maximiliano ha muerto.... triunfas de Enrique y de Francisco y es tuyo el imperio de Alemania.

—¡Ah! exclamó D. Cárlos con febril exaltacion y estendiendo los brazos hácia la doncella: si esa nueva se confirma.... sí, celestial criatura, te reconoceré por la fiel mensajera de la Vírgen santísima de Monserrate.... Ella.... te habrá inspirado en sueños esa revelacion portentosa.... ¡Será verdad, Dios mio....! ¡Empuñarán mis manos ese cetro, que acatan príncipes poderosos y envidian los mas ambiciosos monarcas de la tierra...! ¡Ah! ¿Qué mas...? ¿Qué mas, bellísima hechicera de la montaña...? Refiéremelo todo... Háblame de esa excelsa Vírgen de la nueva Sion, de la invencible protectora de los catalanes, de la Madre de Dios....

—Ya he concluido, príncipe D. Cárlos: cuando mis ojos volvieron á ver la luz, estaba el templo iluminado, el rostro deslumbrador de la Vírgen resplandecía entre nubes de oloroso incienso, los santos monges del monasterio entonaban la *Salve* y los sonidos del órgano corrian á perderse en las concavidades de los riscos. Mi padre me estrechaba en sus brazos y me sacó del templo; despues.... me acompañó hasta aquí.

—¡Tu padre...! ¿Dónde está....? Quiero verle.

—Ya le habeis visto, señor.

—¿Cuándo?

—En Zaragoza.... el mismo dia de la Jura....

—¡Ah! Luego tú eres....

—María, señor.... la desventurada María, arrancada por vuestro mandato de la estrechura de un claustro.

—*La Garza Real!*

—*La Garza*, me llamaron cuando era niña; caprichos de la suerte.

—*Real* serás, yo te lo juro, para que lo achiques á disposicion del cielo.

—Señor, soy ambiciosa, mas no me deslumbra la grandeza de este mundo; desde hoy seré..... indigna esclava de la milagrosa Virgen de Monserrate.

Admirado quedó el Príncipe de la grandeza de alma de la jóven. Ésta, sin esperar su réplica, le hizo acatamiento y desapareció de la estancia. D. Cárlos no la detuvo; absorto en sus pensamientos, fluctuando entre esperanzas y temores, dejóse caer en un sillón y fijó la vista en un lienzo, que representaba de cuerpo entero al rey D. Martin, cuya muerte dió á los bravos catalanes un monarca de mas que dudoso derecho, al cual supieron tener á raya el heroico Juan Fivaller y los demás valientes Consellers de Barcelona. En aquella muda contemplacion le halló la aurora; entónces fué cuando el animoso nieto de Isabel primera hizo dos votos: el primero fué visitar inmediatamente el monasterio de Monserrate, sin séquito ni pompa, en traje de peregrino, para poner todas sus empresas bajo la proteccion de la Virgen; el segundo, extinguir para siempre, siguiendo las huellas de D. Alfonso de Aragon y de su abuelo don Fernando *el católico*, los ódios y rivalidades que la imprudente y altanera conducta de D. Fernando *primero* el de Antequera habia contribuido á fomentar.

Don Francés entró en la real cámara al rayar el dia, y viendo al Príncipe fuera de su lecho y á medio vestir, le dijo:

—Mucho has madrugado hoy, primo Carlitos. ¿Vas á emprender algun viaje?

—Sí, le respondió el Rey; quiero subir á Monserrate y que el maestro y tú me acompañeis.

—Bastantes lobos habrá allá arriba, repuso el bufon, sin que llevemos el de Lovaina: pero ¿qué se nos ha perdido en Monserrate?

—He tenido esta noche una vision; la Virgen del Carmelo catalan ha revelado mi porvenir á una niña.

—¡Tu porvenir! ¡Estás en tu acuerdo, Carlitos! ¿Con qué para eso tenia tanto empeño de verte *La Garza Real*?

—¡Ah, bribon! ¿Cómo sabes que es ella la que ha estado aquí?

—¡Chúpate esa y llámame inocente! Lo sé, porque yo la he introducido. Ha llegado de Castilla con su padre, el buen Toribio Quincoces, quien por mas señas viene á pagarte con usura el beneficio que le hiciste; pero la fuente de natillas me ha dicho, que no podia pasar sin verte al instante y yo.... figurándome que traia el diablo en el cuerpo haciéndole cosquillas y que, pues es hermosa sobre todo encarecimiento, no te desagradaria su visita nocturna, la he animado para que entrase en tu estancia, haciéndome lenguas de tu honestidad. ¿Querrás creerlo, primo de mi alma? Me ha respondido con altanería, que aunque supiera hallar en tí al hombre mas disoluto y brutal del universo, no dejaria de cumplir su encargo, segura de tenerte á raya con un talisman prodigioso, que la escuda contra todos los peligros.

—Y ese talisman, Francesillo, es la Virgen milagrosa de Monserrate, en cuyo nombre me ha hablado.

—¡Bah! Esa niña se ha vuelto loca y te ha trastornado el seso.

—Verdad es... me lo ha trastornado, porque solo pienso en ella, porque mi corazon no puede ya vivir sin esa bellísima Maria.... Mas ¿en qué ha consistido que, al verla, espiraban en mis lábios las ardorosas frases de amor, que iba á pronunciar, y que al abrir mis brazos para estrecharla en ellos, negábanse mis piés á dar un paso hácia adelante? ¡Oh! No lo dudes.... algo de maravilloso hay en la aparicion de esa jóven.... la Virgen de la montaña ampara su inocencia, y.... yo creo.... creo firmemente lo que me ha anunciado, porque ya me siento otro hombre, porque mi corazon me dice que sus lábios no pueden engañarme.

—Confíame su vaticinio.

—Ha muerto mi abuelo Maximiliano y soy emperador de Alemania.

—¡Demonio! ¿Y eso lo asegura tan peregrina doncella? Voy cre-

yendo, primo, que si no anda en el negocio algun arte de hechicería, debe ser cosa celestial el aviso, con tal que los hechos no lo desmientan pronto. Por lo demás, no ignoro que nuestra hermosa *Garza* se ha visto en grandes aprietos y muy espuesta á perder su honor, y no parece sino que algun ángel la ha salvado por dos veces, haciendo en su favor un milagro. Ten asimismo como cierto, que á ella se debe la averiguacion de un crimen, que todavía está impune y que debes castigar, si aspiras al renombre de justo.

—¿Qué crimen? ¿Ha llegado á mi noticia?

—No. ¿Te acuerdas haberme oido decir alguna vez, que habia de contarte una historia curiosísima de tu ministro Chevres? Pues héme aquí dispuesto á entretenerte un rato.

—Antes que pases adelante, voy á darte una comision.

—Venga si es de provecho, que yo la desempeñaré á las mil maravillas.

—Guillermo de Croy ignora el paradero de su sobrino, el caballero Eduardo.

—¿De veras, primo?

—Al menos, así lo asegura con profundo pesar, y es necesario que averigües donde se halla, pues solo sabe que desapareció de la villa de Madrid.

—Averiguado está, primo Carlitos, y el tal caballero Eduardo de Chevres representa importante papel en mi historia.

—Ahora recuerdo, Francesillo, que segun tus palabras mismas, el padre de María ha llegado á Sarriá la pintoresca, como llaman á esta deliciosa comarca los hijos de la altiva Barcelona, con el único objeto de devolverme el servicio que le hice, cuando mandé al conde de Melito que le entregase su hija, injustamente encerrada en un claustro.

—Apuesto por quien soy, primo de Lucifer, á que solo te acuerdas de Toribio Quincoces, por tener un pretexto para sacar á colacion *La Garza*; mas ni por esas has dado en el blanco de interrumpir mi historia, porque el posadero de Rueda me ha traído el

documento que yo esperaba para referírtela, y ese es el servicio principal que te ha hecho, amen de los que resulten de sus revelaciones.

—¿Tan árduo es el negocio?

—Se trata de la muerte de mi inolvidable tío, el pobre cardenal D. Fray Francisco Ximenez de Cisneros.

—¡Ah! Muchas veces te he oído decir que fué ocasionada...

—Y te lo repito; por un empacho de lentejas en un banquete que dió, por mi consejo, á los Grandes de Castilla. Esa es la historia, y en ella figura el caballero de Chevres, dignísimo tío del otro, así como el otro era dignísimo sobrino del que tienes á tu lado.

—Mira, Francesillo, refiéreme ese cuento á tu modo y no me rompas mas la cabeza.

—Escucha pues el caso. Ya tienes noticia del banquete, y del atracon de cecina que se dió mi hermano el Almirante en nuestro palacio de Madrid: á ese banquete asistió el caballero Eduardo, y el caballero Eduardo tenia en su poder medio cuartillo de *agua clara de Rueda*.

—¿De agua clara de Rueda! ¿Qué significa eso?

—Rueda es una villa de buen vino y de esquisitas mozuelas, que está á la sombra de dos montes, segun se vá de Valladolid hácia Astorga, y produce un agua de maravillosos efectos, que conoce perfectamente tu primer ministro. Ahora bien; el caballero Eduardo estuvo en Rueda con mi tío el Cardenal, y allí adquirió por tres mil ducados el agua suficiente para matar un perro. Pregúntaselo á *La Garza* y á su padre Toribio.

—¡Ah! ¿Con qué ellos están enterados...

—Mejor que yo mismo; pero no me interrumpas. Desde Rueda se fué á Madrid el caballero Eduardo, despues de haber cumplido en Tordesillas el encargo que le diste para tu madre la reina doña Juana.

—Ahora recuerdo...

—Nada recuerdes, Carlitos, por los cuernos de Satanás, porque

si pierdo el hilo de la historia, te quedarás á buenas noches. El caballero Eduardo, como digo, se fué á Madrid; en Madrid dió mi tío púrpura el banquete á los magnates; en el banquete estuvo el sobrino de su tío, mano á mano, con el Cardenal de las lentejas y el Cardenal de las lentejas se sintió malo, desde ese día, de la dolencia que poco á poco le fué consumiendo hasta dar con él en el hoyo. ¿Comprendes para qué perro destinó el buen caballero de Chevres la famosa *agua clara de Rueda*?

— ¡Él...! ¡Sería posible...! ¿Con qué objeto?

— Con el de impedirte escuchar muchas cosas, que mi tío Ximenez tenia que comunicarte. Trae á la memoria las vueltas y revueltas en que te envolvió tu ministro, antes de hacerte llegar á Valladolid, y las falsas nuevas que nos llegaron, de que habias preferido la vuelta de Búrgos, para hacernos tomar aquella direccion.

— Las apariencias le acusan, pero eso no basta, Francesillo, pues ni está probado que él obrase de inteligencia con el caballero Eduardo para envenenar al virtuosísimo Regente de Castilla, ni que el caballero Eduardo haya cometido tan abominable crimen.

— ¡Hola! ¿Con qué la sangre flamenca te obliga á defender á los dos?

— Necesito la evidencia de su culpabilidad, para condenarlos.

— Has arrugado el entrecejo al pronunciar esas palabras, pero yo no te tengo miedo. ¿Creerás lo que declare el posadero Toribio Quincoces?

— ¿Estuvo en el banquete, ya que, segun supones, en él fué envenenado el gran Cisneros?

— No estuvo, Carlitos, no estuvo; ya te consta que yo no sé mentir.

— Pues no creeré lo que declare, ó al menos de nada me servirá creerlo.

— ¿Y lo que asegure *La Garza*?

— Si se halla en el mismo caso, tampoco.

— Testarudo eres como buen flamenco. ¿Y lo que atestigüe el

reverendísimo padre Ambrosio, guardian del convento de S. Francisco de Rueda de Medina? Te advierto, querido primo, que el susodicho Guardian se sentó en el banquete.

—Eso ya es otra cosa. ¿Vió el padre Ambrosio que el caballero Eduardo mezclase el *agua de Rueda* en alguna vianda, preparada solo para el Cardenal?

—Le vió turbarse y llamó su atencion el desasosiego que traia: por lo demás, hubo en aquella opípara cuchipanda un plato, del cual nadie comió mas que mi tio púrpura, á saber, un soberbio potage de lentejas.

—¿No vió otra cosa el Reverendo?

—No, Carlitos; la verdad ante todo.

—¿Y pretendes que yo castigue, fundándome en tan vagas informaciones? ¿Es esa la justicia que me recomiendas?

—Insufrible te vas poniendo de todo punto, primo Cárlos, y solo por compasion no te abandono á tus malos arranques. ¿Quién te ha clavado en el seso la idea de que yo pretendo que seas justo? Allá te las hayas, bendito de Dios, 'con tus procederes buenos ó malos, que no ha de ser el conde D. Francesillo quien responda de ellos. Lo único que queria ya está hecho; referirte la historia de la muerte del Cardenal lentejas, historia que muy pocos conocen y que es verdadera y fiel en todas sus partes. Y sino, veamos. Ya que no das crédito á Toribio, ni á *La Garza*, ni al padre Ambrosio ¿negarás tu fé á la confesion de tu ministro?

—¿Y esa confesion?

—¡Oh! Escrita está de su puño y letra. ¿No me has oido decir que el buen Toribio ha traído un documento para mi historia? Tiene la fecha del 15 de Agosto de 1517 y se despachó en la ciudad de Wormes.... Míralo.... míralo.... y despues que lo leas, dime en mis barbas, si te atreves, que todos hemos mentido.

El bufon sacó del bolsillo la carta de Chevres, que el posadero le habia entregado horas antes, de parte del Guardian de Rueda, y la alargó á D. Cárlos. Este la repasó atentamente, la dobló des-

pues con cuidado y guardándola en el pecho, dijo á Francesillo:

—Tráeme al punto recado de escribir. Quiero que el caballero Eduardo de Chevres sea preso donde quiera que se halle.

—¡Bah! le contestó D. Francés sin moverse; no te apures por él, que preso y bien preso está.

—¿En dónde?

—En las garras del Demonio!

—¡Ha muerto!

—A buena hora lo preguntas.

—¿Y quién ha usurpado sus derechos á la justicia del Rey?

—Una buena espada, que en ocasiones es mucho mas ligera que el verdugo.

—Nombra al asesino.

—Ese es caso de conciencia, Carlitos, y solo se lo revelaré á mi confesor, si se empeña en ello. Mi parecer es que no busques á nadie para hacerle pagar esa muerte, porque el caballero Eduardo espiró con mas honra que la que merecia, y á manos de un valiente y de un noble.

—¿Fué en duelo?

—En duelo fué.

—Bien está; yo daré la noticia á su tio. Avisa á mi maestro Adriano la determinacion que he tomado, de visitar el monasterio de la Virgen de Monserrate.

Contento Francesillo porque sus tiros habian dado en el blanco, salió de la estancia, á fin de preparar todo lo necesario para la excursion á la célebre montaña, sobre la cual se elevó, cuando dominaban el mundo los romanos, el templo de la Vénus impúdica y en donde, despues de su destruccion, tuvo la Virgen aparecida á Gundemaro obispo de Ausona, una pobre capilla, que mas tarde se convirtió en suntuosa morada, digna de su magestad y grandeza, por los cuidados de Wifredo el velludo, segundo conde de Barcelona.

Dos dias despues subió el príncipe D. Cárlos á Monserrate con su bufon y con el cardenal Adriano de Utrech. Llevaban los tres sen-

dos ropones, sombreros y báculos de peregrinos, y al llegar al átrio del monasterio se descalzaron humildemente. De pronto llegó á sus oídos un extraño rumor, y cuando quisieron enterarse de las causas que lo producian, observaron que se echaba fuera del recinto del templo un caballero armado de todas armas, al que seguian otros muchos lujosamente ataviados, con pendones y banderas de acompañamiento. Don Cárlos hizo seña á su maestro y á D. Francés para que se hiciesen á un lado, hasta que pasase la comitiva, pues no queria ser conocido, ni mucho menos que se le tributasen honores de Rey, allí donde todos los honores del mundo eran pocos para la Reina del cielo; mas el guerrero que iba á la cabeza, vió á los tres peregrinos y dirigiéndose hácia ellos y saludándoles cortesmente, díjoles en desaliñado idioma provenzal:

—La necesidad, mas bien que un pensamiento curioso, me obliga á preguntaros, devotos peregrinos, si llegais de Barcelona.

—Poco mas ó menos, señor Cid Campeador, le respondió Francésillo con petulancia; hemos salido de sus inmediaciones.

—En tal caso, repuso el extranjero, bien podreis informarme de lo que deseo saber. Nosotros hemos desembarcado en la ciudad de Mataró y buscamos al rey D. Cárlos *primero* de España.

—¿Y qué le quereis? preguntó el bufon, despues de guiñar un ojo al Príncipe.

—Eso no os incumbe, buen peregrino; pedid á la Virgen de este sagrario, cuya fama ha llegado hasta nuestras lejanas tierras, que interceda con Dios por vuestras culpas, y no os metais en averiguaciones que no os importan. Decidme si os place ¿hallaremos á Cárlos de Gante en Barcelona?

—No le hallaréis, caballero de la mostaza.

—¿En dónde se encuentra ahora?

—Aqui, contestó el Rey adelantándose. Conde Palatino ¿qué nuevas me traeis de mi abuelo el emperador Maximiliano?

El guerrero se hizo dos pasos atrás, reconoció á D. Cárlos mas bien por la voz que por su fisonomía y replicó con respeto:

—Señor, el César ha dejado de existir.

Y haciendo una señal á los pendones, estos se inclinaron ante el jóven monarca, al paso que todos los señores alemanes doblaban la rodilla. Entonces añadió el Conde:

—La Dieta reunida en Francfort ha elegido nuevo gefe para el imperio.

—¿Quién es? preguntó D. Carlos.

—Vuestra Alteza, señor: esta es la embajada que los Estados alemanes envian al emperador Carlos V.

—¡Viva el Emperador! gritaron al mismo tiempo todos los de la comitiva.

—¡Virgen de Monserrate! exclamó el Príncipe; á tu divina proteccion debo tan señalada victoria; tú me la has conseguido.... tú me la has anunciado, enviándome desde lo alto de esta portentosa montaña una misteriosa mensajera. ¿Qué mucho pues, que yo pise descalzo el suelo bendito de tu morada? ¿Qué mucho, que me cuente desde hoy en el número de tus mas reconocidos esclavos? Mi madre, la reina doña Juana, te llama *la milagrosa*; yo te llamaré la égi-da salvadora de los reyes. Señores, prosiguió dirigiéndose al conde Palatino y á los suyos, entrad conmigo en el santo recinto de la Madre de Dios y pedidle sus auxilios para mis empresas contra el Rey de Francia; arrojad á los piés de la Virgen de Monserrate mis pendones y banderas, y nunca la olvideis en los azares peligrosos del mundo, ni en el horrible estruendo de las batallas.

El conde Palatino del Rhin, Mercurino Gatinara, que con la embajada volvia para ejercer las funciones de su cargo en España, los caballeros de Stenbeilt, de Arsloff y de Lieuwen, enviados de la Dieta, así como los demás que componian la embajada, se descalzaron y siguieron al Príncipe hasta el sagrario de la Virgen montañesa. Tambien se veia entre ellos, á pesar de su humilde condicion, al cervecero Upsal, cuyos amigos habian apoyado en las ruinas del Fik-Glowen, contra el presidente de los *Hijos del puñal*, el noble y decidido arrojo del conde Palatino. Éste habia premiado la adhesion

y valentía, con que el leal adepto habia castigado las intrigas y maquinaciones del duque de Lincoln, al paso que le salvó la vida, nombrándole su mayordomo y haciendo que le acompañase á España, para recomendar sus servicios al nuevo César. Postróse éste humildemente ante el altar y su corazón transmitió á sus labios tiernísimas acciones de gracias, por el anhelado triunfo que acababa de obtener sobre sus orgullosos competidores. Después rindió las banderas y pendones del imperio germánico á las plantas de la Virgen prodigiosa, y se retiró al palacio de Sarriá, no como oscuro peregrino, sino con la pompa y ostentación debidas al primer monarca de Europa.

La visita de Carlos de Gante al santuario catalán fué fecundísima en resultados, ya prósperos, ya tristes para España. Desde aquellos imponentes riscos abarcó su mirada de águila el orbe entero y de todo se creyó capaz, porque estaba seguro de la protección de Dios. Rey poderoso de Castilla, dueño absoluto de riquísimas posesiones en América, poseedor legítimo de la gran corona de Carlo Magno ¿qué le faltaba? Una hueste aguerrida que oponer á la soberbia y al carácter emprendedor de Francisco *primero*. Con esa hueste soñó en sus deliciosas soledades de Sarriá, en su vuelta á Barcelona y después á Castilla; pero antes de abandonar la antigua mansión de recreo de los Condes y de los Reyes, cumplió dos ofertas que habia hecho en Monserrate.

Envió á la Virgen una magnífica lámpara de plata maciza, y á Fray García de Cisneros, sobrino del famoso Cardenal y abad del monasterio, el título y prerogativas de *Sacristán Mayor de la corona de Aragon*.

PARTE SEGUNDA.

COMUNEROS É IMPERIALES.

CAPÍTULO I.

En que el posadero de Rueda de Medina parece que no vé gota, aunque tenia muy buenos ojos.



ANTES de que la corte se moviese de Barcelona, llamó el conde D. Francés cierto día á Toribio Quincoces, y le dijo con gran misterio:

—El Rey ha mandado á su Tesorero mayor que te entregue mil escudos de oro. ¿Sabes para qué? Para que te vistas á uso y estilo de corte, á fin de que puedas desempeñar dignamente el cargo de proveedor de su mesa.

—¡Yo! exclamó el posadero santiguándose. ¿A qué milagro debo tan alta merced?

—A la mensajera de la Virgen de Monserrate y al nigromántico del Príncipe, repuso el bufon sonriéndose con malicia.

—Esplicaos por Dios, pues esa nueva inesperada me confunde.

—El negocio es muy sencillo: tu hija anunció á Carlitos que ya era Emperador, y á las pocas horas llegaron los embajadores de Alemania á ofrecerle la corona y el cetro de los Césares; él, que nada olvida, ha dispuesto premiar á tu hermosa *Garza*, la que, acá para nosotros, no le ha parecido grano de anís; y como el medio mejor de agradecer el servicio y sobre todo el júbilo que le causó la aparicion de María en el palacio de Sarriá, es atraerte á su persona, porque te tiene por hombre fiel, ha consultado el asunto conmigo. Yo, querido de mi alma, hubiera preferido nombrarte capitan de tercios, chambelan, arzobispo, consejero... en fin, alguna cosa por el estilo; mas he tropezado con la invencible dificultad, de que para nada de eso sirves: hé aquí, sin embargo, que cuando mas discurría acerca de lo que podríamos hacer de tí, se le antoja al Rey hablarme de su ministro Chevres. Ya está hecho, murmuré para mis vigotes; el buen Toribio ha sido posadero allá en Castilla y si le nombramos proveedor, no nos moriremos de hambre. Ya lo ves; cada uno para lo que ¡ha nacido. El Rey está muy contento porque le he sacado de apuros y cádate cortesano.

—Gracias, gracias, señor Conde, dijo Quincoces temblando de gratitud y de alegría. Yo besaré los piés á Su Alteza, por los favores que me otorga.

—Te aconsejo, replicó D. Francés, dándole una palmadita en el hombro, que hagas otra cosa de mas provecho.

—¡Oh! Todo cuanto me ordeneis.

—¿Sí? Pues mira, Toribio; ¡procura casar cuanto antes á *La Garza*.

—¿Por qué tanta prisa?

—Cuando yo te aseguro que el caso es urgente....

—Ya.... ya.... vos debéis saber algo que no queréis descubrirme, y yo os debo demasiado para pretender.... pero mi María ha dejado en Castilla dos galanes.... el capitan D. César de Mendoza, cuya mano juró no aceptar, por la persecucion que sufrió de

su familia, y el alférez D. Fernando de Alarcon, á quien no he visto desde la noche, en que el alcalde Ronquillo fué á mi casa con sus alguaciles.

—No importa; cájala pronto con cualquiera de los dos... cájala... cájala... porque el honor de las doncellas hermosas peligrá mucho en la corte.

—¡Bah! Mi María es muchacha de juicio y admás tiene por protectora á la Virgen de Monserrate. Pero decis bien, señor nigromántico; la muger necesita marido, para que la sirva de sombra y escudo en sus azares: pensaré pues en el acomodo de mi hija, aunque esto no podrá hacerse hasta que estemos de vuelta en Valladolid.

—Si no esperas mas que eso, pronto se cumplirá tu gusto, ya que no permaneceremos en Barcelona ni cuatro dias. Y ahora que me acuerdo ¿no tienes curiosidad de ver cómo sacan á la vergüenza y azotan y dan un garrote muy apretado á cierta muger malvada, en esta gran ciudad de Barcelona?

—¿Justicia tenemos? ¿Cuándo se hace?

—Mañana, por mandato del Príncipe.

—Vamos.... vamos.... ¿Con qué empieza á enseñar los dientes el mozo? Mas vale así para escarmiento de pícaros.

—Muchos hay en el mundo, amigo Quincoces; pero ¿en qué quedamos? ¿Quieres ó no quieres presenciar la ejecucion?

—Hogaré de ver el castigo de esa infeliz culpable; he oido asegurar que es un espectáculo aterrador y curioso.

—Hé aquí como has de conducirte. Buscarás al Tesorero mayor, y luego que te entregue los mil escudos de oro, comprarás calzas, gregüescos, ropilla y toca, si es que no prefieres chambergo á la flamenca; con ese avio y con tu espada....

—¡Espada tambien!

—¿Pues no eres hidalgo? Todo el que desempeña un cargo en la corte descende de noble cuna; si te faltan pergaminos, yo te armaré caballero y váyase lo uno por lo otro. ¿Conoces al mayordomo del

gran conde Palatino, que ha venido á España á hacer bueno el pronóstico de *La Garza* en el palacio de Sarriá?

—¿Es el mismo que se dá el nombre de Roberto de Upsal?

—Y que al paso que lleva, no tardará en titularse baron del imperio, porque ha subido á Maestresala. ¿Qué te parece que hacía ese bueno de Upsal en Francfort?

—Solo sé que anduvo á puñaladas con sus amigos, cuando se trató de elegir por emperador al principe D. Carlos.

—Vendía cerveza, señor proveedor de la mesa del Rey de España, y el tal ejercicio es mucho mas humilde que el de propietario de una posada en la muy ilustre poblacion de Rueda de Medina. ¡Ah, codiciosos alemanes! ¿Os empeñais en convertir á vuestros taberneros de la Dieta en grandes potentados? Yo os haré comprender antes de mucho, que los posaderos de Castilla no les van en zaga. Pero olvidemos al traficante en cerveza, bebida compuesta de hiel y de rejalgar, indigna de gargantas españolas, y atendamos á nuestros negocios. Procura ataviar tu persona, como corresponde al que se halla bajo mi proteccion y al servicio del Rey, y mañana me acompañarás á la fiesta que debe proporcionarnos la justicia. Te doy mi palabra de que ha de sorprenderte mucho.

—¿Tan famosa es por sus crímenes la sentenciada?

—No ha cometido mas que uno, que sepamos, pero se la juzga capaz de dar al traste con medio mundo.

—¿Y á qué se reduce el delito, que tan horrible pena merece?

—A una friolera.... á un tráfico inocentísimo; esa pobre muger vendió á cierto magnate, habrá unos tres ó cuatro años, medio cuartillo de *agua clara para matar un perro*.

—¿Qué decís!.... ¡Dios soberano!.... ¡Poncia!.... ¡Desventurada Poncia!

—Ese es justamente el nombre de la sentenciada.

Tan grande, tan profunda sensacion hizo en Toribio esta inesperada nueva, que le trastornó de todo punto obligándole á dejarse caer en un sitial del aposento, que precedia á la cámara del Rey. Al

mismo tiempo se abrió la puerta de la antecámara, y una figura fantástica de puro graciosa y esbelta se precipitó en la estancia. Era María con la espresion del espanto revelada en su rostro y lleno de amargura el corazón; era la hermosa *Garza* con sus largos cabellos esparcidos, con sus ojos preñados de lágrimas, que se dirigia á las habitaciones del Rey-emperador. Un acento fatídico que habia escuchado en la calle, el pregon de la sentencia de su madrastra, que se publicaba por toda la ciudad, habia inspirado á la pobre niña una resolucion heroica, bien persuadida de que, llevándola á cabo, no hacia mas que cumplir con sus deberes. Al ver á su padre y á D. Francés se detuvo sobrecogida; el primero se levantó con ligereza, pasóse la mano por la frente, como si quisiese separar de ella algun peso insufrible y el segundo se cruzó de brazos, adivinando desde luego los motivos de la aparicion de Maria. Ésta, que observó el asombro de Toribio, corrió hacia él exclamando tristemente:

—¡Lo sabeis, padre mio!... ¡Lo sabeis!... ¡Os han hablado de que vá á perecer en un patíbulo!... ¡Ella!... ¡Ella!

—Todo ha llegado á mi noticia, respondió Quincoces aturdido y abrazando con ternura á su hija; pero ¿qué hemos de hacer?

—¡Qué! repuso ella animándose por grados. ¿Me preguntais lo que debemos hacer en lance tan apretado, cuando la vergüenza pública, los azotes y el cadalso con su ignominia amenazan á la que ha sido y aun es vuestra legítima esposa?

—Nadie conoce la familia de esa mala muger, observó Francesillo, á quien no agradaba el sesgo que iba tomando el negocio.

—La conoce Dios, caballero, que no nos ha de juzgar por apariencias, como nos juzga el mundo, sino por nuestras acciones y pensamientos, replicó la doncella con altivez. Nuestra obligacion es arrojarlos á las plantas del príncipe D. Carlos, descubrirle las relaciones que nos unen á esa desgraciada, que ha sido mi mas implacable perseguidora, y pedirle clemencia para sus crímenes: si no la alcanzamos, huiremos de la corte para siempre, porque la infamia del suplicio de Poncia manchará nuestros rostros; si por nuestros

riegos se salva, el Rey decretará sobre nuestra suerte, y obedeceremos sus órdenes sin quejarnos.

—De modo, preciosísima *Garza*, que te has empeñado en trastornar todos mis planes.... No sucederá tal, viven los cielos. Tu padre, el honrado Toribio, tiene cargo en la corte y no es cosa de que lo pierda por todas las Poncias del mundo nacidas y por nacer.

—Dejadme en paz, caballero, con vuestros cargos y honores; si mi padre se niega á acompañarme, yo sola me presentaré al Rey.

—Así como así, ya que te ha dado hoy la manía de aguaros la diversion de mañana, mejor será que Toribio te espere aquí. ¡Es mucho enredo! ¡Privar á dos hombres de pró como nosotros del contento que debe producirnos tan alegre fiesta! Porque ¿no es alegre en efecto, ver azotar en las esquinas de las calles á semejante alimaña?

—Se trata de la muger de mi padre.... de mi madrastra.... ¿Ignorais que hace mucho tiempo perdoné sus ofensas?

—Con tu pan te lo comas, *Garza* de los diablos; perdona cuanto quieras á esa pícara, que mata á los hombres con agua y que vende el honor de las jóvenes puestas bajo su custodia por un puñado de oro; lo único que me disgusta es, que si el Rey la perdona como tú, no la veré hacer muecas para burlarse del verdugo. ¿Qué dice á todo esto el proveedor de nuestra mesa?

—Que no se ha hecho la felicidad para mí.... que he nacido en mala estrella, murmuró Quincoces, suspirando con amargura. Vete.... vete, María, porque eres una santa y siempre obras como inspirada por el mismo Dios; ruega al Rey por la vida de Poncia y luego.... si accede á tus súplicas.... ¡cómo ha de ser!.... volveremos á nuestro pobre rincón de Rueda.

—Tan loco el padre como la hija, gritó Francesillo. ¿Qué dirán mañana los catalanes, cuando se encuentren sin lo ofrecido en los pregones? Que el nuevo Emperador no tiene palabra, ni.... pero paciencia. ¿En tanta estima teneis el perdon de la envenenadora? Pues bien; consiguiendo y buen provecho os haga; mas despues que

lla ande libre por el mundo, guardaos del agua clara de su tierra, porque he llegado á figurarme que debe ser tan agradecida como el liablo.

—No importa, dijo María; cumplirá como quien es y yo quiero cumplir como quien soy.

Al pronunciar estas palabras, se encaminó la animosa jóven á la real cámara, mas no tuvo tiempo para entrar en ella, porque al mismo tiempo se presentó Cárlos de Gante en el umbral, con un pergamino en la mano.

—¿Qué traes de bueno por aquí, primo del alma? le preguntó Francesillo, al paso que Toribio empezó á temblar y María clavó sus miradas en el suelo.

—El perdon de esa muger condenada por mi justicia, respondió el Rey; y añadió alargando el pergamino al posadero: entrega esto al alcalde Bonquillo que ha llegado de Madrid para prender y sentenciar en Barcelona á los cómplices de Eduardo de Chevres; él la pondrá en tu poder y tú, por tu propia autoridad, razon y derecho, la encerrarás en un claustro por toda su vida.

Quincoces recibió el pergamino sin saber lo que le pasaba, besó la mano al Príncipe deshaciéndose en lágrimas y desapareció. María se precipitó á los piés de D. Cárlos, que la levantó cariñosamente, mientras murmuraba Francesillo meneando la cabeza:

—Malo.... malísimo.... el negocio se complica y ya tenemos desbaratada la fiesta; me voy de aquí.

—¿Estás de mal humor, tunante? le preguntó el Rey.

—¿Qué he de hacer, si ya no me necesitas? respondió el bufon. Tengo que buscar acomodo en otra parte, porque me has quitado uno de mis cargos.

—¿Cuál?

—El de espía, que me otorgó la liberalidad del Cardenal lentes, y que he tenido hasta hoy en tu corte.

—No negaré que acabo de escuchar tu conversacion con María, con la inolvidable mensajera de la Virgen de Monserrate.



El perdon de esa muger condenada por mi justicia.

—Y sus poderosas razones te han hecho tanta fuerza en el ánimo, que no has querido esperar su petición en favor de esa envenenadora, para despacharla favorablemente. Bien, primito de mis ojos, bien por tus pecados.

—He dispuesto dar á María una prueba, de que todo lo concederé á su ruego.

—En tal caso, voy á decir ahora mismo al lobo de Lovaina, que se marche á Roma y que se esté allí quietecito hasta que muera el Papa. En cuanto á Chevres, ya discurriré otro medio de hacerle abandonar tu corte.

—Sepamos las causas que puedes alegar, para dejarme sin ministros de la noche á la mañana.

—Una sola, Carlitos, pero que vale por veinte; la razón sencillísima, de que tu verdadero ministro es *La Garza Real*.

—¡Oh! Si la tuviera siempre á mi lado, me obligaría á ser un gran emperador. Desde la noche venturosa, en que me rebeló mi destino.....

—¡Eh, primo, primo....! No digas mas disparates; repara que te está oyendo y que vas á perder, con la confesion estrambótica de tus sensaciones secretas, todo el mérito del perdon, que has concedido á la sentenciada.

Don Cárlos se mordió los lábios, pues no pudo menos de conocer que era justísima la advertencia de D. Francés. Éste sin embargo se habia equivocado de medio á medio, al suponer que María escuchaba las razones del Príncipe: herian sus oídos como un suave murmullo, pero su pensamiento vagaba entre memorias de unos lances, que la habian traído á la situación peligrosa en que se hallaba; y al considerar, que el encuentro de D. César en el camino de su apenas comenzada vida, y luego el cariño de Alarcon y las maldades de su madrastra, acababan de ponerla á merced del mas impetuoso monarca de Europa, se estremecía sin atreverse á descorrer la punta del velo, con que la Providencia ocultaba su porvenir. Sondeaba no obstante su propio corazón, y en vano discurría qué se habian

hecho en él los recuerdos que habia dejado la conducta noble y generosa del valiente alférez de los tercios reales; todos se habian desvanecido, y aquel corazon solo conservaba un sentimiento de afectuosa amistad á favor del jóven, que despues de haber hecho huir á los esbirros del general Hurtado de Mendoza, la preguntó con apasionadísimo acento, si amaba al capitan D. César. En vez de aquellos recuerdos..... María no osaba creer lo mismo que sentía..... en vez de aquellos recuerdos, su débil corazon volaba hácia otro mortal que lo habia fascinado y seducido, y ella que preveía los sinsabores y tormentos de un amor imposible, procuraba ahogarlo con todas sus fuerzas dentro de su pecho, antes que los suspiros lo revelasen. ¡Pobre mensajera de la Virgen de la montaña! La noche de Sarriá fué la última de su reposo en la tierra: Carlos de Gante oyó aquella noche, que la voluntad de Dios le daba un imperio; mas no supo qué corazon habia conquistado.

Y Carlos amaba ya á María, desde aquella misma noche, con todo el ardor, con toda la impetuosidad de sus pocos años; y creia en ella como en un oráculo; desde que su anuncio misterioso se habia confirmado dos dias despues en el monasterio de Monserrate. Era con todo sobrado magnánimo, y rayaban á muy grande altura sus pensamientos, para que le hubiese ocurrido hacer de tan virtuosísima doncella su concubina, é ignoraba por otra parte las complicaciones, los obstáculos, la animadversión que podria suscitar en Alemania y en Castilla la idea de sentar en el trono á una jóven de nacimiento oscuro. ¿Qué era pues lo que apetecia el apasionado Príncipe? Amar y ser amado, dejando que el tiempo y su próspera fortuna le allanasen el camino, de modo que algun dia le fuese dado cumplir á María la promesa que la hizo, de llamarla su *Garza Real*.

Ésta se retiró acompañada de D. Francés, con el objeto de reunirse á su padre, quien sin detenerse un instante habia volado á buscar al alcalde Ronquillo, para hacerle saber la voluntad del Príncipe, respecto á la señora Poncia. Ésta habia huido á Valladolid, en consecuencia del aviso que recibió de D. César de Mendoza, para

que se guardase del resentimiento de Toribio, llevándose, como ya saben nuestros lectores, lo mejor que en ropas y alhajas tenia el último en su casa de la calle del *Almendro*: mas quiso su mala suerte, que en dicha ciudad la encontrase el padre Ambrosio, por haberse detenido allí antes de pasar á su convento de Rueda de Medina, y juzgó prudente que la justicia se asegurase de su persona, tanto para quitar á tan mala muger ocasiones de hacer daño á sus semejantes, impulsada por su desenfrenada codicia, como para tener siempre á mano un testigo irrecusable del envenenamiento del Cardenal regente. No obstante su buen deseo, demasiado conocia el Guardian que, hallándose tan principalmente interesado en el negocio el ministro Chevres, como cómplice de su sobrino en la muerte de Cisneros, no debia contar con la ayuda de los flamencos para proceder á la acusacion de aquel poderoso magnate, que no podria menos de ser una consecuencia inmediata del arresto de la señora Poncia, supuesto que la primera y mas convincente prueba contra ésta habia de ser la carta escrita y firmada en Wormes por Guillermo de Croy. Así pues, creyó del caso valerse de un hombre, cuyo rigor en el cumplimiento de sus deberes empezaba á ser proverbial y que, andando el tiempo, dió en Castilla irrecusables testimonios de ser un verdugo sin entrañas: este hombre era el alcalde Ronquillo, que se preciaba de sustanciar un proceso y de conducir á un acusado al patíbulo, en menos horas que otros emplearian para tomarle su primera declaracion, y el padre Ambrosio imaginó encontrar en él lo que en vano hubiera pretendido de muchos jueces, amedrentados por la insolente y escandalosa tiranía de los flamencos. Escribióle pues á Madrid refiriéndole todo el caso, precisamente cuando Toribio partió para Zaragoza, á pedir al Rey justicia contra los desafueros del padre de D. César; y Ronquillo, que desde luego vislumbró en el asunto un gran negocio judicial y que á mayor abundamiento habia debido su vara y sus adelantos al difunto Regente, léjos de despreciar tan importante aviso, apareció en Valladolid, y despues de conferenciar con el Guardian del convento de

Rueda, sacó una cópia testimoniada de la carta de Chevres y procedió á la prision de la muger del posadero.

La señora Poncia, humilde hasta la bajeza en la desgracia, como todos los malvados, confesó quanto quiso el terrible alcalde; en dos dias terminó éste la causa, bastándole para probar el delito la terminante declaracion del padre Ambrosio y el documento acusador fechado en Wormes, pues aunque la culpable trató de alegar en un principio que ignoraba el uso, que el caballero Eduardo de Chevres se habia propuesto hacer de aquel fatal medio cuartillo de *agua clara*, Ronquillo la abrumó con los tres mil ducados, que aparecian en la deposicion del Guardian, y desde entonces nada tuvo que oponer para justificarse. Su inexorable juez pronunció contra ella sentencia de muerte, mas antes de ejecutarla dió cuenta al Rey, y éste le ordenó que pasase á la corte llevando consigo bien custodiada á la señora Poncia, por lo que el alcalde se puso en camino para Barcelona, pues sabía que D. Cárlos se disponia á hacer en breve su entrada en esta ciudad. Toribio entre tanto habia vuelto á Madrid con el mandato del Rey para el general Mendoza, y poco despues salió para Rueda de Medina con su hija, á fin de pedir al padre Ambrosio la carta original de Wormes de parte del conde D. Francés. Dióselo el Reverendo, mas nada le dijo del mal paso en que se veia su muger, por no contristar su ánimo, y el posadero y María se apresuraron á llegar á Barcelona. Ya hemos visto que la última, antes de ver al Rey, para darle gracias por el beneficio que la habia dispensado, haciéndola salir del convento de Santo Domingo el Real de Madrid, subió á Monserrate, para convertirse en mensajera de la madre de Dios.

Don Cárlos sabía ya la historia del envenenamiento del gran cardenal Ximenez, antes que Francesillo se la refiriese en el palacio de Sarriá, pero fingió enojo porque se acusase á su ministro Chevres sin pruebas, recusando cuantas aducia el bufon, hasta que éste produjo la carta de Wormes, remitida por el padre Ambrosio, por el conducto de Toribio. Entónces, segun queda consignado en

su lugar, se contentó con doblar cuidadosamente aquel importante escrito y guardarlo, sin dar á D. Francés esplicacion alguna acerca de sus intentos.

Motivos poderosos, aunque secretos, tuvo el Príncipe aquella noche para seguir esta conducta. El anuncio de su elevacion al trono imperial, que acababa de oír por boca de María, no solo alhagaba sus deseos, sino que parecia realizar el sueño dorado de todos sus instantes. En efecto, desde su venida á España, que habia retardado mas de lo conveniente, por el temor de perder la corona que debia heredar de Maximiliano, cuyos achaques le arrastraban visiblemente hácia el sepulcro, todos sus pensamientos se dirigian á Alemania, como que solo en su suelo podia concertar los vastos planes que fermentaban en su juvenil y ardiente imaginacion, contra la sed de gloria y de conquistas de su rival Francisco primero de Francia. Érale pues preciso no desentenderse de lo mucho que su ministro valía en los Estados germánicos, y aprovecharse de su notoria habilidad diplomática, para comprometer á la corte pontificia, quitando esta aliada poderosa á su aventurero competidor. Inmensa popularidad hubiera grangeado ciertamente á Cárlos de Gante el público castigo de Chevres; pero renunció con gusto á la satisfaccion de su amor propio, por atender con preferencia al afianzamiento de su poder. A estas razones debemos añadir otras de no menor peso en aquellas dificiles circunstancias, á saber, que el descontento de la nobleza no habia desaparecido, supuesto que donde quiera que él no estaba presente, se erguia amenazadora, quejándose de que no se la confiriesen los cargos públicos de mas importancia; que en Valencia se habia alborotado el pueblo contra las vejaciones, injusticias y atropellos de los magnates, viéndose las hermandades de las artes y oficios en el caso de armarse y unirse estrechamente entre sí bajo el nombre de *Germanía*, poniendo en terrible aprieto las vidas y haciendas de los señores principales, y que, por último, muerto el cardenal Ximenez de Cisneros, ningun ministro podia competir con Guillermo de Croy en la gobernacion

del Estado, aunque oscurecia sus grandes cualidades para el manejo de los mas árdúos negocios una rapacidad, de que presenta pocos ejemplos tan escandalosos la historia. Don Cárlos pues no quiso privarse del talento de Chevres, hasta que pudiese hacerlo sin peligro de que zozobrasen sus grandes proyectos.

Los historiadores, sin desentrañar las causas del acrecentamiento de los desórdenes en el reino de Valencia, las achacan al jóven Emperador. Pocas palabras bastarán para sincerarle de semejante cargo, injusto á todas luces. Es indudable que las *Germanías* no se alzaron contra los derechos del Príncipe, como en su primera junta lo hicieron las cortes convocadas en Valladolid y luego las de Zaragoza, sino contra sus propios nobles, que pretendian volver al goce de las insufribles prerogativas que sábiamente habian restringido los Reyes católicos, y constituirse en verdaderos tiranos de los pueblos. Cuando los señores encontraron en ellos una resistencia inesperada; cuando las *Germanías* se mostraron pujantes, amenazando á sus opresores con la destruccion y la muerte, acudieron éstos al Rey, pidiendo que se recogiesen á los *agermanados* las armas que tenian concedidas. Don Cárlos se preparaba á dejar á Barcelona cuando le llegaron estas nuevas, y á fin de evitar que los dos partidos, el del pueblo y el de la nobleza, llegasen á las manos, juró solemnemente la observancia de las leyes y privilegios de Valencia, convocó las cortes en esta ciudad y envió para presidirlas al virtuosísimo obispo de Tortosa. Inútiles fueron sin embargo sus eficaces deseos de conciliacion, porque ni la nobleza ni el clero quisieron reconocer los poderes del obispo, antes bien amenazaron con retirarse á sus tierras y vender caras sus vidas, alegando que para castigar á las *Germanías*, mas del caso les era un buen golpe de tropas que una mitra catalana. Irritóse D. Cárlos al enterarse de la conducta de los orgullosos magnates, y queriendo hacerles comprender que habia pasado ya el tiempo, en que los Reyes temblaban ante su poderío, confirmó todos los privilegios de las hermandades de Valencia, diciendo á los mensajeros de los señores,

que en su voluntad consistia, que el pueblo le diese hecho y derecho lo que la nobleza le negaba.

Esto bastó para que las *Germanías* cobrasen nuevo ánimo y prosiguiesen las turbulencias.

Hemos dicho que Toribio corrió á buscar al juez de la señora Poncia para entregarle la órden de D. Cárlos. Hallóle en la cárcel pública tomando declaraciones á otros presuntos reos por diferentes causas, pues aunque en Barcelona no tenia jurisdiccion, eran tan grandes su actividad y celo por administrar justicia, que hasta aquellos, cuyos procesos no le competian, estaban espuestos á sufrir en todas partes el despiadado rigor de su carácter tan cruel como inflexible. Leyó con atencion y respeto el pergamino real, cogió la pluma y despues de menear tres ó cuatro veces la cabeza, escribió al pié del documento ó mandato la palabra *Cumplido* y despues su nombre, con tales garabatos y enredos de caligrafía, que aquello mas se asemejaba á un cangrejo en geroglífico, que á una firma (1).

Despues de esta operacion dijo á Quincoces:

—Mucho valimiento debes tener con el Rey, amigo mio, para haberme quitado ese colgajo de horca.

—Su Alteza, respondióle el posadero cándidamente, ha escuchado desde su cámara los buenos oficios, que iba á dirigirle mi hija en favor de esa infortunada y se nos ha aparecido con el perdón, cuando menos le esperábamos.

—¡Tu hija! ¿Con que está tu hija en esta ciudad? preguntó el alcalde aparentando sorpresa.

—¡Bah! ¿Pues no sabeis que la traje en mi compañía, cuando vine de Madrid?

—Pues hiciste mal, porque esa virtuosísima doncella recibirá mal pago de su generosa accion. La tal Poncia es el mismo diablo en figura de muger.

(1) Véase el fac-símile que publicamos de la de tan célebre personaje.

—Ahora recuerdo, señor alcalde, que en Madrid no teniais tan buena opinion formada de mi pobre María.

—¿Qué quisieras que hubiera hecho entónces? En este mundo es preciso que los hombres marchen con las circunstancias, y yo no podia figurarme, que el conde de Melito dispusiese el encierro de una jóven tan inocente y tan pura.

—¿Y qué os convenció de que os habiais equivocado?

—¡Toma! La órden que el Rey te dió en Zaragoza para que el mismo general D. Diego la pusiese en libertad.

—¡Ah! ¿Con que lo supústeis, á pesar de no hallaros ya en Madrid?

—Yo lo sé todo, amigo mio, y te aseguro que si quieres, estás destinado á hacer principal figura en la corte.

—Si os burlais, señor alcalde, sabed que desde hace una hora puedo ofreceros mis servicios, como proveedor de la mesa del Rey.

—¿No lo dije? Está visto que nada puede negar S. A. á la mensajera de la Virgen de Monserrate.

—¿Tampoco ignorais eso? Pues bien; la mensajera nada ha solicitado ni solicitará, porque no debe hacerlo.

—¿Ni el perdon de la envenenadora?

—Es la única gracia que estaba dispuesta á pedir, cuando se la encontró concedida.

—¿Y te cayó tambien como llovido del cielo el cargo de proveedor?

—Justamente, señor alcalde.

—¿Sabes que es mucha casualidad? Vuelvo á repetirte, que harás en la corte principal figura.

—Etais en un error, porque hoy mismo saldré de ella.

—¿Y á dónde bueno?

—A encerrar á la señora Poncia en estrechísimo claustro y á meterme despues con mi María en mi posada de Rueda.

—No sucederá eso último, por todos los santos del cielo, si sigues los consejos de un buen amigo, que entiende de negocios mu-

cho mejor que tú, y que sabe perfectamente á lo que te espones. Así pues voy á hablarte claro, como si me viera en el último amargo trance de la vida, y despues elegirás el partido que mas te acomode, de los dos que voy á proponerte. Si dejas el cargo que hoy te ha valido la influencia de tu hija, seguramente no te lo perdonará el Rey. Este es el punto primero y principal, que no debes echar en olvido. Si llevas á esa maldita Poncia á un monasterio por tu propia autoridad y sin que la justicia intervenga en el negocio, nunca lograrás tenerla bien guardada, y ella, que puede dar quince y falta al mas avisado enrededor de estos reinos y señoríos, hallará coyuntura para escaparse de su encierro y darte algun mal rato que te pese. Ahora bien; dime con lisura si te agradará, que esa harpía con faldas pueda vengarse de tí y de tu María, cuando mas segura la creas entre cuatro paredes.

—Habeis puesto vuestra pica en Flandes, señor Ronquillo; no me acomoda la proposicion.

—Pues atiende á la segunda. Saldrás con la corte y con tu hija para Valladolid, sin desatender las obligaciones de tu empleo, lo cual agradará muchísimo al Rey y á tí te servirá para mayor fortuna; yo entre tanto sacaré de Barcelona á la buena alhaja, que la torpeza de María y el capricho del Príncipe acaban de robar al verdugo, y te ofrezco ponerla tan á estrecho recaudo, que ella misma ignore de qué lado le llega el aire. De ese modo, todos quedaremos como bailando sobre el agua, porque el Rey no echará de menos la opípara mesa que sabrás disponerle; tú no te verás precisado á andar en dimes ni diretes con tu muger cuando la conduzcas por esos mundos; María encontrará en la corte buen acomodo, y yo te habré prestado un servicio, que si eres hombre de conciencia, me agradecerás algun dia. ¿Te place mi discurso?

—En verdad, señor alcalde, que habeis nacido á propósito para inventar espedientes, y ahora mismo acabais de quitarme un peso del corazon: os confieso que no acertaba á componérmelas para presentarme delante de Poncia, pero me habeis allanado el camino

y no sé como manifestaros mi reconocimiento. Haced pues cuanto quisiéreis, disponed las cosas á vuestro antojo, que yo por mi parte veré si consigo, sin ofender al Rey, su beneplácito para retirarme á Rueda con mi pobre María.

—No lo intentes, amigo mio, no lo intentes.

—¿Por qué razon?

—Porque será inútil tu empeño. ¡Qué diablos! ¿No tienes ojos por ventura?

—Ya sé me alcanza que el Rey quiere que yo sea su proveedor.

—¿Y sabes por qué quiere eso?

—¡Qué pregunta! Porque se le ha antojado, que solo un posadero puede tener siempre á su disposicion buenos manjares.

—Luego no consentirá en que le dejes.

—Es que.... si me niega ese favor, se lo concederá á mi hija.

—¡A tu hija....! Menos.... mucho menos.... Esa será tal vez la única gracia, que la hermosa María no pueda alcanzar de don Carlos.

—Por Dios, señor Ronquillo, que mas difícil era conseguir el perdon de Poncia.

—¿Lo crees así....? Vamos, estoy seguro de que no tienes ojos en la cara.

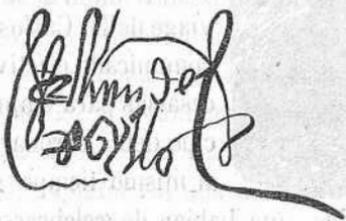
Y no queriendo el alcalde esplicarse mas, guardóse la órden referente al perdon de la muger de Toribio y separóse de éste, prestando que iba á dar disposiciones para que fuese conducida, con escolta de esbirros, á seguro encierro en Castilla, aunque bien persuadido además, de que en el posadero tendria siempre un amigo poderoso para conseguir mercedes del Rey, cuya pasion á María no se habia ocultado á su malicia y perspicacia.

Quincoces se retiró cabizbajo y pensativo; pero antes de encontrarse al lado de su hija habia hecho ya la siguiente recapitulacion de sus pensamientos:

—¿Con que debo á la mensajera de la Virgen de Monserrate el cargo de proveedor, segun dice el conde D. Francés, aunque no es

ella la que lo ha pedido....? ¿Con que *La Garza Real* no ha parecido al Príncipe grano de anís....? ¿Con que debo casarla cuanto antes con el primero que se presente....? ¿Con que estoy destinado, como asegura el alcalde Ronquillo, á hacer en la corte principal figura....? ¿Con que nada puede negar S. A. á mi María....? ¿Con que mi María todo lo alcanzará de él, menos retirarse de la corte...? ¿Con que, despues de todo esto, no tengo ojos en la cara....? ¡Ah rey D. Cárlos *primero* de España...! ¡Ah emperador D. Cárlos *quinto* de Alemania....! Pronto, muy pronto se verá si sois tan terco y tan poderoso como el posadero de Rueda de Medina.

Por lo espuesto se deduce, que Toribio Quincoces no queria dar su brazo á torcer, aunque tenia tan buenos ojos como el conde don Francés y el alcalde Ronquillo.



CAPÍTULO II.

Primeros síntomas de la guerra de los *Comuneros* y partida de D. Carlos.



o bien estuvo la corte de vuelta en Valladolid, cuando corrió con la mayor celeridad por España la noticia del próximo viage de D. Carlos á Alemania. Habíanse comunicado efectivamente las órdenes necesarias para emprenderlo, pues el Príncipe debía coronarse en Aquisgran, pero al mismo tiempo se publicó nueva convocatoria á cortes, que habian de celebrarse en Santiago de Galicia, con el fin de dar á reconocer como gobernador del reino al cardenal Adriano y pedir un servicio extraordinario de dinero, para los gastos precisos que iban á originarse. Semejantes nuevas exasperaron los ánimos de los malcontentos y amigos de disturbios, quienes no se descuidaron en hacer correr la voz de que el ministro Chevres y los suyos habian elegido á Santiago por punto de reunion de las cortes, para encontrarse cerca del mar y poder, en caso de

apuro, embarcarse prontamente y sin tropiezo con sus robadas riquezas y con el producto de los nuevos impuestos que se solici- taban. Y llegó á tanto el descontento general excitado por esta creen- cia, que justificaba sobradamente la sórdida codicia de Guillermo de Croy y de sus flamencos, que el conde D. Francés cantó al mismo D. Cárlos cierto dia la siguiente copla, muy popular en Castilla, contra la rapiña de su ministro:

Guárdeos Dios,
ducado de á dos,
que el pícaro Chevres
no topó con vos. (1)

Toledo fué la primera ciudad que se puso en abierta lucha con la corte, instigada por sus regidores Juan de Padilla, Hernando Dáva- los y D. Pedro Laso de la Vega, cuyas quejas en público cabildo enardecieron á los mas pusilánimes, haciéndoles consentir en un concierto con los demás pueblos de voto en cortes, para determinar lo que habia de hacerse antes que estas se juntasen. Aplazóse con todo la resolucio, porque la municipalidad toledana temió aparecer en rebeldía, si tomaba la voz contra un acuerdo del Rey, que aun no habia recibido; pero sobrecitada la muchedumbre por los que la dirigian á su antojo, obligó al ayuntamiento á decidirse, divi- diéndose desde entonces la ciudad en dos parcialidades, que subsis- tieron por mucho tiempo, capitaneada una por Álvarez de Toledo, señor de Cedillo, partidario del Rey, y la otra por Juan de Padilla, constante amigo del pueblo y de sus franquicias. El resultado fué que la ciudad dirigió á las otras de voto en cortes una carta-procla- ma, en la cual se leian todos los agravios que al reino se habian inferido desde la llegada del Rey, y los muchos mas que de su pro- yectado viage debian seguirse; mas pocas fueron las que los acep-

(1) En las *Antigüedades de Simancas* se lee: *Sálveos Dios ducado de á dos, que mon- sieur de Xebres no topó con vos.*

taron como suyos, y entre ellas se distinguió Salamanca, donde hubo gran efervescencia en los ánimos. Enterado el Rey de estos primeros síntomas de insurreccion, reprendió duramente á los corregidores de Salamanca y Toledo, por lo que resentido el conde de Palma, que lo era de esta última, y sin carácter á propósito para reprimir un tumulto, dejó su cargo, que recayó en D. Antonio de Córdoba, con mucho contentamiento de los hombres pacíficos y honrados. Nada empero se consiguió con tal mudanza, porque se habia atizado ya el fuego de la discordia por hombres que disponian de la voluntad de los pueblos. Toledo nombró á los regidores Don Alonso Suarez y D. Pedro Laso de la Vega para que, uniéndose con los de Salamanca se presentasen al Rey y le hiciesen desistir de su marcha y de los demás acuerdos; mas no conocian los promovedores de semejantes demandas el carácter de D. Cárlos, quien sin perder instante dispuso que los diputados para las nuevas cortes se trasladasen á Santiago. Firme por su parte aquella ciudad en el propósito de resistirse á toda avenencia, se negó á conceder á sus procuradores los poderes cumplidos que habian menester, para llenar bien y fielmente su encargo; por cuya razon no quisieron aceptar tan alta honra D. Juan de Silva y Alonso de Aguirre, á quienes habia tocado en suerte. Toledo pues no tuvo representacion en las cortes de Galicia.

Pero su carta-proclama causó en Valladolid una sensacion profunda; reuniéronse las gentes en corrillos, y muchos hombres alborotados prorumpieron en voces contra el ministro Chevres y aun contra el mismo Rey, gritando que los flamencos intentaban llevarse á la reina doña Juana. Desde aquel momento parece como que los castellanos cifraron todas sus esperanzas de triunfo en oponer al pendon del hijo el pendon de la madre, pues mas adelante comprobaron repetidos hechos, que la última acusacion lanzada en Valladolid contra los parciales de D. Cárlos habia sido un verdadero grito de guerra. Y la acusacion además era injusta, porque el Rey, precisado á tomar posesion del imperio de Alemania, solo se propo-

nia estar tres años ausente de Castilla, durante cuyo tiempo se encargaria Adriano de Utrech de la administracion de las provincias, gobernándolas en nombre de la Reina y en el suyo, segun lo habia hecho anteriormente el cardenal Cisneros: así lo manifestó con entereza á los regidores de la ciudad, á quienes reunió en su palacio, con el objeto de que dictasen las providencias necesarias para que cesasen aquellos escándalos contra su autoridad, rogándoles al mismo tiempo que recaudasen la suma que á Valladolid tocaba, de la de doscientos millones de maravedís, á que ascenderia el total subsidio, que habia imaginado pedir á las cortes.

Los escándalos se aumentaron al saberse la exigencia del Rey y la llegada de los regidores de Toledo, cuya imprudencia, ó mas bien, deliberada intencion dió nuevo pábulo al tumulto. Cantóse en frente de las ventanas del palacio real la copla llamada del *ducado de á dos*, nombre de la hermosísima moneda mandada acuñar por D. Fernando *el católico* y que en gran cópia habian recojido ya los flamencos; fueron insultados Chevres, Adriano, el canciller Mercurino Gatinares y otros muchos magnates de la corte, y el pueblo llevó en triunfo á los regidores de Toledo hasta la iglesia de San Pablo, magnífico convento de Dominicos, construido á espensas del cardenal Torquemada, aunque su fundacion se debió á la reina doña María, esposa de D. Sancho *el Bravo*. Allí, ya que aquellos hombres poco sufridos, ó en demasia turbulentos, no habian tenido la suficiente modestia para escusar un homenaje, que ningun servicio justificaba, sufrieron un cruel desengaño, pues D. Hernando Enriquez, hermano de D. Fadrique el almirante de Castilla, de quien hemos hecho ya mencion en la primera parte de nuestra historia, les dijo que la municipalidad de Valladolid nada habia acordado acerca de la conducta que debia seguir, y que con tal objeto se hallaba reunida. Disgustados se fueron de San Pablo D. Alonso Suarez y D. Pedro Laso de la Vega, al ver que les faltaban los auxilios que desde luego se habian propuesto utilizar contra la corte, y marcharon de mal talante al encuentro del Rey, pues no ignoraban que

debía ponerse en camino aquel mismo día y no debían perder momento. Sus agentes y parciales entre tanto agitaban al pueblo, manteniéndole en incesante zozobra y amenazadora actitud, con la idea de imponer miedo al monarca, para que cediese á las peticiones que los toledanos iban á dirigirle.

Don Cárlos, que de todo cuanto pasaba tenia exactísimos informes, recibió á los dos regidores con semblante adusto y antes de que hablasen, les hizo entender que no podía oírles, porque se preparaba para marchar.

—Señor, le contestó Laso de la Vega con osadía, otórguenos Vuestra Alteza la merced de escuchar nuestras razones, pues no perderá mucho en dilatar por esta causa tan intempestivo viage. El día está cerrado en aguas y tempestuoso.

—En Tordesillas os concederé lo que pedís, repuso el Príncipe sin desarrugar el entrecejo; sépanlo tambien los comisionados de Salamanca, ya que esa ciudad, como la vuestra, tiene que esponerme sus agravios y demandas. Os prevengo sin embargo desde ahora que, antes de acudir en queja á mi justicia, no deis á mi justicia motivo de queja, y que si Valladolid se alborota por vuestra llegada, os volvais á Toledo; así servireis mejor á vuestro Rey y á los que os envían.

Poco despues de esta desapacible y corta entrevista, dió Cárlos de Gante la órden de partir. Al punto se declaró el pueblo en abierta rebelion, resuelto á impedirle la salida de la ciudad: las campanas de las parroquias y conventos tocaron á rebato y la muchedumbre desbandada por las calles se entregó á punibles excesos. No es de nuestra incumbencia averiguar y mucho menos esponer á nuestros lectores lo que la historia no tiene por conveniente descubrir, respecto á quienes fueron los principales instigadores del alboroto; pero es lo cierto que hubo cabezas de motin, y que la conducta de los regidores de Toledo, así en la ovacion, preparada indudablemente por sus parciales, cuando fueron conducidos en triunfo al monasterio de San Pablo, como en su breve diálogo con el Rey, y en los

azarosos instantes del tumulto, al que en manera alguna se opusieron, dá bastante luz para convencer á cualquiera de la parte que tomaron en aquel acontecimiento deplorable.

En muy poco tiempo se juntaron mas de seis mil hombres en completa insurreccion; era empero tan espantoso el desórden con que todos corrian hácia el *Campo Grande* para tomar la puerta, que unos á otros se estorbaban, y los armados que eran muchos y dispuestos para un combate, aunque indisciplinados, cometieron no pocas tropelías, con los que, vociferando y provistos de piedras, se les adelantaban. Sereno el Rey en medio de tan grave peligro, pues no tenia á la sazón tropas que le custodiasen, montó á caballo y con marcial continente atravesó la ciudad, metiéndose entre los mismos sublevados, de cuya confusion quiso aprovecharse para burlar sus intentos. De este modo se echó fuera de Valladolid, antes que el tumulto popular pudiese oponer estorbos á su salida, ni aun se apercibiese de ella, pero los ministros se vieron en estrechas aperturas al tiempo de ponerse en salvo, teniendo que huir como Dios quiso para librarse del furor de los insurrectos.

Don Cárlos se detuvo en Tordesillas para despedirse de su madre, y á esta obligacion que no queria desatender antes de ausentarse de España, se unió entónces el propósito de dejar bien puesta su autoridad en la poblacion rebelada, castigando á los promovedores del motin, con el laudable objeto de que no sirviese la impunidad para su repelicion en otras ciudades. No falta quien censure á griamente al hijo de doña Juana *la Loca*, porque se mostró severo con los culpables de Valladolid, cuyas intenciones se quieren limitar al deseo vehemente de que el Príncipe no saliese de Castilla. Esto equivale á desconocer de todo punto la índole de aquel movimiento, que menoscababa el prestigio de la corona. La carta de Toledo á las ciudades, primera chispa del incendio revolucionario de Valladolid, contenia pretensiones que humillaban el poder real; el recelo y la ira, que no la templanza en esponer y el comedimiento en el pedir, presidieron en las juntas, ó mejor dicho, en los conciliábulos de al-



gunas municipalidades, y los comisionados Alonso Suarez y Laso de la Vega no se contentaron con el carácter que llevaban á la corte, sino que obedeciendo á inspiraciones de su propia pasion y á las que dirigian los actos secretos de sus comitentes, quisieron imponer leyes al trono, alegando como salvaguardia de sus intentos las franquicias y libertades del país, para medrar á su sombra. Otro tanto hicieron los regidores de Salamanca, siendo de notar que los parciales de los enviados, aquellos mismos que tenian dispuesta la marcha triunfal para los de Toledo, poblacion iniciadora, antes y despues de la marcha del Rey, de las turbulencias castellanas, fueron tambien los que mas insultos le prodigaron y los que con mas encono persiguieron á sus ministros y magnates, confundiendo al codicioso Guillermo de Croy con el ilustre y honrado conde Palatino, y al pacífico Adriano de Utrech, á quien los catalanes supieron apreciar por sus virtudes, con el enredador é intrigante Mercurino Gatinara.

Formóse proceso en averiguacion de los comprometidos, como instigadores del alboroto; pero aconteció lo mismo que en nuestros dias: los verdaderos culpables permanecieron ignorados, y tuvieron que pagar su delito los primeros á quienes echó mano la justicia. Castigóse pues aquella rebellion, si bien los principales rebeldes quedaron impunes, para volver á tramar nuevos disturbios: semejanza asombrosa entre los revolucionarios de todos los tiempos, que prueba evidentemente que, en todos los tiempos de revoluciones, hay mas especuladores políticos, que hombres públicos amantes de su patria.

Los regidores de Toledo no abandonaron su propósito de hacerse escuchar por el Rey, figurándose acaso que el miedo de una sublevacion general contra sus derechos le obligaria á otorgar todas las demandas, que se le habian dirigido. Presentáronse pues en Tordesillas, con arreglo á la cita que para este pueblo se les habia dado, y casi sorprendieron al Príncipe, cuando éste cruzaba la plaza para dirigirse á Villalpando. Solo alcanzaron de él la seguridad de que mas adelante recibirian la respuesta á sus peticiones; lo cual

queria darles á entender, que pues iban á celebrarse cortes en Santiago, á lo que en ellas se acordase debian atenerse, como los procuradores de las demás ciudades. Ellos sin embargo juzgaron oportuno, aunque no eran verdaderos procuradores por Toledo, insistir con mayor ahinco en la árdua tarea que habian emprendido, pues si bien desesperaban de convencer á D. Cárlos, querian al menos que la negativa que debian llevar excitase de nuevo las iras populares contra la corte y sus hechuras, por lo cual siguieron hasta Benavente. Cansado el Rey de tanta importunidad, hízoles por fin comparecer á su presencia y les reprendió severamente por su conducta, diciéndoles que sus manejos, antes y despues del tumulto de Valladolid, merecian ejemplar castigo, siendo así que su obligacion era dirigirse á Santiago, para esponer en cortes las quejas de Toledo, sin mezclarse en reclutar gente mal avenida con el público sosiego, para encender revueltas: lo mismo significó á los de Salamanca, aunque con menos enojo, porque no habian armado tanta bulla y algazara con sus personas; y habiéndole hecho presente unos y otros que ellos no eran diputados de sus ciudades, sino mensageros que aguardaban respuesta, les contestó D. Cárlos, que en Santiago se la daria, en virtud de los acuerdos de las cortes, despues de lo cual les volvió la espalda.

Reunidos los procuradores, verificóse la sesion régia en dicha ciudad, á los primeros dias del mes de abril de 1520, sesion tumultuosa, en la cual no pocos diputados se escedieron de sus poderes, comprometiendo á las poblaciones que representaban y faltando al respeto que debian á su Rey y señor. Éste espuso clara y terminantemente el objeto y fin de aquella convocatoria, que por otra parte nunca le habia ocurrido ocultar, reducidos á la necesidad en que se hallaba de ausentarse del reino por tres años, y á la petition del servicio que habia menester para los gastos del viage: á todos encomendó le guardasen fidelidad y que atendiesen al sosiego y tranquilidad de las poblaciones, manifestando que habia dado ya las órdenes necesarias á su Justicia de Valladolid, para que fue-

sen puestos en libertad todos los procesados por haber perseguido á sus ministros.

Al punto estalló la tempestad: muchos procuradores se opusieron abiertamente al viage, á pesar de ser cosa de todo punto indispensable para los intereses del monarca; otros, no tan osados, declararon que no tenian poderes para conceder el menor subsidio, por cuanto estaban satisfaciendo todavia las ciudades el anterior, y los de Salamanca pusieron el sello al escándalo, negándose á prestar el juramento, como tales procuradores, á la persona del Rey, si no se les aseguraba la concesion de sus peticiones. En vista de semejante acto de rebellion, fueron echados de las cortes, al mismo tiempo que D. Cárlos, que á todo trance apetecia una avenencia compatible con su propia dignidad, y decoro, trató á los demás afablemente, y eso que le fueron contrarios en las votaciones los de Córdoba, Sevilla, Madrid, Toro, Zamora, Murcia, Ávila y otras ciudades. Resuelto sin embargo á concluir de una vez, trasladó las cortes á la Coruña, en cuyo puerto anclaban los bajeles que debian conducirle á Sandwich, puerto de Inglaterra, donde pensaba tener una conferencia con el cardenal Wolsey, ministro de Enrique VIII; y despues de dar orden para que D. Alonso Suarez y D. Pedro Laso de la Vega saliesen de la poblacion antes del término de veinte y cuatro horas, bajo apercibimiento de confiscacion de bienes y arresto de sus personas, nombró por gobernador de Castilla y de Leon al cardenal Adriano de Utrech, asociándole la Chancillería de Valladolid con su presidente; por justicia mayor de Aragon á D. Juan de Lanuza; por virey del reino de Valencia al general, conde de Melito, don Diego Hurtado de Mendoza y por capitán general de sus armas á D. Antonio Fonseca.

Los magnates castellanos, que seguian la corte, llevaron muy á mal el primer nombramiento, y no quisieron sufrir que se les escluyese de toda participacion en los negocios; despues de esponer al Rey sus quejas, y convencidos de que se procuraba alejar entre ellos todo pretesto de rivalidades, y de reprimir sus ambiciones, ce-

lebraron una junta, y arrastrados por la elocuencia del conde de Benavente, que era el mas descontento y audaz de todos, abandonaron la Coruña retirándose á sus tierras. Don Carlos no dió importancia alguna á esta resolucion, persuadido como estaba de que, si sobrevenia un conflicto, los pueblos le vengarian de la deslealtad de la nobleza. Otorgáronle al mismo tiempo las Cortes el servicio que habia solicitado, de doscientos millones de maravedís en tres años, (1) y habiéndolas despedido, con la promesa formal de que al cabo de este mismo tiempo se hallaria de vuelta en Castilla, se dió á la vela el dia 20 de Mayo, cuando ya empezaba á rugir la horrible tempestad, que tanta sangre y tanta ruina debia traer consigo.

Tales fueron las causas que iniciaron el levantamiento de las *Comunidades*, fecundísimo en desgracias y horrores.

(1) No sabemos en que se fundan algunos para afirmar, que el servicio otorgado por las cortes de la Coruña fué de trescientos millones de maravedís, como no sea en las siguientes líneas, que fray Prudencio de Sandoval, obispo de Pamplona, atribuye á testigo de vista en su *Historia de Carlos V*: «... Ya habeis oido, como dije, que el servicio que se pedia era de trescientos cuentos, y en otra parte dije seiscientos cuentos. Aquí digo ahora, que dicen, que son novecientos cuentos, y por esto non vos maravilleis de esta diferencia non se averiguar, porque nadie pudo saber el secreto de cuanto era.»—Como se vé, este es un tejido de contradicciones, que ni aun el supuesto *testigo de vista* dá por suyas. Nosotros hemos preferido la opinion general de varios autores de nuestra historia nacional y nos reimos del secreto que supone Sandoval, respecto al acuerdo de las cortes de Galicia. No hay secreto posible, tratándose de una contribucion que deben satisfacer los pueblos.—*N. del autor.*

CAPÍTULO III.

Álzase Toledo y se fuga *La Garza Real*.



así como Toledo fué la primera ciudad de Castilla, que introdujo en las demás la tea de la discordia por medio de sus cartas y exhortaciones, y desobedeciendo abiertamente las órdenes del Rey, en el hecho de negarse á enviar procuradores á Santiago, así tambien dió el ejemplo de la rebelion, al grito lanzado por Juan de Padilla y Hernando Dávalos.

El primero de éstos, principal figura de la causa popular, acérrimo y constante defensor del partido que habia abrazado, héroe cuyo solo nombre electrizaba á los mas tímidos y pusilánimes, solo contaba treinta años de edad cuando dieron principio las reueltas. Era de límpia sangre, animoso y prudente, de noble apostura y marcial gallardía, de corazon generoso y compasivo, enemigo declarado de los grandes y buen cristiano, de que dejó admi-

rable testimonio, á la hora de su muerte, en las ejemplares palabras que dirigió al capitán Juan Bravo. Estaba casado con doña María Pacheco, hija del ilustre conde de Tendilla y de la hermana del marqués de Villena y tenía de esta unión un hijo; mas ni el tiernísimo amor que le profesaba, ni el acendrado afecto de su esposa, ni la veneración que debía á las canas de Pero Lopez de Padilla su padre, fueron motivos poderosos para separarle del intento de tomar parte en la arriesgada empresa que se preparaba. Háblele nombrado el Rey dos años antes *Capitan de gente de armas en Zaragoza*, pero disgustado por la soberbia de los magnates, cuya ambición aborrecía, y no aviniéndose á mirar con tranquilos ojos la escandalosa almoneda, á que sacaban los flamencos las dignidades y honores del país, hizo renuncia de su cargo y se volvió á su querida ciudad, cuyas inmunidades, así como las de toda Castilla, habia jurado sostener hasta exhalar el último suspiro. Sin duda por eso le escribió fray Antonio de Guevara, desde Medina del Campo:— «Estárades mucho mejor en Flandes sirviendo á vuestro Rey, que no en Castilla alterando su reino.»—Y él cumplió su juramento y su palabra, sacrificándose por el pendon que alzaron los *Comuneros*, al paso que de tantos otros, que emprendieron con él el mismo rumbo, y mas que él alborotaron contra el Rey y su partido, solo se cuentan dos que le siguiesen hasta el último trance. Los demás, como el doctor Zumel de Búrgos y el mismo D. Pedro Laso de la Vega, tan arrogantes ámbos, aquel en las cortes de Valladolid, éste en la misma ciudad, en Tordesillas y en Villalpando, hicieron traición á su causa y llamaron infames y persiguieron á los mismos valientes, á quienes habian comprometido en tan desesperada lucha.

Todavía se hallaba la corte en la Coruña, ocupada en los preparativos del viage, cuando á eso de la media noche del 16 de abril, hallándose Juan de Padilla y Hernando Dávalos, regidores de Toledo, platicando con mucha animación de los negocios públicos en la plaza de Zocodover, se les acercó misteriosamente un desconocido, á quien el último preguntó desde luego:

—¿Se halla todo preparado para estorbar nuestra salida?

—Así irán vuestras mercedes á Galicia, como yo al limbo, respondió el desconocido: mañana á las ocho saldrá la procesion y vuestras mercedes se quedarán en Toledo.

—Eso es lo que importa, observó Padilla, porque si obedecemos las órdenes del Rey, que nos llama á la Coruña, no respondo de nuestras vidas, y si no las acatamos, dará contra nosotros auto de traidores y desleales.

—Pues hareis como que partis, y el pueblo os impedirá seguir adelante.

—Bien está, mas tened cuenta con el Corregidor, repuso Dávalos.

Separáronse acto continuo los tres interlocutores y la noche transcurrió tranquilamente para los moradores de la ciudad.

Alarmado el cardenal Adriano del sesgo que iban tomando las cosas, y particularmente de la amenazadora actitud de Toledo, cuyos mensageros no habian desistido un punto en su tarea de exacerbar las pasiones, consultó con Chevres la conveniencia de que se alejasen de aquella turbulenta ciudad los que pasaban por tener mayor influjo en el pueblo. Parecióle bien al ministro la idea, y como ya se habia comunicado á D. Alonso Suarez orden terminante para que pasase á mandar su compañía de hombres de armas, y otra á D. Pedro Laso de la Vega para que fuese á residir en su tenencia de Gibraltar, propusieron al Rey los dos magnates el llamamiento á la corte de Dávalos y Padilla, como los mas temibles enemigos que los flamencos tenian en la poblacion castellana, asegurándole que de este modo ningun tumulto habria que temer en ella. Don Carlos, que á todo trance queria asegurar la paz del reino, y que recelaba mucho de los que con una sola carta habian puesto en conmocion á Valladolid, remitió á los dos regidores cédulas apremiantes para que se presentáran en la Coruña. El compromiso era grande para ellos, pues no dudaban de que serian enviados presos á un castillo, si caian en poder del Cardenal-gobernador, y por otra parte tampoco podian contar con las fuerzas necesarias para

resistirse abiertamente á los mandatos del Rey. En tan apretada coyuntura, dieron parte á sus amigos y entre todos concertaron que Juan de Padilla y Hernando Dávalos se presentasen al corregidor D. Antonio de Córdoba, á fin de advertirle de su marcha á Galicia en cumplimiento de lo que se les ordenaba, y que luego, al siguiente dia, la emprendiesen atravesando, por lo mas público de la ciudad en sendas mulas: sus parciales entre tanto se encargaron de preparar lo conveniente para que su viage no tuviese efecto, quedando en darles aviso aquella misma noche de que todo se hallaba prevenido. Este fué el recado que los dos regidores acababan de recibir en la plaza de Zocodover.

Al amanecer se observó por los rondadores del corregimiento, que se dirigia el pueblo apresurado á la iglesia de Santa Justa, cuyas puertas se abrian á la muchedumbre, y habiéndose presentado allí D. Antonio de Córdoba con D. Hernando de Silva y otros señores para averiguar el caso, supo con estrañeza que la cofradía de la *Paz y Caridad*, cuyos individuos eran numerosos, se disponia á salir en procesion por las calles, como en pública rogativa, para merecer del cielo que apartase de España las calamidades, que á causa de la partida del Rey, debian caer sobre ella. El Corregidor, á quien el pretesto pareció especioso y la hora de la procesion harlo intempestiva, recelando que aquello ocultase algun designio de alterar el sosiego público, quiso á toda costa oponerse á la reunion de tanta gente, é intimó á todos la órden de retirarse, antes de ponerle en el caso de obligarles á hacerlo valiéndose de la fuerza. No era por cierto su firmeza capaz por sí sola de impedir lo que los amigos de los regidores mandados llamar á la corte tenian ya prevenido, y así estos como los demás que sabian de lo que se trataba empezaron á dar grandes voces contra la tiranía de las autoridades, que aun en las cosas de religion se empeñaban en ir á la mano á todo el mundo. El pueblo tomó parte en la querella, los cofrades en medio del barullo, que las quejas y denuestos contra los magnates y los flamencos producian, apresuraron sus preparati-

vos, y apenas dió la vuelta el Corregidor para tomar belicosas disposiciones, cuando salió la rogativa de Santa Justa, atravesando las calles principales, dirigiéndose á la catedral.

En esto llegó la hora de que Juan de Padilla y Hernando Dávalos saliesen montados de sus casas, fingiendo que se ausentaban de la ciudad; mas sus mismos parciales, instruidos de lo que debian hacer, los detuvieron afeándoles en altas voces que así abandonasen la causa de Toledo, cuando mas necesidad tenia de hombres esforzados para sacudir el yugo de sus opresores; y habiendo contestado ellos que si emprendian aquel viage era por espresa resolucion del Rey, echóseles mucha gente encima aparentando gran furia, y entre unos diez ó doce de los que estaban en el secreto les obligaron á desmontar y á seguirles á la iglesia primada, desde la cual poco despues los condujeron á sus casas, poniendo guardia en ellas para seguridad de sus personas.

Don Antonio de Córdoba, que no acertaba á discurrir el medio de dejar bien puesta su autoridad, noticioso de que la procesion de Santa Justa se habia convertido en un levantamiento de ocho mil hombres, la mayor parte armados, conferenció con D. Hernando de Silva, que tenia á su cargo por el Rey el alcázar y las puertas de la ciudad; mas no les dieron tiempo los sublevados para tomar determinacion alguna, porque atacaron de improviso la casa del Corregidor, quien se vió precisado á ceder y á huir de Toledo, aunque los amigos de los regidores le aseguraron que se le respetaria, si se quedaba. El de Silva se retiró precipitadamente al alcázar con varios nobles, y otros intentaron hacerse firmes en los puentes de San Martin y de Alcántara, pero fueron arrollados por los del alzamiento, y algunos, primero que rendirse, prefirieron arrojarse al Tajo, para hallar en sus aguas sepultura. Los del alcázar se sostuvieron mientras les duraron los víveres; al fin D. Hernando de Silva conoció que con un puñado de valientes no le sería posible resistir los desesperados ataques que menudeaba el pueblo, y se comprometió á abandonar la ciudad, siempre que los regidores nombrasen una